

MENSAJE DE LA EUROPA NÓRDICA

MENSAJE DE LA EUROPA NÓRDICA

Víctor Raúl Haya de la Torre

Prólogos de Hugo Neira y Teodoro Rivero Ayllón

Comisión Especial Encargada de Organizar
los Actos Conmemorativos por el Trigésimo Aniversario
del Fallecimiento de don Víctor Raúl Haya de la Torre

*Publicación autorizada por la Fundación Navidad Niño del Pueblo
“Víctor Raúl Haya de la Torre”*

FONDO EDITORIAL DEL CONGRESO DEL PERÚ

Biblioteca del Congreso del Perú

320

H28

Haya de la Torre, Víctor Raúl, 1895-1979.

Mensaje de la Europa nórdica / Víctor Raúl Haya de la Torre; prólogos de Hugo Neira y Teodoro Rivero Ayllón; presentaciones de Luis Alva Castro, Edgar Núñez.

– Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010.

282 pp.: fot.; 22 cm.

ISBN: 978-9972-221-96-5

POLÍTICA Y GOBIERNO / POLÍTICA INTERNACIONAL / ASPECTOS SOCIALES / ASPECTOS ECONÓMICOS / ARTÍCULOS DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS / SIGLO XX / PAÍSES NÓRDICOS

I. Neira, Hugo, 1936-

I. Rivero Ayllón, Teodoro, 1933-

I. Alva Castro, Luis, 1942-

I. Núñez, Édgar, 1963-

Víctor Raúl Haya de la Torre

MENSAJE DE LA EUROPA NÓRDICA

Prólogos de Hugo Neira y Teodoro Rivero Ayllón

CARÁTULA Y PORTADILLAS Archivo de Alberto Vera La Rosa

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN Diana Pantac

CORRECCIÓN Juan Carlos Bondy

COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN Jessica Andrade

Martha Hildebrandt, Presidenta del Consejo del Fondo Editorial del Congreso del Perú

Publicación autorizada por la Fundación Navidad Niño del Pueblo “Víctor Raúl Haya de la Torre”, presidida por la señora Lucy de Villanueva

© Derechos reservados de la presente edición Congreso de la República
Comisión Especial encargada de Organizar los Actos Conmemorativos por el Trigésimo Aniversario del Fallecimiento de Don Víctor Raúl Haya de la Torre, presidida por el congresista Édgar Núñez

Fondo Editorial del Congreso del Perú

Jr. Huallaga 364, Lima

Teléfonos 311 7735/ 311 7846

Correo electrónico: fondo.editorial@congreso.gob.pe

<http://www.congreso.gob.pe/fondoeditorial./inicio.htm>

Impreso en Litho & Arte S.A.C. Jr. Iquique 46, Breña. Telf. 332 1989

Lima, julio de 2010

Primera edición del Fondo Editorial del Congreso del Perú

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-07362

Tiraje: 1000 ejemplares

Índice

PRESENTACIONES 11

Luis Alva Castro

Edgar Núñez Román

PRÓLOGO 17

Hugo Neira

PROEMIO 31

Teodoro Rivero Ayllón

ADVERTENCIA DEL AUTOR 49

Primera parte

1. Los pueblo enérgicos 53
2. Una visita al palacio de la Corte Mundial. Epílogo del asilo 56
3. La Europa que no nos dejan ver. ¿Qué llamarían ustedes una democracia ideal? 61
4. Hacia la federación europea 66
5. Por qué me llaman “presidente” 69
6. Puntos polémicos sobre Indoamérica 72
7. Un libro francés sobre la América Latina 78
8. Carlos V ha vuelto a Bélgica 82

Segunda parte

9. ¿París o Escandinavia? 89
10. Suecia, pueblo feliz 92
11. En el Parlamento sueco 97
12. El asilo territorial en Suecia 100
13. Bernadotte e Indoamérica 104
14. Las huellas del precursor en Suecia 108
15. Vacaciones para las señoras casadas 112
16. Un reto noruego 115
17. Una epopeya escultórica de la vida. El famoso parque Vigeland de Oslo 118
18. Un viaje al país de los lapones noruegos 124
19. El círculo polar ártico 131
20. El prohombre del *Kon-Tiki* 134
21. En “el nido de los cisnes” 138
22. Finlandia, punta de lanza de la democracia 141
23. Finlandia y su “túnel soviético” 146
24. La experiencia de la sauna 151

Tercera parte

25. Groenlandia: tierra sin árboles de un pueblo sonriente 157
26. Rumbo a Groenlandia 165
27. Introducción a Groenlandia 168
28. Encuentros en la ruta del mar polar 171
29. Paisaje, imaginación y símbolo 175

30. Interrogante de un designio civilizador 178
31. “*Farvel, Groenland!*” 183
32. Groenlandia observada por un hombre del país de los incas 188
33. El sorprendente resurgimiento de Alemania 197
34. La catedral de Colonia 207
35. Otra vez en la catedral de Colonia 210
36. El rescate artístico de Kassel 214

Cuarta parte

37. In memóriam Albert Einstein 219
38. *What is Wrong with the World?* ¿Por qué anda mal el mundo? 223
39. Coexistencia, ¿garantía estable? 230
40. Nehru, guía del buen camino 233
41. Y después de Ginebra, ¿qué? 236
42. Una “guerra industrial” y el enfrentamiento de dos filosofías 239
43. *Monsieur Spaak*, portavoz del *common sense* 248
44. ¿Está triunfando la diplomacia rusa? 254
45. Los cambios de la política rusa y las reacciones de la opinión pública 259
46. El cambio en la conciencia de los hombres 268
47. La historia como fácil y elegante relato 271
48. Problemas inquietantes 275
49. La Italia democrática y próspera 279

PRESENTACIONES

Luis Alva Castro

Presidente del Congreso de la República del Perú

Víctor Raúl Haya de la Torre no solo escribió sobre temas peruanos y latinoamericanos. También dedicó importantes páginas a los grandes acontecimientos internacionales que modelaron los destinos del siglo XX. Algunas veces fue partícipe y protagonista de los procesos de importancia mundial que comentó y analizó; en otros casos, fue testigo de excepción.

En el presente libro *Mensaje de la Europa nórdica*, que reúne artículos publicados en diferentes revistas y periódicos de América Latina entre mediados de 1954 y 1956, Haya de la Torre nos ofrece algo inusual: es un cronista viajero que trata de descubrir la nueva realidad que ofrecen los países nórdicos (Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia) en medio de la tensa convivencia entre europeos occidentales y orientales durante la llamada Guerra Fría (es decir, la hostilidad propagandística, económica y diplomática entre los países de la Europa capitalista y los países de la Europa controlada por la Unión Soviética que se dio sobre todo en la década de 1950).

¿Por qué Haya de la Torre se interesó en la Europa nórdica? No solo por su interesante escenario geográfico, la laboriosidad de su población, sus peculiares tradiciones y los diversos lugares de interés que ofrece a los visitantes, que ciertamente Haya de la Torre precisa, describe y distingue. Yendo mucho más allá de un análisis político basado en categorías generales, Haya de la Torre nos muestra, a

partir de sus visitas y observaciones amenablemente descritas, un nuevo modelo de organización socioeconómica, basado en la libertad y los derechos sociales, digno de ser estudiado y comentado. Y nos permite conocer este tipo de sociedad verificando sus detalles más íntimos y peculiares, basándose en entrevistas y apreciaciones que nos muestran cómo funciona aquel sistema social en los gestos y actitudes más elementales de sus pobladores.

En este *Mensaje de la Europa nórdica* se unen el testimonio del viajero curioso, el comentario del observador atento a las costumbres y modos de vida peculiares de cada rincón del mundo, y el analista político de honda visión humanista, que encuentra en los países nórdicos una forma peculiar de enfrentar los nuevos desafíos de la modernidad, sobre la base de un esfuerzo colectivo que ensancha el horizonte de las realidades de cambio que el mundo necesita.

¿En qué consiste esa novedosa organización socioeconómica que sería común a los países nórdicos? Durante su atento recorrido por Dinamarca, Finlandia, Suecia y Noruega, Haya de la Torre encontró en estas naciones, bajo diversos matices, una modalidad interesante y novedosa de asumir colectivamente la paz, el progreso y la búsqueda de una democracia más atenta a las necesidades de los menos favorecidos. Se trataba de lo que pronto fue conocido como el “socialismo nórdico”, un sistema democrático acompañado de reformas sociales que fue adoptado por los gobiernos socialdemócratas de esa zona de Europa apenas concluida la Segunda Guerra Mundial.

Este sistema, tal como lo describe Haya de la Torre en el presente libro, se caracteriza por brindar una atención especial a la educación pública; tener municipios sumamente participativos y fuertes; combinar diversas formas de empresa, dando especial estímulo a la empresa cooperativa, sin desmedro del apoyo a la

eficiencia empresarial privada y sin limitar ni desalentar el ahorro individual. Tal como lo vio Haya de la Torre entre 1954 y 1956, el “socialismo nórdico” era un sistema que restringía con moderación la inversión extranjera y desarrollaba su propia tecnología, permitía una amplia libertad de opinión y prensa, revelaba una genuina vocación pacifista y desarrollaba una nítida identidad nacional y regional, demostrando a Haya de la Torre que hay muchos caminos hacia la búsqueda de la justicia social.

El ejemplo nórdico era, además, para Haya de la Torre, por comparación, una muestra palpable de la falsedad del totalitarismo comunista desde el punto de vista de la equidad económica y las libertades. Rusia fue siempre una realidad amenazante y muy cercana en esa parte del planeta. Desde que Rusia se convirtió en el baluarte del expansionismo comunista, la amenaza se hizo todavía mayor. Como consecuencia, los distintos estilos de vida, los tipos opuestos de sistemas de gobierno y los diferentes modelos socioeconómicos, según Haya de la Torre, eran de fácil comparación, y el sistema nórdico mostraba claramente su superioridad.

También nos muestra el autor de este libro cuál fue, paso a paso, la política exterior de la Rusia soviética hacia este sector europeo, cuál fue su comportamiento durante la Segunda Guerra Mundial y cómo los países nórdicos han tenido que batallar, sobre todo por medios diplomáticos, contra los apetitos expansionistas rusos. La independencia y la libertad de estos países para decidir su destino no fueron fáciles de lograr.

Para los lectores de habla española de fines de la década de 1950, el presente libro de Haya de la Torre obligaba a dejar de pensar entre dos opciones rígidas: capitalismo occidental subordinado al modelo de Estados Unidos, por un lado, y capitalismo de Estado burocrático dominado por la Unión Soviética, por el otro lado. Había otras opciones, constructivas, pacifistas y democráticas, ajenas

al belicismo y el extremismo, a las que podíamos arribar haciendo un esfuerzo por buscar soluciones creativamente y atendiendo a nuestra propia realidad.

Para Haya de la Torre, el ejemplo nórdico señalaba un camino nuevo e interesante en el contexto de la realidad europea. ¿Cómo encontrar ese camino en el contexto de Indoamérica? ¿Bajo qué actitud? ¿Siguiendo qué orientación? Haya de la Torre no lo dice explícitamente, pero permite adivinarlo en cada comentario y cada observación sobre la excepcional disciplina laboral, sentido cívico y responsabilidad democrática de los pueblos nórdicos.

En su propio contexto, los latinoamericanos deben afrontar con tenacidad los desafíos, y deben aprender a organizarse solidariamente y a estar orgullosos de su identidad. Esa es la esencia del *Mensaje de la Europa nórdica* de Haya de la Torre. Y nos lo dice en un libro admirablemente escrito, que recoge con fidelidad el testimonio sorprendente y edificante de esos pueblos.

Mensaje de Haya de la Torre desde la Europa nórdica

Edgar Núñez Román

Presidente de la Comisión Encargada de Organizar los Actos Conmemorativos por el Trigésimo Aniversario del Fallecimiento de Don Víctor Raúl Haya de la Torre

En la categoría de mensajes encontramos toda la literatura universal. Las epístolas paulinas, las encíclicas papales y las cartas de desterrados también lo son. Todas ellas son las manifestaciones de la vida en paralelo con las experiencias más auténticas de las sociedades de todos los tiempos.

Por esta razón, Haya de la Torre tituló la obra como *Mensaje*. Y esa es la esencia de este libro.

Es un mensaje porque compromete la semántica de la obra: el descubrimiento de sociedades, la reflexión sobre el hombre en los extramuros del planeta, la observación de la conquista de los retos, y la comparación entre pueblos disímiles en su geografía, pero semejantes en su fisonomía vital. Todo ello forma parte de esta obra.

Para elaborarla, su epopéyico autor se internó en el corazón de Groenlandia, en las primeras estepas nórdicas sobre el paralelo sesenta y nueve y en lo profundo del sol de medianoche y las auroras boreales.

¿Qué pudo inducir a Haya de la Torre a acometer empresa de tan singular objetivo? La pregunta tiene una respuesta contundente: la vivencia, que es observación auténtica y no turística. Como toda su vida fue una búsqueda de la verdadera revolución, tenía que adentrarse en la maraña de los pueblos que habían emprendido la conquista del pan sin desmedro de la libertad.

Este libro responde, en primer lugar, a las inquietudes de su autor. Enseguida, a las de sus discípulos y lectores.

Cuando Haya de la Torre empieza a escribir los artículos que integran este libro, ha pasado ya por la experiencia del asilo político. Sabe que no se ha equivocado en sus diagnósis de la historia y las sociedades, en su desarrollo económico como en su evolución social.

En este *Mensaje*, sin embargo, Haya de la Torre no solo consta que “su revolución” es auténtica, sino que es la única forma de poder alcanzar las metas que él ha prometido a los pueblos latino o indoamericanos. Por esta razón, compromete la participación del aprismo en la Internacional Socialista, aunque siempre con la sabia determinación de no someter su partido a dictados extraños. Su alianza con la socialdemocracia internacional fue justamente eso: una alianza, no incluir al movimiento aprista continental dentro de una comunidad internacional con sede en Europa. En esto último, Haya de la Torre fue muy cuidadoso.

Pero un lector acucioso va a descubrir que Haya de la Torre no es un simple importador de ideas. Sabe y propone a cada momento —a sus discípulos como a sus lectores— el análisis crítico de la realidad europea y de la realidad latino o indoamericana. Él lo llamó siempre análisis espectral.

Treinta años después de su desaparición física, su presencia intelectual y doctrinaria se ha reforzado. Mientras que las teorías políticas de la década de 1970, socialistas, “progres” y neoambientalistas; y las de la década de 1990, neoliberales y totaldesarrollistas, van perdiendo autenticidad ante los hechos y las realidades (así, en plural) del siglo XXI, el *Mensaje* de Haya de la Torre se consolida en la forma de una lectura veraz y comprometida con la realidad nacional, regional y mundial.

El homenaje es justo y necesario (como en la fórmula ritual de la eucaristía), y no podía quedar de lado en esta reedición de *Mensaje de la Europa nórdica*.

PRÓLOGO

Haya de la Torre y los pueblos enérgicos

Hugo Neira

¿Es este un libro de viajes? Al parecer lo es. Se abre con una crónica muy puntual sobre el primer puerto-ciudad que toca, Róterdam, “arrasada por la barbarie de la guerra”, que se ha rehecho, cuenta, “con asombrosa pujanza” —el primero de esos “pueblos enérgicos” que el viajero visita—, y luego la ciudad de Oslo, “donde me llaman presidente”, comenta el autor, y luego Basilea, Bruselas, Estocolmo, en cuya crónica confiesa que le interesa más que París. En su recorrido el viajero se va hasta Hammerfest, al borde del círculo polar ártico. En el retorno se detiene en Copenhague, donde alcanza a conversar con Thor Heyerdahl, el explorador de la mítica balsa *Kon-Tiki*. A continuación las crónicas hablan de Odense, cuyo lugar le recuerda a Hans Christian Andersen y su literatura para niños. Goza el viajero de esa casa de escritor antes de alejarse hacia Finlandia y encontrar amigos en Helsinki. El viajero quiere guardar un cierto anonimato, pero no le es del todo posible. En cada lugar lo encuentran diversas personas, que serán un tanto sus guías y cicerones. El viajero es una figura de la vida política e intelectual para pasar inadvertido. Estas crónicas están datadas entre 1955 y 1956. Al viajero le espera en su continente un gran destino.

Ahora bien, se viaja, en general, por tantos motivos, por visitar a los parientes, por negocios, por curiosidad y hay que confesar que hacemos fácilmente las maletas porque, al fin de cuentas, viajar es

siempre un placer, es tomar otros aires, y acaso porque un viaje es siempre un desafío, nos lleva a enfrentar cosas nuevas, fuera de los códigos conocidos. ¿A cuál de esas categorías corresponde el autor del presente libro? Cuando lo escribe, a mediados de la década de 1950, el autor es uno de los personajes más importantes de la vida política de la América Latina y en su país, el Perú, se había iniciado un proceso incruento para salir de una larga dictadura. Venía ese viajero de un continente donde en ese preciso momento en que viaja por la Europa nórdica “habían nueve gobiernos democráticos y once dictaduras”¹ Venía de una región del mundo en donde comenzaba a cambiar el panorama político, y en varios países —la Venezuela de Pérez Jiménez, la República Dominicana de Rafael Leonidas Trujillo—, regímenes surgidos de las urnas sustituían a los que procedían de un cuartelazo. Precisamente uno de ellos, que dio lugar a una dictadura que se mantuvo por un buen tiempo en el Perú, había retenido a ese viajero, cinco años privado de la libertad al interior de los muros de una embajada hospitalaria, la de Colombia. Aquel juicio por el derecho de asilo fue muy sonado. Finalmente, ese viajero, ese exilado, gracias a un pasaporte uruguayo había vuelto a tomar un barco hacia Europa, como en sus días de estudiante.

En su visita por los países nórdicos lo reciben como el Señor Asilo. Y en otros, y por algo que es más que cortesía, lo tratan de “señor presidente”. Lo que ocurre, explica en una de sus crónicas y muy llanamente, es que la *Encyclopædia Britannica*, volumen 11, página 282, dice que, en 1931, “al señor Haya de la Torre el general Sánchez Cerro le ganó las elecciones por métodos deshonestos”. La autoridad de la *Encyclopædia Britannica* en Europa es indiscutida, comenta el autor. Y sobre el texto pasa la sombra de una sonrisa irónica. A este viajero, que

¹ Soto Rivera, Roy. *Víctor Raúl. El hombre del siglo XX*. Lima, Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre, 2002, volumen II, p. 762.

es muy llano, no le importa mucho los tratos ceremoniales, tanto que a la salida de una escuela vocacional, llamada Bergslaget, en tierras suecas, un pequeño colegial, de unos siete años, se asombra que el señor presidente fuese buscado para irse pero “por un chofer desprovisto de un uniforme dorado”. Seis meses atrás, reflexiona el viajero, el mismo niño había sido impresionado “por la visita de un rey con regios choferes y lacayos de charreteras”. “Y yo que nunca he desempeñado en el Perú un solo puesto público, ni el de regidor de municipio”, añade. Y flota esta vez sobre la crónica como una sombra de melancolía.

Haya de la Torre, el viajero autor de las crónicas que reúne este libro, era uno de los personajes más importantes de la vida política de América Latina cuando las escribe y las publican diversos diarios por todo el mundo, y las compilan e imprimen sus lejanos compañeros. Haya viaja cuando Perón ha caído y todavía no brilla en el firmamento la estrella de Fidel Castro. Lo que se están derrumbando son las dictaduras castrenses. No todas son transiciones electorales pacíficas, como serán en el caso peruano. En 1956, se lo han bajado a tiros en Nicaragua a Anastasio Somoza. En el Perú hay una incógnita: la salida democrática para el después del general Odría.

Se viaja también por placer. Y esto se nota en las páginas de este libro. El viajero goza con su libertad, con cada encuentro de gente de ese norte europeo con la que simpatiza, acaso porque un tanto sus maneras sencillas se parecen mucho a las suyas, a las del propio Haya. En eso de la sencillez, la verdad es que Haya era muy distinto de la generalidad de hombres públicos. Un periodista peruano que lo acompaña a su visita a Bruselas, al comienzo del viaje, le hace notar que el viajero, tan importante en su país y en el mundo latinoamericano, pasaba “inadvertido entre el tumulto de la gente”. “Por eso mismo estoy contento —le responde Haya de la Torre—. Salgo a las calles con la tranquilidad que usted observa, subo a los tranvías, cultivo

la amistad de los obreros, los estudiantes, los catedráticos, los fruteros. Me voy a los bosques a leer y nadie me interrumpe. ¡Esta es vida!”².

No es la primera vez, sin embargo, que Haya de la Torre entra a Europa por el norte. Tiene predilección por esas tierras boreales, le parecen sus pueblos más sanos, más igualitarios y más democráticos. Es tiempo de decir en qué rasgo decisivo se diferencia este viajero de otros que le precedieron en la visita, por aquel tiempo, casi obligatoria al Viejo Mundo. “Cuando salí de Rusia en 1924, Estocolmo apareció ante mis ojos una dorada mañana de octubre, cual urbe de encantamiento”. En su juventud, la visita repetidas veces. En su juventud, estudiante rebelde deportado del Perú, entra a Europa por un camino inusitado, las heladas tierras de Dinamarca, de Suecia. Y luego fueron las tierras frías de la Rusia bolchevique, de la que fuera huésped. Y luego la Alemania de fines de los años veinte. Tierras frías, estimulantes, este hombre viene del trópico pero no es tropical. Poco se ha observado en cuanto este político e intelectual difiere de otros personajes de su tiempo, no solo en sus propósitos sino en sus preferencias.

No le gusta mucho París y menos la Rivièrè française, acaso porque gustaban demasiado esos lugares de lujo a las dispendiosas familias oligárquicas que conseguían derrochar, en esos casinos para millonarios, la plata acumulada sobre el dolor del pueblo cholo y negro del Perú. En algún momento en este libro que es diario o carné de viaje, se ve en la obligación de explicarse: “No soy un turista”. Y agrega: “La psicología del turista es especial: el turista visita países extraños para descansar, para aligerarse de preocupaciones; en una palabra, para divertirse. Yo he ido a Groenlandia para observar, para estudiar, para aprender”. El tono está dado. Viajaba entonces para volver a llevar un poco esa vida de estudiante que en el fondo amaba. Era un *scholar*, pero pronto estará de retorno al laberinto del Perú y sus pasiones.

² Soto Rivera, op. cit., volumen II, p. 734.

Hay maneras de viajar. El desacomodo y la distancia de Haya contra los usos dispendiosos de la clase política a la que enfrentaba se extendía hasta los gestos mínimos, se hospedaba en hoteles de tercera, como lo comprueba un asombrado periodista, Castillo Ríos: “A Víctor Raúl lo encontré en la calle, caminando como cualquier otro hombre sencillo y modesto de Bruselas; llevaba en la mano izquierda, pegada al cuerpo, unas conservas y un poco de fruta, y en la derecha, unos periódicos en francés. ‘He salido de compras —dijo al saludarme—. Suba usted y verá cómo sigo llevando una vida de estudiante”, y le prepara luego, en un departamento ni grande ni lujoso, una sobria taza de café. El periodista tiene tiempo para echar un vistazo: “Se hallaban desparramados periódicos, y en una esquina, colgando, cuatro pares de calcetines, probablemente lavados por el mismo”. Esa voluntaria pobreza casi franciscana era incomprensible en el linajado país del cual quería ser presidente.

Se viaja también para dar tiempo al tiempo. Entre 1955 y 1956 es todavía un proscrito del Perú. Todavía no se ha logrado que Odría se vaya del poder. Por lo que describe Soto Rivera, y por lo que sabemos sobre cómo fue el difícil montaje de la Convivencia, es decir, la manera peruana de lo que luego se llamaría, tras el fin del franquismo, la Transición, esta, en el caso peruano, fue obra tanto de la voluntad de Haya cuanto de una actividad muy intensa al interior de su partido. Sabemos que el orfebre de la misma fue Ramiro Prialé, y que hubo diversos encuentros del mismo Haya de la Torre durante su gira por Europa en 1955, al tiempo que se preparaba la salida democrática y el retorno del partido por entero a la normalidad. ¿Acaso sin venganzas? No lo sabemos del todo: la historia política del siglo XX está por escribirse. Mientras tanto, entre 1955 en que sale y 1956 en que Manuel A. Odría se decide a dar paso a una convocatoria electoral, Haya viaja, es cierto, pero tiene entrevistas con Luis Alberto Sánchez en París, en 1956; con Manuel Seoane, que se encontraba en Chile, con

“fraterna correspondencia”; con Manuel Vásquez Díaz, “a quien di a conocer un plan para que el Partido Aprista recuperara su plena legalidad”. Estaba al corriente de los acercamientos entre Priale y Odría, si tomamos a Soto Rivera como fuente. Es decir, este es un viajero con nexos permanentes con su lejano país. Lejano solo en apariencia.

Pero vayamos un poco más lejos que esos hechos evidentes. Se viaja también para descubrir y también para confirmar hipótesis. Ese viaje a la Europa nórdica no es desinteresado desde el punto de vista del teórico y del dirigente político que es Haya de la Torre. Viaja para demostrar a los incrédulos peruanos apristas y no apristas que Escandinavia es real. Que su última Thule no es una quimera. Que existían países en donde ya estaba teniendo éxito un modelo económico y social distinto al anglosajón y al comunismo. Incluso distinto a lo que se puede llamar el modelo continental, francés o italiano. Y ese lugar no era ni la Europa mediterránea ni la Europa oriental, sino la Europa nórdica. Haya ya lo sabía. Viaja para confirmarlo, de visu. Y para contarlo. El libro de viajes es un recurso. El propósito es contradecir los lugares comunes, los monstruosos tópicos a los que va pronto a enfrentarse. Incluso en sus actitudes, se comporta con la ausencia de prejuicios de gente de otras sociedades. No es un apocado viajero, y al encontrarse entre amigos en Helsinki, lo invitan, lo que es muy frecuente, a darse un baño en una sauna, y es lo que hace, un sano remojón, y luego se rueda completamente desnudo en la nieve. ¿Qué habrían dicho en la pacata Lima de los años cincuenta? Parece intuir los chismes, y avanza que es práctica higiénica, no solamente corporal sino mental, buena “para curarse de miedos, de amarguras, de rencores, de maldades” (fecha en Helsinki, mayo de 1955). O sea del mal peruano, el raje, la ofensa, la envidia.

En el mundo, los años cincuenta son años decisivos. Quizá en América Latina, enredados en nuestras salidas de dictaduras tropicales, en la ilusión de revoluciones totales y sangrientas, grandes

acontecimientos de orden europeo y mundial no fueron percibidos con el interés que merecían. Todo el mundo cree conocer qué es lo que pasó en la Europa de los Seis. En efecto, se sabe que después de la guerra y hasta 1950 un puñado de estadistas, Konrad Adenauer, Winston Churchill, Alcide de Gasperi y Robert Schuman, emprenden la tarea de persuadir a sus electores de enterrar el pasado. El mercado común es más que una propuesta de integración económica. Es proponer a los pueblos y culturas europeas, si diferentes unas de otras, de entrar en una nueva era, de construir una Europa occidental en torno a una nueva organización basada en los intereses comunes y consagrados por unos tratados que garantizaran el Estado de Derecho y la igualdad de todos los países. El sentido común acompañó a tan vasto diseño. Robert Schuman, ministro francés de Asuntos Exteriores, recogiendo una idea de Jean Monnet, propuso en 1950 la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Se necesitaba de un gran coraje político y moral para situar bajo una autoridad común la producción de carbón y acero de países hasta hacía poco feroces enemigos. Las causas de las guerras se transformaban en instrumentos de paz.

Por lo demás, para el crecimiento económico, para hacer frente a la competencia global de otras importantes economías, ningún país de la naciente comunidad europea era lo suficientemente potente para pesar en el comercio mundial. Era evidente que las estrategias comerciales y las inversiones de las empresas europeas requerirían cada vez de espacios más vastos que el mercado nacional para aprovechar las economías de escala. Es evidente que ese inmenso experimento tuvo que llamar la atención de Haya de la Torre. El unirse de las naciones europeas era un tanto la unión que había predicado para Indoamérica. Los decenios siguientes mostrarían cómo la Unión Europea, favorecida por un gran mercado único, al suprimir

los obstáculos y las rigideces administrativas que dificultan el libre juego de los operadores económicos, no solo se libraría de guerras —lo que no es poco—, sino que pasaría a ser una de las zonas más saludables de la economía mundial. Haya sabía que sus pronósticos sobre la unidad de América Latina, y los de Antenor Orrego sobre los “pueblos continentes”, se iban a cumplir en un futuro inmediato. Ese futuro es nuestro presente. No el de sus días. Una vez más, la virtud de anticiparse no rinde en política peruana.

¿Viejo Mundo el europeo? ¿Realmente? El progreso suele ser paradójal. Fue la vieja Europa la que primero se desprendió de una doble tara histórica. De su pasado colonial —todos esos años el proceso de descolonización avanza en el África— y, por otra parte, del nacionalismo agresivo. Pero los jóvenes alemanes, observa el viajero Haya de la Torre, no son los hijos del pasado. “El más impresionante espectáculo humano de Alemania es el surgimiento de una joven generación, hija de la guerra mas no heredera de su espíritu. Porque, a despecho de las tendencias menores de tipo nacionalista, rezagos manifiestos, aquí y allá, de pequeños grupos reaccionarios, es evidente la expresión predominante de una nueva conciencia popular y juvenil alemana”. ¿En qué consiste esa nueva conciencia en la que repara el viajero Haya? La respuesta no se hace de esperar: “Está pre-dispuesta a la paz, a la cooperación y al robustecimiento de una democracia social de tipo europeísta”.

Busquemos, sin embargo, la razón de fondo por la cual Haya de la Torre ha viajado, ganando tiempo al tiempo, a la Europa de la posguerra y, de preferencia, a la Europa nórdica. Su sistema de demostración, a mi entender, funciona como un juego de cajas chinas: unas, las más anchas, envuelven a las otras. Y, aquí, son tres. La primera, Europa de los Seis (luego de los Doce, de los Veinticinco), significa un espacio geopolítico democrático y de importancia mundial. En segundo lugar, y ya acercándonos a la política, a la real

política no a los ensueños, las izquierdas democráticas están triunfando en la Europa de los cincuenta.

En tercer lugar, de estos hechos le interesa en particular lo que podemos llamar, por ganar tiempo, “el modelo sueco”. Haya se encuentra con un anticipo de sus propias propuestas. Es su esperanza conciliar el realismo de la economía de mercado con una política social con lo que luego se va a llamar en Europa el “Estado providencia”. Pero Haya la desea para su país y los otros de América Latina. Sistemas de salud y educación masivos, cunas infantiles en los lugares de trabajo para las madres que laboran, la toma a cargo de la sociedad de los más ancianos y desvalidos. En sus viajes nota que esa Europa que se rehace de sus heridas de guerra no confía tales tareas a la empresa privada y, de acuerdo con la población consultada, hace de esos servicios un monopolio del Estado. Claro está que Haya está visitando en su gira europea, antes de volver al combate electoral peruano, países donde hay una sólida tradición de intervención estatal, y poca o ninguna corrupción. Y países que no están tentados por repetir en culturas europeas el modelo americano, tan particular, tan específico a esa gran nación. ¿Lo entenderán, en cambio, sus compatriotas? El voto de 1962 mostraría que una parte importante de los ciudadanos, en especial el voto limeño, no quiere ese modelo de corresponsabilidad social. El resto, la deriva peruana, ya la conocemos. Somos de alguna manera sus herederos.

Haya no proponía una utopía de lo ignoto —el fin del capitalismo, el inicio de la tierra de iguales donde el Estado desaparecería del verdadero Marx, al que nunca le interesó las formas carnales del poder posburgués—, sino una utopía concreta. Y lo que nos tenemos que preguntar sería: ¿es cierto que en el mundo europeo que visitaba el principal acontecimiento político de los años de la posguerra no era acaso ese ascenso al poder de la democracia social en casi todos los países de la región y su papel como baluarte del comunismo? Has-

ta entonces, la teoría marxista caricaturizaba a la democracia llamándola “democracia burguesa”, y Haya enfrentaría ese tópico a su vuelta, incluso entre algunos de sus seguidores. Pero la democracia como instrumento de la clase dirigente capitalista se comprobaría en los decenios finales del siglo XX; era un postulado falso. La democracia ha demostrado que tiene raíces propias y populares, y que puede recibir el respaldo de la gente porque permite autogobernarse. Por los años que Haya viaja y que vuelve al Perú, grandes cambios políticos ocurren en Europa. En 1959, en Alemania el viejo partido socialdemócrata repudia el viejo Programa de Erfurt, escrito por Kart Kautsky bajo la tutela de Federico Engels. Y cambia el punto de vista básico de partido de clase por “partido del pueblo”. ¡Nada menos! Algo parecido ocurría en Noruega, en Austria. Y más tarde, mucho más tarde, cuando el viajero Haya ya no es de este mundo, ocurre en la España de Felipe González.

¿Qué es, a fin de cuentas, el modelo sueco? Haya no pudo menos que notar y sin duda admirar la preponderancia del partido socialdemócrata, que estuvo en el poder solo o bajo coaliciones, desde 1932, y que continuará hasta 1991. Una de las premisas de esa estabilidad sueca es su política neutralista, acaso difícil de repetir en nuestro caso, pero la ideología sueca, cuyo basamento tiene como argamasa la moral luterana, consiste en gastar abundantemente en el desarrollo del ciudadano sueco, lo que hacen masivamente entre 1900 y 1930, convirtiendo a ese pequeño país escandinavo, hasta ese momento tierra de miseria e inmigración hacia Estados Unidos, en una sociedad internamente solidaria —el consenso fue importante en el sistema de distribuciones estatales— y, por otra parte, a los ojos del mundo, autónoma. Pudo Suecia en consecuencia ser una nación defensora de los pobres del mundo, libre de decir lo que pensaba en los años inciertos de la bipolaridad ruso-americana.

Dinamarca no pudo dejar de interesar al viajero Haya de la Torre. Como Suecia y Noruega, fue tempranamente neutral.

Como ellos, aunque en fechas distintas, reino con Parlamento. Dinamarca, en 1915 —cuando Haya era todavía colegial—, ya introduce el sufragio universal, incluyendo mujeres. En 1929, los socialdemócratas —los parientes apristas del norte de Europa— salen victoriosos de una contienda electoral y establecen una de las legislaciones más avanzadas del planeta. Noruega, por su lado, es un país donde temprano, muy temprano, en 1814, aliados a Napoleón, logran, sin embargo, darse una Constitución, aceptada por el rey de Suecia, un Parlamento propio, el Storting; pero es solamente en 1884 cuando adoptan el régimen parlamentario. En 1913 ya votan las mujeres. Podríamos abundar sobre sus crisis internas, el recuento de sus rechazos para adherirse a la Comunidad Europea, pero no viene al caso. Cuando Haya visita esas regiones, son ya una entidad específica. Un espacio democrático no como los otros. Haya nos pregunta, desde este libro que el tiempo no ha amarillado: “¿Puede el hombre alcanzar la justicia económica al par que un alto nivel de desarrollo cultural, dentro de un sistema democrático que resuelva el problema de la igualdad social y racial sin sacrificar la libertad?”. Y, una vez más, la cuestión va acompañada de su respuesta: “Yo sostengo que los escandinavos (aunque todavía puedan ellos quejarse y hacer críticas a sus organizaciones sociales, que por cierto no pueden ser absolutamente perfectas) son los pueblos que han llegado a las más altas realizaciones democráticas después de la Segunda Guerra Mundial. Y que es de ellos, y no de otros, de los cuales los países latinoamericanos deben tomar ejemplo” (en “Groenlandia observada por un hombre del país de los incas”, de 1955).

Este no es, pues, un libro más de Haya de la Torre. Me atrevo a sugerir que es un libro capital. Fue hasta el filo del Ártico para decirnos que ese modelo económico y social que propugnaba realmente era una realidad palpable, observable y, por cierto, admirable.

Con Haya, pienso, ha pasado un tanto lo que ha ocurrido con Alexis de Tocqueville. Hasta que no lo recupera Raymond Aron, no figura entre los inspiradores de la sociología contemporánea. Precisamente, el sagaz profesor Aron (amigo de Luis Alberto Sánchez, con quien conversaba personalmente al menos una vez por año) establece que bajo las crónicas del viaje de Tocqueville hay un sistema, es decir, un pensamiento articulado en *La democracia en América* (1835). Tocqueville, en efecto, extravió a generaciones de universitarios por su método “inteligente, sutil, intuitivo”, “y por saber escribir”, dice el mismo Aron. Lo tomaron por un viajero ilustrado. Pues bien, en el caso de Haya, parecen crónicas, bitácora de viajero, Groenlandia, la catedral de Colonia, o cuando observa que ha llegado la hora de las vacaciones para las señoras casadas. Pero lo que el cronista quiere mostrar es un hecho mayor, institucional: la avanzada legislación social escandinava, tras la anécdota de las amas de casa liberadas por unas semanas de esa carga que la división de trabajo patriarcal asigna a las mujeres. El viajero es un curioso, observa todo tipo de signos, y se da tiempo para visitar, entre crónica y crónica, a Albert Einstein. Y en uno de sus envíos, en este caso a México, responde a una pregunta lanzada por un diario de Londres. “*What is wrong with the world?*” o “¿Por qué anda mal el mundo?”. Haya no se va por las ramas: “El sistema capitalista —a despecho de su hasta hoy insuperado contenido de progreso técnico— no ha logrado satisfacer las necesidades económicas elementales de las grandes mayorías de la humanidad”. ¿Confiaba con lo que la Unión Soviética podía ofrecer? Su actitud y sus escritos no dejan lugar a ninguna ambigüedad en la materia. “Mas, si reparamos en el significado del comunismo como promesa de solución de los problemas socioeconómicos [...], nos encontramos con otra paladina frustración”. ¿Anticomunismo del dirigente del aprismo, como decían por entonces los diarios limeños? Ese texto de Haya es de 1955. En 1956, Nikita Krushev, en un discurso de lo

más solemne ante el partido, confirma públicamente lo que todos sabían, los crímenes de Stalin. Ese discurso provocó el inicio del fin para el sistema soviético. ¿Kruschev anticomunista? En Rusia dejaron de apoyar los miembros de la *intelligentsia* el estado de las cosas. En Europa, en Hungría, en Polonia, en Checoslovaquia, la autoridad de Moscú se resquebrajará. Y aparecerán en los años inmediatos intentos de “un socialismo con rostro humano”, que acabarán aplastados por los tanques rusos. En América Latina, en cambio, los intelectuales llamados de izquierda no se conmovieron demasiado.

El mensaje de Haya tuvo efecto —la prueba, la presente edición—, pero en sus días fue bastante mitigado. Leemos la gran política, género al que pertenece este libro, desde el ojo de la cerradura. Solo vimos tácticas en lo que fueron lecciones de historia. Cuando Gorbachov llega, a fines de los ochenta, Haya ya no está en este valle de lágrimas. Había tomado el báculo del peregrino, bajo el aire de un viajero moderno, para decirnos que nuevos tiempos amanecían a mediados del siglo XX. Muchos no vieron lo que se avecinaba. En cambio, a Haya de la Torre, que el último de los mandatarios soviéticos disolviera el Partido Comunista y el Imperio soviético no lo hubiese sorprendido demasiado. Por lo demás, pudo en sus días viajar a otros escenarios. Tentarle Yugoslavia o algunos de los países emergentes del Tercer Mundo, los No Alineados, aunque menciona de paso a Nehru, a quien admira, y a Tito, de quien sospecha. No se desprendía de ninguno de ellos, por lo visto, lección alguna. Fue adonde tenía que ir. A comprobar que había un modelo social que pasaba por la educación, la protección a la infancia y donde no le tenían temor a un *melting pot*. Para ello no fue a Estados Unidos. Fue a visitar a los lapones para ver cómo los escandinavos se manejaban en el tema de sus otros, sus diferentes. Ha ido “porque el problema de la relación entre los colonizadores europeos y las poblaciones indígenas es el más importante problema histórico de nuestros Estados”.

“Un problema —añade— que no ha sido todavía resuelto en muchos países que llamamos Indoamérica”.

Se acercaba a los sesenta años ese vigoroso viajero. Pero en él ardía el mismo fuego que el del estudiante ante el Cusco que lo deslumbrara, cuando lo visitara en su juventud. Y en uno de sus viajes, ya mayor, ha llevado a uno de estos saqueados países nórdicos un saco de quinua. En una de esas plazas de ciudad nórdica hay una estatua que recuerda al pensador trujillano que les llevó ese trigo andino que resiste mejor que el trigo mismo los rudos inviernos del mundo boreal. Haya, genio y figura. Él también provenía de pueblos enérgicos, vasco e indio bien combinados.

PROEMIO

Víctor Raúl y su *Mensaje de la Europa nórdica*

Teodoro Rivero-Ayllón

Uno

En su tercer exilio

1

Una de las primeras visitas que realiza Víctor Raúl en su tercer viaje a Europa, en el otoño de 1954 —tras los duros años de su enclaustramiento en el asilo de la Embajada de Colombia—, es a la Corte Internacional de Justicia de La Haya, que juzgó su caso.

Al término del farragoso proceso, no obstante su absolución definitiva de toda culpa criminal para él y su partido por el más alto tribunal del mundo, fue sin embargo expulsado del país por el general Odría —sin pasaporte— y con el infamante decreto *oficial* de “indigno de la nacionalidad peruana”.

Un mes después —en octubre—, Víctor Raúl está en Róterdam, la ciudad de Erasmo, el Humanista, y al mes siguiente lo tenemos en Hammerfest, la más septentrional del Viejo Mundo, allende el círculo polar ártico, en el municipio noruego de Finnmark.

¿Por qué Haya de la Torre se habrá marchado tan lejos, a las inhóspitas, frías y soledosas tierras del confín del mundo?

No ha cumplido aún los sesenta años. La respuesta la tendremos acaso cuando en carta a fraternal amigo le anuncia que

quiere irse por seis meses o un año a Thule (Groenlandia): “Si lo consigo, será el mejor camino. A veces las focas son mejores que los hombres”¹.

2

Tres décadas atrás, en 1924 —joven aún, al borde de los treinta años—, también desterrado por otra tiranía de turno en su patria (esta de la que dijo Garcilaso el Inca: “buena madre de ajenos hijos, madrastra de los propios...”), había llegado a Europa por primera vez.

Ingresó, no por España, Italia o Francia —“peldaños obligados en la escala de las ascensiones turísticas de los que vienen desde Indoamérica a explorar los placeres europeos—, sino por el lado de esa otra Europa: la Europa nórdica.

“Desde Nueva York navegué hasta bordear las islas Hébridias y la costa extrema de Escocia, que fueron las primeras tierras europeas que vi. Entré después al mar del Norte y, costeano Noruega, por Skagerrak (Jutlandia), crucé el Kattegat, el Oresund y seguí por el Báltico: icebergs, géiseres, fiordos, y maravillosas noches blancas cerca del paralelo 60 fueron mis principales sorpresas hiperbóreas...”².

Iba entonces a Rusia, a la Unión Soviética de Vladímir Illich Lenin, quien había muerto no hacía mucho. Stalin, Trotsky, Zinóviev iniciaban sus contiendas divisorias. Allí en Rusia permaneció de junio a octubre de 1924. Inquieto y perspicaz, deseaba capturar el secreto de esa gran revolución proletaria, que hacía siete años había conmovido al mundo.

¹ Carta a Luis Alberto Sánchez, Bruselas, 4 de julio de 1956. En: Haya de la Torre, Víctor Raúl y Sánchez, Luis Alberto (1982). *Correspondencia 1924-1976*. Lima: Mosca Azul, tomo 2, p. 294.

² Cossío del Pomar, Felipe (1961). Víctor Raúl. *Biografía de Haya de la Torre*. México D. F.: Cultura, p. 239.

3

Esta vez —en 1954—, y como si estuviera escrito en el libro de su destino, volvería desde Montevideo a Europa, también por barco. Uruguay accedió a otorgarle el pasaporte que el Perú —el general Odría— le negaba. Detalle no desdeñable, si recordamos que la República del Plata, símbolo de auténtica democracia y patria libre, se lo otorgó antes —y en momento similar— a José Martí, el cubano, otro gran exiliado revolucionario de nuestra América. ¿No dijo el poeta Andrés Bello, víctima también de las tiranías militares:

Nacimos en la pura tierra de Venezuela,
 la del signo del Éxodo, la madre de Bolívar,
 y de Sucre, y de Bello, y de Urdaneta,
 [...]
 la que algo tiene y nadie sabe dónde,
 que el hijo vil se le eterniza adentro,
 y el hijo grande se le muere afuera...?

En el Brasil, el azar —“el mejor novelista del mundo”, según Balzac— entra en escena.

Anclada la embarcación de Víctor Raúl en las costas de Bahía, vio subir a dos parejas relativamente jóvenes, de tipo nórdico. Eran dos eminentes suecos que retornaban a Europa en compañía de sus respectivas esposas, luego de asistir a un certamen académico: el profesor Elis Berven, médico cancerólogo, solicitado asistente en Moscú de altos líderes soviéticos, y el profesor Edy Velander, de la Real Academia de Ingenieros de Suecia.

“La travesía —dirá Víctor Raúl— hizo la amistad, y la atracción de Escandinavia devino entonces perentoria”.

Dos

Hacia Groenlandia

1

En noviembre de ese 1954, a bordo del *Polarlys*, Víctor Raúl desembarca en el Finnmark, en la Noruega de los paralelos 79 y 70, al norte del círculo polar ártico. Viaja por la más propicia de las vías, la de Hammerfest, en la pintoresca isla de Kvaløya, ciudad de las más antiguas —con tumbas que datan de la Edad de Piedra—, y la más septentrional de las ciudades del mundo.

Los marines británicos de la Royal Navy cargaron con la bella platería de la iglesia local, a inicios del siglo XIX, y, un siglo más tarde, bombarderos nazis la arrasaron en los negros días de la Segunda Guerra.

Ha arribado Haya de la Torre por la noche. (La noche empieza aquí en Escandinavia a la una de la tarde). Se ha alojado en el Gran Hotell, y entre ocho y diez “de la noche” ha asistido desde la ventana de su cuarto a la portentosa visión ¡de una aurora boreal!

Quiere ver ahora cómo viven en el Finnmark los lapones bajo las democracias nórdicas, en estas zonas frías en que la temperatura desciende a varios grados bajo cero y discurren los lapones con sus negros sombreros de tres picos, sus gruesos abrigos y sus botas de piel de reno, siempre sonrientes, hospitalarios siempre...

En sus viajes por la zona, advierte el viajero una extraña similitud —¿nostalgias de la patria distante?— entre estos lapones de rostro cetino y nuestros indios de los Andes sudamericanos, que aman a su llama, como el lapón ama a su reno. Porque “los ojos expresivos de la llama —dice— miran con la misma luz amorosa que los ojos del reno...”

Entre fiordos e icebergs, en medio de estos paisajes de ensueño, dos espectáculos despiertan el asombro: en los días de invierno, las auroras boreales; en los de verano, el sol de medianoche... El *midnattsol*, que lo fascinó en su primer viaje a Rusia, en 1924. Esa involvi-

dable visión del sol de medianoche, que le hizo recordar tempranas lecturas en su Trujillo nativo, y esas dos líneas de Pushkin:

A la luz de las noches blancas,
 escribo y leo mis versos...

2

Los viajes por esta zona no están exentos de riesgos, ¡y de riesgos de muerte!

Los mares del norte son mares de tormenta, que avivan el recuerdo trágico de los infortunados pasajeros del *Titanic*. Como blancos fantasmas, se desplazan lentas estas gigantescas montañas de hielo —los icebergs—, tan grandes como el desprendido estos días de la Antártida, de setenta y ocho kilómetros de longitud y cuarenta de ancho, y que contiene, según el cable, el equivalente de una quinta parte del agua usada anualmente en el mundo.

En periodos de tormenta —que suelen durar tres o cuatro días interminables—, el mar, dicen los nórdicos, juega con los barcos “como con una cáscara de nuez”. Nada más terrible entonces que oír el violento choque de una de estas embarcaciones contra aquellas compactas masas congeladas, inesperadas entre las densas sombras del invierno polar.

Tal aconteció a los pasajeros de un moderno buque danés, el *Hans Hedtoft*.

Como el *Titanic*, el *Hans Hedtoft* cumplía su viaje inaugural, entre Copenhague y Groenlandia. Estaban ya de vuelta a Copenhague, la capital de Dinamarca, entre las alegrías y las risas del retorno y el tintín de las copas de champaña, cuando a la altura del cabo de las Despedidas se escuchó en el silencio de la noche el terrible estruendo del barco contra uno de estos fatídicos icebergs.

Pasajeros y tripulación —cerca de un centenar de personas: varones, mujeres, niños—desaparecieron definitivamente en las

frías aguas oscuras, que quedaron otra vez cubiertas por el hielo, por el silencio y la noche...

Recuerdo haberle oído una tarde de verano, en 1957, a Víctor Raúl, allí en la caleta de Huanchaco, un día en que nos refería sus reiteradas aventuras por los mares del norte, cómo le entristeció ver años más tarde, entre la lista de los perdidos náufragos del *Hans Hedtoft*, el nombre de Paul Madsen, un joven danés, amigo suyo, misionero de cultura en la lejana Groenlandia.

Se conocieron en uno de esos periplos, justamente entre Groenlandia y Holsteinsborg. En aquel nefasto viaje, tornaba el joven a Copenhague en compañía de su novia, Kamma Christensen, para celebrar su boda: esa boda que la muerte dejó interrumpida para siempre. ¿No dijo Leopardi que “*Amore e Morte a un tempo stesso ingenerò la sorte...*”?

Sí, Amor y Muerte fueron creados a un tiempo por el Destino.

3

Pero uno de los viajes que más gratos y anecdóticos recuerdos le dejaron a Víctor Raúl es el que lo llevó a Groenlandia. La visitó en dos oportunidades. Isla la más vasta del planeta, cubierta todo el año casi totalmente por el hielo, y donde jamás se ha visto, por lo tanto, el verdor de las hojas de un árbol... ¡Ni se conocen estos!

¿Cómo explicar a los nativos —me decía en 1963— el mito de Adán y Eva, *desnudos* en el paraíso (un paraíso inconcebible entre las tundras polares)...? ¿Cómo hacerles entender a los esquimales lo del árbol del bien y del mal, en un país donde no hay árboles...? ¿Cómo explicarles lo del diálogo con la serpiente (animal que jamás han visto), a propósito de la fatídica manzana (fruto que tampoco conocen...)?

Paisaje —en efecto— el de Groenlandia, entre estepario y montañoso, con sus innumerables islas y sus apacibles fiordos.

“Desde la proa del barco, en un soleado día sin amanecer —describe, como un cinemascopio, Víctor Raúl—, miro pasar por ambos lados las altísimas escarpas verticales coronadas de nieve, que forman con el verde claro del mar como una avenida de cíclopes...”³.

Cumple la travesía en el mismo barco un anciano de piel morena y rala barba —lo recordaba siempre—: un viejo hijo de Groenlandia de pura estirpe nativa. Compartían ambos su admiración por la naturaleza. Se habían hecho amigos a lo largo de aquellos diez días de viaje, en el *Umanak*.

Balbucea Víctor Raúl la palabra danesa que expresa “¡hermoso!”, y el viejo, tomándolo paternalmente del brazo, le dice en su nativa lengua esquimal:

—*Nunarssuame!*

Lo cual significa, concluye Víctor Raúl, que esta es “la gran tierra de las visiones contrastadas y majestuosas”.

Tres

No ha venido tan solo...

1

Pero Víctor Raúl no ha venido a tan remotos parajes en viaje de simple turismo.

No ha venido a verificar entre lapones y groenlandeses lo que se creía en tiempos de Rousseau: si groenlandeses y lapones eran de talla como la de los pigmeos, “muy por debajo de la talla media del hombre.”

No ha venido tan solo a admirar, entre las nieblas septentrionales, la imponentia del castillo del Elsinor con su aura legendaria. O a contemplar desde la borda de un crucero los impresionantes fior-

³ Haya de la Torre, Víctor Raúl (1956). *Mensaje de la Europa nórdica*. Buenos Aires: Continente, p. 106.

dos de Flam, Alesund y Stavanger... O a atravesar en Finlandia —en suelo arrebatado por los rusos— el “túnel soviético”, en ese tren de ventanas clausuradas, que impiden al turista del “mundo libre” entrever siquiera cómo se vive tras la Cortina de Hierro...

2

No ha venido a descubrir, con peruanísimo orgullo, en Oslo —en el Oslo de hoy—, en el Frogner Park que construye el escultor Gustav Vigeland, la evidente influencia de la ciclópea arquitectura incaica de Ollantaytambo y Sacsayhuamán... A detenerse ante la catedral gótica de San Knud, una de las mayores de Dinamarca, con el trágico recuerdo del rey que disputó a Guillermo de Normandía la posesión de Inglaterra, pero murió atravesado por una daga hace ya nueve siglos. A entrar en una de las trescientas cincuenta mil saunas que hay en Finlandia, y de las que se sale con un hambre de “conmilitón de dictadura”, mientras el mundo necesita de la sauna para “curarse de miedos y amarguras, de rencores y maldades...”.

En Gotemburgo, se ha detenido Víctor Raúl en un cementerio parroquial ante la pesada losa de granito que guarda los restos de la bella Cathrina Hall, una de las más influyentes amantes del precursor Miranda, quien llegó a Suecia procedente de Rusia, dos años antes del estallido de la Revolución francesa, y mucho antes de que, por acciones heroicas, lograra inscribir su nombre en el Arco de Triunfo de París.

Ha estrechado Víctor Raúl en Copenhague la mano de Paul Boyer, el novelista de *El poder de la mentira*, y la de Thor Heyerdahl, el gran aventurero noruego de la *Kon-Tiki*, quien, en balsa de totora, salió un día desde los espigones del puerto del Callao y navegó como los antiguos peruanos lo hacían hasta los remotos atolones de la Polinesia austral.

Ha peregrinado Víctor Raúl hasta Odense, en la isla de Fionia, la ciudad natal de Hans Christian Andersen, para reencontrarse con los maravillosos cuentos que leyó en su infancia, hoy traducidos a

más de ochenta idiomas... Y ha proseguido su ruta por mares de Escandinavia, evocando la frase con la que Andersen enseñó a los niños del mundo:

—Entre el Báltico y el mar del Norte hay un antiguo nido de cisnes, cuyos nombres no debieran olvidarse nunca...

3

Esto no es sino parte de su programa personal. Víctor Raúl ha venido a otras cosas.

Dolido por las injusticias, por la insensibilidad de los ricos, ante el dolor de los que nada tienen, quiere encontrar la solución a la grave problemática del mundo de hoy. Un mundo enfrentado tras las trincheras ideológicas que lo dividen en la Guerra Fría. Un mundo que se debate entre la explotación, los lujos y las insanias del capitalismo, y —por el otro lado— el comunismo: el comunismo bajo la férula de Stalin, con sus persecuciones inclementes, sus campos de concentración y sus horrores genocidas...

Y, lo peor, en plena y peligrosa era nuclear. A Einstein, el “padre de la bomba atómica”, le ha oído decir en Princeton, en 1948 —de sus propios labios, en una entrevista personal—, esta tremenda admonición, a tres años de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki de agosto de 1945:

—Si el hombre no acaba con la bomba atómica, la bomba atómica va a acabar con el hombre.

Cuatro

Estados Unidos *versus* la Unión Soviética

1

Desde joven le ha desencantado Estados Unidos. No es —se ha dicho siempre— una democracia ideal.

¿Cómo podría serlo con su inhumana discriminación contra negros y latinoamericanos, y contra todas las minorías que la integran, incluidas sus propias poblaciones aborígenes? ¿Cómo podrían serlo si mantienen la existencia de horribles *slums*, como los de Nueva York y Chicago, Pittsburg y Detroit, entre otros no menos ominosos?

¿Cómo podrían serlo con sus millones de desocupados? ¿Con sus mendigos, con sus niños miserables, con sus ancianos desamparados, con sus persecuciones políticas...?

Las relaciones de Estados Unidos con América Latina no han sido, no son, no serán jamás las que debieran. ¿No dijo Bolívar: “Pareciera que los Estados Unidos hubiese sido creado por la providencia para plagar la América de miserias en nombre de la libertad”?

En cuanto a la Unión Soviética y su gran revolución, son para él también una defraudación más.

2

Cuando llega a la Unión Soviética en junio de 1924, está aún fresca la tierra que cubre la tumba recién clausurada de Lenin, quien ha muerto víctima del excesivo trabajo y los problemas de una Rusia que intenta levantarse de los escombros en que la dejaron los Romanov y las extrañas, funestas relaciones de Rasputín, el taumaturgo consejero, con la zarina Alejandra Fiódorovna.

La Unión Soviética es todavía un país sumido en el caos, la desesperanza, la indecisión.

Mañana y tarde, ve largas colas de obreros y de campesinos que se acercan tristes y respetuosos al sarcófago de quien consideran su más grande, su más querido líder.

Es revelador para Víctor Raúl el hondo arraigo que tiene todavía en las masas el recuerdo de este llorado jefe bolchevique; la emoción con que, en mítines y teatros, las multitudes “electrizadas por la mención de su solo nombre” se levantan para vitorearlo frenéticamente.

Inquieta por su personalidad, entre comunistas y no comunistas; entre anarquistas y socialreformistas (estos tan acerbamente combatidos por Lenin, en vida); pero, la respuesta que le dan es siempre la misma: “¡Fue un gran hombre!”.

Una tarde, Nadezhda Konstantinovna, la viuda, recibe a Víctor Raúl. En la sala de su residencia, y junto al samovar, entre renovadas tazas de aromático té, evoca ante el joven sudamericano la austeridad del gran líder: la pureza de su vida, su extraordinaria capacidad de trabajo —“Nunca dilapidó su tiempo”—, su cordialidad, su cariño por los animales —muy en especial por los gatos—, y su devoción por la música, por la literatura, por el arte.

A Zinóviev le ha escuchado en un discurso sobre Lenin: “A la muerte del maestro no ha habido entre nosotros un solo hombre que pueda recoger su labor: hemos tenido que repartírnosla y aun así estamos lejos de realizar entre todos lo que él solo pudo hacer”.

Lunacharski —Anatoli Vasílievich Lunacharski—, el ministro de Instrucción, lo recibe en su gabinete de trabajo, que parece más el *atelier* de un artista de París, entre mascarillas y óleos, entre revistas de arte y libros de literatura. Le da la impresión de un hombre pleno de actividad y de entusiasmo. Viste chaqueta oscura, cerrada al cuello. Siente un vivo interés por el arte indoamericano y ha publicado en su revista semanal, que obsequia a Víctor Raúl, páginas con reproducciones de frescos de Diego Rivera. Admira la Revolución mexicana y le requiere información minuciosa sobre la labor de Vasconcelos y su educación popular.

Ya desde el primer día de su arribo a Moscú, Víctor Raúl ha visto a Trotsky en los pasillos de mármoles y espejos del Hotel Lux, en la céntrica avenida Tverskaya. Días después, lo ha escuchado en el Teatro de la Revolución, en una disertación inolvidable sobre el imperialismo: orador magnetizante, artista de la palabra, voz modulada maravillosamente, gestos cambiantes y siempre atractivos.

—Gestos, manos, elocución, todo se une —recordará— en elegante armonía de sinceridad y de soltura, de dominio y de certidumbre.

Proscrito Trotsky, conoce a Mikhail Frunze, quien lo sucede y es el comisario de guerra de la República Comunista y jefe del Ejército y la Marina revolucionaria de la Rusia obrera y campesina.

A lo largo de estos cuatro meses de 1924, Víctor Raúl recorre gran parte de Rusia. Entrevista a sus principales líderes: Ha visto desfilar por la plataforma a “todos los dioses mayores del olimpo soviético”. Les ha dado la mano, y ha visto de cerca a estos “protagonistas de un gran momento de la historia”, desde el vivaz Rýkov y Chicherin, el comisario del Exterior, hasta Stalin, vigoroso, imponente, con su astuto gesto y sus largos discursos.

Se ha reunido con ellos cada fin de semana en los jardines de uno de los altos comisarios.

Libreta en mano, va de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de isba en isba...

“Durante cuatro meses he vivido buscando el pro y el contra entre los rusos acerca de su revolución. He charlado con campesinos y burgueses, con obreros y estudiantes, con soldados y burócratas. Me siento ya experto en las fintas”.

3

Por recomendación de Lunacharski, a quien fuera presentado por carta de Romain Rolland —el Premio Nobel de 1915—, Víctor Raúl viajaba autorizado para ver cuanto quisiera ver: lo bueno y lo malo.

—Porque los latinos, cuando no quieren dejarse engañar, nadie los engaña —recomienda Lunacharski al intérprete y a los acompañantes—. Nuestro amigo es latino y es americano. Lo mejor es que vea todo. No es comunista, pero seguramente no va a desacreditarnos.

“Hay que ver mucho para descubrir el ritmo de la historia, porque para eso los libros no bastan. Estoy visitando escuelas. La

cuestión educativa me preocupa y es aquí función esencial del Estado. A medida que transcurran las semanas o los meses progresaré en el estudio del ruso. Sigo en la tarea para comunicarme lo más directa y ampliamente que sea posible. Me interesa ver, oír, sentir y comprender al pueblo; explorar su conciencia, acercarme a su alma. Solo así me resolveré a escribir un libro y enviar a América mis notas sobre Rusia”⁴.

Cinco

Lo que le desencanta en la Unión Soviética

1

Es cierto. Bien pronto advierte Víctor Raúl que las agencias noticias —como las de Occidente— no transmiten toda la verdad, y que “la propaganda es inmensa en Rusia”. Reconoce sí —años más tarde, desde Oxford, en 1927— que “Rusia (antes de la revolución) era un país en derrumbe”. “La revolución encontró —dice— un país que iba a la ruina bajo una clase degenerada, sin esperanza: en diez años Rusia ha renacido”.

De acuerdo con Mikhail Vladimirovich Rodzianko, un ex presidente de la Duma Imperial Rusa, cuyo libro comenta, Víctor Raúl afirma que hoy “toda la podredumbre se desploma y un nuevo orden surge del caos”. Y que “no había otro partido más digno y más fuerte para dirigir Rusia que el Partido Bolchevique. “La Revolución rusa ha sido en Europa —concluye— el más grande paso histórico de estos tiempos, y un paso de Justicia”.

2

Los desencuentros con la izquierda marxista vendrán justamente ese 1927 en el Congreso Antiimperialista de Bruselas, celebrado

⁴ Haya de la Torre, Víctor Raúl (1982). *Obras completas*. Lima: Siglo XXI, tomo 3, p. 19.

en el viejo palacio de Egmont, donde Marx firmó con Engels el *Manifiesto comunista* de 1848.

1928. José Carlos Mariátegui se separa del APRA en abierta discrepancia con Víctor Raúl. No le agradarían a Mariátegui ciertas expresiones de su amigo:

“El gran error de nuestros intérpretes excesivamente europeizados es este, en mi opinión: vienen al Viejo Mundo y no han visto su América. Sienten por ella el desdén del ignorante. Desprecian lo que no conocen y generalizan con un simplismo que pasma”.

En otra oportunidad escribirá:

“Durante aquel viaje comprendí las proyecciones universales de la Revolución rusa, pero me di cuenta de que se trataba de un fenómeno intransferible. Sovietizar y rusificar al mundo, tal como desde hace diecinueve años lo vienen proclamando propagandistas pueriles, es un romanticismo tan sincero como ingenuo, producto necesario de todos los impresionantes fenómenos históricos que se ponen de moda. Y si en Europa occidental se equivocaron con la anunciada propagación inmediata de la Revolución rusa, no hay razón para sorprenderse de que en Indoamérica nuestros estrepitosos voceadores de la soviétización se rompieron tantas veces los dientes contra el suelo”⁵.

“Indoamérica debe aprovechar la experiencia de la historia sin caer en la imitación servil. La realidad geográfica, étnica, económica de Rusia es muy diferente de la nuestra”.

Años más tarde, los hechos le darían la razón.

3

El sueño de Víctor Raúl era que el Perú, que su Indoamérica lograran ambas fusionar el progreso social y económico con la li-

⁵ Haya de la Torre, op. cit., tomo 3, p. 11.

bertad y los derechos humanos. Y eso no lo veía ni en Estados Unidos ni en la Unión Soviética. Ambos sistemas no eran sino dos formas de capitalismo: el privado y el estatal. Y, por lo tanto, dos formas de imperialismo, igualmente insensibles: “Imperialismo es capitalismo, y capitalismo imperialista es agresión, conquista, sujeción”.

Seis

Hacia la Europa nórdica y su mensaje

1

Cuando, en 1954, toma en Montevideo el barco que lo traerá al Viejo Mundo —Rodó lo haría desde la misma dársena en 1916, rumbo a Lisboa—, Víctor Raúl traía ya un plan premeditado en los largos días de su asilo en la Embajada de Colombia. Abiertamente lo confiesa: “Verificar cómo en los avanzados países europeos occidentales la democracia es mucho más efectiva y eficaz que en Estados Unidos y, notoriamente, en aquellos cuyo gobierno es ejercido por los partidos de izquierda democrática”.

2

Quería comprobar: “Cómo la democracia social responde al comunismo y le demuestra que la justicia económica puede alcanzarse sin inmolarse la libertad humana, dentro de un régimen civil de soberanía popular”. Indagar cómo ve el europeo de hoy a las Américas; saber un poco más de lo que él piensa de la del Norte —que acaso con los indoamericanos sea siempre más franco y confidencial en estos juicios— y, asimismo, qué piensa o espera de nosotros: calar tan hondo como sea dable el movimiento de opinión por la unidad supranacional europea y sopesar hasta qué proporción es hondo el

temor a la guerra, fuerte el anticomunismo y militante la fe en una organización mundial de Naciones Unidas completarían un plan de recorrido y de acopio”⁶.

3

En cuanto a si cumplió Víctor Raúl el objetivo de este viaje por los países de la Europa nórdica, lo verá y lo dirá usted, muy estimado lector.

⁶ “Haya de la Torre: planes de viaje”. En Rivero-Ayllón: *Víctor Raúl, periodista* (1997). Lima: Trilce, p. 128.



Advertencia del autor

Mensaje de la Europa nórdica, título escogido por mis fraternos amigos los compiladores de estas breves notas de viaje, habría sido designación más a propósito para un libro completo sobre los Estados escandinavos, el cual espero publicar alguna vez. Pero mientras allego nuevas informaciones, y, en futuras y proyectadas visitas, pueda ver mejor aquellos países que tanto enseñan a quien se propone estudiar sus múltiples e interesantes aspectos, van insertas en el presente volumen solo algunas de mis primeras impresiones.

En conjunto, los temas exceden el área europea que el título adoptado para su reunión delimita; pero es indudable que su organización se atiene a un común enfoque de problemas y circunstancias, cuya relación orbital es patente. Como se verá, en este modesto y adelantado mensaje intento transmitir al lector indoamericano una convicción recogida y hondamente afirmada a lo largo de mis peregrinajes de observador por esta zona del llamado Viejo Mundo: que muchas de las soluciones de los problemas socioeconómicos, cuya búsqueda es el angustiado quehacer de la humanidad actual, han hallado su inicial respuesta positiva en la Europa nórdica. Y de ella, concretamente, en la escandinava.

Una de las razones —y ante el lector, obligante excusa— de la inmediata publicación de este libro es su carácter periodístico, originalmente escrito, casi todo él, al compás de acontecimientos acelerados e insólitos, en el curso de la cambiadiza política internacional,

cuya velocidad, mudanzas y sorpresas pueden envejecer o desubicar enjuiciamientos de conocimiento retardado. Un explicable afán de seguirlos casi sincrónicamente, desde las columnas de diarios y revistas americanas, en los cuales mis comentarios han aparecido, justifica su pronta compilación. Que así reproducidos arriesgan menos su inoportunidad.

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE
Copenhague, 1956

Primera parte



1. Los pueblos enérgicos

Róterdam, la ciudad porteña neerlandesa arrasada por la barbarie de la guerra, se rehace hoy con asombrosa pujanza. Al revistarla, después de largos años, pienso en la bella metáfora del tallo airoso de la alubia cercenado por el hachazo imprevisto, de cuya herida retoña pronta y lozanamente, que Arnold J. Toynbee nos depara en su *Estudio de la Historia* para alegorizar la voluntad de resurgimiento de los pueblos enérgicos.

El escultor holandés Ossip Zadkine ha logrado plasmar, en la trágica concepción de su *Werweste Stad*, precisamente eso: *La ciudad destruida*. En aquella solitaria y espectral figura humana, rota, contorsionada, tambaleante, en alto los brazos de su protesta y hacia el cielo también el rostro abierto por un tajo de alarido, que intenta desesperadamente una zancada afirmativa, aparece el símbolo épico de este pueblo asesinado y resurrecto. Sin duda, aquel perfil extraño, descollante sobre su pedestal bien implantado en el centro de una escueta plaza frontera del puerto, significa, memorativamente, el contrapunto nefasto en el ritmo optimista de esta ciudad remozada y próspera, prodigiosamente renacida de los restos aún patentes de su desolación.

Mas la desgarrada escultura de Zadkine no representa solo el contraste creador de Róterdam. Es el de toda Holanda, como es el de Bélgica, el de Dinamarca, el de Noruega y, también, el de Finlandia. Y

el de la misma Alemania demolida que hoy se alza —tal se dice, en el milagro alemán— del polvo de su sangre para trabajar y sonreír.

No han transcurrido aún diez años desde el 30 de abril de 1945, fecha oficial del suicidio de Hitler, ni todos los anchos fosos innumerables abiertos por los bombardeos han sido transformados en soleras de nuevos edificios, de puentes, monumentos y avenidas. Ello no obstante, la superviviente Europa nórdica ha ganado con pertinaz disciplina su cruenta experiencia y rejuvenece. La invasión implacable del militarismo nazi —provocador de la represalia bélica, no menos destructiva y brutal— es un melancólico recuerdo aleccionador, aunque no de los negativos y paralizantes, engendrados por los patrioterismos demagógicos. Antes bien, es sano estímulo para superar lo subalterno y aturdido de la estrechez nacionalista, y para distinguir —valga el mejor ejemplo— entre la agresión hitleriana y la aportación constructiva y civil del gran pueblo alemán, insoslayable en una Europa integrada y democrática del futuro.

Con la Segunda Guerra Mundial han desaparecido casi todos los suicidas nacionalismos europeos, vestigios decimonónicos. De ellos quedan apenas, aisladamente tercios, algunos: así los agazapados bajo las bancas de los senectos parlamentarios chauvinistas franceses, quienes, no arrepentidos de la responsabilidad que por su intransigente arrogancia tuvieron en el advenimiento de la reacción nazi —violento producto de la amarga respuesta de un pueblo fuerte y acorralado—, se aferran, todavía hoy, en explotar el miedo a la inextinta vitalidad germana, en vez de aprender lo mucho que ella enseña y de emularla. O que, eventualmente, se alían a los comunistas, y hacen su juego, al cerrar el paso al caudaloso movimiento de opinión democrática continental a favor de la unificación europea.

Empero, el sentimiento público predominante en las laboriosas colectividades nórdicas que no saben guardar rencores es diferente. Ellas están formadas por los pueblos enérgicos, creyentes en

la libertad y la paz recuperadas con el trabajo y por el buen gobierno. Sus memorias de la terrible guerra quedan en los libros, en las referencias de las conversaciones hogareñas y en los museos —de los cuales el completo Museo de la Resistencia de Copenhague es el más impresionante—, o en los monumentos conmemorativos. Aunque en estos, valga advertirlo, no se ostenta esa literatura lapidaria, ofensiva para los alemanes, tan frecuente en los cenotafios franceses. En Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega y Finlandia, el homenaje sobrio a nuestros muertos, a su sacrificio y a su gloria, está siempre florecido de ramos en las plazas bulliciosas, a la vera de los templos o en los frescos parques arbolados donde bullen los niños, que son la nueva Europa. Y ante aquellos obligantes tributos a los caídos, pasan ahora, entre millares de turistas, muchos procedentes de la Alemania Occidental —los alemanes son de los que más viajan, así están ya de bien abastecidos—, quienes se detienen, observan y se alejan. Pues ellos también tienen sus ruinas y sus muertos, y acaso en mayor número; mas ellos han reganado, asimismo, y en qué forma, su hazañosa prueba de pacífico esfuerzo después de la dictadura y de la guerra.

Así, los que ayer fueron invasores e invadidos, el promedio del turista tudesco y el íncola de estos países, otrora enemigos, intercambian frases amables, discuten problemas generales y sonríen como amigos. Hitler y la guerra casi nunca se mencionan: se evitan como si fueran malas palabras; pero todos admiran el ilustre pasado de estas ciudades sobrecargadas de testimonios de ingente y milenaria riqueza cultural cristiana y europea.

Al observar cómo discurren estas gentes de la Europa de hoy, cómo se ven y tratan con amistad de compatriotas de una nueva comunidad de pueblos —cuyo unánime esfuerzo de recuperación tiene un lógico destino, si ellos no han de perecer: el de unirse en un vasto sistema federativo continental—, he pensado que en esta ciudad holandesa, víctima mayor de los horrores de la guerra, el

bronce admirable de Zadkine tiene, no muy lejos de él, su complemento simbólico. Casi a la vista, uno del otro, se levanta, invicto de los bombardeos, el monumento de Erasmo de Róterdam. Cubierta en su amplia vestidura talar y portando un libro en la mano, la figura enhiesta del estelar humanista aparece como la representación del espíritu civilizador europeo, imperecedero hasta ahora, a despecho de los embates de la violencia. Esta ha quedado fijada en *La ciudad destruida*, como una maldición de la guerra. Pero su contrarréplica, la afirmación victoriosa de aquellos valores esenciales que la barbarie no mata, está inmortalizada en el tributo al egregio ciudadano europeo, uno de los iluminados precursores renacentistas de su unidad.

Róterdam, octubre de 1954

2. Una visita al palacio de la Corte Mundial. Epílogo del asilo

En Indoamérica decimos popularmente matar el gusano, que es cumplir un viejo y vehemente deseo y quedarse contento solo por ello. Quería yo matar el gusano al visitar, después de muchos años, la sede de la Corte Internacional de Justicia, de La Haya. Esta había decidido mi destino político, el del Partido Aprista y, en cierto momento, acaso el de mi propia vida. Y, si bien es cierto que, por sus fallos confusos e insostenibles en cuanto a la inventada urgencia del asilo, e ilógicos, además, en lo atañadero al salvoconducto —dos tecnicismos argumentales destruidos por el acuerdo de la X Conferencia Interamericana de Caracas¹—, debí permanecer cinco años, tres meses

¹ La Corte Internacional de Justicia, en su primer fallo en el proceso sobre el derecho de asilo, declaró:

“[...] La Corte considera que el gobierno del Perú no ha probado que los actos de los cuales el asilado fue acusado, antes del 3-4 de enero de 1949, constituyen delitos comunes” (fallo del 20 de noviembre de 1950).

y tres días en la Embajada de Colombia en Lima, también es evidente otro hecho: que la Corte, con expresas y terminantes palabras, me había absuelto de toda culpa en un reiterado veredicto sin precedentes. Así lo aseveró en memorable y gallarda “Carta abierta” mi compatriota —y no correligionario de partido— el ex embajador y ex juez de la Corte Permanente Internacional, doctor Felipe Barreda y Laos², quien recalcó que yo había recibido una carta de inocencia

Y en su segundo fallo:

“En su fallo del 20 de noviembre, la Corte, al examinar si el asilo fue regularmente otorgado, halló que el gobierno del Perú *no había probado* que los actos de los cuales Haya de la Torre fue acusado, antes del asilo que le fue otorgado, constituían crímenes comunes” (fallo del 13 de junio de 1951).

En la X Conferencia Interamericana de Caracas de 1954 se aprobó el dictamen del Comité Jurídico Americano de Río de Janeiro sobre el derecho de asilo, según el cual se establece que la calificación unilateral del asilado por el Estado asilante constituye la esencia de ese derecho. Es decir, confirmó la Convención de Montevideo (1934) sobre el asilo, que fue la base jurídica en la que Colombia apoyó su defensa ante la Corte Internacional de Justicia. Contra el solo voto del Perú, la Conferencia de Caracas —y por ello habrá de ser recordada— consagró el derecho de asilo en Indoamérica [Todas las notas al pie han sido tomadas de la primera edición de *Mensaje de la Europa nórdica*, Lima, Juan Mejía Baca, 1956].

- 2 El doctor Felipe Barreda y Laos, en la “Carta abierta” fechada en Buenos Aires el 1 de diciembre de 1950, al dictador militar del Perú general Odría, expresó:

“El expediente equivocado de someter este asunto al Tribunal Internacional de La Haya exhibe al Perú en la situación singularmente odiosa de ser el único país que plantea ante el primer tribunal mundial de justicia no una cuestión referente al patrimonio nacional, o algún conflicto de carácter internacional en controversia con otro Estado, sino una cuestión individual contra un connacional, para negarle el amparo de una situación básica de derecho público americano, que atempera la barbarie de nuestras luchas políticas, envenenadas por un morbosos y desquiciador personalismo.

Ha sucedido lo que fatalmente tenía que suceder. La intransigente e impolítica actitud ha tenido este paradójico epílogo: que el señor Haya de la Torre, a quien se quiso descalificar exhibiéndolo como delincuente común, ha recibido un veredicto de inmunidad; una carta limpia de culpas criminales; una ejecutoria de puritanismo política, que no tenemos ni usted ni yo, ni ningún ciudadano peruano, expedida por el más alto tribunal de justicia del mundo; pero esos áulicos consejeros que alentaron e impulsaron a la Junta Militar presidida por usted a adoptar tan desorbitada e infeliz solución del problema ocupan las más altas posiciones de autoridad, y desempeñan las más elevadas y ostentosas funciones públicas”.

y de limpieza política —y conmigo mi partido—, que, así, otorgada por el más alto tribunal del mundo, no la ha obtenido ningún otro calumniado del Perú, y, en general, de nuestra América, donde el falso testimonio y la mentira contra el adversario indefenso son puñaladas a mansalva, en cuyo asestamiento, siempre sobre seguro, suelen ser avezados golpeadores los tiranuelos criollos.

Es bien sabido que la Corte Mundial de Justicia funciona en el Palacio de la Paz —*Vredespaleis* se dice en holandés—, cuya erección solventó, allá por el primer decenio de esta centuria, la Fundación Carnegie, con un cheque por un millón y medio de dólares, documento que, en reproducción facsimilar y en vistoso marco, se encuentra adosado a uno de los muros del palacio. El solicitante tenaz de aquel donativo fue el consejero de Estado ruso, Frederic de Martens, figura prominente de la Conferencia de Paz de 1899, que fue convocada por iniciativa del infortunado zar Nicolás II, con el fin de crear la primera Corte Mundial de Arbitraje.

El proyecto del palacio, premiado en un concurso internacional de arquitectos, fue obra del francés Cordonnier, quien, asesorado por otro ilustre ingeniero, el neerlandés Van der Steur, levantó el imponente edificio. Dicha obra fue inaugurada, con toda pompa y circunstancia, en agosto de 1913. Mas, justamente un año después, la Primera Gran Guerra europea de nuestro siglo conflagró al mundo, y la anhelada paz ecuménica pereció, con muchos tronos —entre ellos el del propio zar iniciador de la Primera Conferencia de La Haya—, para dar paso a una nueva época en la historia.

En el interior del palacio se hallan, un poco abigarradas para el gusto del hombre de hoy, muchas cosas, casi siempre de alto valor, aunque no siempre estéticamente adecuadas. Y, a veces, se tiene la impresión de andar por los vestíbulos y escalinatas de un lujoso y recargado local de cinema norteamericano... Ello no obstante, se encuentran algunos aciertos de disposición arquitectónica y obras

de mucho mérito artístico o de valencia meramente simbólica: así, la bellísima geometría multicolor de los jardines y una hermosa galería lateral, un salón enriquecido por los lienzos del pintor holandés Ferdinand Bol, algunos vitrales y finos tallados de madera, unas valiosas mayólicas húngaras, y, aquí y allá, mosaicos primorosos dan al palacio prestancia de tal. La reproducción reducida del Cristo de los Andes, una alegoría escultórica de los horrores de la guerra y un bien logrado busto de Gandhi recuerdan la significancia histórica del edificio.

Por discreta gestión de un amigo influyente, y en su amable compañía, fui al Palacio de la Paz. Volví a entrar en él con muy distinto ademán del que, juvenilmente despreocupado, llevó mis pasos por sus compartimentos, hace ya muchos años, en unión de un grupo de estudiantes de Oxford, viajeros de vacaciones. Entonces, no habría podido siquiera imaginar que una etapa crucial de mi vida iba a quedar ligada a los anales de la solemne institución que el palacio alberga. Por esta vez, debo confesarlo, lo miré, por momentos, con el corazón apretado.

La Corte no estaba trabajando aún el día de esta mi segunda visita. Las vacaciones estivales de los solemnes jueces se prolongan hasta muy entrado el otoño europeo. Mientras ellos se hallan ausentes, su personero es el *greffier*, notario y relator del Alto Tribunal. Para mi sorpresa, el *greffier* recientemente designado no es otro personaje que el doctor López Oliván, ex diplomático de España, ex ministro de su Segunda República en Estocolmo, y hoy, según decires, consejero del infante Don Juan, pretendiente al trono de los reyes católicos, usurpado por Franco. El doctor López Oliván fue uno de los abogados extranjeros a quienes el gobierno militar del Perú contrató entre sus defensores para los procesos sobre el derecho de asilo. Ni más ni menos.

Él, que había actuado en el segundo de aquellos sonados litigios entre Colombia y el Perú, salió airosamente del mal rato de

su encuentro conmigo. Discreto diplomático, supo ser sagaz dueño de casa, durante una prolongada charla tocante con muchos temas actuales, que no el del asilo. Y luego de conversar lo bastante como para asegurarse de que el terrorista y delincuente común, a quien sus eventuales y totalitarios clientes le encargaron atacar cuatro años ha, no era tan fiero como se lo habían pintado, el doctor López Oliván, en prueba de buena gana, nos invitó muy amablemente a pasear el edificio. Y tan interesante recorrido comenzó por los ingentes archivos de la Corte, en donde el *greffier*, sin mayores comentarios, me hizo obsequio de una colección completa de volúmenes, de grande y pequeño formato, publicados en inglés y francés, sobre “L’affaire Haya de la Torre”, subtítulo que todos llevan.

Salón por salón, galería por galería, anduvimos en todo el edificio guiados por tan importante cicerone. Llegamos, al fin, a la gran sala de audiencias del tribunal, donde el doctor López Oliván, tras una referencia rapidísima, y, por lo demás, insoslayable de que en ese mismo lugar se habían visto y fallado los dos procesos sobre el asilo, hizo una breve y digresivamente salvadora crítica de las inmensas y lujosas lámparas, que penden del alto y ornamentado techo. Luego, señaló respectivamente: “Allá se sientan los jueces; acá, los defensores; de este lado, el público; arriba, los periodistas y la gente de la radio...”. Mientras en la ancha sala vacía resonaba de nuevo la voz del que otra vez había hablado allí en nombre de mis perseguidores y adversarios, viajaban mis pensamientos de La Haya a Lima, y recordaba los días en que, en otro salón distante de la avenida Arequipa, y a la vera de la encendida chimenea, mis inolvidables amigos colombianos y yo habíamos mantenido tensas nuestra solidaridad y nuestra expectativa.

Después, vimos las salas privadas, donde los jueces se revisten, donde reposan y charlan, y observamos, a la vez, sobre los muros, retratos al óleo de magistrados, malos y buenos —los retratos—, entre los cuales figura una engalanada efigie del doctor Gustavo Guerrero,

juez centroamericano de muy comentada, si bien no siempre cristalina, memoria en los procesos sobre mi asilo. Luego, terminamos la completa revista en la magnífica biblioteca, la cual contiene un cuarto de un millón de volúmenes —siempre a disposición del público—, que es, sin duda, el mayor tesoro del Palacio de la Paz. Con muy bondadosa actitud, el bibliotecario me advirtió que habían recibido ya la última obra en inglés del profesor Harry Kantor sobre el aprismo, editada por la Universidad de California. Y me mostró el preciso y eficiente servicio de catálogos y fichas que facilitan la movilización de tan ingente número de libros.

A poco de despedirme, no sin cumplir con agradecer las atenciones del doctor López Oliván, tuve que enfrentar otra hospitalidad: la de los empleados menores, ujieres y porteros. Estos, al tener noticia de mi presencia en el palacio, quisieron ver a quien —según su decir— había promovido el proceso más ruidoso y agitado de que ellos guardan recuerdo. Se sabían de memoria los argumentos de una y otra parte. Y, mientras yo firmaba sus álbumes a los que coleccionan autógrafos, les oí expresiones espontáneas: “Toda nuestra simpatía estaba con Colombia, porque ella tenía la justicia. Usted era para nosotros un personaje legendario, y nuestra opinión es que Colombia ganó. Ganó completamente. La prueba es que usted está libre, aquí”.

Y yo les dije que quedábamos completamente de acuerdo.

La Haya, septiembre de 1954

3. La Europa que no nos dejan ver. ¿Qué llamarían ustedes una “democracia ideal”?

Generalmente se nos dice que la democracia ideal está instaurada en Estados Unidos. Y la prensa norteamericana no vacila en proclamar arrogantemente a su República como la más libre del mundo.

Ello no obstante, todos sabemos que en Estados Unidos existe una inhumana discriminación racial contra los negros; que en las grandes ciudades hay horribles *slums*, como los de Nueva York, Chicago, Pittsburg, Detroit, para mencionar solamente los más ominosos; que no faltan unos tres millones y medio de desocupados; que hay mendigos, niños miserables, ancianos en completo desamparo y, además, persecuciones políticas.

Si volvemos los ojos a nuestra América, solo hallaremos un Estado donde no se ven mendigos o niños abandonados, ni ancianos con más de sesenta años sin pensión de vejez; ni trabajador manual e intelectual —aunque sea doméstico o vendedor de diarios— sin jubilación; donde esa jubilación protegerá también en breve al ama de casa por su labor en el hogar; donde no hay servicio militar obligatorio; donde la instrucción es absolutamente gratuita desde la escuela hasta la universidad; donde no se pagan impuestos sobre la renta; donde todo hombre o mujer cuenta con seguros de enfermedad, de desempleo; donde los habitantes tienen, per cápita, la más alta alimentación proteínica y de carne en el mundo; donde la tuberculosis presenta su más bajo índice en Latino o Indoamérica; donde no hay presidente de la República sino un gobierno colegiado; donde el Ejército es una entidad reducida, culta, apolítica y poco costosa; y donde las libertades de pensamiento, de prensa, de oposición son irrestrictas. Ese Estado es el Uruguay.

Pero el Uruguay, que no es una República de ángeles sino de hombres de carne y hueso, tiene que vencer todavía algunas deficiencias, a pesar de su ejemplar avance social, que lo coloca a cincuenta y hasta cien años de no pocas de nuestras repúblicas. Tiene todavía un catorce por ciento de analfabetos, carece aún de una buena tecnología estadística, de un integral sistema cooperativo, y su organización de la economía estatal le impone la creación de un cuarto poder del Estado —el poder económico—, necesidad que se deduce de la resaltante significación de las instituciones lla-

madras entes autónomos, que constituyen una poderosa fuerza de producción y circulación de la riqueza del país. Tal, por ejemplo, el Banco del Uruguay, que tiene el más alto encaje de oro del continente y, también, con su más alta y solventada moneda.

Creo que el Uruguay es mucho más democracia que Estados Unidos. En el Uruguay, la persecución política de un partido o de un ciudadano serían inconcebibles; la aparición de un McCarthy, una monstruosidad; y la discriminación de un negro constituiría algo indigno del generoso sentido humano del pueblo oriental, cuyo es el lema de Artigas: “Con la verdad, ni ofendo ni temo”. Empero, muy poco se habla del Uruguay y la propaganda de determinadas agencias de noticias jamás informará debidamente a nuestros pueblos acerca de las conquistas sociales uruguayas. Para el norteamericano que vocea la libertad de empresa y la libertad de comercio y de cambio, un país como el Uruguay, donde el Estado es empresario total o parcial —una anticipación de más de treinta años al *New Deal*—, donde hay estricto control de cambio y donde la libertad de empresa está limitada, es un país que lleva el estigma de ser socialista, palabra que, en su concepto, se acerca a comunista y, en consecuencia, provoca maldiciones en Washington.

Así se explica el silencio que rodea al Uruguay y a su obra social, en la cual podrían inspirarse la mayor parte de nuestras repúblicas. Porque el Uruguay no es socialista. Precisamente, su gran reformador político —el egregio don José Batlle y Ordóñez— fue declarado antisocialista, lo cual no le impidió ser el creador de una democracia social que lo coloca en el rango de uno de los grandes, si no el más grande, de los estadistas —estadista es el creador de Estados— de nuestra Latino o Indoamérica.

En Estados Unidos se nos dirá que no hay democracia allí donde el intervencionismo estatal en la vida socioeconómica sea predominante. Oiremos que el sistema capitalista debe ser irrestricto, y leeremos que todo país en el cual se gobierne con una planeación económica gubernamental es un abominable foco de co-

munismo y demagogia. Por lo menos, así opinan los hombres y la prensa del Partido Republicano.

En Europa —y aquí se repite en grande el caso del Uruguay, típico en nuestro continente—, los únicos países que han resuelto el problema de la democracia social y económica son los que están gobernados por el laborismo y la socialdemocracia. Y estos son los únicos que han dado política y económicamente al comunismo una respuesta positiva, creadora, realista. Son los países donde no hay analfabetos; ni mendigos; ni menores hasta los dieciséis años sin subsidio del Estado; ni ciudadanos, hombres o mujeres, sin pensión de vejez; ni muchacho o muchacha sin instrucción libre y gratuita; ni enfermo sin la mejor y más barata asistencia; ni *slums* o barriadas miserables. Y donde los índices de buena salud, con exterminio casi total de las enfermedades infecciosas, y los de longevidad son los mejores testimonios de la obra social del Estado.

¿Por qué los gobiernos escandinavos no necesitan ilegalizar y perseguir al partido comunista, a pesar de ser, algunos, colindantes con Rusia, como Noruega y Finlandia, o fronteros de ella, como Suecia y Dinamarca? El comunismo no es una amenaza en Escandinavia. Los partidos comunistas constituyen una pequeña minoría y nadie teme que los agentes de Moscú corroan las instituciones tutelares del Estado, porque todo escandinavo sabe bien que los regímenes de izquierda, que desde hace veinte años gobiernan en esos países, han logrado implantar una eficaz y eficiente justicia social, superior, en muchos aspectos, al de la misma Rusia.

Escribo esta nota mientras viajo en un barco noruego que bordea los nevados fiordos, más arriba del círculo polar ártico y después de visitar Kirkenes, que es el lejano puerto de un centro de mineral de hierro, donde forman un triángulo las fronteras de Noruega, Finlandia y Rusia. En toda aquella zona, el íncola del llamado Finnmark —sin excluir a los lapones— siente por los rusos una marcada simpatía, que explica y justifica la gratitud colectiva. De la férrea ocupación militar nazi que, en Noruega, duró cinco años, los liberó, en

aquella región hiperbórea, el Ejército soviético, el cual, al revés de lo que hizo en el centro de Europa, se restituyó prontamente hasta detrás de sus fronteras. Y allí está. Desde Kirkenes se le divisa allende el río. Empero, a esta amistad popular noruego-rusa nadie le teme; nadie sospecha de la buena relación entre los dispares vecinos, ni la Policía se preocupa de indagarla. La estabilidad social, la justiciera organización político-económica del gobernante Partido Laborista, su régimen democrático con libertad y con pan, son el mejor seguro del progreso, bienestar y paz del pueblo noruego.

El escandinavo paga impuestos y algunos, los pudientes, se quejan de ello. Pero los más entienden bien que las altas contribuciones se invierten en aquel seguro de libre y pacífica equidad. Las empresas privadas están garantizadas, mas no como se preconiza en Estados Unidos, donde impera la libertad económica del más fuerte a costa de la del más débil. El cooperativismo abarca un veintitrés por ciento de la producción de Noruega —pesca, bancos, seguros, consumo, producción, vivienda, agricultura y el llamado “propietarios de motores”— y comprende cerca de un millón y medio de jefes de familia, de una población de siete millones de habitantes. En Suecia, Dinamarca y Finlandia la proporción es semejante.

Esta es la Europa que hay que ver y acerca de la cual las agencias monopolizadoras de informaciones y noticias hacen apenas mención. La Europa de la verdadera democracia, del anticomunismo sin persecuciones, la cual demuestra que, si es verdad que la promesa social rusa aparece congelada, la frustración del sistema capitalista a ultranza es también irrevocable. Pues el verdadero camino no lo señalan ni el uno ni el otro; porque ambos desembocarían en la guerra suicida. El verdadero camino lo han enrumbado los pueblos escandinavos en Europa, y el Uruguay en Indoamérica. Y, acaso, puede ser también la afortunada ruta de México.

Hammerfest, noviembre de 1954

4. Hacia la federación europea

Los ministros de negocios extranjeros de los Estados de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero han acordado en su conferencia de Messina que los estudios referentes a la organización de la Federación de la Europa occidental deben completarse antes del 1 de octubre de 1955.

Valido de esta coyuntura, el ex ministro y parlamentario francés *monsieur* Jean Monet ha publicado un excelente artículo en *The Times*, de Londres, cuyos epígrafes dicentes plantean una vez más la perentoriedad de posibilitar el proyecto de los Estados Unidos de Europa. *Monsieur* Monet, uno de los más empeñosos adalides de tan ingente plan, dice, con muy buenas razones, que “Europa debe escoger”, pues: “La unidad es la llave de un mejor sistema de relaciones entre el Este y el Oeste”.

La experiencia —recalca el estadista francés— ha demostrado que, tal como lo aseveró el ministro belga de asuntos económicos en su discurso conmemorativo del décimo aniversario del establecimiento del Benelux, pronunciado en La Haya en septiembre de 1954, “la unión económica de Bélgica, Holanda y Luxemburgo es la prefiguración de los futuros Estados Unidos de la Europa occidental”. El Benelux ha resultado un magnífico negocio para los Estados que lo forman y significa el primer paso hacia una conjunción de países democráticos cuyo grupo paralelo es Escandinavia. En ella, sus gobiernos homogéneos —socialdemócratas— se empeñan en coordinar y acercar más y más la acción de tres reinos y dos repúblicas: Suecia, Noruega y Dinamarca, Finlandia e Islandia, a fin de unificarlos, alistándolos así para la más vasta organización federativa que será, seguramente, la obra de un cercano porvenir.

Monsieur Monet presenta en su artículo un argumento que nos es caro y en el cual hemos puesto mucho énfasis desde hace algún tiempo. Se refiere a la situación evidentemente próspera de la Europa occidental de hoy, la cual ha enfrentado con energía, optimismo y excelentes resultados las consecuencias de la guerra. Pero advierte, con

muy buen criterio, que ese alto índice de progreso europeo “no nos debe cegar ante el hecho incontestable de que el progreso de Estados Unidos y de Rusia es todavía mucho mayor”. Y añade estos conceptos que, pienso, son de mucha fuerza lógica:

La razón por la cual los norteamericanos y los rusos van lejos a la cabeza del progreso no se debe a que ellos sean trabajadores más recios o que tengan mayor inventiva que nosotros los europeos. La razón de este adelanto se debe a que ambos, a despecho de las diferencias de sus regímenes, están desarrollando sus economías en una escala continental. Contrariamente, los recursos y los mercados de los países europeos se hallan todavía separados unos de otros y son, en consecuencia, comparativamente pequeños.

Puntualiza, además, un ejemplo muy actual y extremadamente expresivo: el desarrollo de los trabajos de la energía atómica para usos pacíficos. En tanto que en Europa, todavía, cada país está realizando empeñosamente estudios y experiencias separadamente, los Estados-continentes de Rusia y Norteamérica pueden cumplirlos ventajosamente en gran escala porque son grandes federaciones o uniones de Estados y pueblos cuyo escenario es la vastedad de enormes espacios inmensamente ricos en recursos y dinero. La Edad Atómica no podrá plasmarse en pequeños o grandes Estados-nacionales separadamente. El nacionalismo económico de los países chicos y aislados corresponde a otra edad de la tecnología. Solo las federaciones continentales serán campo adecuado para los vastos alcances del desenvolvimiento y utilización de la energía nuclear.

Monsieur Monet esgrime, enseguida, sus experiencias en el plano de las relaciones económicas intereuropeas. Y subraya que la única solución para los complejos problemas del continente es que sus Estados integrantes se coordinen en una estructura federal político-económica. Es indispensable el fondo común para hacer viable la

aplicabilidad de la fuerza atómica al servicio de la producción. Pero, para ello, la unidad previa de los Estados y la abolición de sus fronteras de todo orden resulta condición inevitable.

El artículo de *monsieur* Monet encara otra de las cuestiones espinosas que los franceses conservadores a ultranza ven con patriótica inquietud: la unidad de Alemania. Y aserta con evidente claridad que si bien una Alemania reunida, dentro de un mosaico de Estados europeos, constituido independientemente como parte del sistema de preguerra, es peligrosa, no lo sería dentro de una federación. El proyecto de los Estados Unidos de la Europa occidental lleva implícito en su configuración la respuesta favorable para aquellos que temen al poderío de una Alemania unida. La admirable capacidad de trabajo del pueblo germano, su espíritu creador, su indeclinable energía serán puestos al servicio de una nueva concepción política y de un nuevo anhelo solidario de progreso. Ya no será la Alemania reducida a gran comarca arrinconada, cuyo empuje rebasa sus constreñidos límites. Será una Alemania integrante de una Europa federada, dentro de la cual devendrá indispensable propulsora.

El impresionante y autorizado artículo de *monsieur* Monet —cuya es la voz de la Francia nueva, aspirante a la organización de una nueva Europa cohesionada— culmina con una neta invocación a Gran Bretaña. Recuerda que el convenio suscrito entre ella y la Comunidad del Carbón y del Acero en la Navidad de 1954 es el primer paso hacia el acercamiento económico entre las islas sajonas y el continente. Y termina diciendo que si los países de Europa se federan y si Gran Bretaña continúa desempeñando el papel de Estado vínculo entre ellos y Estados Unidos de Norteamérica, “es mi convicción más firme que ningún otro paso será más efectivo hacia la prosperidad humana y hacia la paz entre las naciones en esta segunda mitad del siglo XX”.

Bruselas, junio de 1955

5. Por qué me llaman “presidente”

Ando un poco temeroso de que mis compatriotas del Perú o de Indamérica, so pretexto de defender la verdad histórica, protesten contra esta manía de la prensa europea de llamarme “ex presidente del Perú” y, a la francesa, “*monsieur le president*”. O imaginen que yo me asigno el atributo.

No necesito esforzar la imaginación para suponer que tal título, así voceado, suscitará protestas envidiosas: “La envidia, ese cáncer que de España emigró a América y que allí se propagó como flor asafétida”, dice don Miguel de Unamuno, con palabras más o menos tales. Pero, válgome de las columnas de *El Tiempo* para contar la historia y salvar mis pretensas responsabilidades.

Aconteció en Ámsterdam, y luego en Bruselas, que los diarios me llamaron ex presidente del Perú. Pero cuando, en una conferencia de prensa en la capital belga, esclarecí que yo no había sido presidente de mi país, vino la respuesta terminante y contundente que es la que he encontrado repetida cada vez que protesté contra tan honrosa titulación: en la edición de 1953 de la *Encyclopaedia Britannica*, volumen 11, página 282, se lee en el artículo biográfico correspondiente a “Haya de la Torre” lo siguiente:

En la elección presidencial de 1931 Haya de la Torre se presentó contra el general Luis Sánchez Cerro, y el consenso es que el último ganó por métodos deshonestos.

La autoridad de la *Encyclopaedia Britannica* es en Europa indiscutida. Y —respondían los periodistas— si usted fue vencido en una elección por “métodos deshonestos”, es evidente que fue elegido por su pueblo presidente del Perú. Y, en consecuencia, es usted para nosotros, que creemos en la voluntad del pueblo como fundamento de la democracia, un ex presidente del Perú.

Hace poco, en la Universidad de Oslo, al ser presentado ante el auditorio del Instituto Latinoamericano, el presidente y representante comenzó su discurso con la lectura del artículo biográfico de la *Encyclopaedia Britannica* y me llamó, de nuevo, ex presidente del Perú. No tuve ya sino que decir que lo había sido in pártibus infidelium y que convendría no volver más sobre el asunto.

Claro está que en mi humilde convicción y en el hondón intangible de mi conciencia, sé que por dos veces, acaso tres, el pueblo del Perú votó mayoritariamente por mí y me eligió en conciencia su mandatario. El 31, incontrastablemente; el 36, cuando los apristas votaron en mi nombre y eligieron presidente al doctor Eguiguren —a quien el Congreso de la dictadura militar declaró oficialmente inhábil por haber sido elegido con votos apristas, así como suena—; y el 45, cuando el sufragio del pueblo aprista, a mi pedido, consagró abrumadoramente a Bustamante.

Pero, sin ignorar todo esto, yo, que nunca he desempeñado en el Perú un solo puesto público —ni el de regidor de municipio—, me he sentido y me siento siempre incómodo cuando el periodista o el profesor europeos se dirigen a mí con el título de presidente, aunque para mí sea honroso porque no me lo dio la usurpación, ni el fraude, sino la voluntad del pueblo, que ahí está, lista a ser probada a la luz de la libertad cualquier día.

Acontece, esto no obstante, que la titulación de la que apenas puedo librarme dio lugar a un gracioso episodio que aquí voy a relatar.

Visitaba en Suecia la escuela vocacional llamada Bergslaget que estableció cerca de la ciudad de Falun la cuantiosa donación de un magnate industrial sueco, Johan Ljunberg. Este legó treinta millones de coronas de 1909, toda su fortuna, destinados al establecimiento de un colegio modelo para alumnos de ambos sexos, el cual se halla situado cerca de las plantas siderúrgicas.

Habíamos visitado todas las instalaciones: las confortables casas para maestros, los amplios edificios de recreo social de alumnos

y profesores, los talleres, las cunas, los dormitorios, los laboratorios, los amplios y luminosos salones de clase. En cada sección me habían recibido con extraordinaria fineza los personeros de la docencia y las masas alegres de alumnos. Pero en cada sección oía yo el mismo saludo: “Bienvenido, señor presidente”.

A medida que la visita transcurría, era mayor la acogida entusiasta de los alumnos. Yo había explicado al rector y a los profesores que mi “presidencia” era solo simbólica, pero ellos me habían dicho que sabían que yo había sido elegido por el pueblo y que así se lo habían dicho a los alumnos. Ocasionalmente supe que yo era el primer visitante notable que llegaba a ese lejano centro de trabajo y de educación después de la visita que había hecho el rey de Suecia al mismo colegio en abril de 1954. Estábamos en octubre, y el rector me había advertido que para los muchachos y muchachas mi presencia era como la de un regio enviado de tierras muy lejanas, de las cuales se hablaba siempre cual países de leyenda.

Al terminar mi recorrido, los alumnos concentrados en el patio de juego me hicieron un saludo colectivo, en inglés: “Bienvenido y buen viaje, señor presidente”, dijeron a una voz centenares de ellos. Y luego una delegación de grandes y chicos vino, con muchas reverencias, a pedirme el favor de los autógrafos.

El rector dispuso que estos fueran concedidos por grupos. Uno por cada diez chicos y chicas. Y todo fue muy bien hasta que apareció un chiquillo de siete años, rubicundo y de vivos ojos azules, con su cuaderno de tareas pidiéndome un especial autógrafo para él. “A un futuro ciudadano de los Estados Unidos de Europa”, le escribí, y él se sintió feliz y me lo expresó con *tussen takk*. Pero no se marchaba. Por dos o tres veces pedía hablar al oído con el rector y le demandaba algo que yo no podía saber. Mas, como el rector sonriera cada vez que le escuchaba y como tratara inútilmente de que volviera a sus filas, al fin supe lo que el niño pedía.

Le había impresionado más que nada durante la visita del rey, seis meses antes, las charreteras y cordones dorados de los rejos choferes y lacayos. Y su pregunta insistente al rector era, en palabras concretas, la que sigue: “¿Por qué el señor presidente ha traído un chofer de traje negro sin dorados? ¿No tienen sus choferes un bonito uniforme?”.

El rector respondió como pudo. Y el niño me miró como a rey destronado, cuando le explicaron que los automóviles en que había llegado no eran míos sino de la compañía minera de Falum.

Oslo, diciembre de 1954

6. Puntos polémicos sobre Indoamérica

En este peregrinaje amable que voy haciendo por los países noreuropeos, la misión que me lleva de universidad en universidad, de tribuna en tribuna o de coloquio en coloquio, aquí y allá, con gente de toda extracción y grado cultural, comporta un aprendizaje equiparable al de muchos maestros y muchas bibliotecas. El europeo de toda edad y clase tiene siempre, además de lo que sabe por intuición o experiencia, un bien sistematizado y dinámico sentido común. Las grandes y destructoras guerras, las crisis consecuentes, la pública y cotidiana discusión de los problemas mundiales en la prensa y en la radio; el cine mismo, que lo acostumbra a visiones propinicias y vivientes de los sucesos palpitantes, todo ha contribuido a educar políticamente la conciencia histórica del hombre nórdico de Europa.

Paradójico es que en medio de un ambiente confuso, inquietante, cercado de riesgos bélicos —que, de ser ciertos, depararían dimensiones catastróficas imprevisibles— el hombre nórdico europeo no tenga del futuro una idea melancólica.

Mientras en Estados Unidos se vive un estremecido y casi patológico alarmismo, alimentado todos los días por los más lúgubres augurios, en Europa, y especialmente en la Europa nórdica, más próxima a la zona epicéntrica de las presuntas conmociones, la relativa tranquilidad es resaltante.

Y no es que se desdeñen los peligros, ni que se pretenda ignorar que vive el mundo una de sus más graves horas. Es, meramente, que todo ello se ve desde otra perspectiva y, además, que los dirigentes de estos países no tienen escondidas intenciones de aprovechamiento de la situación. El político —o el estadista de Europa occidental— no trafica con el peligro comunista ni pretende identificar el mundo libre con los grandes negocios de determinadas empresas imperiales. Aquí, la política aparece liberada de ese afán de subordinación a los ingentes intereses del capitalismo. Es, en casi todos los casos, una política de partidos democráticos de izquierda con una más clara visión de los problemas y con menos miedo al comunismo que en América, porque saben cómo combatirlo. Y el hecho incontrovertible de que aquí el comunismo pierde fuerza, sin necesidad de perseguirlo, ilegalizarlo o antagonizarlo con jingoísmos que conllevan un cavernario fascismo agazapado, da a los pueblos tranquilidad y les ayuda a esclarecer un criterio más realista de la problemática internacional.

Este hombre promedial de Europa, quien eventualmente piensa también que al sur de Canadá y Estados Unidos hay un anchuroso continente y muchas islas formantes de una grande y desarticulada nación, va interesándose más y más en aquella colectividad surgente que divisa como una futura y promisoría unidad.

Porque el hombre europeo, progresivamente familiarizado con los asuntos del mundo, los va dimensionando cada vez menos en función de nacionalidades. Esta es la hora de las grandes regiones continentales y solo los pueblos-continentes adquieren prevalencia de primer orden. Curioso es que en las conferencias internacionales

de las potencias de Occidente nunca falta Canadá, en tanto que los países de Indoamérica —como coristas que cantan detrás de bastidores— nunca aparecen. Y Canadá es dominio de una Comunidad de Naciones de foco y cetro europeo, mientras que nuestras repúblicas tienen sus banderas, escudos y, lo que es peor, sus charreteras propias... No me parecería raro que si Inglaterra lograra formar la Federación de las Indias Occidentales o West Indies, y hace de ellas también un dominio, las veamos figurar al lado del canadiense como otra nación americana³. Y lo merecerían, porque, a despecho de ser países con monarca foráneo, son democracias con voluntad propia, con elecciones libres, y con más legalidad y respeto por los derechos humanos que muchas de nuestras repúblicas tiranizadas por esos militarismos mercenarios, lacras de nuestra democracia y constante baldón de nuestra dignidad de colectividades cultas.

Así, el hombre medio europeo, y especialmente el nórdico, cuando se asoma a esa para él oscura aunque atrayente coyuntura de América, que son nuestros países, formula sus deducciones. Sabe que todos juntos formamos, en un escenario geográfico de veinte millones de kilómetros cuadrados, una nación de ciento ochenta millones de habitantes; si no exceptuamos a los pueblos de las West Indies, conformados por el mismo tipo de mestizaje de gran parte de Indoamérica. Sabe, por otro lado, el hombre europeo que desde México hasta la Patagonia tenemos el suelo acaso más rico del planeta. Y que nos hallamos exentos de mayores diferencias religiosas o idiomáticas, porque pronto nos comprendemos; y el castellano, portugués, francés e inglés se interentienden, y nuestros compatriotas de la Guayana y las Antillas que hablan holandés, por alguna de las otras lenguas comunes, se acercan a nosotros.

³ En 1956, las bases de la federación de las colonias británicas del Caribe fueron aprobadas por el Parlamento inglés.

Con estos elementos de juicio el europeo formula su pregunta que —tal queda dicho— es para él una inferencia del más legítimo e incontrastable sentido común:

¿Y por qué no se han unido ustedes?

¿Por qué teniendo el cercano y aleccionador paradigma de Estados Unidos de Norteamérica —el cual, fragmentado, formaría cuarenta y ocho republiquetas manejadas por algunas empresas capitalistas y gobernadas por algunos pintorescos generales a órdenes de aquellas— no se ha constituido Latino o Indoamérica en una sólida federación?

¿No se percatan de que al federarse los Estados indoamericanos constituirían la nación, acaso, más rica de la Tierra y, a poco, una de las más poderosas?

¿No han tenido ustedes estadistas geniales capaces de vislumbrar tan grandioso futuro? ¿Fueron todos ellos de visión tan pigmea como la de los reyes y políticos balcánicos?

Y este es, acerca de nosotros, el tema fundamental, elementalmente lógico para el europeo de sentido común. El escritor Tibor Mende —lo mencioné en una conferencia de la Asociación de Ciencia Política de Estocolmo anteanoche— dice en su libro *L'Amérique Latine entre en scène* que los latino o indoamericanos carecemos del genio de la organización. Vale decir, que vemos corto. Que nuestros dirigentes carecen de una perspectiva histórica de gran estilo. Que azuzan unos nacionalismos parroquianos de banderías, hostiles y aislacionistas —con fantasías de autosuficiencia—, y no abarcan el destino continentalista del mundo por venir, ni la significación orbital de nuestra América federada.

Bien, hay que confesar cuán difícil es responder y explicar.

Pero como las supracitadas cuestiones suelen repetirse cada vez que los problemas latino o indoamericanos se discuten, hay que aprender a replicar un poco como enseñaba Sócrates a sus dialogan-

tes: comenzando por dar la razón. Y en primer término cabe aceptar aquello que es verdadero: que no nos faltaron hombres superiores con la clarividencia exacta del camino que se debe seguir. Que todos los próceres egregios de la Independencia pensaron y hablaron de América como unidad; así el padre Hidalgo, o el precursor Miranda; así el oriental Artigas o el rioplatense Belgrano; así Bolívar; así Martí. Pero que la tarea quedó incompleta, frustrada; particularmente aquella epilodal aspiración e ilustre quehacer de Bolívar; que constituyó su preocupación hasta las vísperas de su muerte: el Congreso de Panamá de 1826, al cual Brasil fue señaladamente invitado.

¿Y después?

Cuando el interlocutor nos sitúa en el disparadero de mayores explicaciones, entonces es obligante declarar las faltas: después vino la obra de los epígonos renegados de la idea bolivariana. De los destructores de la Gran Colombia, de la Confederación Perú-boliviana, de la Unión Centroamericana, primeros eslabones de la unidad prevista. Y a partir de los caudillismos del militarismo, caracterizados por su voracidad de poder, la acentuación de una patriotería degenerada en chauvinismo hostil, en parroquianismo aislante; en una fragmentación nacionalista de mimesis balcánica desembocada en guerras fratricidas, en feroces tiranías de generales autoproclamados salvadores de la patria, causantes del inevitable debilitamiento. El gran contraste apareció enseguida: Estados Unidos, coherente y compacto, salvó su unidad y su civilidad con Lincoln —contra el militarismo divisionista de los generales esclavócratas—, mientras nosotros nos anarquizábamos y disminuíamos. Estados Unidos alcanzó velozmente, con su unidad, la categoría de gran potencia única y nosotros aún seguimos soñando con ser veinte.

¿Y ahora?

Ante este nuevo interrogante ya podemos decir más: ahora, al tiempo que languidece la influencia de las ideas decimonónicas

importadas de Europa, de esa Europa en la cual los nacionalismos derivaron hacia las guerras mundiales, hacia la derrota —y hacia el comunismo—, surge en nuestros países un propósito renovador y rectificatorio. Una nueva generación y un nuevo pensamiento precisan enunciados consonantes con las ideas de nuestro siglo. Queremos reganar el tiempo perdido y retomar el hilo roto de la Historia. De la nuestra; de la que debió y pudo ser. De la torcida y traicionada por los renegados del pensamiento bolivariano.

Y concretamos: la democracia en Indoamérica requiere su unidad. Porque su unidad es su civilidad y sin esta no hay ordenamiento democrático. La federación de nuestros Estados es imperativa para la existencia del mundo libre y para su defensa, por cuanto solo así liberaremos a nuestros pueblos del totalitarismo enemigo de la libertad, representado por las dictaduras militaristas. Y porque solo así posibilitaremos una coordinación justa de ambas Américas, a fin de formar un frente invencible contra los imperialismos y el totalitarismo.

El europeo que escucha tiene todavía algo que decir:

Pregunta por los pasos que habrían de darse, y anhela saber si los pueblos, las masas, las juventudes de Indoamérica estarían listas a secundar el esfuerzo hacia la federación de sus Estados, tal lo quieren en su movimiento de integración las masas y las juventudes de Europa. Aquí declaramos que el obstáculo proviene generalmente de los gobiernos; que no de los pueblos. Estos intuyen, presienten o comprueban que, desunidos, serán siempre débiles y tiranizados. Y que solo formando un gran Ejército continental se podrían liberar de las fracciones pretorianas, las cuales convierten en cada país a los Ejércitos nacionales en “partidos políticos armados”, al servicio de cualquier general desaprensivo. Y, además, que solo cohesionando ya nuestras economías interdependientes podremos liberarnos del coloniaje y de la miseria.

Y el europeo entiende ahora. Reconoce en estos propósitos un signo de la madurez cultural de Indoamérica; pues el frente de-

mocrático mundial necesita la incorporación de ciento ochenta millones de ciudadanos del Nuevo Mundo a la defensa organizada de la humanidad libre.

Y así quedamos en paz con el sentido común.

Estocolmo, marzo de 1955

7. Un libro francés sobre la América Latina

No conozco a Tibor Mende, el autor del popularizado libro *L'Amérique Latine entre en scène*, cuya segunda edición ha sido lanzada por las Editions du Seuil, de París, en su conocida Collection Esprit "Frontière ouverte", que tantas otras buenas obras sobre problemas del mundo ha publicado. Tibor Mende, según entiendo, no es un francés. Es un indio, de la India asiática, que viaja por el mundo y escribe airosamente en lengua gala. Su libro sobre nosotros —un tanto apresurado porque, como él mismo lo lamenta, su permanencia en algunas zonas de nuestro continente fue muy breve— tiene no pocos fundamentales aspectos laudables.

El primero de ellos es el vernos en conjunto. Para Tibor Mende, los veinte países en que se halla artificial —y temporariamente— dividida nuestra América no son sino partes indivisibles de un todo, desde México hasta la Tierra del Fuego. A esa inmensa zona del mundo con veinte millones de kilómetros cuadrados y ciento ochenta millones de habitantes, el autor la llama, a la francesa, *L'Amérique Latine*, y nosotros, Indoamérica.

Es muy interesante su enfoque del Brasil. De ese Brasil del cual nos separa más la anchurosidad de la floresta que la variante del idioma. Del Brasil que *e nosso*, que es nuestro, y en cuyo fabuloso escenario se está gestando una raza —llamada por Vasconcelos acertada-

mente “cósmica”— cuyos elementos componentes son los mismos que los de todos los países del Caribe; ya independientes, ya coloniales, si se cuentan los sectores costeros de México, Mesoamérica y una buena parte del continente sur. Pues, si se delinea una demarcación imaginaria que comprenda el perímetro donde los elementos étnicos de fusión son fundamentalmente los mismos: blanco, indígena negro y algo de asiático, el eje diagonal de aquel espacio cruzaría ininterrumpidamente, desde Cuba hasta los bordes del Uruguay, comprendiendo a todas las Antillas, Venezuela y las Guayanas, con lo ya dicho.

Esto, en cuanto a la raza en sus núcleos de mestizaje más característicos. Que en lo que atañe a la psicología y a la problemática sociológica, los símiles y continuidades abrazan otras regiones de nuestro mapa y van completando la unidad esencial, medular, indivisible de Indoamérica.

El libro de Tibor Mende informa al europeo y sugiere al indoamericano. No es una obra exhaustiva, cabal. Salta —y hemos de calificar esta omisión como apenas perdonable— el ancho y rico paisaje geográfico y humano de la Gran Colombia, sobre cuyos tres Estados podría haber dicho mucho. Por otra parte, como el acontecer indoamericano es tan dramático como acelerado, su visión de 1952 limita en forma notoria el alcance actual del libro, aunque no su trascendencia y el acierto de su proyección.

Tibor Mende otorga en su obra una importancia aparentemente correlativa a la extensión territorial de las repúblicas que describe y desproporciona así la dimensión de sus capítulos. Brasil y Argentina, los casos de Vargas y Perón, le sirven de asidero para una crítica abundante que llena más de la mitad del libro. Empero, al Uruguay, al cual certeramente califica como “*l'île heureuse*”, apenas si le concede once páginas, a despecho de los elogios muy merecidos y del envidiable título de primera democracia del continente, dictado que nadie le

puede negar. Se piensa, ello no obstante, que el experimento uruguayo —realmente solo superado en los Estados casi ideales de Escandinavia— pudo merecer al autor un análisis de mayor calado. Porque el Uruguay puede enseñar caminos democráticos, no solamente a todos los países indoamericanos juntos, sino a Estados Unidos y a no pocos de Europa. Lo cual es un eminente honor para todos nosotros, por cuanto demuestra que en cualquier país de los nuestros sería posible imitar al Uruguay si practicáramos el lema de Artigas: “Con libertad, ni ofendo ni temo”, y si aprendiéramos que la democracia y el gobierno civil son condiciones inseparables para que los derechos humanos y la íntegra dignidad de la vida ciudadana sean posibles.

No explica Tibor Mende la organización peculiar del Estado uruguayo, ni su obra de protección social. Pone de relieve las quejas de un criollo frívolo que le sirve de cicerone en el primer día de su arribo, quien se condeule de que en Montevideo no haya *cabarets* ni *boîtes de nuit* para diversión de ricos, o que la ciudad sea “*bourgeoise et prospère où une sobriété et une simplicité vraiment puritaines enverraient toutes choses d’un voile d’ennui*”. Pero, muy de paso, el escritor viajero vio poco las ciudades uruguayas del interior, la vida del campo, las fronteras con el Brasil, las escuelas, las grandes colonias de vacaciones para los trabajadores y el magnífico empuje económico de una colectividad activa y tranquila, cuyo gobierno la respeta y protege, sin atentar jamás contra su plena libertad.

Si el autor compara bien, en cuanto a ejercicio cívico de la democracia, al Uruguay con Chile y Costa Rica, no desprende de este paralelo que es inexacta la suposición de que el sistema democrático no pueda ser aplicado a todos nuestros países. Porque Uruguay es país llano; Chile, montañoso y más frío; y Costa Rica, tropical. Los tres tienen sus matices climáticos y raciales, y en los tres —pese a los vecinos del Uruguay, y al tirano agresor de Costa Rica y a los agudos problemas económicos internos de Chile— las libertades públicas son inalienables y los gobiernos provienen de legítimas elecciones populares.

Tibor Mende tampoco adentra en el problema peruano-boliviano, aunque lo refiera al antecedente histórico del gran Imperio de los incas y a la frustrada colonización de los conquistadores ibéricos en el vasto escenario que desde el Pasto hasta el noreste argentino no alcanzó a penetrar a diez o más millones de pobladores andinos ni siquiera cabalmente con el idioma. El autor del libro quizá acierta más al referirse a la zona mesoamericana en su penúltimo capítulo, al cual subtitula acertadamente “Mosaique indoamericaine”. Pero también en este caso tiene razón en lamentarse de su acelerado paso por zonas indoamericanas que atraían su atención y dice: “*Comme à Lima, j’éprouve le regret de devoir quitter un monde aussi intéressant*”. Así, deja las “*petites républiques*” para pasar a México, no sin dedicar a Haití acaso una de las más penetrantes y bien logradas partes de su libro.

México, “*terre d’espoirs, terre de larmes*”, incita la genuina capacidad de excelente escritor de Tibor Mende. Algunos de los trazos, referentes al paisaje mexicano, son maestros, y más de una de sus observaciones calan hondo. En el panorama político descubre bien los grandes pasos mexicanos hacia una democracia civil de verdad. “*L’Armée d’aujourd’hui n’a pas grand chose à voir avec la veille garde*”. Los generales de la revolución han cesado, al fin, de usufructuarla. El famoso “militarismo mexicano”, que sirvió de título y tema a un insultante libro de Blasco Ibáñez —el cual en su época circuló en varios idiomas—, ha sido liquidado. México es hoy una democracia social encaminada derechamente a la solución de muchos de sus grandes problemas, pero, ante todo, un Estado que mantiene intangible la libertad del hombre y que ha logrado someter la fuerza —en una etapa dominadora sin freno como un bandidaje organizado— a la inteligencia y a la civilidad de un culto y firme sistema jurídico.

Ello no obstante, el autor de este libro, sobre el cual vale la pena volver, cree que las soluciones sociales no podrán ser obra de las dictaduras castrenses, aun las del tipo demagógico del peronismo,

que, como una epidemia, van apareciendo en muchos de nuestros países. Cree que la miseria secular de las masas agrarias indoamericanas se acentúa, y juzga que esa miseria y las dictaduras militares están franqueando, lenta pero seguramente, el paso al comunismo. Y dice que “*sur des villes comme Río, Lima et México, ruisselantes de lumière, se projecte une ombre encore lointaine mais formidable celle de Mao Tsé-tung*”.

La conclusión es pesimista, y vale por ello ponerla en francés. Ciertamente, la dictadura, sea de derecha o de izquierda, trae la dictadura a su vez. Y el mejor camino para abrir el paso al comunismo es acostumbrar a los pueblos a ser gobernados sin derechos, sin libertad, por cuanto es su preparación para que caigan sin sustos de una dictadura castrense blanca a otra roja. Que para un pueblo hambreado resulta lo mismo, y, acaso, la novedad de lo desconocido sea una atracción más tentadora...

Basilea, febrero de 1955

8. Carlos V ha vuelto a Bélgica

“Galia comprende tres áreas, habitadas, respectivamente, por los belgas, los aquitanos y un pueblo que se llama a sí mismo celta”, dice de comienzo César en sus comentarios famosos. Y en el capítulo II anota que “los belgas, según ellos dicen, fueron el único pueblo que, al ser los galos invadidos por los teutónicos y los cimbrios, cerraron el paso a los invasores que pretendían entrar en sus territorios”. Más adelante apunta, de paso, que “como las hordas belgas tenían gran reputación de valentía, César no quiso emprender una acción general” (capítulo II, 3).

Va la cita clásica como alusión contornal. Belga fue Carlos V, lo cual frecuentemente se olvida, y aun su tierra de nacimiento apenas si lo ha recordado a lo largo de los últimos cuatrocientos años.

En Gante, hasta hoy una típica ciudad flamenca, nació este príncipe borgoñón, bisnieto de Carlos el Temerario, por quien, según se afirma, le asignaron el nombre, pues fue su madrina de bautismo Margarita de York, viuda de aquel. Y al recién nacido dióle su padre, Felipe el Hermoso, como título primerizo el de “duque de Luxemburgo”, hasta que, a los quince años, y aquí en Bruselas, se le reconoció como “prince naturel des Pays-Bas”. Luego, al ser emancipado, recibió de su otro abuelo, el emperador Maximiliano de Austria, el derecho de gobernarlos que hasta entonces había ejercido como regente la sagaz tía Margarita del mismo apellido.

El otro lado de la historia es más conocido: Carlos hereda por su madre, Juana la Loca, el reino de Castilla —para cuya conducción, era ella, como su apodo lo indica, incapaz, aunque, a despecho de su locura, había de sobrevivir al hijo legatario de su epilepsia— y a los diecinueve años es elegido emperador de Alemania. Esta elección, que, según Michelet, “fue una inmensa operación financiera, y un gran triunfo de la banca alemana” —porque el millonario judío Jacobo Fugger había aceptado financiar la elección y pagar a los ambiciosos electores con la hipoteca de los bienes hereditarios de los Habsburgos y las más seguras garantías de las ingentes riquezas de los Países Bajos—, marcó la derrota del pretendiente opositor, Francisco I, su enconado rival de toda la vida.

Después, corren treinta y seis años de agitada historia. Durante ellos este nuevo César, campeón de la Europa católica y señor de un imperio, “*sur lequel le soleil ne se couchait pas*”, fracasa más que triunfa. Pues ni logra instaurar la paz universal, por él anhelada para mil años, ni puede contrarrestar los avances victoriosos del protestantismo, ni vencer definitivamente a Francia, o, siquiera, domeñar de veras al Gran Turco. Fatigado, gotoso, triste, viene a esta misma ciudad de Bruselas a abdicar todos sus poderes el 25 de octubre de 1555. Y de aquí se marcha a España a sepultarse en vida.

Gante, la ciudad natal de Carlos V, no ha dedicado hasta hoy tributo conmemorativo condigno de su hijo más conspicuo. Tendrá que caminar largo y preguntar mucho quien busque lo que queda del Princehof, donde una noche invernal de 1500 llegó, malhumorada y celosa, Juana la Loca, procedente de un baile —en el que su hermoso marido cortejó sin disimulos a una linda flamenca—, para que el príncipe naciera. Ni monumento, ni lápida, ni bronce, ni mármol recuerdan al emperador. Las sublevaciones de Gante de 1539 y las represiones con que Carlos la humilló dejaron allí su rastro de orgullosa vindicta.

Pero en 1955 los belgas han recordado el cuatricentenario de la abdicación en forma inesperadamente solemne. La memoria del gran *keizer* Karel ha sido reivindicada. Una gran exposición, excelentemente dispuesta, de “Carlos V y su tiempo”, se inauguró en abril, debió clausurarse el 30 de junio, pero mantendrá abiertas sus puertas un mes más, en el Palacio de Bellas Artes de Gante. Pinturas, tapicerías, esculturas, dibujos, grabados, armaduras, gobelinos, documentos y miniaturas se han presentado a un curioso público cosmopolita con lujoso despliegue. Los museos públicos y las colecciones privadas de Alemania, Austria, España, Francia, Gran Bretaña, Italia, Holanda y Suiza y, claro está, los belgas, han hecho sus préstamos valiosos. Y, a la vez, una abundante literatura retrospectiva de historiadores valones y flamencos es complemento de la exhibición y novedad resaltante en los escaparates de las librerías.

Carlos V, visto desde este lado de Europa, aparece mejor. El ditirambo español e hispanista, aderezado de fanatismo, no obnubila aquí la figura humana, exenta de magias y exageraciones, que resurge ahora con todas sus grandezas y miserias y, sobre todo, con sus muchos errores y debilidades. Tal nos lo presenta Karl Brandi, su mejor biógrafo, este Carlos V belga, borgoñón, alemán, después españolizado, resulta más interesante.

Pero he aquí que este retorno del emperador a Bélgica como que se reencarnó en un suntuoso desfile: el domingo pasado, bajo un crepúsculo estival de nueve de la noche, Carlos V entró a Bruselas. A lo largo de las viejas calles de la ciudad se alinearon centenares de miles de personas para ver la extraña y vistosa procesión. Precedida de heraldos farautes y de reyes de armas, y al son de trompetas, bastardas, atabales, tímpanos, clarines, timbales y helicones, avanzaban centenares de soldados ataviados a la usanza de la época. Los seguían tropas de adargueros enhiestando gonfalones, oriflamas y enseñas. Luego numerosos jinetes en caballos con brillantes gualdrapas y otros con grímpolas en las manos, revestidos de pesadas cotas y plateadas armaduras. Maceros con dalmáticas y libreas imperiales, clérigos con balandranes y manteos, mitrados con caudas y báculos enjovados; y escuderos conduciendo el palio regio. Luego los corceles de los nobles con ricos jireles y aceradas lorigas, y, en el centro, cabalgando un buen potro de arnés trenzado y gran plumero, Carlos V, tocado de su boina de terciopelo negro y cubierto de una ancha capa azul del mismo género. Tras él, la regente María de Hungría, quien después de su tía Margarita de Austria gobernó los Países Bajos durante largos años. Y los príncipes y princesas, cubiertos de joyería y todos luciendo briosas cabalgaduras.

Seguían las carrozas del siglo XVI con más caballeros y damas. Más atrás los gremios de artesanía ostentando sus banderines de oficio, y después grupos de siervos y villanos; ellos con jubones de dos y tres colores y ellas con corpiños de vistosas sedas y graciosas caperuzas y caidengues.

Cerraban la marcha bufones, danzarines, muchachos con altos zancos, gigantones y monstruos. Tal los describe Huizinga, en su maravilloso *Otoño de la Edad Media*, este desfile fastuoso y nutrido que fue un cuadro vivo de su época.

A la Grand Place de Bruselas —sin duda uno de los más cabales y bellos arcos urbanos del neogótico y renacimiento europeos—

llegó la procesión cerca de la medianoche. Carlos V, la regente y sus príncipes cortesanos tomaron asiento bajo un dosel rojo con cenefas de oro, situado justamente por delante de la Maison du Roi. En el centro se realizó un torneo y los aldeanos flamencos hicieron una admirable presentación de danzas tradicionales. Los heraldos leyeron en las dos lenguas del país los títulos de Carlos y su ordenanza en favor de la apertura del canal de Wellenbroke, que comunica a Bruselas con el mar —ahora se ha reinaugurado y este ha sido otro pretexto del homenaje—, y con unos fuegos de artificio, muy del siglo XVI, terminó la espléndida fiesta.

A poco quedó la Grand Place, llena de luz y de banderas. Por una esquina que conduce a la *rue* del Amigo —la calle del Amigo, rastro de la dominación española— se fueron todos. Quedó el trono solo. Detrás de él, los resplandores de la iluminación dejaban ver mejor una placa imperecedera con que Bélgica rememora la odiosa figura del hijo de Carlos V:

Devant cet édifice furent décapités
le 5 juin 1568 les comptes d'Egmont
et de Hornes, victimes du despotisme
et de l'intolérance de Philippe II.

Bruselas, junio de 1955

Segunda parte



9. ¿París o Escandinavia?

Un brillante diplomático indoamericano, antiguo amigo mío radicado en París, suele instigar su amable relación epistolar conmigo espoleando motivaciones polémicas.

“¿Por qué vuelve usted a Escandinavia —me escribe— y no viene más a Francia, cuya importancia es indesdeñable, centro de Europa, foco de cultura y laboratorio múltiple de las mejores experiencias políticas?”

El provocativo planteamiento concita la respuesta. Y hace dos noches, en una de estas heladas de Estocolmo, tan helada como aquella que debió llevarse a Descartes, me propuse contestarle. Mas, un poco al desquite, por haberme obligado a escribir epístola tan larga, inserté en ella el sumario de mis réplicas; sin excluir el exordio.

Conocía desde muy joven, aunque al pasar, dos de los países escandinavos: Dinamarca y Suecia. Copenhague fue la primera capital europea que vi desde el mar. Y cuando salí de Rusia en 1924, Estocolmo apareció ante mis ojos una dorada mañana de octubre, cual urbe de encantamiento. No sé qué sortilegio tuvo sobre mí esta ciudad, sin duda bella, aunque no todavía tan populosa y movida como es hoy. Pero su atracción me hizo visitarla varias veces después, en mis días de estudiante.

En esta tercera visita a Europa vine dispuesto a ver de cerca, y con otros ojos, a los países nórdicos, acerca de los cuales había leí-

do una media docena de libros durante mi asilo en la Embajada de Colombia en Lima. Y al pasar por las costas brasileñas, tuve la buena suerte de ver ingresar al barco en Bahía a dos suecos eminentes que regresaban después de concurrir a importantes certámenes internacionales: al profesor Elis Berven, famoso cancerólogo, médico eminentísimo —a quien varias veces se llamó a Moscú hasta 1953 para diagnósticos sobre prohombres enfermos rusos—, y a un tecnólogo de alto prestigio, de la Real Academia de Ingenieros de Suecia, el profesor Edy Velander. Compañeros de viaje, ellos y sus esposas —de uno largo y amable con muy pocos pasajeros—, la travesía hizo la amistad, y la atracción de Escandinavia devino más perentoria.

Visité Suecia, Noruega y Dinamarca durante el pasado otoño. En cada uno de estos países hallé tan interesantes e imprevistas enseñanzas que me propuse volver, y, a paso más lento, revistarlos para completar lo visto y aprendido. Además, no dejar de ver Finlandia.

Hay una Europa occidental de posguerra, o un lado de ella, que es, en mi sentir, la Europa nueva. La Europa que puede llamarse nórdica, sobreviviente de la guerra, en uno y otro campo, cuyo resurgimiento señala una superación efectiva del pasado. En ella está la Alemania que revive, Bélgica, Holanda y Escandinavia. Y en esta, como excepción de primacía, Suecia, que hace ciento treinta años no participa en guerra alguna.

En esta Europa, en la cual Suiza está asimismo siempre presente, me parece que es donde el hombre de posguerra puede aprender mucho. Por razones obvias, Inglaterra y Francia carecen de las dimensiones de países renovados, a despecho de sus relativos progresos. Ambas son viejas potencias imperiales en tránsito hacia la nueva configuración de un mundo en el cual el colonialismo languidece. Italia, con mayor impulso, va reponiéndose y superándose de la derrota y la demagogia del fascismo. Pero no es en esta Europa que dificultosamente se rehace de la gran peripecia bélica, donde se hallan

los mejores indicios del resurgimiento de un mundo democrático. Comparativamente, mejores experiencias de caracterismo integral nos deparan Alemania, como fenómeno colectivo de verdadera resurrección, los Países Bajos, y, en forma insuperada, Escandinavia.

“¿Qué es —escribí yo a mi amigo el diplomático de París— lo que la humanidad aspira o por lo que las potencias imperiales están listas a pelear?”

Teóricamente, filosóficamente, esta contienda de gigantes se dice que es por la justicia. El Imperio comunista quiere dominar el mundo para que el hombre sea feliz bajo un nuevo régimen económico. Y el Imperio capitalista sostiene que la promesa comunista es falaz, que el precio de esa promesa es la libertad del hombre y que sin esta no hay justicia.

Pero acontece que ni el Imperio capitalista ni el Imperio comunista —o los sistemas económicos que ellos representan, en sus formas extremas— han dado la esperada respuesta que la humanidad esperaba. Cientos de millones de habitantes de este planeta, en el cual solo hay minorías satisfechas, viven distantes de una vida justa y decente. El capitalismo engendró el comunismo como su negación, pero esta no ha llegado hasta hoy a superar aquello que recusa como inhumano e injusto. Y el antagonismo de estos dos formidables contendores ha desembocado en una escueta e implacable lucha por el poder.

De aquí que hoy no se hable ya de doctrinas, de principios, de ideales. Se habla de cuál de los dos enemigos es más fuerte, de quién tiene la bomba más potente, y de cuál de ellas será de mayor poder destructivo, si la de hidrógeno o la de cobalto.

En este clima de guerra se vive bajo la miseria y el miedo. La tiranía del comunismo se cohonesto por el riesgo bélico. Las incongruencias y abusos del capitalismo tienen en su campo una excusa semejante. La libertad del hombre es inmolada de un modo o de otro en ambos mundos, y aunque en el que se llama libre todavía se luche

porque lo sea, la incertidumbre y confusión paralizan más y más en las mentes la capacidad de razonamiento.

Queda en Europa un rincón de pueblos que ha hallado su respuesta. Al filo de la zona de peligro, en los linderos de los dos mundos, existe un grupo de Estados que ha acabado con la pobreza indigente, con el analfabetismo, con el desempleo, con el desamparo, con la inseguridad frente a la vida. ¿No es interesante venir a verlos? ¿No es sorprendente hallarlos, en contraste con una humanidad amargada y recelosa, pesimista o desesperada, tranquilos, alegres, seguros, a pesar de que se saben desarmados?

Aquí, quienes hemos aspirado siempre a un mundo mejor y hemos sido tachados de soñadores aprendemos a comprobar que no lo fuimos. Pero aquí se encuentra también un mensaje nuevo para la humanidad sin rumbo, que nos dice cómo es posible la justicia y cuán innecesaria es la lucha de clases y las guerras genocidas, pues solo hace falta que los ricos sean menos ricos y que el Estado vele por la comunidad, para realizar sin dictaduras ni terror la obra de una democracia cabal.

Y esto se aprende en Escandinavia y no en París.

Estocolmo, marzo de 1955

10. Suecia, pueblo feliz

¿Cuál será la respuesta de un sueco al extranjero que improvisadamente le pregunta si sabe que forma parte de un pueblo feliz?

Como el planteamiento cuestiona parece insólito en un mundo conturbado y entristecido por miserias, injusticias y temores, la respuesta no será nunca fácil, simple, ni menos arrogante. El sueco navegado —que como el vino tal puede ser el mejor— no podrá negar

su asentimiento, aunque modestamente trate de amenguar la comprobación del hecho irrefutable con muy discretas y silogizadas razones:

—Bueno, ciertamente, pero es que tuvimos ciento treinta años de paz, y, por ello, la inmensa suerte de no malgastar nuestras energías ni nuestras rentas en los tristes desaguaderos de la guerra, y de aplicarlas, más bien, a la tarea pacífica de dignificar nuestra vida.

Algún sueco, de aquellos que no han visto aún el melancólico espectáculo que a los dos lados de la Cortina de Hierro presentan centenares de millones de hombres distantes todavía de los beneficios de aquellos sistemas que los unos llaman “mundo justo” y los otros “mundo libre”, casi se sentirá sorprendido. Aunque en el fondo de la conciencia de cada hombre o mujer de este país, ya como una convicción, ya como una inferencia de sentido común, palpita un sano orgullo: el de saber que Suecia es la nación de más alto estándar o nivel de vida de todo el mundo.

¿Cómo definiríamos un pueblo feliz?

Se ha dicho mucho que ni la República platónica, ni la Ciudad del Sol de Campanella, ni la Utopía de Tomas Moro, ni el reino andino aquel que Voltaire describe en su *Cándido*, ni el falansterio de Fourier eran cabales expresiones de felicidad colectiva. Y que, como en la ópera *Orfeo en los infiernos*, de Offenbach, los dioses de la felicidad perfecta, hastiados del néctar y la ambrosía olímpicos, buscan los caminos perversos del infierno para ser felices.

Pero serlo supone, elemental y humanamente, que un pueblo tenga pan, casa, abrigo, educación y seguridad. Que el niño que nace no devenga una carga para el hogar adonde llega, ni sea echado al mundo inerme y sin destino. Que el Estado del cual va a ser ciudadano lo auxilie desde que nace, lo tutele y lo eduque, lo alimente o coadyuve a alimentarlo, lo adiestre para el trabajo, lo cure y le garantice protección y estímulos. Que lo ayude a vivir y a producir física e intelectualmente y lo aguarde con un digno amparo en la vejez.

Los índices de un pueblo feliz pueden darlos aquellos que marcan la liquidación del analfabetismo, la mendicidad, la desnutrición, el abandono de niños y ancianos, el desempleo y las violentas y ofensivas desigualdades de clases y fortunas. Y, asimismo, las más bajas denotaciones de delincuencia y enfermedades remediabiles y de accidentes y males previsibles.

Si se acepta que estos serían los enunciados generales susceptibles de condicionar la existencia de un pueblo venturoso y si se reitera la pregunta específica acerca de Suecia, la respuesta surge incontestable: Suecia es un pueblo feliz.

Bien entendido que no se habla aquí de una clase o casta feliz; pues en tal caso la hallaremos ahíta y refocilada de privilegios por todos los rincones de la Tierra y —subrayémoslo— al este y al oeste de ella. Mas sí de un pueblo en el cual, precisamente, se va camino de una sociedad sin clases, superando los antagonismos y contrastes que las tajan y dividen. Y este es Suecia, país sin analfabetos ni indigentes, en el cual cada niño que nace recibe una subvención estatal hasta los dieciséis años —incrementada en caso de inválidos, defectuosos o huérfanos—, y luego una educación obligatoria de nueve años en escuelas que son hazañas de arquitectura funcional, donde recibe comida, libros, asistencia médica y odontológica gratuitas, y donde tiene gimnasios y baños, bibliotecas y espectáculos de la más alta calidad.

El Estado sigue tutelando al muchacho y muchacha suecos después de la escuela, en el gimnasio técnico o en el liceo, en la escuela superior o en la universidad, y en cada etapa de la instrucción y de la vida le aguardan caminos abiertos, estímulos intelectuales y, siempre, el seguro tutelar que lo acompaña de la cuna a la tumba. De todo riesgo estará resguardado, y en cuanto puede ser posible en una colectividad de trabajadores manuales e intelectuales cuyos beneficios sociales resultan del esfuerzo unánime, los graves males de la desigualdad han sido prevenidos.

¿No se quejan los suecos? He aquí una pregunta que se supone obvia. Se quejan, sí, porque siempre quisieran las cosas mejores. A algunos, los ricos que pagan altísimos impuestos, les gustaría pagar menos. Otros creen que tanto bienestar y comodidad puede debilitar el espíritu de iniciativa, la emulación y la osadía. Otros dicen que el pan, la libertad y la paz así logrados han enseñado al pueblo que solo en el regalo material consiste la verdadera dicha. Los religiosos protestantes puritanos dirán que con este sistema de justicia supresora de menesterosos y desvalidos ha caducado la caridad cristiana y se ha desacreditado un viejo apotegma que Lutero hizo suyo para condenar la revolución de los desposeídos campesinos alemanes: que siempre habrá pobres y ricos porque “hasta en el cielo hay jerarquías”.

Pero las quejas, a pesar de que encienden sus fuegos polémicos y disparan a fondo sus baterías parlamentarias, periodísticas o de corrillo, son acaso un alarde de libertad de expresión y, de todos modos, un certamen de ideas y un concurso disertado de argumentos. Ello no obstante, como las reformas sociales en su esencialidad cuentan hasta con el apoyo de los conservadores, puede afirmarse que si alguien intentara de veras dar paso atrás en este adelantado camino de las grandes conquistas sociales suecas, la nación entera negaría su apoyo a tal retroceso. El sistema democrático sueco es ya ínsito de su ordenamiento económico y este forma con su metodología estatal un todo orgánico.

Por otra parte, la contraposición de doctrinas y opiniones mantiene siempre un nivel eminente de civilizado respeto y de *syn-déresis*. Este pueblo, antaño belicoso y varias veces conflagrado por luchas internas y revoluciones, es hoy un ejemplo de cordura, sosiego y alto sentido de convivencia. Tenaz, trabajador, el pueblo sueco ha transformado su país, antes solamente agrario y hasta retrasado, en el modelo de progreso, de avance tecnológico y de acelerado industrialismo que es hoy. Al arrostrar un clima de largos inviernos

inclementes y de días breves, esta obligante previsión del tiempo lo ha incitado a proyectar positivamente su fe serena en el futuro.

Y así, frente a frente a Rusia y lado a lado de un mundo transido de inquietudes e intimidado de alarmas, Suecia sigue trabajando, enriqueciéndose y dándose leyes sociales cada vez más progresistas. A la cabeza de los cinco países nórdicos, con Noruega y Finlandia, Dinamarca e Islandia, forma un grupo de Estados cuyos logros sociales tienen ya la trascendencia de un mensaje realista a un mundo desesperanzado que solo se pregunta cuál de los dos imperios en lucha tiene la bomba más destructiva⁴.

Estocolmo, marzo de 1955

⁴ Las estadísticas escandinavas de 1940-1950 distribuyen así a la población trabajadora de los cinco Estados nórdicos:

	Dinamarca	Finlandia	Islandia	Noruega	Suecia
Agricultura, silvicultura y pesca	25,2%	44,0%	46,2%	29,6%	20,4%
Minas, industria manufacturera y artesanía	35,0%	30,2%	21,2%	33,2%	41,2%
Comercio y transporte	22,0%	13,1%	17,3%	21,7%	23,5%
Otras ocupaciones	17,8%	12,7%	15,3%	15,5%	14,9%

Dinamarca depende mayormente de su agricultura; Finlandia, de sus bosques; Islandia, de su pesca; Noruega, del mar —marina y pesca—; y Suecia, de sus industrias manufactureras y mineras. Dinamarca, deficiente en minerales, ha logrado establecer una industria metalúrgica mecánica, con materias primas importadas, en la cual emplea el veinticinco por ciento de sus trabajadores industriales. La industria finlandesa ha aumentado grandemente después de la guerra, a causa, en gran parte, de las demandas de reparaciones rusas. Noruega ha desarrollado en extremo su electricidad barata, aprovechando su poder hidráulico; y el desarrollo industrial sueco supera al de todos los demás Estados escandinavos.

11. En el Parlamento sueco

En este país gobernado por la socialdemocracia, mi guía en el Parlamento no ha sido el amigo Björk, joven secretario del exterior, líder socialdemócrata y director de la revista de su partido, *Tiden*. Por aquellos de los amores contrariados, que dicen las viejas de Indoamérica, preferí a un avezado parlamentario conservador, a un ilustre catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Estocolmo, profundo conocedor de la historia de Suecia y una de las mentes más brillantes y didácticas que he encontrado en este país de hombres talentosos. Con el profesor Elis Höstad como egregio cicerone, he hecho un recorrido por todos los compartimentos del palacio del Riksdag, en día de trabajo; y un paseo por la historia de Suecia bajo su autorizada palabra de gran conocedor y maestro erudito y disertor.

Suecia es un país de tradición parlamentaria y, como Inglaterra, su historia política es una continua contienda entre el poder regio y el poder del pueblo, la cual, a través de muchos altibajos —a las veces conflictivos—, ha sido coronada triunfalmente con un ejemplar ordenamiento democrático.

La historia es larga y está nutrida de violentas peripecias. Suecia, políticamente, no ha sido un pueblo tranquilo. Ni es verdad, en lo que a ella atañe, aquello que en nuestros países se dice achacando a su calma de pueblos de sangre fría, que estos nórdicos hayan alcanzado sus altas categorías de libertad y cultura. La historia sueca nos muestra a un pueblo peleador y, en muchos casos, a unos reyes extremadamente celosos de su poder y privilegios, contra los cuales aquel pueblo luchó a las buenas y a las malas, porque también hubo aquí revoluciones, alzamientos y hasta regicidios.

Y, para no ir más lejos, después de la misteriosa muerte en Noruega del belicoso y versátil Carlos XII —¿bala sueca, bala noruega?— en 1718, el poder absoluto de la monarquía fue disminuido y un sistema parlamentario devino de veras posible. El Parlamento es-

taba formado por estamentos —nobleza, clero, burguesía y campesinos—, pero ellos podían ya censurar y derribar ministros, al mismo tiempo que aparecían los partidos políticos.

Empero, la política entonces (¡oh, compatriotas de Indoamérica, aprendamos de la historia y sepamos por ella que los peores males son remediables!) era corrompida. En este país que es hoy paradigma de probidad administrativa, ejemplaridad acrisolada de reyes y gobernantes austeros, hubo también políticos bribones y proditores. De estos males fue saneándose el país, particularmente bajo la diestra mano de aquel rey Gustavo III; príncipe-escritor, sobrino por la rama materna del gran Federico de Prusia, innovador del arte, autor teatral, gran imaginativo, sin duda artista, quien limpió al gobierno y al Parlamento de las influencias cohechadoras de Francia y Rusia; pero que, en cambio, acentuó el régimen autocrático, tanto él —asesinado en un baile de máscaras en la Ópera— cuanto su sucesor, Gustavo Adolfo IV. Mas las derrotas militares y los vientos liberales de la Revolución francesa favorecieron a la oposición. Se produjo, al fin, el estallido rebelde y el rey fue depuesto.

Después, la historia es más conocida. Un poco a saltos, se puede recordar el camino de la dinastía: Bernadotte, mariscal napoleónico, y su esposa, *madame* Desirée, vienen al trono de Suecia. Su hijo, Óscar I, francés nato, se casa con una nieta de Josefina, la emperatriz antillana repudiada por Bonaparte. La Constitución sueca de 1809 es proclamada, y ella —con más enmiendas que la de Estados Unidos— rige hasta hoy.

En Suecia gobierna el pueblo a través del Parlamento. Teóricamente, en el Estado sueco el equilibrio político es el resultado del balance de dos fuerzas rivales, el rey y el Parlamento. En verdad, Suecia es una democracia íntegra, en la cual el pueblo es el soberano.

El Riksdag está compuesto por dos Cámaras, la alta y la baja, o sea, en nuestra terminología, el Senado y los Diputados o represen-

tantes. Y los partidos principales —que han reemplazado a los cuatro estamentos disueltos en 1866— son cuatro: el Partido Laborista Social Demócrata, hoy gobernante; el Partido Liberal; el Partido Conservador; y el Partido o Unión Agraria. Cabe añadir a los comunistas; pero la decadencia política de estos es notoria. Solo alcanzan actualmente el catorce por ciento del electorado. Y en la Cámara baja, en la cual tuvieron veintitrés representantes en 1944, y quince en 1949, solo tienen cinco hoy, en un total de doscientos treinta miembros.

La Cámara baja es elegida por voto directo, universal, de hombres y mujeres desde los veintiún años. La Cámara alta es elegida por sufragio indirecto en los llamados consejos generales, en los que se agrupan las asambleas departamentales; salvo en los casos de las grandes ciudades de Estocolmo y Gotemburgo, cuyos consejos municipales son los electores de aquellos mandatarios. El pueblo sueco puede, además, ser convocado a dar su voto en referéndum en ciertos asuntos de interés general. Curioso detalle democrático bien expresivo: el 6 de octubre de 1955 el pueblo decidirá por referéndum si el tránsito de vehículos en todo el país seguirá por la izquierda —tal es hasta hoy, al igual que en Inglaterra— o si adoptará el de la derecha, como en todos los países de Europa⁵.

El gobierno está presente siempre en los debates de ambas Cámaras, representado por los ministros. Tienen ellos bancos especiales a la derecha de la presidencia. Pero los representantes no se sientan agrupados por partidos, como es práctica general parlamentaria. Los puestos se distribuyen por orden de circunscripciones. Y así en las votaciones —cuando se llama a “división” por medio de unos timbres sordos que resuenan en todos los compartimentos del palacio legislativo— cada cual toma su asiento y presiona un botón eléctrico. Un tablero luminoso marca con luces de colores los votos en pro y en

⁵ El referéndum ganó el mantenimiento de la izquierda, al igual que en Inglaterra.

contra, así como las abstenciones. Y unos letreros, también eléctricos, dan los resultados que el presidente confirma acompañando sus dictados con sendos golpes de mazo.

El último día que visité el Parlamento, la Cámara baja discutía con el gobierno en pleno el cálido problema del armamentismo. La votación decidió que Suecia seguiría en su misma línea equilibrada en lo atañadero a defensa, ni más ni menos. Lista a repeler cualquier ataque, ajena a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), no entrará en la riesgosa aventura de facturar bombas atómicas. En las galerías llenas de público aparecían numerosos oficiales, soldados y marineros, muchos obreros y universitarios y no pocos colegiales.

Los niños de las escuelas van al Parlamento y se les educa con el conocimiento de su sistema que abarca toda una red de comisiones consultivas. Escuchan atentos los discursos y se interesan cuando los representantes de ambos sexos alternan en la tribuna.

En la presidencia de la Cámara alta se sienta, alerta e imponente, Herr Nilsson. Tiene ochenta y dos años y es, así de seguro, el decano de los presidentes parlamentarios del mundo. Su cargo es vitalicio.

Estocolmo, abril de 1955

12. El asilo territorial en Suecia

Suecia no pertenece a los Estados europeos que afilia la OTAN. La neutralidad sueca, que con la de los demás países escandinavos, se mantuvo firmemente durante la Primera Guerra Mundial, pudo ser mucho más difícilmente lograda en la segunda conflagración, cuando Dinamarca y Noruega fueron invadidas por las tropas del nacionalsocialismo alemán. ¿Por qué Hitler no invadió Suecia? He aquí una de las incógnitas de la política internacional europea cuyo

descifre, hasta ahora, pertenece, acaso, al secreto de las cancillerías, o a la trama casual de los eventos, o a designios de la política de Berlín nunca inventados. De todos modos, cualquier explicación acerca de la suerte de Suecia durante la última guerra se halla, por lo menos parcialmente, en el oscuro territorio de las conjeturas.

Salvada de la guerra, ha podido continuar su larga era de paz que comienza en 1809. Pero esta paz, tan favorable al desarrollo industrial y a la realización de una democracia social ciertamente admirable, no fue siempre una paz sin riesgos. Esto, particularmente, durante la lucha contra el nazismo invasor, por cuanto Suecia se vio obligada a organizar un vasto plan de vigilancia y preparación defensiva de su neutralidad, cuyo coste se calcula en más de mil millones de dólares.

Pero durante la guerra y después de ella Suecia programó y cumplió una amplísima acción de socorro, caudalosamente proyectada hacia todos los países devastados y puesta en práctica dentro del país, al convertirlo, sin reservas, en tierra de asilo para todos los grupos perseguidos, ya por el hitlerismo, ya por el comunismo. No solamente la labor extraordinaria de la Cruz Roja, sino el efectivo amparo a los refugiados, el auxilio a las regiones —aún alemanas— más brutalizadas por la guerra y la creación de su pasaporte para los apátridas, fueron esfuerzos eficientes y bien conocidos del gobierno y pueblo suecos a favor de las víctimas de la ferocidad del militarismo totalitario.

Aquí llegaron fugitivos de todas las regiones de la Europa invadida y, especialmente, de los países aledaños. Y cuando Rusia se apoderó de las repúblicas bálticas —de las cuales solo Finlandia ha salvado hasta hoy su independencia—, miles de estonios, y no pocos latvios y lituanos que debieron escapar hacia los países vecinos, encontraron en Suecia puertas abiertas y amparo propicio.

Los más afortunados, y los que en mayor número lograron arribar a tierras suecas, fueron los prófugos de Estonia, por razones de vecindad. Por ellas también millares de familias de Latvia y Litua-

nia se vieron compelidas al éxodo hacia la cercana Alemania y han quedado atrapadas, de nuevo, por los rusos en la región soviétizada de la Prusia Oriental. Pero unos veintidós mil hombres, mujeres y niños de Estonia —país que antes de ser invadido por Pedro el Grande formó parte de Suecia, como Finlandia hasta Alejandro I— se han establecido aquí y, desde 1945, han ido realizando una interesante labor de organización social, política y cultural.

He visitado, para informarme de la situación de los estonios en Suecia, la sede de su gobierno en Estocolmo, y he conversado con quien es el jefe de su organización en el exilio, el doctor August Rei, antiguo embajador en Moscú y ex primer ministro de la República de Estonia. La minoría estoniana goza aquí de plenas libertades y trabaja, sobre todo, para mantener la continuidad de sus instituciones, la fe en su libertad nacional y la obra de su cultura. Esta, sobre todo, es digna de anotarse.

En todos los grandes centros urbanos donde hay grupos de estonios refugiados estos han organizado voluntariamente escuelas de continuidad, cuyo número es de veintisiete en todo el país. Los niños de Estonia aquí residentes concurren a las escuelas suecas, pero también, dos veces por semana, a sus propios establecimientos de instrucción, donde aprenden, en su propio idioma, su historia, su geografía, su literatura y, si lo desean, su religión. El noventa por ciento de los pupilos de las escuelas estonianas tienen esta doble enseñanza, y son, a la vez, alumnos de ellas y de las oficiales suecas. El gobierno de Suecia otorga una subvención anual de sesenta mil coronas para la enseñanza escolar de los niños estonios, ayudando así a su sostenimiento, al que contribuyen también los refugiados mismos.

Existe, asimismo, también en Estocolmo, un gimnasio nocturno para jóvenes obreros estonios, y quienes reciben, en su lengua, los beneficios de la enseñanza media tienen derecho a continuar sus estudios en los establecimientos de instrucción del Estado sueco. Los

estonios mantienen, por otra parte, cursos por correspondencia y una preparación particular de *boy scouts*, además de agrupaciones juveniles religiosas.

Como un gran número de profesores universitarios y de científicos de Estonia arribó a Suecia con las masas de perseguidos, ellos han continuado aquí —como en el resto del mundo— su labor intelectual. En Estocolmo existe una academia de ciencia, artes y letras estonianas, y se publican revistas y libros de ciencias y literatura en el idioma de sus autores. Se han editado aquí trescientas ocho obras de interés sobre temas diversos, entre los cuales no faltan los de arte y de folclore. El rotativo *Stockholm Tidningen* publica un suplemento en lengua estonia; aparte un diario, cuatro periódicos y revistas mensuales culturales, feministas o religiosas. El cincuenta por ciento de los músicos de Estonia que trabajan en el mundo libre lo hacen en Suecia, y sus cuerpos corales y sinfónicos gozan aquí de prestigio y simpatía.

El doctor Rei insiste en la finalidad de la organización de ciudadanos de su país en Suecia: la continuidad de sus instituciones y el mantenimiento del ideal de libertad. Las repúblicas bálticas fueron independientes durante veinte años. Se desprendieron de Rusia con la caída del zarismo y trataron entonces de desarrollar un plan de organización democrática. Estonia, sin embargo, vivió graves percances políticos cuando la influencia fascista arrastró al país a los peligros de una dictadura totalitaria. Pero, salvados de ella, los estonios mantuvieron su difícil situación de parachoques de dos fuerzas gigantes y hostiles: el comunismo y el nazismo. Aliadas en 1939 y en guerra entre ellas desde 1941, ambos sucesos fueron desastrosos para Estonia, Latvia y Lituania. Con la victoria de los enemigos de Hitler, las tres cayeron también bajo el dominio de Rusia. ¡Paradojas de una democracia a medias victoriosa que liberó a unos pueblos y sojuzgó a otros!

En medio de este conflicto, y a despecho de esta injusticia, Suecia, neutral en la guerra, sigue siéndolo ahora; en la otra, en la

Fría, mantiene su tradición de país de puertas abiertas, sin xenofobias. Y, lo que es más extraordinario en el mundo confuso y perturbado de hoy: sin compromisos que le impidan cumplir, en todos los planos, los fines de una democracia social asentada en los derechos humanos.

Estocolmo, junio de 1955

13. Bernadotte e Indoamérica

La actual dinastía real sueca, como es sabido, proviene de Jean-Baptiste Bernadotte, a quien Napoleón hizo mariscal de Francia en 1804 y príncipe de Pontecorvo en 1805. Y a quien los países suecos designaron heredero de la corona que mal llevaba Carlos XIII —fin de raza—; rango que el promovido francés tuvo de 1810 a 1815, cuando a la muerte del rey titular fue proclamado su sucesor.

Dato curioso de cariz genealógico es el que se refiere a cierta relación familiar de la dinastía reinante sueca con Indoamérica. El hijo de Bernadotte —quien fue rey bajo el nombre de Carlos XIV, o Carlos Juan —como hasta ahora llaman los noruegos a la avenida que en Oslo lleva su nombre—, reinó bajo el nombre de Óscar I. Pero como este se casó con una hija de Eugenio, el vástago de Josefina, la repudiada esposa de Napoleón, resulta que en la estirpe regia sueca, hasta ahora mantenida en línea directa, no falta la rama de ascendencia criolla que aportó la antillana Josefina. Por ello, si se dice que el rey de Suecia lleva un poco de sangre indoamericana, no se exagerará. Al igual que los de Dinamarca, Noruega y Bélgica, también Bernadotte, por ascendencias maternas.

Otro detalle, asimismo interesante, atañadero a la monarquía sueca, es el del origen de la renta que el rey percibe. En buena cuenta, las trescientas mil coronas —o cincuenta y ocho mil dólares—, que

suman la anualidad básica presupuestada para el sostenimiento de la familia real, provienen de un capital privado de Bernadotte. En 1813, Inglaterra le obsequió la isla de Guadalupe, en el Caribe, como premio por la parte que le cupo en la guerra final contra Napoleón, en la cual Suecia ayudó a los aliados. Un año más tarde, el mismo Bernadotte, todavía príncipe, y de acuerdo con el entonces rey Carlos XIII, vendió la isla al tesoro británico por veinticuatro millones de francos oro, y ofreció en préstamo la suma íntegra al Estado sueco —a la sazón bastante empobrecido—, pactando con él un interés de trescientas mil coronas. De aquí el origen del salario que reciben cada año los soberanos de la Casa de Bernadotte.

Acaso no se ha divulgado mucho que Bernadotte se interesó especialmente, a poco de su arribo a Suecia, por la entonces ya iniciada revolución de la independencia indoamericana. En 1816, envió a uno de sus oficiales más distinguidos, el capitán de treinta y cuatro años Juan Adan Graaner, en misión de agente secreto a Buenos Aires. Allí se había proclamado la independencia desde mayo de 1810 y se había convocado el histórico Congreso de Tucumán, a cuyas sesiones Graaner concurrió.

La historia de la misión de Graaner es breve y dramática. De regreso de Tucumán, y tras un venturoso viaje hasta la frontera altoperuana, retornó a Buenos Aires, donde estrechó sus relaciones de amistad con el prócer Pueyrredón, director supremo de las Provincias Unidas, quien le entregó una expresiva carta para Bernadotte. Partió de Buenos Aires en septiembre de 1816 y después de un alto en Río de Janeiro llegó a Estocolmo en mayo de 1817. Pero a fines de aquel año salió nuevamente de Suecia hacia Indoamérica con la categoría de emisario oficioso del gobierno sueco, a fin de iniciar relaciones directas entre su país y el indoamericano. En este segundo viaje Graaner conoció y trató mucho a San Martín en casa del suegro de este, y pasó a Chile, donde fue también amigo de O'Higgins.

De ambos patricios, y de otros protagonistas de la revolución, dejó Graaner impresiones escritas muy dignas de interés. De Chile emprendió la vuelta al Viejo Mundo por el océano Pacífico, y después de una travesía accidentada y de un breve arribo a Calcuta, el enviado de Bernadotte murió a bordo en 1819, a los treinta y siete años, cerca del cabo de Buena Esperanza.

El informe de Graaner, publicado en sueco y castellano, ha sido exhumado en los reales archivos de Estocolmo y su contexto —comunicación secreta escrita en francés para que la entendiera Bernadotte, a quien va dirigida— encierra una serie de juicios penetrantes y en general certeros. En un documento de designio reservado, Graaner se expresa libremente y opina sin cuidados. No faltan los veredictos duros ni, por otro lado, los dictámenes generosos:

“Es incontestable —dice— que la indolencia de los habitantes de estas provincias del sur se origina menos en su falta de inteligencia que en su antiguo gobierno y en su sistema funesto de monopolio, unido al despotismo de los sacerdotes...”

“Al parecer —apunta más adelante—, los habitantes de estas regiones escasamente conocidas en Europa no han sido juzgados con la imparcialidad debida, porque los españoles que mantuvieron alejados a los extranjeros trataron de mantener alejado de estos habitantes el interés de las naciones y de confundir todo juicio con el propósito de ocultar o justificar sus inicuos procederés”.

Graaner comenta con sorpresa que, a pesar de la ignorancia prevaleciente en América, halló que el hombre sueco “era no solamente conocido allí, sino estimado de manera particular”. Y dice que la causa se debía a la divulgación de la *Historia de Carlos XII*, por Voltaire, traducida en Madrid e introducida de contrabando en tierras indoamericanas: “En todos los pueblos, y casi podría decir en casa de todos los curas, encontré ejemplares de este libro, y, a menudo, era el único que poseían además de su breviario”.

A lo largo de sus viajes, “acompañado solamente por un criado de nacionalidad sueca”, Graaner apunta que “todo el país goza de un clima delicioso”. Siente el soroche de las sierras salteñas y altope-ruanas y enriquece su relato con notables observaciones del paisaje: “En las alturas cubiertas de nieve —anota— pacen rebaños innumerables de llamas y alpacas y en las cordilleras de Chile los guanacos y las vicuñas tan famosas por su lana excelente”. Hace notar la influencia del idioma quechua en todas las regiones norargentinas y chilenas que dominaron los incas, y elogia la honradez de los habitantes oriundos: “El extranjero puede viajar con la mayor seguridad aunque sea durante las conmociones de las guerras civiles, siempre que no manifieste timidez o desconfianza, porque entonces se burlarán de él y es posible que le hagan víctima de algo peor”.

Indaga las causas de la revolución emancipadora y alude a la influencia que en Buenos Aires tuvieron las ideas de Miranda. Admira la bizarría de la heroína Juana Padilla, y no escatima su entusiasmo al comentar el Congreso de Tucumán, en el cual tomaron parte “diecisiete doctores en leyes, diez sacerdotes clérigos, dos monjas y un militar”. En aquel Congreso, cuya declaración la formulan: “Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sudamérica”, Graaner refiere los planes de Belgrano para hacer de ellas un imperio con capital en el Cusco, regido por un inca, de la familia imperial de los monarcas cusqueños destronados por los españoles. Y dice que Belgrano “logró persuadir a la mayor parte de la asamblea sobre el restablecimiento del Imperio de los incas” y subraya que “los indios están como electrizados por este nuevo proyecto y se juntan en grupos bajo la bandera del sol”.

Describe a San Martín en su austeridad, aunque apostilla que adolece de cierta falta de cultura. De O’Higgins dice que “ama la comodidad” y que es muy influido por San Martín. Pero de Artigas, del cual solo tiene referencias lejanas, hace un retrato sin duda derogatorio, falso. Y al comparar la independencia de las dos Américas,

Graaner asevera: “Es en vano formarse esperanzas ilusorias sobre un bienestar futuro, parecido al de la América del Norte, sin seguir su ejemplo. Los insurgentes que iniciaron la revolución norteamericana formaban ya un pueblo ilustrado, culto e industrioso... Desgraciadamente los su-damericanos no poseen esas calidades y ventajas. No están maduros para un gobierno democrático y son como niños recién escapados de la casa paterna, muy inclinados a la indisciplina...”

Ello no obstante, cree que se mantendrán libres: “Estoy convencido de que América no caerá nunca bajo el yugo de los españoles, aunque se aniquilaran sus ejércitos y se quemaran y devastaran sus pueblos.

Estocolmo, julio de 1955

14. Las huellas del precursor en Suecia

El precursor de nuestra independencia Francisco de Miranda vino de Rusia a Escandinavia dos años antes del estallido de la Revolución francesa, cuando reinaba en Suecia Gustavo III. El diario de su viaje, en cuanto se refiere a su paso por tierras suecas y noruegas, ha sido editado por el Nordiska Museet de Estocolmo en 1950 y es parte de los archivos del egregio indoamericano, publicados en Caracas en 1929.

Este libro —cuyo título sueco es *Miranda i Sverige och Norge*— apareció en Estocolmo, bajo la dirección del doctor Stig Rydén, un etnógrafo de altos méritos, especializado en investigaciones sobre Indoamérica. Pero a la obra han contribuido el doctor Stig Roth, quien ha estudiado el viaje del precursor por Suecia, con excepción de su paso por Karlskrona; el doctor Digur Wallin, indagador de esta parte del viaje no averiguada por Roth; y el noruego Bjarne Dietz,

quien ha seguido los rastros del curioso peregrino por lo que entonces se llamaba Christianía, hoy Oslo, y comarcas aledañas.

El editor de este libro de pulcra y elegante presentación —ilustrado con las fotografías de muchos de los personajes, lugares y hasta objetos históricos y artísticos que menciona Miranda— ha sido mi atento guía en Gotemburgo. El doctor Ryden es un discípulo del ilustre barón de Nordenskjöld, a quien tanto deben la arqueología y la antropología indoamericanas, y él mismo un especializado en investigaciones científicas de gran importancia, pues ha realizado varios viajes al Bajo y Alto Perú, y ha enriquecido el museo etnográfico gotemburgués, a no dudarlo uno de los más completos de Europa en cuanto a nuestros pueblos concierne.

Miranda ha dejado en Suecia recuerdos imperecederos de su paso. Su visión de este país patentiza objetividad y simpatía. “El pueblo me parece aseado y bien parecido y las mujeres hermosas en general”, apunta certeramente. Y de todo lo que ve y trata, problemas, cosas, episodios, gentes —sin olvidar a las mujeres suecas que tanto le atraen—, da razón. No hay detalle que escape a su mirada penetrante. Por eso resulta un autor resaltantemente atractivo, profundo y alegre, en quien se combinan el juicio admirable, la fina apostilla y hasta el chisme indiscreto o el apunte crudo y cínico.

He mencionado Gotemburgo, a la cual Miranda describe con tanta exactitud como puede verificarse en lo que de la ciudad queda de antaño y hasta en cuadros por él vistos, conservados hasta hoy, pues fue allí donde el precursor conoció a una de las mujeres más influyentes en su vida de gran amor: Cathrina Hall. De esta dice la leyenda —falsa o verdadera, mas de todos modos romántica y digna de Miranda— que el oro de sus cabellos, el azul de sus ojos y el rojo de sus labios inspiraron los colores de la bandera de los Estados grancolombianos. Y aunque el prologuista del tomo III del *Archivo* de Miranda —obra publicada en Caracas bajo la siniestra tiranía de

Juan Vicente Gómez, bueno es advertirlo— achaque a la copia de los colores de una banderola de la Guardia de Burgueses de Hamburgo los del pendón de la Gran Colombia, la otra leyenda está viva en Suecia. Y los mirandistas de aquí la defienden, aun cuando alguien pudiese argüir que aquella femenina combinación cromática pudo deberse a la emperatriz Catalina de Rusia, amiga, también, de Miranda. En tal caso, el acucioso indagador sueco dirá, sobrecargado de definitivas probanzas, que la veleidosa zarina rusa tenía el cabello negro...

Si la Poesía vale a veces más que la Historia, según pensaba Aristóteles, y tal lo dice Burckhardt en una carta de su *Epistolario* que acaba de publicarse en Londres, pues aquella dama de Gotemburgo —de quien había quedado una gran fama de esposa fidelísima hasta la publicación del *Diario* de Miranda— está poéticamente vinculada a nuestra común historia. Y en las banderas grancolombianas que se izaron en Ayacucho para coronar la independencia de Indoamérica es indudable que resplandeció algo de aquella romántica leyenda de amor.

Con el doctor Ryden he visitado Gunebó, la bella residencia de campo, rodeada de grandes y cuidados parques de los esposos Hall, adonde hizo Miranda con la amada dueña una visita no exenta de accidentes. De ella, con la volcadura de la calesa y un episodio erótico picante entremezclado en el relato, da el precursor una de sus detalladas versiones, en la cual figura cómo preparaban entonces los suecos el café. Y al seguir otras huellas y después de ver que el retrato de Miranda figura honrosamente emplazado entre los de los visitantes de Gunebó, hemos vuelto hacia Gotemburgo, no sin detenernos en un cementerio parroquial para ver la grande y pesada losa sepulcral de granito que muestra ya borroso el nombre de la dama.

Miranda, queda dicho, vino a Suecia procedente de Rusia. Ambos países se hallaban entonces al filo de la guerra. Fue por ello sospechoso de ser agente secreto de Catalina II al comienzo de su

visita. Mas, a pesar de tales antecedentes, y de la vigilancia agresiva del representante diplomático del rey de España, quien iba a pedir más tarde la entrega del precursor, este se adueñó de las simpatías suecas. Tanto por sus extraordinarias dotes personales, como por su vinculación con la masonería, cuyo gran maestro en Suecia era el hermano del rey, Gustavo III lo acogió con especial simpatía. Lo cual no impide que Miranda diga cosas indiscretas del monarca, aunque alabe su talento y amor por las artes. Y al verle entrar de visita al taller del gran escultor sueco Sergel escriba: “[C]onfieso que la idea de ver a un soberano que viene al obrador a entretenerse y a animar a un súbdito suyo, y a un artista en el progreso de las artes, me pareció cosa sublime...”.

Miranda narra todo lo que ve en Estocolmo: desde las alcobas del rey hasta las casas de caridad de mujeres y niños desamparados que sostiene la masonería, pasando por el puerto y sus oficios, por las escuelas, bibliotecas, prisiones, teatros y colecciones de arte. De cada visita apunta minuciosidades, pero siempre aparece en él la observación que cala hondo, la gran capacidad de estimativa técnica y el buen gusto artístico.

Va a Falun y desciende a la más antigua mina de Europa, después de haber visto las refinerías de cobre. No se arredra ante los riesgos del descenso y baja por el “cráter”, que es grandísimo, “muy semejante al del Vesubio”. Pero a su paso, desde Estocolmo, ya iba comprobando que la agricultura “está muy bien entendida”, al par que se deleitaba con la belleza de los paisajes. Fascinado ante la marmórea escultura del fauno Endimión, que el rey Gustavo trajo de Italia, le agradaba mirarla de noche, a la luz movediza de las antorchas. Dice que no sabe cómo el Papa ha dejado salir pieza semejante de Roma.

Miranda se marchó de Suecia llevándose a su fiel criado Andrés, hijo de este país. Desde lejos sigue recordando a sus amigos, especialmente a los gotemburgueses. Y Cathrine Hall nunca le olvida:

“Souvenez-vous toujours de moi comme je me souviendrai toujours de vous”, le dice en un mensaje escrito, así, en un francés de cuyos exigüos conocimientos ella siempre se excusa.

Estocolmo, mayo de 1955

15. Vacaciones para las señoras casadas

En Montevideo, el brillante parlamentario doctor Amílcar Vasconcellos ha presentado un proyecto de ley que viene a completar la adelantada legislación social uruguaya, ejemplo para Indoamérica: las señoras madres de familia, las dueñas y amas de casa deben ser jubiladas por el Estado en razón de su labor, como cualquier otro trabajador, o trabajadora, manual o intelectual.

Cuando se recuerda que en el Uruguay existe desde hace diez años la pensión de edad, a que toda persona tiene derecho desde los sesenta años por el solo hecho de cumplirlos —que en Dinamarca, Suecia y Noruega, por razones de mayor longevidad, se alcanza a los sesenta y cinco, sesenta y siete y setenta años, respectivamente—, y cuando se tiene en mientes que en el mismo Uruguay la instrucción es gratuita de la escuela a la universidad y las jubilaciones y seguros han abarcado a casi todos los trabajos de la vida, no es de extrañarse que el doctor Vasconcellos haya presentado su revolucionario proyecto. La admirable legislación social uruguaya sigue muy de cerca el guion de la escandinava. Y aquí la prensa, frecuentemente, señala el caso de aquel progresista Estado indoamericano y lo presenta como un paradigma democrático. Lo sorprendente para el europeo, y lo que nunca dejan de recalcar los comentaristas, es que tanto progreso social se haya logrado allá sin imponer impuestos sobre la renta. Pues en los

países de Europa, y especialmente en los nórdicos, todos los numerosos beneficios de la justicia social los paga el contribuyente.

En Escandinavia la jubilación abarca cualesquiera trabajos, además de la pensión de edad. Por cada niño que nace, los padres reciben un subsidio hasta que el vástago cumple los dieciséis años —aunque, en caso de invalidez, orfandad o accidentes, la suma percibida aumenta y su término se prolonga— y el Estado vela por su educación, por su asistencia médica, por su alimento, que la escuela da una vez al día, y, en casos, por su ropa —cuando la necesita—, que la escuela también le da. El anciano no teme el desamparo porque tendrá casa y muy buena, alimento y cuidados.

El estudiante universitario tiene créditos cuando los necesita, los cuales paga con sus notas, si quiere. En Escandinavia, como en el Uruguay, no hay mendicidad callejera. Y es sorprendente comprobar la buena indumentaria de los niños en las ciudades y en los campos y su visible estado de excelente salud.

Pero en Suecia existen organizaciones legales que aseguran a la madre de familia vacaciones de quince días por año, prolongables hasta tres semanas, para su descanso de las labores caseras. Existen instituciones que garantizan estos reposos y tratan de liberar a la favorecida de todos los cuidados y tareas que la desgastan. Si no tiene con quien dejar a los hijos, se encuentra la persona que se haga cargo de ellos mientras la madre se ausente, o, si esta prefiere llevarlos consigo, también podrá hacerlo, sabiendo que en las casas u hoteles adonde va no tendrá que concentrarse a atenderlos porque los servicios de la organización asumirán esa tarea.

Así, la esposa descansa de su trabajo —a lo mejor de su marido— y tiene un efectivo y estimulante periodo de reposo y distracción.

En Suecia son numerosísimas las residencias de vacaciones, muchas de ellas situadas en apartados y bellos parajes, donde los vacacionistas gozan de toda comodidad. Legiones de ellos salen cada año para recibir este beneficio que el Estado garantiza, pero no pocos

—suma de millares también— viajan más lejos con el auxilio de subsidios especiales. Es tan grande el número de trabajadores que van de Suecia cada verano hacia otros países de Europa que, durante esta época, muchos desempleados extranjeros vienen a ocupar sus puestos. Por esa razón, de junio a octubre se ve llegar a buen número de obreros del sur de Europa a Suecia, por cuanto en este lapso casi todo el que llega tendrá algo que hacer y recibirá los buenos salarios que aquí se pagan.

Las amas de casa solicitan sus vacaciones en las oficinas especiales de cada municipio. He visto las de Estocolmo y he recibido una interesante explicación del mecanismo de los procedimientos. La esposa, por sí misma, pide su descanso, y expertas servidoras de la organización comunal le facilitan el ejercicio de este derecho. El problema de los niños lo resolverá la misma institución —y a lo mejor también el del esposo— cuando la vacacionista decide marcharse sola.

Existe en Suecia otra organización combinada —particular y municipal— que facilita mujeres adecuadas para el servicio de pasear diariamente a los niños de familias con un solo hijo o cuya madre tiene que atender otros trabajos. Es de veras interesante ver estos grupos infantiles por todas las calles de las ciudades suecas, conducidos por sus vigilantes voluntarias, quienes los pasean y hacen jugar, ya sobre la nieve, ya sobre el césped, según la estación.

Casos hay en que toda la familia combina sus vacaciones, marido, mujer e hijos, y entonces el beneficio social favorece el descanso en conjunto. Pero no son pocos —y ayer veía que cien esposas solas se habían marchado de Estocolmo a su reposo sin compañía— los de la ama de casa que señeramente ejerce su derecho de vacaciones sin más. La ley y las organizaciones de servicio social han previsto todas las situaciones. Es notable que no solamente las disposiciones y reglamentos estatales atinentes a relaciones con individuos y grupos son cuidadosamente estudiados en Suecia por grupos de expertos en psicología, sino que las instituciones que aplican estas disposiciones

también cuentan con avezados conocedores de la idiosincrasia de su gente. No se halla en estas organizaciones públicas el tipo del burócrata seco, incomprensivo o amargo. Es curioso asistir a las conversaciones y consultas de las solicitantes de un beneficio con los empleados encargados de facilitárselo. En el mismo tono bajo y amable de las conversaciones familiares, haciendo gala de una sonriente paciencia y hasta de un afectuoso entusiasmo, el empleado o la empleada a cargo de la difícil función de atender y resolver inspiran al interlocutor confianza y simpatía, tal se tratara de un coloquio amistoso.

Así comienza el descanso de las amas de casa. He entrevistado a un grupo de ellas, todas de familias obreras, todas dueñas de departamentos limpios, claros, con teléfono y radio, y lindamente amoblados. Unas saldrán de vacaciones con sus hijos y maridos; otras, sin estos y con aquellos; pero no pocas, exentas de unos y otros. De estas me ha dicho una: “Así se regresa a la casa y al trabajo con mayores fuerzas y con más amor”.

Estocolmo, mayo de 1955

16. Un reto noruego

En las guías autorizadas oficialmente por los centros de turismo que en Noruega se distribuyen en todos los lugares públicos adonde el viajero recurre en busca de fuentes de información sobre el país, aparece un curioso aviso. Muy destacado en la edición inglesa de la *Oslo Guide*, página 29, lo copio y lo entrego a las reflexiones del lector:

ASK PEOPLE TO ASSIST YOU

One small piece of advise. Don't be afraid of asking people to assist you. The man in the street is usually proficient in English and will relish the opportunity of practicing his particular brand.

Es el pequeño consejo que aparece en todas las guías para que el turista no tema pedir informaciones al transeúnte callejero noruego. Este —se advierte— casi siempre habla algo de inglés y responderá gustoso, a fin de practicar lo que sabe... Tal se ve, las autoridades noruegas, en buen romance, lanzan al viajero foráneo un grave si bien amistoso desafío: someta usted a prueba no solamente los conocimientos de inglés del hombre de la calle, sino, además, su buena educación, su excelente humor, su alertada voluntad para servirle; vale decir, la civilización de todos los noruegos, puestos así a disposición del turista.

No he visto, y pienso que será muy raro que la haya escrita, así publicada y respaldada por instituciones oficiales, una promesa semejante. Pues me parece que para que ella sea dable, los dirigentes de un pueblo deben estar muy seguros de la cultura de este, cuando enfrentan al viajero a la aventura de demandar ayuda de cualesquiera personas del país en la mitad de la calle.

Ello no obstante, por personalísima experiencia a lo largo de los mil setecientos sesenta kilómetros de longitud de este país, en el sur, en el norte y en el centro —en Oslo, o Bergen, Trondheim o Kirkenes, Budo, Hammerfest, Narvik o Karasjok—, he comprobado que la oferta del aviso se cumple invariablemente. Noruega es un país en el cual la Policía está casi ausente o es apenas visible. Su presencia —tan popular en el pueblo y especialmente entre los niños— no es a menudo notoria. Estos hombres altos, uniformados de color azul oscuro, que caminan en parejas, van, como los policías ingleses, desarmados. Hablan siempre el inglés preciso para informar a quien, forastero, desconoce una de las lenguas escandinavas. Pero, con estudiada discreción, no aparecen sino cuando son insoslayablemente necesarios. La población civil se mueve, así, exenta de controles que no sean los propios; y los accidentes, sobre todo los incidentes, son de tal rareza, que sus estadísticas hacen honor al país.

Así se explica la importancia y validez del aviso que comento, cuya eficacia y eficiencia he verificado con deliberada insistencia. En la calle, o en las carreteras, en las estaciones o en los almacenes, el hombre y la mujer noruegos, el muchacho y aun el niño están prestos a responder a quien les pida un dato y a excusarse con muy finos ademanes y deletreados vocablos, cuando no entienden lo que se les pregunta o desconocen las señas que se les piden.

En un país donde no hay mendigos ni se ve gente harapienta, ni niños golfos, ni se percibe esa sórdida miseria que amarga a las gentes, endurece los rostros, mata las sonrisas y pone a flor de labio la venenosa impertinencia callejera o el procaz insulto, las gentes se mueven con cierta placidez dentro de su normal actividad. Si llueve, si nieva, si hay calor o frío, niebla o sol, afrontarán la contingencia con buen humor. Por más que un viejo profesor noruego me haya dicho: “Cuando perdimos la libertad bajo los nazis comprendimos de veras lo que ella valía en nuestra vida”, es evidente que el noruego se sabe libre y no imagina una forma de vida de otro modo. Admite que esa libertad “debe estar limitada por la justicia”; que las restricciones relativas son indispensables y que, aunque sea duro, hay una razón superior que impide, por ejemplo, que se venda una gota de licor después de las once de la noche en cualquier rincón del país.

Les gustaría a los noruegos poder realizar la obra social de Uruguay —que es el país indoamericano cuyos pasos van siguiendo muy de cerca a los escandinavos en el camino de la ideal democracia civil íntegra— sin impuestos sobre la renta. Les parece maravilloso que la república uruguaya pueda garantizar sin tales contribuciones seguros de vejez a todos sus habitantes nacionales y extranjeros desde los sesenta años; instrucción libre y gratuita de la escuela a la universidad; jubilación para todos los trabajadores industriales, agrícolas, intelectuales y domésticos; pensiones de enfermedad, de desocupación, no servicio militar obligatorio, ciudadanía universal

y voto a los dieciocho años; en fin, todo lo que hace del Uruguay un ejemplar Estado sin más costosos armamentos que su cultura. Pero, comparados los recursos de ambos países —con una población numéricamente igual—, admiten que Noruega debe pagar mayores contribuciones a fin de que impere aquí la civilizadora democracia con libertad y pan.

Noruega tiene rey pero no nobleza; rey elegido por su pueblo hace casi sesenta años, modesto, discreto, y mucho menos costoso e inequippablemente más democrático que muchos de los aupados gobernantes de ciertas llamadas democracias, cuyo sistema parasitario padecen sus desamparados pueblos. Aquí el gobernado sabe que lo que paga es para defender su derecho humano, a una vida digna y segura, libre y pacífica. Por eso, el noruego puede sonreír y responder con invariable humor a quien ponga a prueba su buena voluntad y su mejor educación interceptándole en su camino para solicitarle un dato.

Esto explica por qué aquel aviso, único en las guías turísticas del mundo, tiene mucho que ver con el buen gobierno, el cual, con la justicia, educa.

Oslo, febrero de 1955

17. Una epopeya escultórica de la vida. El famoso parque Vigeland de Oslo

Noruega es de los países escandinavos el de menor densidad demográfica: veintiocho habitantes por milla cuadrada. Sobre un extenso y alargado territorio, cuya distancia litoral, de Oslo a Kirkenes —punto angular de su frontera con Rusia—, es igual a la de Oslo a Roma, solo Islandia, entre los Estados nórdicos —cuatro habitantes por milla cuadrada—, es menos poblado. Mas, como Islandia, Suecia, Finlandia y Dinamarca, Noruega ha alcanzado tan extraor-

dinarios avances socioeconómicos bajo el régimen laborista de su integral democracia, que —y esto es necesario redecirlo— ella forma con los otros cuatro Estados, que totalizan dieciocho millones novecientos mil habitantes, la vanguardia del ordenamiento democrático del mundo. Subrayemos: la vanguardia; muy por delante de Estados Unidos, que anda bastante lejos todavía de Escandinavia en el pleno ejercicio de las cuatro libertades. Y más que nunca ahora.

En Noruega, donde, análogamente a los demás países noreuropeos, no hay persecuciones políticas ni religiosas, ni racimos más o menos agazapados, y donde la lucha de clases se ha suavizado casi absolutamente dentro de una sabia sistemática estatal, las pasiones doctrinarias han perdido enconos y violencias. Los escandinavos son pueblos sin acrimonias. Y, entre ellos, el noruego es el de mejor humor. Lo cual es mucho decir, por cuanto muy alegres son los daneses y muy tranquilos los suecos. (Que por algo se dice en noruego: “*Han gjor svenke av seg*”: “Él se hace el sueco”. Como en castellano; que es la cabal descripción de la máxima tranquilidad).

En Noruega se pueden oír críticas políticas de banqueros, rentistas y comerciantes mayores contra los altos impuestos; o de los numerosos aficionados a beber cerveza contra el inexorable cierre total de expendios de licores a las once de la noche. Los burgueses preferirían que la gran política asistencial del Estado se realizara aquí como en el Uruguay, cuya riqueza y buen gobierno civil le permiten ser la república indoamericana de más avanzadas y cumplidas leyes de previsión y proteccionismo sociales, sin cobrar un solo centavo de impuesto sobre la renta. Pero tales lujos solamente son dables en el Nuevo Mundo —cuando sus Estados se hallen tan bien administrados como acontece excepcional y ejemplarmente en el uruguayo—, mas no en Europa. Aquí, a despecho de los democráticos gobiernos civiles y civilizados, tecnificados y honestos, y de la honestísima inversión de las contribuciones, ellos son indispensables para cumplir

una política de verdadera justicia económica. Y para responder así positivamente al reto comunista que niega la posible coexistencia de aquella justicia auténtica con la más amplia libertad democrática.

Noruega, al igual que sus vecinos escandinavos, ha respondido al reto. Y, vecina de Rusia, no necesita mostrarle los dientes, perseguir o ilegalizar al partido comunista para que este sea, como lo es en toda Escandinavia, una débil minoría. No tiene “cortinas de hierro” en sus fronteras con la tierra de los sóviets —lindero que yo acabo de visitar—, no obstante haber en Kirkenes ricas minas noruegas de aquel metal. La mejor defensa de Noruega y de los Estados escandinavos frente al comunismo radica en la libertad —una lección para los hombres del Partido Republicano de Estados Unidos—, ejercida ella en sus cuatro dimensiones: político-social, religioso-cultural, económica y psicológica. Pero, para que la libertad sea así hacendera y eficiente, los que tienen más deben ayudar más. Y aunque de vez en cuando murmuren, los que más tienen en Noruega lo entienden bien, y pagan.

Si no se discute enconadamente aquí sobre política, no se deja de hablar vehementemente de ella y de otros temas. A las veces, en todos ellos se toman férvidas banderías. Por ejemplo, un asunto popular polémico es el arte: el arte en sus diversas manifestaciones; porque en Noruega nació para la música Grieg; para la literatura, Ibsen, Bjørnson, Holberg y Hamsun; para la pintura, Munch y Krohg; si soslayamos por ahora la épica aventurera de los ilustres exploradores Amundsen, Nansen y Heyerdahl, y si solo mencionamos a figuras estelares de primera magnitud... Se discute, pues, mucho sobre arte: por ejemplo, la arquitectura audaz del Rådhuset o Palacio Municipal de Oslo, erigido frente a la plaza del Sol —esto de que el sol tenga una plaza es una metáfora conmemorativa al Gran Ausente de Noruega— y al cual algunos tachan por haberles quitado, precisamente, la some-ra luz diurna que por aquella zona urbana se proyecta desde el sur.

Los pintores y los críticos blandirán, asimismo, muchos argumentos tenaces e inconciliables sobre los grandes frescos que decoran aquella imponente estructura de altas torres cúbicas y vastos vestíbulos y estrados, en los que el ladrillo prieto se combina sin contrastes con bruñidos mármoles y con el indeficiente granito del país. Y place mucho verlos y oírlos controvertir sobre si el Rådhuset es o no un acierto artístico, aunque muy pocos nieguen que se trata de uno de los más importantes edificios europeos de posguerra.

Pero, también, discreparán los opinantes —unos en los campos de la alabanza y otros en los del desdén— al referirse a los frescos del gran pintor, vivo aún, Hugo Lus Mohr, en la vieja catedral de Oslo. Aquellos mil quinientos metros cuadrados de escenas bíblicas, ligadas todas por un, a mi ver, bien logrado plan genial de composición, presentan a un Cristo nuevo: imberbe, efébo, que lucha como un atleta helénico contra las fuerzas del mal. Y también en este caso, como es de suponer, se encienden interminables y encontradas alegaciones. Alguien argüiría en su defensa que acaso es el simbolismo de Mohr el de una innovada concepción cristiana, tal cual se la aplica ya en Escandinavia. De una concepción cristiana concebida y cumplida como justicia social, en la que la caridad no tiene más su encarnación vergonzosa en el pordiosero suplicante de una migaja por el amor de Dios, puesto que la mendicidad ha sido suprimida. Ni se halla al niño pobre y abandonado, sin hogar, harapiento y sin escuela; ni a la viuda sin amparo ni pan; ni al anciano sin techo, ni al enfermo sin auxilio; por cuanto el régimen democrático laborista acabó con tales dolorosas indigencias. Y exenta así la religión de su tantas veces desvirtuada misión de consuelo y paliativo de aquellas ominosas lacras sociales que ofenden a Dios, acaso solo quede de ella la pura e incotizable virtud, el neto optimismo de la mística, el elevamiento del espíritu y el renovado sentido de una moral enteriza, libre de remordimientos.

Estas ideas y sus negaciones van y vienen en los debates muy frecuentes de los noruegos sobre sus artistas y sus estilos y formas. De una y otra parte se oyen pros y contras. Pero tales controversias demuestran —y cuando se les hace esta observación a los noruegos, suelen reír con festivo asentimiento— que como no tienen otra temática polémica más apasionante, recurren con elevada temperatura a lo artístico. Y esto se entiende mejor cuando se piensa que es un pueblo de muy profundo y fino sentido estético.

No hay, sin embargo, en Noruega, un objetivo mayor de discrepancias críticas que el famoso Frogner Park o parque Vigeland, en los bordes occidentales de Oslo, cuya extensión abarca varias hectáreas y es una hazaña feliz de armonización del urbanismo, la arquitectura, la escultura y el paisaje. El famoso artista Gustav Vigeland, tal vez el más conocido entre los escultores noruegos, fue el creador y señorero ejecutor de esta obra de gran magnitud y rareza. Y aunque el artista nunca explicó detalladamente la simbología de su vasto plan, resalta en él un ambicioso anhelo de llevar al bronce, al granito y al hierro una alegoría grandiosa de la vida. Esta abraza, desde sus formas elementales, estilizadas en los ornamentos caprichosos de las verjas y remate de la entrada, hasta las expresiones culminantes del hombre y de su destino, que coronan los mástiles de piedra, los masivos grupos escultóricos y el admirable monolito de diecisiete metros de altura, cincelado en granito blanco, ápice de las anchas terrazas escalonadas formantes del vasto conjunto del parque.

En mis paseos lo había visitado varias veces. Ya en los días del tibio otoño que dora el maravilloso paisaje noruego; ya cuando Oslo, cubierto con las primeras nieves de noviembre, se transforma en una ciudad mucho más bella y fascinante quizá que la más conocida por los turistas eventuales durante el transitorio verano nórdico. Pero mi última visita al parque Vigeland la hice acompañado por el amigo más cercano del ya muerto creador de aquella obra: el ingeniero

Niels F. Schach, quien tuvo —y tiene, porque la obra continúa aún— a su cargo la construcción del parque mismo y la ubicación de las estatuas. Labor esta no terminada todavía, pues aún se siguen vaciando al bronce o esculpiendo en granito algunas de las figuras dejadas en arcilla por Vigeland en su taller que es hoy museo.

El ingeniero Schach trabajó al lado de aquel, muchos años. Desde cuando hace cuarenta y seis terminó su labor juvenil en la construcción del empinado ferrocarril que une al Titicaca con el Cusco, en la meseta andina, otrora escenario del Imperio de los incas, Schach vino a ejecutar las órdenes del escultor a Oslo; y cada pórtico, cada columna, cada fuente, cada verja, cada tramo de la obra del parque fueron implantados de acuerdo con el dispositivo original. Vigeland —me dice el ingeniero— nunca explicó la obra. Toda ella, desde el nonato y los párvulos, hasta los ancianos que mueren y los despojos que sirven de abono a nueva vida, se refieren a la evolución del hombre a partir de sus lejanos principios. Todas las figuras aparecen desnudas y cada etapa de la vida tiene su representación: de la vida física y de la vida del espíritu, del proceso del hombre en el tiempo y de su lucha contra las pasiones subalternas y la animalidad.

Vigeland quiso que este gigantesco poema de bronce y de piedra despertara en cada visitante una reflexión. Es curioso ver que no hay quien llegue al parque —viejo o joven, hombre o mujer— que no se detenga a contemplar y, si no está solo, a comentar. En torno a la fuente central que sostienen unos gigantes de bronce, anatómicamente perfectos, Vigeland trazó en el pavimento un laberinto que, seguido línea a línea, supone un recorrido de seis kilómetros. Cuéntase que cuando el rey Haakon de Noruega visitó el parque y conversó con Vigeland, a quien profesó admiración, le dijo sonriendo, refiriéndose al laberinto: “No puedo imaginar cómo lo tuvo usted dentro de su cabeza”.

En su conjunto, el parque Vigeland recuerda los grandes trazos de las andenerías incaicas y el monolito parece un intihuatana. Se

lo digo al ingeniero Schach, quien conoce, como viejo baquiano, las imperiales ruinas andinas. Y me responde riendo de buena gana:

—Pues mire usted, cuando vine del Perú y me puse a las órdenes de Vigeland para plasmar su gran proyecto, le dije que todo él me hacía recordar las monumentales concepciones incaicas. No me respondió con palabras. Se levantó, fue a su biblioteca y extrajo un gran libro con hermosas fotografías de los palacios y templos del viejo Perú. Lo abrió en unas páginas que mostraban los grandes escalonamientos del Coricancha y Ollantaytambo, me lo puso delante de los ojos y sonrió. Fue la única explicación que yo logré de él sobre su obra...

Oslo, diciembre de 1954

18. Un viaje al país de los lapones noruegos

Si Noruega, Suecia, Finlandia y Dinamarca no fueran las verdaderas democracias que son, los lapones y esquimales plantearían en esos países un problema de minorías. Y si los escandinavos consideraran a los lapones y esquimales como en Estados Unidos se considera a las gentes de color, los pueblos nórdicos confrontarían un permanente y gran conflicto racista. Por fortuna, la concepción y praxis democráticas en los Estados nórdicos ha superado la aversión o recelo hacia las razas inferiores, que es baldón de la vida republicana estadounidense. Y el lapón para noruegos, suecos y finlandeses, o el esquimal para los ciudadanos de Dinamarca, es un compatriota con los mismos derechos humanos y cívicos que todos los demás hijos del país.

Dentro de las poblaciones escandinavas en que los lapones habitan —vamos por ahora a dejar de lado una indagación sobre los esquimales de Groenlandia, quienes son súbditos daneses—, ellos son minorías: unos veinte mil o más en Noruega, unos cinco mil doscientos en

Suecia y unos siete a ocho mil en Finlandia; que los pocos que quedan en el norte ruso no entran en esta clasificación. Pero forman una minoría fuerte, de gran calidad humana y de pertinaz caracterismo, si no precisamente étnicos, idiomáticos, de habitud y prestancia colectivas.

El lapón no presenta una tipología somática inconfundible. No forma una raza en el sentido estricto de tal vocablo y concepto. Los rasgos asiáticos, que en algunos grupos son resaltantes, en otros están ya perdidos. Así, hay lapones rubios y con rostros eslavos o germanos, y los hay semejantes a los escandinavos. Su igualdad social con estos ha favorecido, grandemente, lo que podría llamarse el “mestizaje”. Y en Noruega hay muchos lapones tan confundidos ya con los oriundos del país que, en ciertos casos, no se sabe de cierto cuándo son de origen o no. Su lengua proviene de un antiguo idioma finlandés.

Ello no obstante, en Suecia, Noruega y Finlandia, los lapones constituyen comunidades en ciertos casos compactas, cuya lengua y costumbres los unen tanto como sus vistosas indumentarias y sus vocaciones de trabajo.

Me interesaba ver por mí mismo cómo han resuelto las adelantadas democracias laboristas escandinavas su problema de convivencia con los lapones e hice el viaje. Había de comenzar por donde están mejor organizados; y me interné en el Finnmark.

El Finnmark se halla entre los paralelos sesenta y nueve y setenta. Cuando la nieve cae, ya desde principios de noviembre, la ruta mejor es la de Hammerfest. Movido puerto enclavado en una isla de pintorescos fiordos, a una jornada del Cabo Norte —extremo septentrional del continente europeo—, Hammerfest, como Bod, como Narvik y al igual que otros puertos europeos situados al norte del círculo polar ártico, fueron arrasados, hasta no dejar piedra sobre piedra, por los aterradores bombardeos e incendios nazis.

En este puerto he dejado el barco en que viajé desde Kirkenes, extremo fronterizo de Noruega y Rusia. Y he llegado de noche —la

noche que ha comenzado a la una de la tarde— y me ha sorprendido encontrar, en tan pequeña y helada ciudad, dos bien tenidos almacenes de bellísimas flores que a través de sus caldeados cristales muestran al transeúnte, entre rosas y claveles, brillantes orquídeas amazónicas. O sea que hay aquí un activo comercio de mercancías de necesidad y de lujo, lo cual es regla de interrelación y *savoir-vivre* de todas las poblaciones escandinavas.

He pasado la noche en el Gran Hotel y he visto en un cinema, repleto de bulliciosos muchachos con altas botas de goma y vistosos sacos y gorros de lana multicolor, la película *Kim*. Y, una vez más, entre ocho y diez de la noche, he asistido a la visión portentosa de una aurora boreal.

De Hammerfest he viajado la subsiguiente amanecida —que aquí clarea ya cerca de mediodía— hacia Karasjok, la comunidad lapona más importante del Finnmark. El viaje se hace en ómnibus, cuando es verano, y en *snobmobile* en los largos meses invernales. El *snobmobile*, que es un trineo para muchos pasajeros, automotor, realiza un viaje de casi doce horas trepando caminos abiertos, a través de la escarpa o deslizándose al filo de los fiordos que baten las olas del mar; o penetrando las grandes llanuras boscosas, por entre cuyos árboles, sobrecargados de ingentes mantos de nieve, el habilísimo chofer se sabe la derrota de memoria.

En toda Noruega, en los puntos más lejanos de la capital, se hallarán excelentes hoteles, llamados aquí, en las ciudades pequeñas o en las aldeas remotas, *gjestgiveri*, que es decir hospedería. Karasjok, la que podría llamarse capital del país lapón noruego, tiene también su *gjestgiveri*, confortable y bien calentado, y desde sus ventanas con doble cristal se mira la población, toda blanca, que cruza un ancho río de muchos meandros, cuyas aguas heladas son ahora transitada vía de trineos y vasta pista de patinaje.

El hotel es una especie de club. Después de la cena, van llegando a su vestíbulo y bar gentes del pueblo. Vienen los lapones con

sus sombreros de tres picos, de negro paño rellenos de plumas, con sus abrigos de pieles y sus característicos zapatos y cubrepiernas, para los cuales el reno da inagotable material. Aquí encuentro al joven periodista romano Emilio Sassini, quien estudia para una revista italiana la vida de los lapones. Sassini, mutilado de niño por una bomba —americana, dice él— de la guerra, ha hecho ya relación con algunos lapones de gran fortuna e influencia, como Matewziera, el propietario de miles de renos —nunca dice un lapón cuántos tiene—, cuyo éxodo a través de la estepa nos proponemos seguir. Estamos en la estación en que los renos emigran hacia las nevadas colinas lejanas donde pueden encontrar su pasto, una especie de flor rojiza y carnosa que crece pegada al suelo y que el reno husmea y busca escarbando en la nieve.

Para hacer el viaje tras las partidas de renos necesitamos un trineo. En la aldea hallamos a un joven conductor lapón, quien, al cabo de días de viajes habrá de ser nuestro gran amigo: Nils Hansen Biti. Con él hicimos el viaje de dos días a través de aquellas inmensas y onduladas zonas, ya boscosas, ya esteparias, que nos condujeron al punto donde Matewziera debía pasar la velada junto al fuego, para partir después de medianoche siempre más lejos.

Los lapones son más conocidos como propietarios y pastores nómadas de renos. Esta es la idea más generalizada y colorista que suele tenerse de ellos. Pero este es solamente un lado de la vida lapona, mucho más rica en atracciones y quehaceres: hay lapones agricultores, los hay artesanos y los hay pescadores, y, en gran número, comerciantes.

Ellos formaron originariamente pueblos dedicados a la caza que vivían en reducidos grupos o *sii'das*, de diez o veinte familias; y cada uno de estos grupos se movía en su propio perímetro de cacería o de pesca. Estos perímetros fueron el factor circunscriptivo sobre el cual toda la organización comunitaria lapona se basaba, según lo anota el estudioso noruego del pueblo lapón Guttorm Gjessing. El *sii'das* era gobernado por un consejo constituido por los jefes mas-

culinos de las familias, y, de entre ellos, se elegía al señor de la comunidad, que era el hombre que gozaba del respeto unánime. De todo ello queda una tradición de convivencia.

En Noruega los lapones han trabajado también, en gran escala, a la vez que en la caza de renos, entre los bosques y montes durante el invierno; y en la pesca, en los fiordos, durante el verano. Fueron ellos expertos pescadores y construyeron buenos barcos para exportar su producto, hasta que en una época —en el siglo XVIII— superaron a los noruegos en aquella actividad; lo cual es mucho decir. Pero más tarde, sin abandonar la pesquería, que hasta hoy suelen practicar, concentraron sus actividades cinegéticas y agrícolas en el Finnmark y fijaron sus principales centros de vida y producción en Karasjok y Kautokeino; una comunidad menos avanzada que aquella.

Hay lapones de mayores recursos que pueden llamarse ricos y otros menos acaudalados. Todos ellos gozan de los beneficios de seguros sociales de trabajo y vejez con los que el Estado noruego resguarda de la miseria a sus ciudadanos. Por tanto, no hay lapones, como no hay noruegos, indigentes. Pero los más afortunados y los mantenedores de la tradición del nomadismo son los dueños de renos. Lo cual no es óbice para que se vean casas en número crecido y muy airosas en las aldeas, que albergan a ricos y pobres en sus estables comunidades.

A ellas convergen los agricultores, los pescadores y los ganaderos, especialmente en días de gran conmoción colectiva y de pintorescas escenas folclóricas: cuando los renos se van a principios del invierno, y cuando vuelven para Pascua Florida.

Es ejemplar, ciertamente, la obra cultural realizada entre los lapones por el Estado noruego, como por el sueco y el finlandés con sus grupos respectivos. Y en Karasjok —una aldea de no más de seis mil lapones— se levanta un monumental y bello edificio escolar del Estado, que representa un valor de más de cinco millones de coronas;

suma cuyo coste ha sido un millón de dólares. Y, por la pulcra manera como aquí se invierten los dineros públicos, puede decirse que representa un valor mucho mayor. Dotado el edificio escolar —para alumnos internos y externos de ambos sexos, y desde muy temprana edad— de todos los detalles y refinamientos de técnica y confort, su visita despierta una profunda admiración. El *skoleinspektor*, un culto pedagogo, Herr L. Lind Meloy, es quien me guía, piso por piso, desde los baños de vapor y los calentadores de los zapatos de piel de reno de los niños, hasta las lindas aulas, los dormitorios y los comedores llenos de luz y de color.

Me toca, después, asistir a la cena de los del Colegio de Intermedia. Es la obra tutelar de la Iglesia luterana —la oficial de Escandinavia— que ha llegado a los lapones como una magnífica institución de cultura. La dirige el doctor Thor With, ministro o pastor de la aldea, y experto educador, a quien acompañan su esposa y un grupo de maestros de ambos sexos, entre los cuales hay varios lapones. A la juventud, que en esta *samiske ungdomsskole* forma un interesante conjunto de muchachos y muchachas, les hablé una noche. Muchos de ellos han leído el libro de Heyerdahl sobre la estupenda aventura de *Kon-Tiki*. Y todos, como cualquier niño noruego, saben algo de Indoamérica y de la civilización andina, debido al *Kon-Tiki*. Había, pues, que hablarles acerca de aquello que más les interesaba.

Y les dije a los muchachos lapones que había algo de similitud entre su pueblo y los andinos, quienes habitan también en las zonas frías y rodeadas de nieve, de cordilleras y páramos. Les recordé, asimismo, que el hombre andino ama a su llama como el lapón a su reno. Que ambos animales les dan a unos y a otros pieles para vestirse, carne para comer y ayuda para transportar. Los andinos adornan a sus llamas, como los lapones lo hacen con sus renos. Y al citar las palabras de Matewziera sobre la triste obligación de matar a los renos para carnearlos, les aseguré que podría decirles un andino, en circunstancias

semejantes, de su llama: “Los mato sin mirarlos a los ojos porque me causan pena, y los mato de un solo y certero golpe de cuchillo que yo sé dónde debo darlo para que no sufran”. Los ojos expresivos de la llama miran con la misma luz amorosa que los ojos del reno.

Lo imparangonable entre lapones y andinos es que, a diferencia de estos, todos los lapones saben leer y escribir y tienen educación gratuita, trabajo justamente pagado y seguro social. El contraste doloroso para nosotros aparece al comprobar que el lapón es libre y el andino no lo es aún. Porque el Estado aquí educa y adiestra para la vida social a la minoría lapon; respeta y estimula sus tradiciones, la ayuda en sus trabajos y alienta su bella artesanía y sus excelentes calidades artísticas. Porque no solo la Iglesia es misionera en la magnífica obra educacional que dirige sabiamente el doctor With: también el Estado da a su cruzada un sentido heroico. Lo sentí así cuando una tarde se detuvo el trineo en que viajaba frente a un caserío de no más de diez casas, llamado Bergstad. Todos los edificios cubiertos por la nieve permanecían cerrados y silenciosos. De pronto se abrió una puerta y vi salir a dieciséis niños y niñas, de no más de ocho años cada uno. Detrás de ellos, un hombre joven, lejos aún de la treintena, vino a saludarme con ese gesto de hospitalidad indeficiente en el noruego. Era Herr Arne Reinen, el maestro de aquella aula minúscula. Educado en Oslo, había ido a tan lejanísimo rincón de su país a cumplir su misión de pedagogo. Culto, y hablando muy buen inglés, charlamos un rato. Y cuando de la casa frontera salió de pronto una voz femenina y una mujer todavía joven y bella. “Es mi madre —me dijo el joven maestro—: ella me acompaña y aquí vamos a permanecer hasta cumplir nuestra misión”.

Al despedirme, le expresé que él era el símbolo del Estado noruego democrático y libertador. En respuesta, asintió con una sonrisa de hombre civilizado y seguro de que le decía la verdad.

A bordo del *Polarlys*, fiordos de Bodø, noviembre de 1954.

19. El círculo polar ártico

En una carta que fue tras de mí hasta Kirkenes, puerto de la frontera noruego-rusa, me escribía muy recientemente desde México mi admirado amigo el ilustre Alfonso Reyes: “Cuando tenga tiempo dígame algo de las auroras polares, que tanto he admirado en sueños”.

Un gran poeta cual Reyes tenía que haber soñado, en vuelo de adivinanza, con aquel deslumbrante portento hiperbóreo que deja estupefacto aun al íncola de las regiones donde se produce, y que no olvidará jamás quien lo haya visto. Pues el adulto novicio sentirá un poco en su contemplación el estremecedor asombro que se adueña de los niños nórdicos, hasta cuando ya crecidos le pierden el miedo. Porque miedo es lo que causa en los más pequeños ver el despliegue serpentino de los primeros disparos de la aurora boreal y, más todavía, enfrentar la amenaza cercana de sus móviles espirales de irisada luz cerniéndose como tules tornasoles hasta cortar completamente el cielo con resplandecientes líneas oblicuas que llegan a la tierra y lo perfilan todo de colores; tal aparecen las cosas al mirarlas a través de un prisma de cristal.

Para el niño escandinavo acostumbrado al prematuro anochecer invernal a la una de la tarde, o que durante un mes, de diciembre a enero, no tiene un solo minuto de día y que halla en la nieve una irresistible atracción de juego, la *Polarlys* —digámoslo en noruego— es una impresionante interferencia, a las veces ingrata a pesar de su radiante claridad. Y es que el fenómeno y su casi inevitable susto infantil facilitan a las madres la tarea de poner a los hijos chicos en la cama. De sacudirles la nieve de que llegan a casa enteramente cubiertos, de descalzarles las altas boticas de goma, desnudarles de la vistosa y encapuchada indumentaria de lana multicolor y, al fin, de verlos dormir como marmotas. Después, parte de la larga velada la llena la tarea tutelar de limpiar zapatos, arreglar esquíes y patines, componer algún desperfecto en los trineos y prepararlo todo para

tener listo al día siguiente el equipo íntegro de los bulliciosos personajes —el primer personaje de Escandinavia es el niño— y echarlos a las calles y caminos nevados por donde van cantando o arguyendo, deslizándose bien vestidos, calzados y enguantados como pandillas de elegantes caballeros pigmeos.

No es difícil imaginar que el temor de los niños a la aurora boreal haya gestado supersticiones y leyendas —las sagas populares— no extrañas, en ciertos casos, a la gente mayor: por ejemplo, el mal augurio que se achaca a quien salude a la luz polar con el pañuelo. Todo lo cual indica que, por ser el fenómeno en sí mismo de desconocido origen, comporta la magia de lo misterioso a la par que el prodigio de su belleza y suscita, por ende, lo que con palabras exactas se llama terror cósmico.

Arriba del círculo polar ártico —el cual en Noruega se cruza por los fiordos en barco y por tierra en el ferrocarril que llega a Londsfall y es siempre saludado por alegres toques de sirena— dos son los fenómenos estupendos que el cielo depara: en invierno la aurora boreal y en verano el sol de medianoche. Ambos los vi en Rusia en 1924 cuando pude comprender aquellas líneas del poeta Pushkin, cuya primera lectura hice en mi adolescencia:

a la luz de las noches blancas
 escribo y leo mis versos...

y meses después, cuando navegando por el alto Volga, ya muy entrado el otoño, fui despertado por los muchachos rusos con quienes viajaba para hacerme ver que el cielo, el agua, la tierra, los árboles y las gentes aparecían como si sobre ellos se hubiese volcado un inmenso arco iris.

Pero el sol de medianoche es un espectáculo, en mi sentir, menos fascinante que la aurora boreal. Aquel debe ser referido a un

reloj: hay que saber que son cronométricamente las doce de la noche y a la vez contemplar el sol aquietado sobre el horizonte para no equivocarse con un crepúsculo intertropical de las seis de la tarde. Por otra parte, cuando los noruegos, sorprendidos de verme viajar, foráneo, solitario, por su norte en estos meses, me advierten que “el verano es mejor”, tienen de seguro mi retruque: “En verano todos los países son bellos, y para vosotros el verano es un pasajero y luminoso premio de la naturaleza: lo que me importa es ver a Escandinavia encarando el reto de la nieve y de la noche”. Paisaje y hombre se engrandecen ante la prueba depuradora de la sombra, apenas sin término, y de la helada que todo lo invade. Las montañas, los bosques, las ciudades, los puertos y aldeas cubiertos de gruesas capas de nieve son el escenario de esta gente enérgica que trabaja y sonríe. Se la ve a lo largo de los caminos y veredas, en los muelles de los numerosos embarcaderos, tirando de sus trineos o deslizándose sobre ellos, para cumplir imperterritos y alegres sus labores. Y cuando nuestro barco va cruzando los estrechos que escoltan las altas rocas nevadas, maravillosa visión de soledad y grandeza, se entrevén aquí y allá, meciéndose sobre las olas frías, al pescador que espera sin premura que estos mares millonarios le llenen con su fauna las redes y los botes. De solo mirarlos con los catalejos en la lejanía, como puntos oscuros sobre el mar verdinegro que parece estar a punto de la congelación, dan ganas de abrigarse.

Viajo en el bien tenido barco de romántico nombre *Sigurd Jara*, uno de los tantos que a diario van y vienen desde Bergen hasta Kirkenes y comunican a todas las costas de Noruega del norte y del sur. Las gentes suben y bajan; las cargas, principalmente de pescado —mucho de él para Inglaterra—, toman todo el tiempo de los estibadores y marineros. Y un puerto sucede a otro a cualquier hora del día y de la noche, y la baja temperatura es un buen pretexto noruego para hacer chistes. De cada rada, muchas de ellas muy pequeñas, zarpa nuestro navío hacia la próxima cruzando los estrechos y fiordos,

rodeando montañas blancas de escarpadas formas que contrastan bellamente con el oscuro mar. Los nombres son muchos en el mapa: Vadsø, Vardø, Ifjord, Gamvik, Kjollefjord. Y cada uno corresponde a un puerto donde gente y carga se embarca y desembarca, donde hay muchos niños que juegan y trineos que se deslizan, sonando sus campanillas y cascabeles.

De noche llegamos a Hammerfest.

4 de diciembre de 1954

20. El prohombre del *Kon-Tiki*

No he puesto término a mi viaje a Noruega con la visita al novelista Paul Boyer. Quienes, al igual que yo, hayan leído, en la lejana adolescencia, a Boyer se habrán de admirar, como me ha ocurrido a mí, ante la noticia de que aún vive. Sí, que vive con esa longevidad vigorosa de los escandinavos, cada vez más prolongada y extendida. Tanto, que la nada escasa pensión estatal de ancianidad —en Dinamarca se otorga a los sesenta años a las mujeres y a los sesenta y cinco a los hombres, en Suecia a los sesenta y siete a ambos y en Noruega a los setenta— está resultando fuerte carga presupuestaria, habida cuenta del creciente número de vigorosos viejos; lujo biológico de estos pueblos bien nutridos, bien educados, bien abrigados y bien defendidos de plagas infecciosas, de miserias sociales y de angustias económicas.

Leí la más notable de las novelas de Boyer —premio Goncourt— a los dieciséis años. Fue la primera obra literaria noruega que cayó a mis manos, pues a Ibsen lo conocí a los diecinueve —a partir de *Un enemigo del pueblo*, que había de ser un poco el espejo de mi destino en el Perú—, y el título en castellano de la novela aquella rezaba así: *El poder de la mentira*.

Ahora sé que más ajustadamente a una traducción de fino acabado semántico, el libro de Boyer debió titularse en nuestro idioma *El poder de la falacia*, el cual corresponde al nombre de la versión inglesa. Pero los traductores españoles de entonces —hasta antes del mejor y especializado grupo que dirigiera el señor Ortega y Gasset— entendían generalmente poco de estas delicadezas de matiz expresivo, y al trasladar obras de literatura, o de lo que fuera, de una lengua a otra, las echaban gordas. Así, *El poder de la mentira*, en gran formato, “hizo la América” con su rotundo epígrafe: en aquellos años en que solamente en España se traducía y se editaba —¡y qué mal!—, y cuando en Indoamérica comulgábamos hasta con aspas de molino...

Ello no obstante, Boyer me impresionó profundamente con su ingente novela de hondo calado psicológico. Y en esta encontré por vez primera la descripción del invernal paisaje noruego con el cual empecé desde entonces a soñar. El paisaje blanco y ondulado, que corta las figuras fantasmales de innumerables árboles nevados, por entre cuyos troncos se deslizaba el trineo tintineante de campanillas y cascabeles del protagonista: marido miedoso de su bizarra consorte, cuyas furias elude con una mentira, nudo y catástrofe del drama.

Y en el libro de Boyer aprendí, por presentimiento, a amar el paisaje noruego, semejante al alma del hombre que en él se mueve: silencioso, sonriente, tranquilo; frío, hasta que se entra en el corazón del hogar hospitalario, a cuyo auspicio todo es abrigo y placidez. Y además de la temática argumental de la novela, aprendí otras cosas, y, por razones que yo me sé —el poder de la mentira es el de los tiranos— ella fue una de las obras literarias de peculiar influencia a lo largo de mi azarosa vida. Aunque sin perder el recuerdo de su lección, llegara hasta olvidar el nombre del autor.

Al reencontrarlo, creía que una visita a Boyer sería el epílogo feliz de mi venturosa estada en Noruega; tierra que prende para siempre —como el Brasil— los dulce-dolientes garfios de sus sauda-

des. “Un hombre de Sudamérica que me ha leído y me recuerda; ¡qué cosa extraña!”; había exclamado Boyer por teléfono al saber de mi interés. Y correspondiendo a mi curiosidad con la suya por tan insólito llamado, había dicho en su francés perfecto: “Tengo que verlo, tengo que verlo, y me voy a levantar de la cama para saludar a este distante lector de una región de la cual apenas conservo una idea”.

Empero no fue la de Boyer la última visita en Noruega. Fue otro noruego gigante de nuestra centuria, quien había de simbolizar —él que es todo un símbolo— la despedida de un país cargado de humanidad y de misterio. De un país que ha dado a Grieg y a Holberg en el fascinante y lluvioso fiordo de Bergen. Y a Ibsen, y a Bjorsson, y a Vigeland, y a Nansen y a Amundsen. Fue Thor Heyerdahl, el gigante del *Kon-Tiki*, quien me despidió por Noruega con un mensaje cargado de ese profundo sentimiento humano, tan patente en los indoamericanos de buena cepa, y en los escandinavos de todas las cepas. Fueron su charla hogareña, la presencia tutelar de su bella esposa, su casa —la más antigua de Oslo— cargada de recuerdos y de cariños nuestros los que dieron el adiós del pequeño gran país de la hospitalidad sin ambages al hijo de una América que Thor Heyerdahl siente como suya. “A Haya de la Torre, cuya tierra ha significado tanto para mí”, ha escrito él en su obra mayor: *American Indians in the Pacific*.

Dos horas antes de tomar el barco que me había de devolver a la alegre Copenhague, Thor Heyerdahl me hablaba de su visita a Galápagos; de su descubrimiento de la presencia de los antiguos peruanos en aquellas islas; de su convicción acerca de la calidad de pueblos navegantes de los antiguos peruanos. Heyerdahl se acerca mucho a la teoría de Tello, el arqueólogo indio del Perú. Cree que antes del Imperio de los incas existió otro, grande y vasto, superior al incásico en muchos aspectos, que abarcó más ampliamente el ámbito continental. A él perteneció el pueblo de perdido nombre que hoy llamamos de San Agustín. Y fueron aquellas gentes domi-

nadoras de escarpas y mesetas, diestras en el trabajo de las tierras bajas, las que comandaron el mar y las que, con sus balsas innumerables llevaron gente y civilización a la Polinesia.

Thor Heyerdahl me muestra testimonios probatorios de que los refinados habitantes del reino del Chimú —a la vera de cuyas ruinas nació—, cuyas magníficas cabezas en cerámica compara Toynbee a las de la Hélade temprana, llegaron hasta las Galápagos, donde realizaron pesca y siembra de algodón. Y dice que todo esto prueba que aquellos reinos dominaron el mar y avanzaron muy lejos sobre su movediza llanura.

Abro el libro: ¿y dónde está el dato de Pedro Pizarro que le envié hace seis años? Tenemos que preguntárselo a Danielson, el único miembro sueco de la expedición del *Kon-Tiki*. Pero el dato decía que —al tenor del relato del cronista Pedro Pizarro— cuando el emperador Atahualpa se hallaba prisionero, preguntole su vencedor, el marqués don Francisco, quién era aquel príncipe que en la hora de la procesión y del encuentro de Cajamarca marchaba delante del monarca en andas de oro, tan suntuosas y brillantes que los conquistadores creyeron momentáneamente que eran las andas imperiales.

—Ah —dijo Atahualpa—, aquel príncipe era el señor de Chíncha, que echa cien mil balsas a la mar.

Thor Heyerdahl no había consignado el dato. ¡Cien mil balsas! El príncipe heredero Túpac Yupanqui —según el cronista Sarmiento de Gamboa— echó mil balsas a la mar. Y, a lo que hoy puede colegirse, después de la épica aventura del *Kon-Tiki*, descubrió los atolones polinésicos que, quinientos años más tarde, fueron invenidos por Thor Heyerdahl y sus bravos compañeros.

Y, ya de lejos, telegrafió a Heyerdahl: “Su gran libro es mi mejor compañero de viaje”.

Copenhague, diciembre de 1954

21. En “el nido de los cisnes”

Cuando, durante la niñez, tuve la guía paterna en los primeros pasos por el difícil camino hacia los libros, solía oír a menudo este consejo: “Hay que leer como quien se alimenta, comenzando por lo que mejor nutre y no por las golosinas”. Pero, también, se me advertía que el estímulo de la imaginación bien conducida es fundamental abono para el cultivo de la inteligencia, y que además del aprendizaje de las matemáticas —puestas en términos amables y referidas siempre a principios de la bella geometría—, era conveniente leer cuentos maravillosos, amén de relatos de aventurados viajes, y aprender idiomas.

Y cuando la perspicaz vigilancia que así me encaminaba creyó descubrir en mí cierta resistencia para el estudio del inglés, pues recurrió, con muy buen acuerdo, al señuelo de traducir oralmente los *Fairy Tales*, de Hans Christian Andersen, queriendo así demostrar que muchas cosas hermosas y de atracción para los niños quedan sin ser trasladadas al castellano, o son mal vertidas.

Así, encandilado por los resplandores de la fantasía, conocí desde pequeño la literatura de aquel egregio creador danés. Acaso por él, y ya en la adolescencia por una novela del noruego Boyer, me hayan atraído siempre los lejanos países escandinavos. Sin que olvide —ya influyentes más tarde— aquellas otras ilusiones nórdicas de Cervantes en *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, su libro postrero, del cual adelantadamente escribió, en uno de los prólogos del *Quijote*, que “ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto”.

Andersen marca un paso adelante sobre aquellas primerizas leyendas infantiles con que nos embebemos de ilusión: “Blanca Nieves”, “La Cenicienta”, “La bella durmiente”; u otras alacres historietas de Perrault, como “Pulgarcito” y “El gato con botas”. Lo quimérico de Andersen no solo navega en los brillantes ensueños, sino que tienta y conmueve al sentimiento. Parejamente, depara atisbos de lo que puede llamarse una prístina filosofía de la vida. ¿Quién que los haya

leído podrá olvidar aquellos cuentos que en castellano se designan como “La reina de las nieves”, “El patito feo”, “La niña de los fósforos”, “Los once cisnes” o “La sirenita”, perpetuada en el bello bronce que salpican de espuma las olas del puerto de Copenhague?

Las elementales reflexiones que un niño puede hacerse de la muerte, como eventual compensación de los infortunios de la vida, aparecen en “La historia de una madre”, cuyo relato ha hecho saltar más de una lágrima infantil. Y “El abeto” o “El último sueño de una vieja encina” comienzan a decir mucho acerca de lo fútil de las ambiciones humanas. En los cuentos de Andersen hablan el viento, los lagos, las flores y las arvejas. Pero en cada relato —tal lo ha dicho bellamente uno de sus mejores críticos compatriotas—, Andersen “ha vertido una gota de sangre de su propio corazón”.

Egregio paisajista, describe inimitablemente a su país de largos inviernos en “El hombre de las nieves”. Y esta vez, que en especial peregrinaje a Odense, la ciudad natal del autor, he mirado desde el tren el lujoso escenario estival de las apenas onduladas planicies danesas, hube de recordar —y de releer— aquel cuadro luminoso con el cual adorna el conocido cuento de “El patito feo”:

El campo estaba hecho una delicia. Era verano. Las espigas de trigo ostentaban su color dorado contrastando con el verde de la avena. Los rimeros de heno recién segado se alzaban sobre la llanura de los prados. Y por ellos paseaban las cigüeñas con sus largas patas rojas, mientras barbullaban egipcio, lenguaje que habían aprendido de sus madres. Entre sembríos y prados se divisaban grandes bosques, con cuya espesura alternaban anchos y profundos lagos. ¡Verdaderamente, el campo estaba hecho una delicia!

En Odense nació y vivió hasta la mocedad Hans Christian Andersen. Y aquí está su casa convertida en museo. En ella se han

allegado incontables recuerdos personales de este ilustre célibe, cuya memoria se remoza siempre en la fantasía de todos los niños que han aprendido a leer en el mundo. El museo contiene gran parte de la nutrida biblioteca de Andersen, y en esta hay una sección en la cual se comprueba que sus cuentos han sido traducidos a todas las lenguas y a todos los dialectos conocidos. Por ello el crítico literario Erik Dial ha titulado su reseña bibliográfica de la ingente obra de este autor universal con un epígrafe sin hipérbole: “Hans Christian Andersen en ochenta idiomas”.

Hombres, mujeres, adultos y menores, turistas foráneos, y visitantes de toda la región nórdica —que traen desde lejos a sus escuelas en grupos— discurren por la casa y adquieren lo que pueden pagar: libros, retratos, láminas, tarjetas postales u otros objetos de recuerdo. En cada visitante, de seguro, como en mí, refluyen felices reminiscencias de una infancia más o menos lejana. Generalmente, aflora entre las gentes de este desfile continuo una plácida sonrisa. En los murales del vestíbulo se ven, magnificadas, escenas de los cuentos más famosos, o episodios culminantes de la larga vida del autor. El hijo de un zapatero y de una aldeana, el despertador de la ilusión de tantas generaciones, es, a no dudarlo, el prócer de más garantizada perennidad de este país. El perfil de los reyes daneses aparece troquelado en las monedas, mientras ellos viven; pero la efigie de Andersen permanece en los billetes de mayor valor como un símbolo sin reemplazo.

Monumentos, calles, parques infantiles, escuelas y bibliotecas dedicados a su memoria son frecuentes y conspicuos homenajes en Dinamarca. Esta tierra de viejas leyendas —de entre las cuales Shakespeare eternizó la de Hamlet— aparece en la historia con una alborada que confunde la fábula y la épica, las sagas escandinavas y los relatos bizarros de las aventuras vikingas. Mas su literatura contemporánea reivindica con Andersen aquel inmemorial linaje legen-

dario transportado a la intemporalidad del relato que usa el pretérito impreciso como una paradoja del presente: “Érase una vez...”.

Andersen poetizó la geografía y la historia de su comarca nativa. Y enseñó a los niños que:

Entre el Báltico y el mar del Norte hay un antiguo nido de cisnes llamado Dinamarca. En él han nacido numerosos cisnes, cuyos nombres no debieran olvidarse nunca...

Pero hay uno de esos nombres que nadie olvida, porque se renueva cada día en las mentes más tiernas.

Odense, julio de 1955

22. Finlandia, punta de lanza de la democracia

En el rico y bien presentado Museo Nacional de Helsingfors o Helsinki, el curioso viajero puede seguir, paso a paso, el dramático camino de la historia de Finlandia. Vieja nación, cuyo frondoso idioma oriundo, millonario de vocablos, entre los que faltan las preposiciones, no tiene parentesco con las lenguas indoeuropeas —su más cercano primo filológico es, acaso, el húngaro—, formó con Suecia durante siglos un solo Estado; y fue Gustavo Vasa el fundador de su capital en el siglo XVI. Arrebatada a los suecos por Alejandro I Romanov, devino un gran ducado de los zares, aunque en constante rebeldía frente a ellos, y así logró mantener autónomamente sus instituciones administrativas. Hasta que, al término de la Primera Guerra Mundial, y parejamente con los demás países bálticos, Estonia, Latvia y Lituania, alcanzó su independencia, mientras los rusos vivían la etapa inicial de su gran peripecia revolucionaria de 1917.

Hoy es Finlandia la única de aquellas cuatro repúblicas escindidas entonces del anchuroso Imperio eslavo que no ha vuelto a formar parte del ultramoderno instaurado por los sóviets. Esta excepcional situación —mantenida después de una desesperada guerra con Rusia, y tras todos los eventos que comportó la alianza nazi-soviética de 1939 a 1941, y su consiguiente ruptura por Hitler— aparece para muchos comentaristas como un milagro de la azarosa vida internacional europea de este periodo de posguerra.

El Museo Nacional de Helsinki muestra lujosamente todo el extenso y bizarro proceso: los orígenes migratorios de los íncolas primerizos; los entrecruces étnicos, la presencia de los lapones nómadas; la época de la convivencia con Suecia; la lucha del hombre con sus largos inviernos y las tierras reacias; el dominio y utilización de sus bosques y minas; la predominancia rusa y el surgimiento de su producción tecnificada contemporánea, aun mayoritariamente agrícola, de su industria y de su más eminente cultura. Todo ello a lo largo de su intranquilo devenir político, tipificado por una contienda, ya franca, ya encubierta, por la libertad, que es todo un designio colectivo.

Sorprende al visitante la tranquila alacridad de los finlandeses, su sonrisa fácil, su seguro optimismo. La posguerra los sobrecargó de obligaciones; de deudas estatales que Rusia ha cobrado impertérrita; de cercenamiento en el norte de su territorio, y de un desarme compulsivo que ha dejado al país inerme. Finlandia ha cumplido y cumple tan rigurosos dictados, y a la vez ha desarrollado y desarrolla una avanzada política social de modelo escandinavo, que resulta verdaderamente asombrosa en un país algo mermado de recursos.

Sus escuelas son grandes y modernos edificios donde los niños —al igual que en Suecia, Noruega y Dinamarca— reciben siete u ocho años de educación obligatoria y gratuita; una o dos comidas calientes por día; ayuda de libros y ropa, si la requieren. Sus segu-

ros sociales abarcan todos los trabajos manuales e intelectuales; su cooperativismo es amplísimo; sus derechos políticos y sindicales garantizan una íntegra libertad; su gobierno civil y parlamentario proviene de elecciones de veras libres, y es el país que se precia del máximo porcentaje de alfabetismo en el mundo, y uno de los pocos en él —catorce entre todos— cuyos habitantes se alimentan con el más alto porcentaje diario de calorías: sobre tres mil quinientas (que en Indoamérica solo hay dos, los del Río de la Plata).

Dentro del cuadro de la política internacional, Finlandia, queriéndolo o no, ha adoptado una postura de explicable neutralidad. Es democracia, y de las verdaderas, pero no pertenece a la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Consecuentemente, como Suecia, se halla fuera de la OTAN. Sus relaciones con Rusia son buenas: el palacio de la Embajada de Moscú en Helsinki es un suntuoso edificio, que los finlandeses debieron construir y pagar, como imposición de guerra. Pero hay, asimismo, una embajada norteamericana y la simpatía popular por Estados Unidos, salvo entre los comunistas, es paladina. Finlandia ha reconocido al gobierno chino de Pekín y mantiene constante contacto con los Estados de allende la Cortina. Cuando llegué a Helsinki, los checoslovacos habían desplegado toda una lujosa muestra de su poderío industrial y artístico en nutrida y embanderada exposición, visitada por el público en grandes masas. Al mismo tiempo, Yugoslavia había recibido amplia acogida del Museo Nacional de Pintura, Athena, para exhibir una completa muestra de arte religioso, en la que campeaban excelentes reproducciones de los murales más valiosos de sus viejas iglesias ortodoxas, además de vistosas series de imaginería y arte fotográfico. En el auditorio de conciertos de la universidad no había sitio vacío para las audiciones de un ilusionado joven violinista de Moscú, y en las calles se anunciaba ya la visita de la Orquesta Sinfónica de Filadelfia para solemnizar el festival que cada primavera se celebra en honor de Sibelius.

Centenares de estudiantes finlandeses viajan anualmente, con becas instituidas por un fondo especial, hacia las universidades norteamericanas. El Teatro Sueco —con antiguo edificio propio— mantiene continuamente un buen programa de representaciones en la segunda lengua oficial del país. Y el hombre de la calle parece entender con mucha sagacidad esta situación peculiarísima de Finlandia: piensa que Rusia, a despecho de su incontrastable poderío militar, no olvida la fiera resistencia finlandesa de la guerra pasada, y, por ahora, prefiere coexistir en paz con su pequeño pero alertado vecino, cuyas heroicidades han hecho leyenda. Si se ahonda un poco la discusión sobre los problemas del futuro, posiblemente asomará en el interlocutor finlandés un acento melancólico. Pero es más frecuente que exprese su confianza en el destino. Le importa más trabajar y progresar. Sabe que también los grandes y prepotentes envejecen y caducan, y no olvida cómo las fuerzas del Este y el Oeste han llegado a ser tan ingentes y temibles que se contrapesan y equilibran como los platillos de una balanza, en la cual, en vez de una, pueden comportar sendas espadas de Breno. De ella, el finlandés se siente un poco en el fiel.

He escrito ya que lo primero que un finlandés proyecta al edificar su casa —y hasta los soldados en la guerra cuando acampan— es la construcción de su sauna. Cuando un viajero divisa desde la tierra o el aire el maravilloso paisaje de Finlandia, en el cual alternan sus apretados bosques con unos sesenta mil lagos, distinguirá, en todos los propicios rincones litorales, lacustres y marinos, unas pequeñas cabinas hechas de troncos, con una o dos ventanas y, a las veces, con chimeneas. Situadas a variable distancia de las casas de habitación, tienen una salida hacia el agua y, frecuentemente, una escalerilla como de embarcadero.

Cada caseta es una sauna o cuarto de baño de calor. Las estadísticas dicen que hay más de trescientas cincuenta y cinco mil en Finlandia.

Por dentro, una sauna es un solo cuarto, herméticamente cerrado, con puerta única, y con anchas gradas que sirven de asiento a los bañistas. Un horno de base de piedra y sin chimenea, si la sauna es “ahumada”, servirá para elevar la temperatura de aquel reducido recinto a un nivel mucho más elevado que el de los mayores del trópico, ciento noventa o doscientos grados Fahrenheit es una “tibieza ideal”, pero no es raro que un buen finlandés goce de su baño a doscientos ochenta, con placer de avezado.

Invitar a la sauna es un acto consabido de cortesía y hospitalidad. Todo buen dueño de casa que convida a alguien a comer tendrá lista su sauna a fuer de ceremonia previa. Separadamente, hombres y mujeres entrarán al cuarto caliente como vinieron al mundo. Y dentro de ella charlarán de todo: literatura, música, pintura, técnica, chismes, política o negocios. Sobre todo de negocios, si de ellos va a tratarse; acaso porque en la sauna sale todo lo desdeñable que el cuerpo humano lleva bajo la epidermis y, a fuerza de tanto sudar, hasta los malos pensamientos se evaporan. Los finlandeses dicen: “Hay dos cosas sagradas para nosotros: la iglesia y la sauna”.

En las saunas públicas —hoteles y establecimientos urbanos— hay señoras que jabonan al bañista con mucho respeto y buena conversación. Entran revestidas de delantales y entregan un ramo de hojas perfumadas o *vasta*, a fin de que a golpes de ellas sobre el cuerpo se acelere la transpiración. Luego, como las amas de la casa del duque jabonaron grácilmente las barbas de don Quijote, las damas de la sauna no solo limitarán su tarea al rostro del viajero, sino al cuerpo íntegro. Y terminada la tarea, y tras una hora o más de sudar y charlar, el bañista saldrá improvisadamente del horneado cuarto y se lanzará al agua helada o a la nieve. Así, con este violento y tonificante contraste, terminan el baño y sus ritos. Cada finlandés, viejo o joven, no dejará de ir a su sauna una o dos veces por semana, y dirá orgulloso que todo su pueblo “huele a limpio”.

La sauna tiene una larga historia y es la vieja y más auténtica de las instituciones nacionales de Finlandia.

Helsinki, mayo de 1955

23. Finlandia y su “túnel soviético”

Al navegar en el mar Báltico semihelado, el confortable barco de pasajeros —de los que zarpan cada atardecer desde Estocolmo hacia Finlandia— va rompiendo con su alta proa la tersa capa glacial de casi un metro de espesor, y avanza como si rodara sobre una vasta y blanca estepa. La superficie de hielo, recubierta copiosamente por la nieve, se quiebra con gran estrépito al paso del buque; y, a ambos lados de la quilla, se hinchan y rajan bloques cortados como lajas, por entre cuyas aristas pueden verse apenas las manchas verdosas del agua subyacente. En la zona aledaña a esta angosta vía oscura, abierta derechamente por la nave, serpentean innumerables fisuras, al tajarse la compacta masa congelada en las más diversas direcciones. Tras la popa, y muy cerca del remolino que forma la hélice, casi no queda estela. Ella se acorta y sumerge porque el hielo desplazado regresa rápidamente para ganar de nuevo el espacio perdido y va juntando los trizados bordes de aquella ruta improvisa.

El espectáculo es impresionante. Extraño a los ojos avezados en la visión de otros horizontes del mundo. Con un mar sereno, la perspectiva anchurosa de la quieta llanura no es menos imponente que, cuando agitado, las olas empujan y alzan desde abajo una sucesión ininterrumpida de grandes y albas lomas móviles como dunas plateadas.

Hace treinta y un años, al salir de Leningrado, divisé por primera vez las costas de Finlandia y pude columbrar los lejanos per-

files de Helsinki. Entonces, los bosques y lagos litorales, y la ciudad misma, limpios de nieve, aparecían coloreados por los contraluces del otoño, a mi ver, la etapa más bella de los paisajes nórdicos. Mas, ahora, la estación es otra y otra la ruta. El barco no rumba directamente a la capital sino al puerto que los finlandeses llaman Turku y los suecos Abo; la ciudad más antigua de este país, el cual —importa advertirlo— en el nativo idioma finés se denomina Suomi.

Rumbo a Turku hay que bordear varias islas y atracar por breve lapso, durante la alta noche, en la de Marieham. Este es el único intervalo de silencio que el viajero goza, pues el ruido del recio choque del barco contra el hielo es incesante mientras dura la travesía. En compensación, quien poco habituado a tal estruendo opta por levantarse a la par que este radiante sol de inicio primaveral, tempranero pero que no calienta, verá cómo es esplendorosa la mañana nevada. Y cómo, durante dos o tres horas, las costas van formando un estrecho con muchos meandros antes de arribar al puerto arrinconado en la desembocadura de un río. Así, un poco escondidos se ubicaron todos los puertos hanseáticos; y la “vieja Turku”, fundada en el siglo XIII, fue uno de ellos.

Aquí, quien quiera ir a Helsinki tiene dos medios para transportarse: el de un rápido autobús, en tres horas, o el de un más lento ferrocarril, en cuatro. Empero, el ferrocarril tiene una atracción que para el viajero del llamado “mundo libre” es singularísima: pasar por territorio soviético sin riesgo alguno, o sea detrás de la Cortina de Hierro o de una porción de ella, sin permiso.

Finlandia tiene arrendada a Rusia —consecuencias de la guerra— un reducido perímetro de su territorio cuyo centro es el puerto de Porkkala. La zona soviética es un enclave costero entre Turku y Helsinki, más cercano de esta que de aquella. Y el ferrocarril que las une —no la carretera de autobuses que pasa completa por territorio finlandés— debe cruzar diariamente la jurisdicción territorial rusa.

Ello no obstante, el curioso y desocupado viajero nada verá. Al llegar al lindero de la región arrendada el tren, se detiene, cambia de locomotora y un grupo de soldados rusos lo “empareda”. Desde afuera se cubren las ventanillas con unas planchas de madera y, en casos, de hierro, mientras desde adentro los empleados del tren bajan las cortinas, si las hay. El tren reanuda su marcha y nadie ve nada, hasta que, casi una hora después, se detiene nuevamente y se abren las ventanas. Entra la luz y retorna a los ojos el paisaje. Los viajeros se miran una vez más, tal vez sonríen, y las cámaras fotográficas pueden funcionar sin impedimento.

A este diario e indeficiente ocultar el pedazo de tierra rusa que es como una cuña implantada en Finlandia —en la zona frontera a Estonia ya en poder de Moscú— le llaman los fineses el “túnel soviético”. Un túnel móvil que avanza con el ferrocarril, pero que resulta igual que si atravesara una montaña. En verdad, ¡que aquí sí se ve, físicamente, la famosísima Cortina...!

Como es obvio suponer, las conversaciones francas o furtivas de los recién llegados a Finlandia giran frecuentemente en torno al tema del tren “emparedado”, del “túnel soviético” y de la Cortina. Para las mentes occidentales este comportamiento ruso carece de explicación lógica. ¿Por qué el ocultamiento? ¿Por qué otras prescripciones como la del cambio de locomotora, pues las finlandesas —con sus silbatos agudos— se quedan allende los límites de la zona rusa y a lo largo de su suelo mueven el tren otras máquinas soviéticas de silbato ronco? Los rusos prohíben todo movimiento de los pasajeros —y aconsejan especialmente no ocupar los cuartos de *toilet* de los vagones— y advierten que sobre ese sector de tierra rusa es severamente reprimido el uso de “literatura pornográfica”. Y lo último es, acaso, lo que más se pueda comprender, si se recuerda que, en toda la región dominada por los comunistas, no se permite lo que se llama *horror comics* —las tiras cómicas de los diarios “pla-

gadas de incitaciones criminales”, que salen de Norteamérica— ni las películas mórbidas que exporta Hollywood.

Empero, el “túnel soviético” lleva a pensar en la situación excepcional de Finlandia: este país de los mil seiscientos lagos, más extenso que Inglaterra, Escocia e Irlanda juntas, es, de todos los bálticos que formaron parte del Imperio de los zares, el único que no ha sido recapturado por el nuevo Imperio comunista. Finlandia, como Noruega, formó con Suecia, durante seis siglos, una sola nación. El bizarro Gustavo Vasa fundó Helsinki y, por la predominancia del tipo racial escandinavo, por la fuerte influencia cultural, por el idioma —hasta hoy el sueco es, con el finlandés, idioma oficial—, la hermandad con Suecia está viva en las raíces de este pueblo.

En 1809 Rusia arrebató por la fuerza Finlandia a Suecia y Alejandro I hizo de ella un gran ducado al cual Nicolás I, en 1832, reconoció su Constitución y autonomía administrativa y judicial, relativa, y así vivió el pueblo finlandés hasta la Revolución rusa de 1917. Con esta se independiza para instaurar su república democrática y, desde entonces, su situación es peculiarísima: lado a lado de la inmensa y poderosa Rusia, y después de haberla resistido heroicamente durante una guerra fiera y desigual, Finlandia, como ya lo he dicho en otra oportunidad, se halla en el filo de la navaja.

Algo ha debido conceder al vecino hegemónico: jirones de territorio y viejas ciudades en Karelia, y este arrendamiento de la circunscripción de Porkkala que cruza el tren ya descrito con su túnel a costas. Mas todavía, Finlandia —que es una democracia social de avanzadísima legislación, pareja con la de los demás países escandinavos— no puede entrar de lleno en la organización mundial de los Estados de su línea doctrinaria. Está obligada a mantener una postura de equilibrio en resguardo de su libertad. No pertenece a las Naciones Unidas, por cuanto, en la terca contienda entre los dos

grandes imperios que se disputan el señorío del mundo, ¿con cuál votaría sin riesgo de sobrellevar la enemistad del oponente?⁶.

Finlandia, al igual que casi todos los Estados nórdicos —y en ello a la par que Inglaterra—, ha reconocido a la China comunista, la cual tiene en Helsinki representación diplomática. Por el otro lado, Estados Unidos es su amigo. Y esto no empece, en consecuencia, la buena relación —ya queda dicho— con los gobiernos de uno y otro lado de la Cortina⁷.

Ayer visité, por ejemplo, en el Museo de Arte Ateneum —pintura y escultura de muy buena clase con dos Rembrandt; dos Hals, Van Dyck, Cranach, algunos italianos y una buena colección de modernos franceses, entre muchas buenas cosas finlandesas—, una lujosa exhibición de arte primitivo religioso yugoslavo. Esta muestra de ochenta y tres reproducciones admirables de frescos en sus propios colores es una embajada de amistad y de arte que el pueblo finlandés —cuya es la honra de ostentar el más alto porcentaje de alfabetismo en el mundo— ha recibido con entusiasmo. Millares de gentes de toda edad y condición, escolares de diversas comarcas del país, obreros en número resaltante, desfilan ante esta exposición. Pero, al mismo tiempo, Checoslovaquia ha inaugurado otra presentación de homenaje a Finlandia: la de su industria y técnica multiforme y avanzada. Marcha una gran multitud popular por una avenida de banderas checas y finesas antes de ingresar en el lugar de la magnífica exhibición del progreso del país que liberó el viejo Masaryk.

Helsinki, marzo de 1955

⁶ En el décimo periodo de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas (diciembre de 1955), Finlandia fue incorporada al organismo internacional, junto con quince países más.

⁷ Rusia ha devuelto ya a Finlandia la zona que formaba el “túnel soviético”, el cual no es ahora sino un recuerdo.

24. La experiencia de la sauna

Quien visite Finlandia y divise algunos de sus mil seiscientos lagos descubrirá pronto a sus orillas —y en las del mar en ciertas ensenadas y bahías menores— unas cabañas hechas de troncos y gruesas tablas que avanzan hacia el agua y rematan, en descenso a ella, con una escalerilla. Sobre los planos inclinados de los techos rústicos aparecerá casi siempre una pequeña chimenea. Y si el viajero tuviese la paciencia de contar una a una estas construcciones, casi siempre aisladas, comprobaría —a tenor de las estadísticas— que hay trescientas cincuenta mil de ellas esparcidas por todo el país.

Son las saunas. Vale decir, los cuartos de baños de calor que los finlandeses construyen siempre antes de comenzar la edificación de su casa y que, en la guerra, los soldados tratan de improvisar en cualquier paraje donde hay bosques y agua. La sauna es un cuarto todo de madera, generalmente con una sola puerta, dentro del cual hay unos escalones, dos o tres, para sentarse y un horno de piedra o de hierro que irradia el calor. Entre los campesinos existen también las llamadas saunas de humo, sin chimenea. Pero, unas más ennegrecidas que otras por una prieta pátina que bruñe las gruesas tablas de los muros, todas son un poco oscuras. Las ventanas, no muy grandes, tienen cristales a menudo dobles, y el pequeño recinto queda así herméticamente cerrado cuando la puerta se junta.

La sauna es una institución tradicional y comarcana finlandesa, y el testimonio del secreto orgullo de este pueblo de ser el más limpio del mundo. En Finlandia no sería necesario —como en la cosmopolita París— pulverizar perfumes en los trenes subterráneos para conseguir la desodorización de sus atmósferas. Lo que Rubén Darío llamaba “el público municipal y espeso”, en Finlandia carece de aplicación en cuanto al segundo epíteto. La sauna es el baño integral y los finlandeses creen, con razón, que solamente cuando se pasa por sus calores descubre el ser humano —aun el civilizado que dia-

riamente usa la ducha— cuán avaros son los poros de nuestro cuerpo al hacer de la epidermis un reservorio de materias indeseables.

Hay, además de las privadas, saunas públicas por todas las ciudades y aldeas de Finlandia. En estas —desde las más caras y confortables como las de los grandes hoteles, hasta las de la extensa clase media— se cumple íntegro el rito que llamaríamos “sáunico”. Entra el bañista al cuarto caliente y tiene, al comienzo, una sensación infernal —si así es el infierno— o por lo menos de tostadera. Pero al entrar recibirá un ramo de hojas que llaman *vasta*, el cual sirve para azotarse como un penitente, hasta que con tantos y tantos ramalazos la piel amoratada comienza a transpirar. Y es este el momento en que se recibe la primera sensación grata del baño; cuando es, a borbotones, un baño de sudor. En algunos hornos, para aumentar el calor más todavía, se verterá un poco de agua; pero, por lo general, la temperatura crece por sí sola y el bañista, si se siente un tanto atolondrado, puede empaparse un poco la cabeza con agua fría.

Pasadas unas buenas horas, en las saunas públicas —incluyendo las de los lujosos hoteles— vendrá la liturgia del jabón. Y para cumplir esta tarea aparecerán, con gran sorpresa de los neófitos, unas matronas blancas de edad otoñal —un otoño a veces de las primeras nieves— que recubiertas de unos delantales adecuados avanzarán hacia el bañista para enjabonarlo. Si este se sorprende o trata de eludir la indiferente mirada de la dama, ella le dirá —en inglés para el caso de quienes lo hablen— que se quede tranquilo, pues ella ha puesto jabón sobre las espaldas del príncipe tal, del duque consorte cual, del político mengano o de las estrellas fugaces del deporte y el cine, equis o zeta. Y mientras va hablando, la mano avezada cumplirá pulcramente su tarea. Hasta que, con una reverencia que el bañista inexperto retornará un poco de soslayo, la dama se despedirá.

Y aquí viene la etapa sorprendente: el bañista, si está cerca de un espacio abierto donde hay nieve o un lago semihelado, saltará de

la sauna y se zambullirá en el agua o se revolcará en la nieve. Y hará esto una, dos o tres veces, regresando cada vez al cuarto caliente. Hasta que, laxo y satisfecho, buscará una ducha helada a casi cero grados —y tras ella se enjugará y vestirá para quedar, sin exageración, convertido en un ser semiaéreo, angélico, libre de malos pensamientos y, generalmente, con un hambre de conmitón de dictadura.

Mi primera experiencia de la sauna en Finlandia fue en un hogar norteamericano. Un distinguido periodista y diplomático de sangre escandinava, míster Lorimer Moe, me invitó, a la manera finlandesa, a cenar en su casa, pero a pasar primero por la sauna. A las afueras de Helsinki, en una isla bellísima, míster Moe tiene su casa y su baño bordeando el mar que flanquea apretados bosques de pinos.

Mientras la dueña de la casa y las damas invitadas conversaban en el salón de recibo, nosotros —míster Moe, el *signore* Boris Aquarone, corresponsal de *Stampa y Tempo* de Roma, un corresponsal del *Chicago Tribune* y yo— bajamos a la sauna, esta vez de horno eléctrico. Claro está que aquí no hay matronas que enjabonen. Pero el proceso es el mismo. Los bañistas se sientan en los escalones y charlan y ríen y sudan. Se aplica los ramalazos quien quiere, pero, transcurrida una media hora, acontece lo más grave: el dueño y anfitrión de la casa sale de la sauna y se lanza a un talud de nieve que descende al mar. Míster Moe vuelve todo de color púrpura y lo sigue el corresponsal italiano, luego el de Chicago, y luego yo.

Desde entonces creo que la de la sauna, con sus varias etapas, es una bella experiencia. Pero la más exultante es la de la nieve. Luego, la ducha frígida, que epiloga todos los actos del baño. Después de él, el hombre se siente bueno: sano, juvenil; y piensa, por un momento, que el resto del mundo necesitaría una sauna para curarse de miedos, de amarguras, de rencores, de maldades.

Helsinki, mayo de 1955

Tercera parte



25. Groenlandia: tierra sin árboles de un pueblo sonriente

En Ginebra tuvo su origen este periplo. El secretario de Estado danés, doctor Hans Henrik Koch, uno de los hombres jóvenes más interesantes del gobierno de Dinamarca, me tentó a visitar esa extraña y anchurosa tierra hiperbórea que —según las palabras del escritor Rask Therkilsen— “es gobernada por el mar, por el cielo y por el viento”⁸.

Después de haber visto lo que Noruega, Suecia y Finlandia han realizado en obra civilizadora con los lapones, para una visión íntegra de Escandinavia era necesario conocer lo que los daneses han hecho con los esquimales. Ya lo he dicho: en la Europa occidental de posguerra, la democracia auténtica —la política social, económica y racial— está aquí, en los pueblos nórdicos.

Los dieciocho millones de habitantes que totalizan su población —incluso Islandia, la pequeña república de ciento sesenta mil aldeanos y pescadores— han alcanzado por obra de sus regímenes de izquierda un grado de cultura, de bienestar y de libertad que es paradigma para el mundo.

⁸ Aceptada por Haya de la Torre la invitación del gobierno de Dinamarca, salió en el barco *Umanak* de la flota comercial, la noche del 2 de agosto de 1955, desde el puerto de Copenhague. La visita de Haya de la Torre a Groenlandia fue la primera que realizó una personalidad latinoamericana a esa región. Fruto de esa gira son las notas que forman esta parte del libro.

Lo diré una vez más: frente a frente de Rusia, o muy cerca de ella, los Estados escandinavos han dado una solución positiva a la gran problemática gubernamental de nuestro siglo: lograr la justicia —ideal aristotélico de la *Politeia*— aboliendo en lo posible las diferencias y luchas de clases por un armonioso equilibrio de proporcional igualdad, nivelado por la educación y fortalecido por la vigencia de derechos unánimes.

Y ha logrado todo ello sin tiranía, sin policíacas dictaduras clasistas de arriba o de abajo —en lo cual el constructivo socialismo de Escandinavia se aleja diametralmente del marxismo—, por una metódica orientación hacia la estructura institucional de una sociedad mesoclasista, en la que se cumple aquella definición ciceroniana de la libertad: la máxima participación de todos los ciudadanos en el gobierno del Estado.

Cuando se encomia el ordenamiento democrático de los pueblos nórdicos, el refutador simplista suele argüir que “son así porque son pueblos rubios de sangre fría y de reacciones apaciguadas”. Y el indoamericano doctoral y satisfecho, afanoso de cohonestar las injusticias que en muchas naciones de nuestro continente son verdadera plaga, aducirá desaprensivamente que se trata de naciones blancas, exentas del latente conflicto que comporta la forzada convivencia con grupos de razas “de color”.

Para confrontar tales argumentos y descubrir si son ciertos, estoy haciendo estos viajes. Me importaba ver por mí mismo si “la sangre fría” y “el temperamento flemático” tipifican una idiosincrasia excepcional de caracterismos ingénitadamente medidos y pacíficos. Por otra parte, anhelaba ver cómo conviven estos “blancos” con sus minorías no arias; las cuales corresponden, comparativamente, a los indios y negros de las Américas.

Con la historia en la mano, es dable saber que los pueblos escandinavos han superado un pretérito de violencias, abusos y desórdenes,

en mucho semejantes al de los demás de su raza, que alcanzaron predominancia en el mundo. No nacieron estos perfectos. Fueron guerreros e imperiosos, instauraron despotismos y, en ciertas épocas, los conflagró el odio intestino o los corrompió el escándalo de la mala política. Cuando se lee el acucioso y pintoresco *Diario de viajes*, del precursor Miranda —penetrante observador y analista sin ambages de la vida escandinava de su tiempo—, se descubre, por contraste, cuán admirable ha sido el progreso social de estos países a lo largo de poco más de siglo y medio. Particularmente, en sus resaltantes críticas a los métodos judiciales y penitenciarios de Dinamarca, a sus miserias sociales y a sus belicosas intrigas cortesanas; todo lo cual depara buen asidero para las referencias comparables.

Y en lo atañadero a las razas llamadas “inferiores” —aquí representadas por el lapón y el esquimal nómadas, primitivamente reacios a la adaptación civilizada, de extracción asiática y arraigados hábitos propios—, la empresa de cultura, casi coronada por la sabia y humana dirección de los gobiernos nórdicos, es una épica hazaña de interrelación constructiva. Pues ella se basa en la absoluta ausencia de prejuicios discriminatorios, comprobada en los vitales lazos irrestrictos que tiende, entre los dispares conglomerados étnicos, el amor ya fructificado en abundante y matizado mestizaje.

Pero, con el fértil amor del enlace racial, también el de la dignidad humana y el buen gobierno. El de los derechos sin diferencias cuyo más expresivo testimonio aparece en un hecho paladino: desde hace casi una centuria no hay en estas tierras habitadas por lapones y esquimales un solo analfabeto.

Groenlandia es, por su majestuosa adustez, un país de impresionante geografía. “Tierra verde”, traduce su milenario nombre, asignado por los primeros islandeses, que, aun antes de Erik el Rojo —padre de Leif el Afortunado, primer descubridor de América en el siglo XI—, llegaron hasta aquí. Verde, por la florecida vegetación

que cubre precariamente sus estepas y las faldas de sus empinadas montañas sureñas en el breve verano; y, también, por el mar glauco y transparente, cuando no se eriza y ennegrece en las frecuentes y tremendas tempestades que lanzan hacia el sur los témpanos gigantes de sus vagabundos y peligrosos icebergs.

Durante nueve siglos se repitieron las precursoras incursiones escandinavas a Groenlandia, varias veces intentadas y otras tantas fallidas, hasta la misional y definitiva del pastor luterano Hans Egede, en 1721. En esta inmensa isla circundada por el mar polar, “donde no crecen los árboles ni se cultivan los cereales”, solamente la pesca copiosa de sus mares y la caza de cetáceos y de los pocos cuadrúpedos y aves de la zona ártica alimentaban al íncola esquimal⁹. Cada

⁹ A raíz de la visita efectuada por Haya de la Torre a Groenlandia, región en la cual “no se pueden cultivar árboles ni cereales”, el viajero peruano sugirió al gobierno de Dinamarca que se ensayara el cultivo del grano alimenticio denominado quinua (*Chenopodium quinoa*), que se produce en las frías alturas de los Andes, y cuyo cultivo fue una de las grandes hazañas tecnológicas del Imperio incaico. Los estudios realizados recientemente por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) han comprobado el alto valor alimenticio de este grano.

En enero de 1956, el Real Ministerio de Groenlandia anunció oficialmente que “al comienzo de la próxima primavera septentrional se ensayará en la zona centro-oeste y noreste de Groenlandia una nueva experiencia agrícola” con la quinua, acogiendo la iniciativa de Haya de la Torre.

Algunas agencias noticiosas europeas, entre ellas la Reuters, comentando esta noticia, han dicho que la iniciativa de Haya de la Torre se refiere a la siembra de trigo. Como entre los diarios de América Latina que reprodujeron en esta forma la noticia figuraba *La Nación* de Buenos Aires, Haya de la Torre dirigió una carta al periódico, que la publicó en su edición del 10 de febrero de 1956, en la forma que aparece a continuación.

Una carta de Víctor Raúl Haya de la Torre

Desde Bruselas, donde reside actualmente, nos escribe, con fecha 20 de enero, el destacado líder político peruano doctor Víctor Raúl Haya de la Torre la carta siguiente:

Señor director:

Me he informado hoy de la publicación de un telegrama procedente de Copenhague en las páginas de su ilustrado diario, referente a que, por mi sugerencia, el gobierno de Dinamarca intentará en la próxima primavera los primeros ensayos de siembra del trigo en Groenlandia.

Deseo esclarecer —y me tomo la libertad de solicitar para ello la publicación de la presente carta en *La Nación*— que no se trata del cultivo del trigo, el cual no es posible, especialmente en toda la vasta región del centro y norte de Groenlandia. Mi iniciativa respecta a la quinua, cereal indoamericano cuyas valiosas calidades

porción de madera o de metal, cada grano, cada tela, cada utensilio ha debido llegar de fuera. La roca y el terrón, el hielo duro que cubre permanentemente más de un millón ochocientos mil kilómetros cuadrados —de los dos millones y fracción que dimensionan el área del país—, y la piel y los huesos de los animales eran las únicas materias primas de las ralas comunidades —provenientes de Alaska en migraciones sucesivas— que vivieron hasta hace poco más de un siglo en su “Edad de Piedra”.

Suelo indócil, fauna terrestre y flora exiguas, escarpas inaccesibles o escuetos yermos esteparios e inmensos glaciares colindan-

alimenticias han sido objeto de recientes e importantes verificaciones científicas.

La quinua, como es bien sabido, es el *Chenopodium quinoa*, que se produce en las alturas andinas y soporta ventajosamente climas rigurosos.

El Inca Garcilaso de la Vega, en sus célebres *Comentarios reales*, describe la quinua como “una semilla que es casi como el arroz [...], la cual se da en las tierras frías” (op. cit., libro V, capítulo I). Y anota, además, que “en el Imperio de los incas, después del maíz, el segundo lugar de las mieses que se crían sobre el haz de la tierra dan a la que se llama quinua, y en español mijo o arroz pequeño, porque en el grano y en el color se le asemeja algo. La planta en que se cría se asemeja mucho al bledo, así en el tallo como en la hoja y en la flor, que es donde se cría la quinua; las hojas tiernas comen los indios y los españoles en sus guisados, porque son sabrosas y muy sanas; también comen el grano en sus potajes hechos de muchas maneras. De la quinua hacen los indios brebaje para beber, como del maíz, pero es en tierras donde hay falta de maíz. Los indios herbolarios usan de la harina de la quinua para algunas enfermedades. El año de 1590 me enviaron del Perú esta semilla, pero llegó muerta, que aunque se sembró en diversos, tiempos, no nació” (op. cit., libro VIII, capítulo IX).

Porque la quinua solo se produce en tierras muy altas y frías —lo cual explica la frustración de su cultivo en España a fines del siglo XVI, según Garcilaso refiere—, me permití sugerir al gobierno danés, con motivo del viaje que por su invitación hice a Groenlandia durante el último verano septentrional, que se intentara el sembrío de tan nutritivo grano en ciertas regiones montañosas de aquel vasto y frío país. De él se ha dicho que es impropicio para cultivar árboles y cereales; ello no obstante, la magnífica hazaña civilizadora realizada por los daneses en Groenlandia ha logrado, muy al extremo sur de la inmensa isla —cuyas nueve décimas partes están perennemente cubiertas por el hielo—, establecer granjas estatales y comenzar una difícil forestación con pinos canadienses, algunos de los cuales han alcanzado casi tres metros de altura. En cuanto a cereales, el esfuerzo ha sido menos hacedero, y en el centro y norte groenlandés no existe tipo alguno de agricultura. Es en esta zona, según sé, que va a intentarse la plantación de la quinua, por el lado del oeste.

Agradezco a usted anticipadamente, señor director, la publicación de esta carta.

tes con la tundra fisonomizan la topografía groenlandesa. Al abrigo de sus fiordos innumerables, más abruptos e imponentes que los de Noruega, o en las islas aledañas al litoral, se han ido implantando puertos y caseríos, aprovechando las radas de mar profundo, como puntos de avanzada y de contacto entre la civilización y el *hinterland*. Angmassalik y Scoresbysund, al este; Julianehåb y Frederikshåb, al sur; Godthåb —la capital—, Sukkertoppen, Holsteinsborg, Egedesminde, Christianshåb, Umanak y Tule, al extremo septentrional del oeste, son los poco conocidos nombres de estas poblaciones costeras, ninguna de las cuales pasa de tres mil habitantes. Pero en cada una hay excelentes hospitales y escuelas, talleres, almacenes y bibliotecas, labores de ensanchamiento y penetración vial. Y en todas ellas la vivienda moderna de buen estilo, en madera, piedra y aun concreto, va reemplazando rápidamente a las antiguas cabañas de una o dos habitaciones, estrechas y mal ventiladas, que el riguroso clima y la escasez obligaron a tener como vivienda al poblador nativo en el pasado.

La gente aparece sana, bien indumentada y siempre sonriente. De los pueblos escandinavos, el danés es el que más espontáneamente sonríe. En Dinamarca no son necesarios los avisos norteamericanos del *keep smiling*, como propaganda estandarizada contra el gesto serio o el amargo rictus. Generalmente, el saludo eventual y callejero no se hace con palabras sino sonriendo. Y este gesto congenial —a mi ver, solo privilegio del hombre que se sabe y se siente verdaderamente libre— es también típico del groenlandés oriundo o mestizo, y vive de antiguo entre los esquimales, siempre predispuestos al ademán alegre. Los daneses, quienes vinieron a civilizar —que no a oprimir—, salvaron aquí la actitud alacre y afable, signo feliz de las dos razas.

Cuando llegamos a Godthåb, o Buena Esperanza, ciudad lluviosa cuyo escenario me hace recordar las riberas del Titicaca, el gobernador general de Groenlandia, o *landshövding*, Herr Lundsteen, se abre paso entre la multitud curiosa, agolpada en el muelle, y nos

saluda cordialmente. La ciudad propiamente dicha queda a dos kilómetros del puerto y el gobernador nos invita —con un grupo de viajeros, profesores, escritores, ingenieros y directores cinematográficos— a ocupar su vagoneta automóvil, que él mismo pilotea. Sin ayudantes, sin chofer, Herr Lundsteen nos conduce, a través del sinuoso camino y de las calles y edificios esparcidos, hasta su bella, sencilla y confortable casa de madera que cuenta cien años de construida. La familia nos recibe y atiende, pero durante la colación no aparece un solo criado, pues son los anfitriones quienes sirven. De la autoridad civil de este hombre joven, representante supremo de su rey y gobierno en toda la jurisdicción de la isla —cuatro veces más extensa que Francia—, recibimos completos informes acerca de las instituciones democráticas que rigen la vida ciudadana de un poco más de veinticuatro mil habitantes; de los cuales dieciocho mil son de ascendencia esquimal, pero la mayor parte ya de dos sangres.

La nueva Constitución de Dinamarca, de 1953, dio a Groenlandia —antes colonia— la categoría de provincia del reino con representación en el Parlamento de Copenhague; sus dos diputados son groenlandeses elegidos por voto secreto de hombres y mujeres. Proporcionalmente al número de electores, Groenlandia tiene un representante más de lo que corresponde a las otras provincias danesas. Para el gobierno interno existe un Consejo Nacional, presidido por el gobernador y compuesto por trece delegados, también elegidos cada cuatro años por voto popular y secreto, masculino y femenino. Todos los proyectos de ley atinentes a Groenlandia, sometidos al Parlamento danés, deben ser discutidos y recomendados previamente por el Consejo Nacional de la isla. Los poderes de este son, por tanto, más amplios que los de los Consejos Provinciales de Dinamarca, solera local de su organización representativa.

Groenlandia tiene dieciséis municipalidades, cuyos consejos —elegidos a su vez por cuatro años por sufragio universal— tienen

potestad para regular la vida de sus jurisdicciones, con asentimiento del Consejo Nacional y del gobernador. Y en Copenhague existe el Ministerio de Groenlandia, para todos los problemas de contacto entre el reino y la distante provincia. Las relaciones económicas, la producción y la navegación se hallan bajo la autoridad técnica del Departamento Real de Comercio de Groenlandia, que, asimismo, tiene como cabezas al ministro respectivo y al jefe de gobierno.

En lo alto de una colina de Godthåb, y mirando al mar, se levanta el monumento del apóstol Hans Egede. Su figura y la de su esposa, Gertrud Rask, aparecen también en relieve de mármol groenlandés en los muros de la iglesia modesta y pulcra, cuya afilada torre de madera es visible desde cualquier punto de la ciudad. Muy cerca está el gran sanatorio de tuberculosis, formado por pabellones de moderna arquitectura, dotado de los más refinados equipos. La tuberculosis ha sido una de las penosas importaciones europeas —como los males venéreos— llegados con la civilización occidental a este pueblo sano, pero ahora combatidos eficazmente. Un lujoso buque-hospital, adquirido por colecta pública del pueblo danés, se halla anclado muy cerca de nuestro barco. Su misión es la de recorrer toda la costa llevando previsión y auxilio a las más apartadas poblaciones. Groenlandia comienza a producir creolita, mineral importante para las aleaciones con el aluminio; y un poco de carbón y mármol, además de su profusa pesca. El teléfono, la radio, la bicicleta, el automóvil y el cinematógrafo han hecho ya su entrada en el país que, antes de todo ello, vio multiplicarse las escuelas y liceos, tanto como los centros de reuniones culturales y las bibliotecas. La moneda groenlandesa tiene sus propios símbolos, pero es equivalente a la de Dinamarca. El pueblo habla su propia lengua y en ella lee sus propios libros, aunque aprende y conoce el danés.

Cuando nuestro barco zarpa rumbo al norte, comento con el ilustre zoólogo de la Universidad de Copenhague doctor Ragnar Spárk

el admirable esfuerzo que significa incorporar a Groenlandia a la plenitud de la vida civilizada, desde la primitividad, sin aguardar etapas.

“Es un aventurado experimento —me responde—, pero, a la par, un deber insoslayable. Y estamos contentos de tratar a los kaladlits como a iguales y, más aún, de saber que ellos no se sienten inferiores a nosotros”.

Kaladlit, lo olvidaba, lector, quiere decir ‘groenlandés’...

A bordo del *Umanak*, agosto de 1955

26. Rumbo a Groenlandia

Hace tres días que navegamos —y nos faltan siete aún— en la derrota de Groenlandia. *Umanak* tiene por nombre el barco que nos lleva; el más moderno de la línea marítima entre Dinamarca y su lejana e inmensa provincia hiperbólica. Y *Umanak* significa en la alegórica toponimia esquimal algo así como “montaña-corazón”. Pues dice un autorizado autor danés que “en la vívida y espontánea imaginación de los groenlandeses el perfil altanero de sus cumbres fue identificado con el fresco corazón de una foca recién atrapada”. Y aquí comenzará el lector a entender un poco del raro simbolismo denominativo que es usual entre los distantes y extraños pobladores a cuyo encuentro vamos, en los cuales se mezclan, con los rastros étnicos asiáticos, trazas no perdidas de su oriental fantasía, supervivencias agazapadas de nativos y remotos totemismos, y una ínsita veneración por sus grandiosos contrastes telúricos. Muchas veces se ha de hallar el nombre *Umanak* en el mapa de Groenlandia.

Dejé en el muelle de Copenhague a un grupo de queridos amigos que ha confundido sus adioses con los de una multitud de gentes danesas vinculadas a otros viajeros. No ha sido para mí esta

una despedida solitaria. El profesor Lorenzo Aabye, de la Escuela de Altos Estudios Económicos —y director a la vez del Instituto y Biblioteca Latinoamericanos de Dinamarca—, y mi fiel amigo John Hauge, el único compañero danés de mis días de Oxford, me han dado, con sus familias, el grato espaldarazo amistoso en el comienzo de este periplo. Y, por primera vez, he visto de cerca, rodeando a nuestro grupo, o ya en el barco, el tipo racial de Groenlandia en sus diferentes grados de mestizaje: desde el esquimal —entre los de cuya prístina raza se encuentran algunos hombres y mujeres que recuerdan a no pocos oriundos de las mesetas andinas— hasta los tipos rubios, de ojos oblicuos y azules, pasando por los de matices intermedios más variados. Pues para honra democrática de los blondos daneses, están ellos exentos de prejuicios racistas, y la secular historia de sus incontables matrimonios con los íncolas groenlandeses de linaje mongol va dando ya lo que en el lenguaje comarcano se llaman los kaladlit, designación del poblador vernáculo insular en quien confluyen las dos sangres.

Las primeras jornadas de esta travesía han marcado los tramos del paso del barco hacia el movedizo Noratlántico. Atrás quedaron las apuntadas torres del legendario castillo de Elsinor, última visión de Dinamarca, y las litorales fronteras de Suecia, salpicadas de pueblos, astilleros, factorías y altos tanques de petróleo. Todo el día subsiguiente han podido columbrarse las verde-oscuras rocosas costas de Noruega. Y, después, solo el fiero mar del Norte, patrullado en una vasta zona por incontables buques pesqueros. Al tiempo de sus dos grandes curvas iniciales —desde el Skagerrak al Kagerrat—, el *Umanak* ha emproado hacia el oeste. Los relojes de a bordo han comenzado a atrasarse cuarenta minutos por día y la mar gruesa ha demarcado nuestro ingreso al más ancho océano.

De tierra ya no nos queda otro mensaje que una grácil escolta de gaviotas. Ellas, dicen los avezados marineros, serán nuestras infaltables compañeras hasta Groenlandia.

En el pasaje aparecen personas de todas las edades, y el grupo infantil es proporcionalmente numeroso. Los niños de tipo esquimal, mestizo y escandinavo puro van de regreso, casi todos, después de haber disfrutado sus vacaciones veraniegas en la capital del reino o islas aledañas. Y, entre los adultos, figuran académicos, escritores, periodistas, funcionarios, comerciantes, obreros y cazadores. El profesor Ragnar Spärk, catedrático de Zoología de la Universidad de Copenhague —presidente además de la Comisión Real para la defensa de la naturaleza polar—, y el notable autor teatral y novelista Lack Fischer y un grupo de directores cinematográficos de la Nordisk Film, que van a estudiar las posibilidades del primer drama danés que tenga por escenario a Groenlandia, son los de mayor renombre. El columnista y radiolocutor de Viena Alfred Joachim Fisker y su esposa forman, conmigo, el único y reducido conjunto alienígena entre más de setenta viajeros joviales, que leen, conversan y beben sin exceso su cerveza y sus *snaps*.

Éramos cuatro los forasteros. Pero un joven geógrafo francés, experto en fotografías de color que publica una revista de París, se amedrentó súbitamente el día mismo de nuestra salida de Copenhague. Mi vecino de cabina no me ocultó su terror ante una navegación tan larga y, en su opinión, tediosa, en la cual —según todos los pronósticos— nos espera más de una tormenta de gran formato cuando el barco se acerque a la zona polar. Por todo ello, y disgustado, además, con la comida escandinava, para él extraña —un francés todo lo perdona menos una cocina de extranjería—, decidió, sin más, hacer detener el barco a la altura de la punta terminal de Jutlandia. Hizo pedir por marconigrama una embarcación de trasbordo, y al filo de la primera medianoche de nuestro crucero la emprendió con sus bártulos hacia el más próximo puerto pesquero que, a la luz de una gran luna, se divisaba en lontananza... “*Au-revoir, messieurs, et bon voyage!*”, gritó, con buena voz, desde la lancha motorizada que lo llevó a tierra.

Retomo, para cerrar esta nota, el interrumpido hilo de mis referencias, ya en el séptimo día de viaje. Durante tres y medio, la gran borrasca que el francés temió ha jugado con el barco, tal se dice en casos semejantes, como con una cáscara de nuez. Los baquianos de estos mares daban por descontada la inclemencia que mueven furiosos y encontrados vientos en la vasta franja oceánica divisoria de dos corrientes y dos temperaturas: la de la tibia Gulf Stream —impartida desde México para hacer habitables los países de la Europa nórdica— y la ártica, que baña Groenlandia, por la cual suelen navegar como fantasmas los icebergs.

Vivida la impresionante experiencia, el sol oreo las cubiertas que barrieron las olas, y es posible moverse, de un lado al otro del navío, ya sin botas de goma o abrigos impermeables. En el comedor, siempre concurrido, los asientos han sido desatornillados y no se han repetido las ruidosas catástrofes de vajilla. Se han reanudado las funciones cinematográficas y hemos vuelto a ver una horripilante película norteamericana con muertos y heridos, besos pornográficos y *happy end*.

A bordo del *Umanak*, agosto de 1955

27. Introducción a Groenlandia

Anoche, cuando íbamos saliendo de la zona tempestuosa que ha arrostrado nuestro barco durante tres largos días, y columbrábamos ya, al ras del horizonte, el cabo Farewell o de las Despedidas, no sé por qué vino a mi memoria, desde la lejanía adolescente de muchos años, Jules Verne. Si mal no recuerdo, su obra *Un viaje al centro de la Tierra* relata la fantástica peripecia cuyo comienzo tiene por escenario a Groenlandia. Y esta tarde, cuando, al contraluz del cielo opalino de un interminable verano polar, apareció por estribor, a tres

millas de distancia, un gigante iceberg que enfrió marcadamente el viento durante una buena hora, he vuelto a pensar en la inventiva prodigiosa de aquel viajero de la imaginación, que pudo describir tan patentemente con su genial artificio aquello que nunca había visto. Todos los que fuimos sus lectores hemos viajado con él por el quimérico mundo de sus aventuras. Pero así como más de una de sus seductoras utopías han devenido logros concretos, o presuntos, en el quehacer ilímite de la ciencia y la tecnología de nuestro siglo —el *Nautilus* del romántico capitán Nemo, la aeronáutica y, acaso, el viaje a la Luna—, quedan otras hazañas de la épica creadora de Verne que la realidad no desmiente: su adivinación descriptiva del paisaje en las más disímiles regiones del planeta; su presciencia del mar, uno y diverso, bello y temible en su grandeza; sus prefigurados relatos de estupendos cataclismos elementales, o la pormenorizada representación de los exóticos parajes que sirven de contorno a sus novelescos percances.

Fábula y geografía, ensueño y verdad, historia e ilusión son las andaderas pedagógicas de la literatura de Verne. Mas el hombre que aprendió a discurrir con ellas, impulsado por la primeriza e insaciable curiosidad juvenil de un universo para él no inventado, comprueba, al empezar de veras a conocerlo, cómo fue Verne un guía-dor clarividente. Y, además, cómo en las fronteras misteriosas de la naturaleza, en cuyas sombras de incertidumbre se pierden los más audaces disparos del pensamiento positivo, tienen incólume su reino lo ideal y lo ficticio. Y, por ello, su seguro de perennidad la poesía.

La Groenlandia de Jules Verne y estos mares procelosos que la circundan, invadidos por témpanos fantasmales —cuyas enormes y raras formas flotantes llevan inmersa nueve veces la dimensión de su peligro—, puede no ser la Groenlandia del topólogo, del administrador y del etnógrafo. Y, probablemente, ningún experto de la geología habrá de hallar el cráter apagado de aquel volcán imaginario

por donde descendieron hasta el tenebroso piélago subterráneo los protagonistas de *Un viaje al centro de la Tierra*.

Pero no es menos legendaria la Groenlandia de los primitivos mitos esquimales; la de los mágicos y poderosos gigantes Tornit o Timersit; la de los subhombres erqidlit, con cuerpos y colas de perros, nautas veloces en botes veleros de piel de foca; o la de los prodigiosos quivitok, habitantes de remotas grutas de hielo, invulnerables al tiro de las flechas y voladores sin alas, al solo impulso de sus pies ligeros. Todo ello es ficción, encantamiento, saga poética y símbolo; mas, a la vez —digámoslo con Aristóteles y repitémoslo con Toynbee—, el eslabón perdido de la historia.

Y la geografía, que es de aquellas su campo indesligable, mide, jalona, demarca, denomina. Indaga exactamente cada hábitat de la vida del animal y del hombre, pero más allá de sus verificaciones minuciosas resulta asidero de leyendas y trampolín de fantasías. En este caso, los datos textuales de los investigadores geoclimatólogos nos dicen, sin yerros, de la ubicación longitudinal y latitudinal de Groenlandia; de su área íntegra de dos millones ciento setenta y cinco mil seiscientos kilómetros cuadrados, de los cuales solo trescientos cuarenta y un mil novecientos quedan libres de la gruesa capa de hielo que permanentemente cubre su mayor parte. Y que, por consecuencia, toda la isla —la más vasta del mundo si Australia es clasificada como continente— tiene un clima polar, donde no crecen los árboles ni se cultivan los cereales por más que las temperaturas varíen en poco de norte a sur. De su topografía sabemos que es esteparia y montañosa, y, en la extensísima zona litoral, toda dentada de fiordos y cubierta por islas menores. Unos veintitrés mil seiscientos habitantes totalizaban la población de Groenlandia en 1952. De ellos, dieciocho mil son de origen esquimal, provenientes de sucesivas migraciones salidas hace muchas centurias de los extremos septentrionales americanos. Y, para epilogar tantos datos concretos, cabe añadir el

de más importancia y de mayor honor para la empresa civilizadora cumplida aquí por los daneses: desde hace noventa años no se cuenta ya un solo groenlandés analfabeto.

Así, con las estadísticas en la mano, nos acercamos a este anchuroso país nórdico, apenas conocido, que ni es Europa, ni es América. Pero, de nuevo, su impresionante y peregrina belleza deja en suspenso los severos dictámenes científicos para dar paso a la estupefacción y arrobamiento cósmicos del hombre que, en estos casos, solo quisiera ser pintor o poeta.

Y desde la proa del barco, en un soleado día sin amanecer, miro pasar por ambos lados las altísimas escarpas verticales coronadas de nieve, que forman, con el verde claro del mar, como una avenida de cíclopes. Junto a mí, un viejo hijo de Groenlandia, de pura estirpe esquimal, con quien he hecho cordial amistad, me da leves golpes en el brazo para indicarme algún ápice imponente o los vertiginosos ventisqueros. Cuando le balbuceo en danés la palabra que traduce “hermoso”, él me enseña a proferir, en su más extraña lengua, la frase aglutinada que es lacónico brote de su admirativo orgullo: *nunars-suame*. La cual significa, toda junta, que esta es la “gran tierra” de las visiones contrastadas y majestuosas.

A bordo del *Umanak*, agosto de 1955

28. Encuentros en la ruta del mar polar

Dinamarca no tiene organizado todavía —tal vez afortunadamente— el turismo en Groenlandia.

Quien a ella viene es, de veras, *viajero*, por algún perentorio menester; que no turista. Resulta raro en los barcos bastante cómodos, más exentos de todo lujo, como son los de esta travesía por ma-

res procelosos, el *globetrotter* de oficio, en todas partes conocido, o el vacacionista típico, espécimen de paseante sin obligaciones, buscador del descanso placentero exigido por la nerviosa vida norteamericana y casi siempre satisfechamente alardoso de sus dólares.

El turismo, en esta severa empresa de civilización acometida por los daneses, resultaría superfluo. Y nada que no sea indeficiente faena frugal, parca exigencia de su ajustada realidad, cabe en el sistema de relaciones humanas que norma este osado ensayo por domeñar la naturaleza indócil del país, aprovechándola en lo posible para el servicio colectivo.

No se hallan en Groenlandia hoteles confortables, organizados negocios para solaz y reposo del visitante a quien solo atraiga la frívola curiosidad.

Pequeñas hosterías, limpias y sobrias, circunscriptas al inmediato propósito de albergar al eventual transeúnte, llenan en algunas poblaciones el cometido concreto de lo que, en otros países, es proficua técnica hotelera. Tiene más vigencia el hospedaje familiar, la casa privada para “dar posada al peregrino”, sin más, y acogerle y servirle con desinteresado gusto. Los groenlandeses, o la gente de Dinamarca afincada en Groenlandia, son espontánea y generosamente hospitalarios. Y aun quien visita sus casas por ver los interiores hogareños, o por adquirir algunos de los finos trabajos de artesanía refinada en pieles y marfil de morsa —gala nativa de inspirada y grácil maestría manual—, es siempre bienvenido. Pues no importa que se trate de una compra para que los dueños sirvan café y muestren sencillamente cómo viven. Saludar en las calles y caminos es otro rito sonriente, indefectible. Y niños y viejos dirán siempre su “*tau*” aprendido de la popular contracción danesa del *god-dag*; o los que ya han progresado mucho en las escuelas proferirán un claro “*how-do-you-do*” cuando suponen americano al advenedizo.

Porque los diarios radiales de Groenlandia y los boletines, ya editados en imprenta, ya en mimeógrafos, han anunciado mi llega-

da, no pocos me han saludado y me han dirigido muchas preguntas inteligentes acerca de la lejana parte de América de donde provengo. Un grupo de *scouts*, muchachos y muchachas de Holsteinsports, viajeros de regreso de Godthåb, ha sido durante media semana grata compañía en el barco que nos lleva siempre más al norte. Y el jefe danés de todos ellos, un joven misionero de cultura, Paul Madsen, quien ha vivido aquí siete años de los veinticinco que son los de su vida, me ha revelado cómo trabajan eficazmente los educadores con la juventud kaladlit para levantar su nivel de capacitación.

Cuando me refirió que un buen número de sus discípulos habían hecho una primera visita a Copenhague, se me ocurrió preguntarle cuál había sido, de entre las muchas y grandes cosas que tiene aquella magnífica ciudad, la que más había admirado a los jóvenes. Y me repuso: “Los árboles, porque nunca los habían visto”.

Creo haber anotado ya en estos apuntes que la aventura colonizadora de Dinamarca en Groenlandia consiste en incorporarla, sin esperas, a la plenitud de la civilización contemporánea. Y que, del mismo modo que en la técnica de la vida y del trabajo, este pueblo va salvando de una sola zancada las extremas etapas del progreso —que en el transporte simboliza el trineo tirado por perros y el vehículo a motor de explosión—; asimismo ha sido correlativo su tránsito desde la vida tribal hasta la organización democrática. En él no se ha pasado por los ominosos escalones epocales de la esclavitud y la servidumbre, características de otros coloniajes. Y este repentino salto, inequívoco y sin precedentes, es digno de observación.

Al indagar en las motivaciones de un planteamiento así empeñoso, vale tomar en cuenta que aquí se han encontrado dos nociones de vida igualitaria y libre: la danesa, que es resultado de una evolución superadora de los derechos humanos, y la rudimentaria forma asociativa de existencia, impuesta a las poblaciones oriundas por los rigores de su espacio geográfico. El danés ha llegado a entender y a

realizar que es incomprensible vivir sin plena libertad. Y el esquimal vivió también, dueño de ella, en su nomadismo tribal, como compensación de la tiranía climática. Esta, en su inclemencia, iguala a los hombres, los nivela ante el imperativo inescapable de arrostrarla.

En una lucha tal no cabe el lujo: las pieles y cueros finos, las mejores lanas, el calzado fuerte e impermeable, la casa calentada, el nutritivo alimento, los perros numerosos, el trineo y el bote pescador son uniforme patrimonio de todos. El privilegiado es el más apto para el enfrentamiento y la agresión de su contorno físico. Y es unánime y obligante el afán de serlo. Solo el Estado es aquí gran propietario.

Así se explica que Dinamarca exija tantas condiciones de salud a quien viaja a Groenlandia.

Males como la tuberculosis, en este país nunca antaño conocidos, fueron importados por los europeos de arribada forzosa que, a lo largo de siglos, saltaron a sus costas. Y la campaña contra aquella enfermedad, y otras semejantes llegadas, ha resultado una costosa obra estatal ya, por ventura, triunfante.

Pero la arribada forzosa, a despecho del control oficial, es todavía inevitable. El mar polar abunda en embarcaciones pesqueras de diversas naciones: en las radas de Egedesminde y Christianshåb, encontramos barcos noruegos. Y cuando el nuestro ancló, de subida, en Holsteinsports, quedó al costado de un gran navío-hospital portugués, el *Gil Eannes*, el cual había buscado abrigo y agua con su carga de enfermos. Lo visité y, para mi sorpresa, supe que cinco mil lusitanos, pescadores de bacalao, navegan por los confines del Noratlántico y el mar polar, y a ellos asiste su gobierno con tan magnífica clínica flotante. En una visita al cementerio del puerto, pude comprobar que también quedan bajo tierra groenlandesa algunos de esos meridionales vencidos en su lucha por el pan y contra el océano frío y tempestuoso.

En la isla de Disko funciona una estación de estudios de la zona ártica de la Universidad de Copenhague. Y en ella se concen-

tran, cada verano, profesores europeos interesados en tales investigaciones. Nuestro barco va ahora con un grupo de biólogos, zoólogos y botánicos ingleses, suecos, latvios y escandinavos. Y en cada alto de dos o tres días de este viaje, ellos y yo trepamos por los repechos aledaños. Unos buscando extrañas plantas, y otros solo recogiendo las bellas y pequeñas campanas azules de la montaña, que resaltan su contraste de color en la prieta y ondulada roca, desde cuya altura aparece la deslumbrante sorpresa del paisaje.

Norte de Groenlandia, agosto de 1955

29. Paisaje, imaginación y símbolo

Para defensa, y en mi pensar, probanza de la tesis sobre el espacio-tiempo histórico, en un libro que lleva precisamente estas tres palabras por título, esbocé hace ya algunos años otra proposición: la del espacio-tiempo estético. Como *conciencia* y como *perspectiva*. Y para respaldo de mi argumento, ha venido a corroborarlo un autorizado dictamen no desdeñable: el de Salvador de Madariaga.

Al conocer Indoamérica, y al darse con la sorpresa de su extraño paisaje y del arte magnífico de sus civilizaciones oriundas, Madariaga hubo de reconocer la innegabilidad de un espacio-tiempo estético. Y así, usando las propias palabras, lo reconoció en una buena conferencia, hace años ya, pronunciada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima.

Todo aquello que de veras nos admira y emociona estéticamente en la naturaleza o en la obra superior del hombre conlleva, indesligable, en nuestra estimativa de su belleza, una ínsita y simultánea consideración tempórea y epocal, tanto más neta y rápida cuanto más cabal es la conciencia de nuestro juicio.

Los Andes y los Alpes, los lagos suizos o el Titicaca, en una palabra, los más asombrosos paisajes de Europa, Asia, África o las Américas son, cada uno, indesligables de una omnipresente consideración espacial que subyace como solera recóndita pero indeficiente de nuestro raptó. Y cuando nos detenemos ante las Pirámides o el Partenón, ante Machu Picchu o Chichén Itzá, ante Santa Sofía, o una catedral gótica, o la de San Basilio en Moscú, etcétera, nuestro encandilamiento no nos priva —porque, contrariamente, es inherente de él— de una relación espacio-temporal coetánea de nuestra admiración, por más deslumbradora que ella sea.

De los más grandes espectáculos de la naturaleza o de las más prodigiosas obras de arte puede decirse, sin hipérbole, que son inequiparables. Ello no obstante, su unicidad mantiene un trasfondo común incitador de nuestro encanto: todas son belleza. Mas, a despecho de que unas puedan atraernos —o gustarnos— más que otras, estas intransferibles diferencias de sensibilidad no las despojan de su esencial excelencia unánime.

Un lienzo o una porcelana sónicas de las épocas imperiales de T'sin y Han; o una escultura griega, un fresco pompeyano, una dorada tabla bizantina, un alto relieve de Reims, las obras del Renacimiento, los muros mexicanos mayas o ultramodernos, las cerámicas preincas del Chimú o las de la Hélade temprana —que Toynbee descubre tenuemente semejantes—; en una palabra, todas las creaciones humanas de gran estilo estético son bellas. Atraen nuestra contemplación o nuestro pasmo, pero son, asimismo, distintas, y no caben dentro de un cartabón calificativo a escala única. Y, al evaluarlas, *subpensamos* o pensamos sincrónicamente en el espacio y en el tiempo de cada cual.

Sobre estos problemas del relativismo histórico y calológico he pensado no poco en Groenlandia. Invita a ellos la serena majestad de los parajes y la peregrina expresión de su incipiente artística. Parejamente, la indagación en el campo de los símbolos —particularmente religiosos—, abundante en curiosísimas sorpresas resultantes

del encuentro de dos tiempos de evolución cultural en un espacio nuevo para la advenediza y más adelantada.

Vayan algunos casos: en la moderna iglesia cristiano-luterana de Thule, al frío extremo norte groenlandés —obra acertada de un arquitecto noruego—, aparece, sobre el único altar, una moderna pintura de Jesús en compañía de unos niños esquimales. Vestido con una túnica púrpura, el Cristo figuraba originalmente calzado solo con sandalias.

Los esquimales —que en Thule son de pura raza y más firme tradición— arguyeron que el Hijo del Hombre debía sentir así los rigores del clima. Y exigieron, hasta conseguirlo, que el artista resguardara con abrigadoras botas de estilo nativo a la divina figura.

Y el inspector-gobernante danés de Thule —Her Mörch Rasmussen, un hombre de gran fortaleza y bondad, casado con una bella dama mestiza, que nadie podría distinguir en Indoamérica de una compatriota nuestra— me relataba algo muy interesante y revelador acerca de la difícil transportación de la simbología religiosa cristiana a las mentes de los hijos de Thule. ¿Cómo explicar el mito de Adán y Eva, desnudos en un boscoso paraíso, cerca del árbol del bien y del mal y en tentadora charla con la serpiente, a propósito de la fatal manzana?

El esquimal queda sumido en angustiosas dudas. El terrible frío es incompatible con la desnudez, la cual es inconcebible en “la última Thule”, ya sea en invierno o en verano. Por otra parte, ¿qué es un árbol, jamás visto aquí? ¿Y qué, una serpiente en un país que no las conoce, ni grandes ni pequeñas? ¿Y qué, una manzana, fruto de cuya forma y color no dan razón las mondaditas, partidas y enmeladas de las escasas conservas en lata ahora a la venta?

A un íncola amazónico o africano, el episodio paradisiaco le será comprensible por ciertas asociaciones con su fauna, flora y costumbres, y la desconocida manzana euroasiática puede ser representada por un coco de palmera... Pero, para el esquimal, todo aquello es fantasía, saga y motivación de duda, absolutamente irrelacionable con su escenario.

Decíame el inspector que entre otras explicaciones difíciles se hallaron los misioneros con la imposible presentación del pasaje evangélico del buen pastor. Para un norgroenlandés, el cordero es un animal inexistente, aunque el del extremo sur ya comience a verlo. Pero en Thule ¿cómo explicarlo? Aquí no fue tan inacceso el entendimiento entre los evangelizadores y sus congregaciones: se reemplazó el incógnito cordero por la foca. Y Jesús debió aparecer con una, tierna y pascual, bellamente dignificada por la mística alegoría.

Puede ser que la civilización irrumpiente cambie el paisaje. Einstein me dijo en 1948 que no sería insólito que la energía atómica domeñe la lujuriosa fertilidad de los “infiernos verdes” tropicales o el helado rigor de las yermas comarcas árticas. Y, entonces, aparecerá otro espacio-tiempo estético, allá y aquí, como proyección de la conciencia y de la perspectiva de otro espacio-tiempo histórico.

Norte de Groenlandia, a bordo del *Umanak*, agosto de 1955

30. Interrogante de un designio civilizador

El espectáculo de veras impresionante de la naturaleza en Groenlandia lleva a pensar en los originales dictámenes de Toynbee sobre las civilizaciones que él denomina detenidas y abortadas. Asevera el historiólogo británico —cuyas innovadoras teorías han suscitado extensas controversias académicas, pero a quien no se puede discutir sin estudiar— que, así como se han dado veintiuna civilizaciones de evolución y predominancia cumplidas en el mundo, otras fracasaron o perecieron, ya sea en la infancia, o en el estado de embrión.

Groenlandia, en el norte y en el sur, habría sido el dispar escenario de dos expansiones civilizadoras correspondientes a ambos tipos de frustración. La de la primeriza cultura esquimal, proyectada desde

Alaska y Terranova, pero “detenida” por el incontestable desafío físico del contorno ártico; y la de la apenas surgente civilización escandinava-vikinga, “abortada” en Europa, porque “se la tragó” y asimiló la civilización cristiana —filial de la helénica— en sus dos dimensiones espacio-temporales, correspondientes a las ramas religioso-políticas bifurcadas por el Gran Cisma de Oriente: la occidental y la bizantina, y, escindida de esta, la rusa ortodoxa. En la Groenlandia meridional, los iniciales intentos colonizadores de Escandinavia, hace un milenio, fueron derrotados en sus fallidas “respuestas” al “reto” geográfico entonces insuperable.

Los esquimales, según Toynbee, se habrían empeñado en desarrollar un modo de existencia semejante al del indio norteamericano, adaptado a las rigurosas condiciones climáticas de la zona polar. Y su primigenia hazaña fue la de arrostrar el hielo, las noches invernales de largos meses, y cazar focas. Elementalmente, lo consiguieron. Su técnica de confrontamiento de las duras condiciones ambientales acusa consumada pericia. Y son indicios positivos de una industriosa cultura comenzante el kayak, canoa ligera unipersonal, y el *umiak*, un más amplio bote de pesca para uso de las mujeres; el arpón y los instrumentos de tiro labrados en piedra, y venablos para la caza de aves; el asta de tres afiladas puntas para la pesca del salmón; el arco flechero compuesto, impulsado por elásticos tendones; el trineo tirado por los indispensables y bien adiestrados perros; el zapato de nieve y el esquí; la abrigada cabaña de invierno en la que es también la nieve material de construcción; las lámparas con combustible de aceite animal; la portátil tienda veraniega y la indumentaria de pieles.

Todas estas invenciones de instrumentos y aparejos necesarios para su subsistencia hacen del esquimal un austero superviviente de su contienda inmemorable con la naturaleza del Ártico. Y cabe preguntarse —dice Toynbee— si de esta es él amo o esclavo. Pero ahí quedó. Atajado su progreso, las modalidades rudimentarias y ajustadas de su organización social son relativamente comparables —como la de to-

das las culturas de su tipología— a la de las abejas y las hormigas, estacionarias desde antes del albor de la vida humana sobre la Tierra.

Añade Toynbee que la “penitencia” histórica de los esquimales —expiación de su osado resistir a la irreductible hostilidad contornal— ha sido la conformación rígida de su hábitat al invariable cielo anual del clima polar. Cada miembro apto de la comunidad tribal está compelido a un quehacer ineludible, cotidiano, duramente impuesto por las sucesivas mudanzas del tiempo. Y así, este nómada pueblo cazador se halla sujeto a un itinerario estricto, cuya tiranía es equiparable a la que soporta cualquier obrero calificado de una moderna factoría bajo la llamada administración científica. De aquí la paradoja de una civilización estancada.

Por otro lado, la gran aventura colonizadora de los escandinavos —iniciada desde Islandia en el siglo IX —se renovó en el año 982 con Erik el Rojo, cuya expedición, rechazada por los hielos del este, enrumbó al sur y logró quedar tres años en la zona extremo meridional, donde hoy se levanta la ciudad de Julianehåb. A tan osado navegante se le atribuye haber llamado Groenlandia —tierra verde— a dicho país, al cual volvió a establecerse en 986, después de un lapso en Islandia, preparatorio de otra empresa más vasta de asentamiento poblador. Cuenta la historia que Erik perdió, por naufragio, nueve barcos de los veinticinco que formaban su flota, y que los sobrevivientes de los seiscientos o setecientos navegantes se establecieron aquí con sus familias y ganados. Esta primera colonia decayó lentamente hasta desaparecer en el decurso de cuatrocientos años. La agresión geoclimática fue más poderosa que la voluntad del hombre y los recursos entonces a su alcance. A fines de la Edad Media, la comunicación entre Groenlandia y Europa había dejado de existir, y los últimos descendientes de los pioneros escandinavos se habían extinguido. Hasta hoy puede el curioso viajero visitar las ruinas de las casas, iglesias y granjas que testimonian aquella primordial tentativa civilizadora trágicamente fracasada.

El primer contacto entre esquimales y escandinavos se produjo probablemente hacia el año 1000, cuando aquellos descendieron hasta el sur de la gran isla, recién llegados también de Norteamérica. Después, solo se produjeron esporádicas incursiones de blancos, hasta que, en 1721, el pastor luterano Hans Egede y su mujer Gertrude Rask llegaron a instaurar las bases de una planeada organización institucional que fue, desde su empuje, no una expugnación sino una verdadera obra misional y civil de cristianismo y cultura.

Con ella se acreció el mestizaje de esquimales y europeos y progresó un ordenamiento administrativo cuyo desarrollo, en menos de ciento cuarenta años, resulta un asombroso triunfo de cultura democrática. Todas las conquistas y colonias impartidos allende el mar, hacia el oeste o sur de Europa, han hallado, aun en los más arduos e inhóspitos climas, recursos naturales, riquezas y elementos básicos para producir, construir y comerciar. Mas, en esta única proeza migratoria hacia el extremo boreal del planeta, el alienígena solo encontró rocas, hielo, agua y pesca. Ni un árbol para edificar, ni un cereal para alimentarse; ni plantas aprovechables, ni ganados, ni metales. El carbón, la creolita y el mármol son hallazgos muy nuevos. Pero cada trozo de madera o de hierro, cada grano, cada tela, cada herramienta, utensilio o animal doméstico han debido llegar con el hombre civilizador. Solo el perro, incansable acompañante del esquimal, ha sido y es aún el fiel tirador de trineos en los largos y nevados inviernos de Groenlandia. Entre aquel y el vehículo motorizado, que ya comienza a circular, no se dio nunca aquí la evolución por etapas del carro de caballos, o de bueyes, o del ferrocarril.

Así, de un salto, los groenlandeses pasan de su Edad de Piedra a la del automóvil, el avión, la navegación ultramoderna, el alumbrado eléctrico, la calefacción central, la tecnología sanitaria y clínica, la radio y el cinematógrafo. Pero todavía no hay árboles, ni cereales; aunque en el extremo sur se está ensayando una parva plantación de abetos canadienses y el efímero plantío de algunos granos.

Los ganados de selección se multiplican y dan leche, lana y carne. También en el sur se intenta ya la domesticación de los renos, a los cuales los groenlandeses solo cazaban, pero sin utilizarlos para el tiro como hacen los lapones. Mas las gallinas, traídas cada primavera en gran número desde Dinamarca, deben sufrir decapitación forzosa en cuanto caen las nieves, tempranas en llegar y tardías en fundirse a lo largo de toda la región norteña. Los almacenes de comestibles abaratados —por ejemplo, los jugos de frutas y otros víveres envasados cuestan aquí menos de la mitad que en Copenhague— están surtidamente abastecidos bajo un beneficioso control de precios. Y la antigua vivienda, cuya estrechez estaba condicionada por el frío, va dando paso a una rapidísima campaña estatal edificadora de casas confortables, aisladas, pulcramente limpias y, las más, con interiores bien dispuestos, equipos cabales y alegres decoraciones. En estas es tesoro de grandes y pequeños algún vistoso conservatorio de plantas y flores importadas, que el calor artificial mantiene inmarcesibles.

Escuelas, bibliotecas, hospitales, periódicos y centros de recreo, el gobierno autónomo y civil —normado en municipios libres y en un Consejo o Parlamento Nacional elegidos todos cada cuatro años por voto secreto de hombres y mujeres— completa el dinámico cuadro social del pueblo de Groenlandia, el cual habla su peculiar idioma, tiene su moneda propia y sonríe con orgullo de su victoria sobre “el reto geográfico”.

La interrogante de este designio civilizador —a flor de labio en los daneses de él responsables— es la de saber si la comunidad kala-dlit, que en unas décadas ha vivido el tránsito acelerado de la primitividad de la cultura igualitaria y dignificadora del sistema social escandinavo —el más avanzado del mundo— saldrá airosa del impacto. La respuesta optimista dice que sí, por cuanto Dinamarca democrática parece resuelta al atrevido lance, por no cejar en su decisión histórica de hacer justicia y progreso sin inmolarse la libertad.

Christianshåb, Groenlandia, agosto de 1955

31. “*Farvel, Groenland!*”¹⁰

Estamos de regreso ya del norte de Groenlandia. La más atrayente de sus poblaciones es la pequeña y pintoresca aldea portuaria de Christianshåb, arrinconada en un abrupto fiordo y casi equidistante de Egedesminde y Jacobshavn, en el cerrado golfo de Disko, todo él circuido por altas y nevadas montañas. Dos días de tiempo esplendoroso me dan coyuntura para escalar los flancos más cercanos de la escarpa que se alza desde el mar, y en cuyo único declive suave

¹⁰ Después de su viaje, Haya de la Torre envió un informe sobre la organización social y política de Groenlandia a la Comisión de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, por intermedio de la Liga Internacional de los Derechos del Hombre, que motivó que este organismo dirigiera una nota de felicitación al gobierno danés por la forma como los derechos humanos son respetados y cumplidos en el país danés. Haya de la Torre era el delegado no gubernamental de la Liga Internacional ante la comisión respectiva de las Naciones Unidas, y su interés por el experimento social que Dinamarca cumplía en Groenlandia le valió enormes simpatías entre la población esquimal de aquel lejano país y muchos elogiosos comentarios de la prensa danesa, por su enfoque crítico, objetivo y alentador. A continuación, se reproduce la carta del presidente de la Liga, señor Roger Baldwin, al delegado permanente de Dinamarca ante las Naciones Unidas, así como su traducción al castellano.

The International League for the Rights of Man
Consultant in Category “B” with the United Nations
24 East Street, New York 21, N. Y.
New York, March 7, 1956

His Excelency Mister William Borberg
Permanent Delegation of Denmark to the United Nations
7 East 72nd Street
New York City

Dear Mister Borberg:

We have recently received from a member of our Advisory Committee, doctor Víctor Raul Haya de la Torre, a report in danish of his recent inquires in Greenland.

Mister Haya de la Torre is travelling widely and is, among other posts, our representative. We wish to express to you and through you to the Danish Government our appreciation of the courtesies extended to Mister Haya de la Torre and to add to that our commendation of the unusual state of human rights and liberties in Greenland, revealed by his report, the substance of which he has given to us in Spanish.

We will take occasion to make the facts which he gives us more widely known among those interested in the protection of human rights everywhere.

Sincerely yours,

Roger Baldwin
Chairman of the International League for The Rights of Man

tiene Christianshåb esparcidas sus casas a diferentes niveles. Todas están pintadas con los más vivos colores, y se comunican por un serpenteante camino troncal, ramificado en estrechos senderos abiertos por el sólito paso del hombre. El camino remata frente a la dominante estación radiotelegráfica, cuyas torres de acero se pueden ver a gran distancia.

Abajo, al filo de los malecones en que se estriba el embarcadero, resalta la chimenea de la fábrica de beneficio de pescado, donde se enlatan también los famosos langostinos de esta zona para ser exportados a Europa y América.

En mi ascensión voy aproximándome a un amplio edificio pintado de amarillo con muchas ventanas encortinadas de verde, a cuya puerta veo a un hombre rubio, de edad madura, quien, al tenerme cerca, me saluda amistosamente hablándome en inglés:

—Usted debe ser el latinoamericano que está visitando Groenlandia, según lo anuncian los boletines radiales: el primero de su país por estos mundos... ¡Bienvenido! Aquí tiene usted el comedor comunal de los trabajadores de la fábrica.

Y luego de estrecharme efusivamente la mano, me cuenta que conoció, en su juventud marinera, Veracruz, La Habana, Panamá, Cartagena de Indias, el Callao, Valparaíso, Buenos Aires, Montevideo, Santos, Río y La Guaira. Mientras subimos por la corta escalera, me agrega, sin más, su espontáneo comentario:

Hemos recibido, recientemente, del miembro de nuestro Comité Consultivo, doctor Haya de la Torre, un informe en danés acerca de sus recientes investigaciones sobre Groenlandia. El doctor Haya de la Torre está llevando a cabo una amplia gira por el mundo y tiene, entre otros cargos, el de ser nuestro representante.

Deseamos expresar a vuestra excelencia y por vuestro intermedio al gobierno de Dinamarca nuestro vivo reconocimiento por las cortesías que se han dispensado al doctor Haya de la Torre, y hacerle presente nuestras congratulaciones por el excepcional respeto a los derechos humanos y a las libertades que existen en Groenlandia, puestas de manifiesto en el informe del doctor Haya de la Torre. La Liga de los Derechos del Hombre hará conocer oportunamente estos hechos con amplitud entre todos los interesados en la protección de los derechos humanos.

—Buenas y agradables tierras aquellas; pero serían mejores si no se vieran, en casi todas, tantos niños descalzos.

Es el administrador del restaurante obrero. Este —al igual que todas las industrias y obras sociales groenlandesas— pertenece al Estado. La misma brillante limpieza de pisos, muros, muebles y utensilios de otros establecimientos públicos en las diferentes poblaciones que antes he visitado llama mi atención. El administrador me presenta a las cocineras y servidoras: son mujeres jóvenes del tipo mestizo danés-esquimal ya conocido.

Ellas sonríen y saludan, al hacerme ver la bruñida cocina metálica de petróleo y las alacenas de la cuidada vajilla.

En el amplio y claro comedor se hallan las mesas dispuestas para el almuerzo. Las bandejas se alinean sobre los aparadores, llenas de rebanadas de pan con manteca y queso, junto a grandes fuentes que contienen diversas clases de pescado fresco, además de las complicadas salsas más o menos dulces, características de la gastronomía escandinava.

La sopa de carnes, patatas y zanahorias hierve todavía, según percibo por el buen olor.

Mientras va informándome acerca de la vida de los trabajadores, el administrador me muestra las modernas instalaciones de alumbrado eléctrico, calefacción central y el aparato de radio que ameniza las comidas.

—Todos estos progresos técnicos en Groenlandia —explica— no tienen más de seis años.

Hasta después de la guerra no existía en el país ni electricidad ni vehículos motorizados. Los nazis nunca llegaron aquí y hemos podido continuar nuestros adelantos a grandes saltos...

Y cuando, tras la breve colación de café y salmón fresco, prosigo mi camino, no deja de indicarme el mejor derrotero hacia la cima de la montaña.

Ya en los más altos repechos, y cerca de unas lagunas de agua transparente, encuentro a dos hombres de marcada fisonomía esquimal. Llevan altas botas de goma, trajes y gorros de piel de foca. Portan sus armas de caza y marchan saltando de roca en roca. Al verme, me saludan y, aunque no hablan sino su propia lengua, con unas diez palabras danesas y mucha mímica logramos entendernos. Son padre e hijo, según entiendo. Y al darse cuenta de mi propósito de trepar hasta una cresta que les señalo, se ofrecen alegremente a servirme de guías. Me indican las rutas más accesibles y, después de una buena hora de subida, coronamos la cúspide.

Desde ella, la visión es asombrosa: por delante está el mar verde y tranquilo, en el cual contamos unos quince grandes témpanos flotantes; hacia atrás asoman los blancos bordes relucientes al sol del eterno *icecap* que cubre las nueve décimas partes del país.

Cortando en franjas blancas la muralla montañosa, se ven los grandes glaciares, muchos de los cuales descienden hasta el mar. Por ellos ruedan, al comenzar el verano, los gigantescos icebergs de color azulado, que se distinguen de los blancos procedentes del océano polar.

Aquí, como en los Andes, es costumbre tradicional formar en los ápices aquellos hitos de piedra llamados por nuestros indios “apachetas”. Presumo que por semejantes motivaciones mágicas. Mis compañeros ponen sus piedras y me invitan a hacer lo propio. Luego ríen, al repetir bastante bien la denominación quechua que les enseñó. Los esquimales ríen siempre.

Después de un acelerado descenso, diviso, al llegar a un breñoso escalón, al barco en que viajo, anclado en la rada lejana. Mis guías me acompañan cuesta abajo, hasta las cercanías de las lagunas. Allí se despiden con muchas muestras de cortesía y me dicen en danés, reiteradamente, sus adioses: “*Farvel, farvel*”. Los gritan de nuevo, ya a la distancia, antes de perderse tras unos riscos.

Al día siguiente hago otra ascensión hasta llegar a una eminente apacheta. Junto a ella veo enclavada en la roca una placa de bronce del Instituto Geodésico de Dinamarca. Pongo mi piedra —solo esta vez— y, al bajar por una ladera que lleva a una especie de pequeño valle, me encuentro con dos botánicos ingleses, viajeros del mismo barco que yo, quienes andan recogiendo musgo y admirando el paisaje.

Después de una estadía dilatada, zarpa el *Umanak* de Christianshåb hacia Holsteinsborg, puerto ya conocido. Aquí se demarca el límite entre el norte y el sur de Groenlandia. Y este es el último puerto, por tanto, en el que se ven los perros tiradores de trineos. Cuando partimos de Holsteinsborg al atardecer, escuchamos, como una despedida, aquellos interminables coros de aullidos melancólicos que en toda la región septentrional rompen el silencio de las noches, y son infaltables en las horas de los crepúsculos.

Sukkertoppen, cuyo nombre quiere decir lo que en Río de Janeiro *Pao da azucar* —y por las mismas razones orográficas—, es el activo puerto sureño donde la factoría estatal seca y sala el distinguido bacalao de nuestras mesas de cuaresma, beneficia sus aceites, terror amargo de los niños, y elabora crecientes proporciones de harina de pescado. Mil doscientos habitantes, casi todos trabajadores en el mar o en la fábrica, integran la diligente población. La vieja y austera iglesia de piedra, erigida antaño por los esquimales, se conserva pulcramente, cual si hubiese sido construida ayer. Un aborigen, pintor anónimo de cien años atrás, dejó en ella un lienzo de la Virgen y el Niño, ambos con marcada fisonomía mongol. El templo solo tiene de moderno equipos eléctricos de alumbrado y auriculares especiales para sordos.

Aquí también hay tiempo, en tres días, de escalar montañas y coronar sus eminencias, agregando piedras a las apachetas. El gobernador distrital, Herr Syolden Hansen, cuyo hijo de tres años, Aksel, ha sido mi compañero de viaje desde Copenhague un mes atrás, me recibe y agasa-

ja en su hogar. Y el doctor Ole Jordán es mi amable cicerone en la visita del bien tenido hospital. Él me muestra las pinturas de su diestra mano y sus colecciones de minerales y conchas. En Sukkertoppen se realiza un curioso y demostrativo plebiscito sanitario el 27 de agosto.

¿Debemos dejar o no que los niños que no han sufrido sarampión se contagien y vacunen de él antes del invierno? Los habitantes han votado por la afirmación. Consecuentemente, todos los menores que no han pasado por la prueba de la fiebre y ronchas son *preventivamente contagiados*, porque en el verano este mal infantil es más benigno.

De Sukkertoppen zarpamos rumbo a Europa. Durante dos días y dos noches vamos costeando el occidente de Groenlandia por entre una avenida de icebergs. Cuando se acerca uno inmenso, la sirena del barco hace una breve llamada para que los viajeros goce-mos del inequívoco espectáculo. Y en la última noche —que son verdaderas noches en el sur— el cielo nos ha brindado la sorpresa estupenda de una gran aurora boreal.

Vemos por última vez el cabo de las Despedidas. Y al alejarnos hemos dicho con su nombre: “*Farvel, Groenland!*”.

Mar de Islandia, septiembre de 1955

32. Groenlandia observada por un hombre del país de los incas¹¹

Es bien sabido aquello que, con frecuencia, los extranjeros visitantes de un país para ellos desconocido suelen descubrir en él muchas cosas que los nativos o residentes no llegan a ver. En realidad, me parece

¹¹ Este artículo fue publicado originariamente en lengua danesa en la revista *Groenland* (número 9, de septiembre de 1955), de Copenhague, bajo el título: “Grönland – som en Mand fra inkaernes land Så det”. Ved. V. R. Haya de la Torre. Circuló, además, en una separata de la misma revista y fue ampliamente comentado por la prensa escandinava.

que no por incapacidad para ello. Más justo es decir, como se expresa en inglés: “*They take it for granted*”, y no las aprecian en su verdadera significación. Esto puede haberme ocurrido a mí al visitar Groenlandia. Creo haber “descubierto” algunos hechos, los cuales, seguramente, no son desconocidos. Sin embargo, mis observaciones quizá puedan servir de puntos de referencia y de reflexión para el público danés.

En primer término, deseo poner en claro mi actitud mental y definir “mi curiosidad” al visitar Groenlandia. Yo no he ido a verla como *turista*. La psicología del turista es especial: el turista visita países extraños para descansar, para aligerarse de preocupaciones; en una palabra, para divertirse. Yo he ido a Groenlandia para observar, para estudiar, para aprender. Soy un sincero admirador de las democracias escandinavas, las que, a mi ver, son las más avanzadas y completas de Europa y del mundo. En mis numerosos artículos a la prensa de las dos Américas he sostenido, desde hace un año, que la verdadera democracia ejemplar de posguerra no hay que buscarla en Estados Unidos o en Inglaterra, ni aun en Suiza, sino en estos países nórdicos, los únicos que están dando una respuesta concreta al gran interrogante de nuestro siglo. ¿Puede el hombre alcanzar la justicia económica al par que un alto nivel de desarrollo cultural, dentro de un sistema democrático que resuelva el problema de la igualdad social y racial sin sacrificar la libertad?

Yo sostengo que los escandinavos (aunque todavía puedan ellos quejarse y hacer críticas a sus organizaciones sociales, que por cierto no pueden ser absolutamente perfectas) son los pueblos que han llegado a las más altas realizaciones democráticas después de la Segunda Guerra Mundial. Y que es de ellos, y no de otros, de los cuales los países latinoamericanos deben tomar ejemplo. De todas las naciones de Europa, son las escandinavas las que, en muchos aspectos, presentan condiciones sociológicas más similares a las de América Latina.

Uno de esos aspectos es el problema *interno* de los países escandinavos en relación con grupos de otras razas que forman par-

te integrante de sus colectividades. De estos grupos, los lapones, en Noruega, Suecia y Finlandia, son casos típicos. Desde que vine a Escandinavia me interesé vivamente por conocer en qué forma los Estados nórdicos habían resuelto el problema de su relación con lo que podría llamarse “las minorías” que forman parte de sus colectividades. Después de conocer la magnífica obra social llevada a cabo en Noruega, Suecia y Finlandia con los lapones, quise estudiar el *caso* más interesante, tanto por su dimensión como por sus especiales condiciones geográficas y sociales: el de Groenlandia.

Esta fue la razón de mi viaje. Yo provengo de un continente que fue también colonizado, y en el cual viven muchos millones de habitantes que forman parte de una raza no europea. En América Latina, el problema de la relación entre los colonizadores europeos y las poblaciones indígenas es el más importante problema histórico de nuestros Estados. Y es un problema que, después de más de cuatrocientos años que van corridos desde el descubrimiento y conquista del llamado Nuevo Mundo, *no* ha sido todavía resuelto en muchos de los países que llamamos Indoamérica.

¿Cuáles son mis primeras conclusiones después de visitar y observar, tanto como me ha sido posible, la obra civilizadora de Dinamarca en Groenlandia?

En primer término, debo decir que sé bien que, a partir de la vigencia de la nueva Constitución danesa de 1953, Groenlandia no es más una colonia, sino una provincia integrante del reino. Pero, a pesar de este nuevo estatus jurídico y político groenlandés, seguiré llamando a la obra de Dinamarca en Groenlandia una *colonización*, que es algo distinto de una *conquista*. Hegel, en su *Filosofía de la Historia Universal*, establece respecto de América una diferenciación muy clara y justa sobre estos dos conceptos: dice que mientras la América del Norte fue *colonizada*, la América Latina o Indoamérica fue solo *conquistada*. La conquista (*Eroberung*) que los españoles y portugueses realizaron

en América dejó intactas a las poblaciones indígenas que no llegó a colonizar; es decir, que no llegó a adaptar e incorporar plenamente a la civilización occidental. Y aunque es cierto que las condiciones geográficas y sociales de la América del Norte y la América Latina, o Indoamérica, eran muy diferentes, el hecho es que se debe distinguir entre *conquista* y *colonización*. Subrayo, aquí, esa diferencia.

La obra colonizadora de Dinamarca en Groenlandia presenta características únicas: ha sido una empresa de civilización europea *hacia el extremo norte del mundo*. Todas las otras han sido hacia el sur o hacia el suroeste y sureste.

En segundo lugar, toda otra empresa colonizadora o conquistadora europea desplazada hacia nuevas tierras ha encontrado, en la naturaleza de los países nuevos, muchos elementos y riquezas naturales, o sea, materias primas para facilitar la obra de una civilización. Aun cuando los climas hayan sido hostiles y los territorios difíciles, en Asia, África, América y Oceanía, el colonizador europeo encontró productos materiales de construcción, alimentos; minerales y animales valiosos, oro, piedras preciosas, lana, algodón, etcétera. Por lo menos encontró árboles para la explotación maderera; cereales, como el arroz y el maíz; tubérculos, como la patata; e innumerables otros frutos y productos que han sido y son fuente de gran riqueza: las especias, el azúcar, el café, el tabaco, el cacao, etcétera.

En Groenlandia, el colonizador danés se enfrenta a un país cuyas nueve décimas partes están cubiertas eternamente por el hielo. No encuentra cereales ni árboles (salvo los esporádicos troncos que llegan flotando lentamente sobre el mar Ártico desde la lejana Siberia). Solo halla rocas, nieve, musgos, agua, peces y cetáceos. Y entre los pocos mamíferos, el perro domesticado por los esquimales. En consecuencia, cada pedazo de madera, cada porción de metal, cada grano de cereal, cada tela, cada animal doméstico; en suma, cada material de construcción, herramienta o utensilio ne-

cesarios para una vida civilizada han debido cruzar el ancho mar tempestuoso y llegar poco a poco para formar las bases de un desarrollo moderno y para crear una técnica más avanzada de trabajo o una forma más civilizada de vida.

Cuando he visto las obras de los puertos de Godthåb o Egedesminde, en donde atracan los barcos; cuando he admirado la represa para el servicio de agua en la progresista y activa Sukkertoppen; cuando he visitado las fábricas de beneficio de pescado de Christianshåb y de la misma Sukkertoppen, o las escuelas, hospitales, salas de recreo, comedores para obreros, y las casas de habitación nuevas y bien equipadas en todas partes, mi primer pensamiento y mi más tenaz reflexión ha sido: “Que todo esto viene desde lejos, que nada hubo aquí para construir y civilizar sino rocas y agua, pieles y aceite de cetáceos. Que la época de este drama histórico de transformación de Groenlandia en país culto, libre y productivo está escondida en cada palo de madera, en cada alambre, en cada pieza de metal, en cada cable, en cada artefacto o mueble, en cada gota de petróleo, de leche... o de cerveza. ¡Todo, todo venido desde lejos!”

He escrito en mis notas de viaje para los diarios y revistas de las Américas que al llegar a Groenlandia el hombre sensible quisiera ser pintor o poeta. Pintor, por el paisaje extraño, maravilloso y, sin hipérbole, verdaderamente incomparable. Y poeta, para exaltar este esfuerzo creador del hombre en lucha con un escenario imponente pero reacio, que solo la inteligencia, la voluntad y una forma de idealismo de *cruzados* ha podido vencer. Porque lo verdaderamente singular y hermoso de esta *empresa de civilización* es que ha sido —y esta es la otra de sus excepcionales características entre las colonizaciones realizadas en el mundo— y es aún un esfuerzo desinteresado, sin utilidades inmediatas, sin beneficios económicos, como los que abundantemente han rendido todas las provechosas tierras de ultramar descubiertas, exploradas y explotadas por los europeos.

Y aquí aparece otra de las típicas fisonomías históricas de la colonización de Groenlandia: es una obra civil y no una colonización *militar*. Todos los imperios coloniales del mundo se han formado con soldados. En la empresa colonizadora groenlandesa el militarismo no aparece, ni en el pasado, ni en el presente. La obra es esencialmente misional de religión, de trabajo y de cultura. Y el espíritu inspirador de Hans Egede está presente, como su figura simbólica en el bronce que ella domina desde lo alto de una empinada roca sobre el puerto de Godthåb. Entre sus brazos cruzados no hay una espada sino un báculo. Su cuerpo no está cubierto por una armadura o un uniforme de general, sino por la túnica humilde del sacerdote evangelizador.

Lo que más preocupa y de lo que más se habla cuando se trata del tema de Groenlandia es del “salto” repentino que sus pobladores han debido dar desde la primitividad de un nomadismo tribal hasta la civilización contemporánea y democrática. La representación física o material de esa súbita mudanza, sin periodos intermedios, está representada en sus dos extremos técnicos de transporte: entre el trineo de perros y el vehículo motorizado, sin pasar por el caballo o el carro de bueyes o el ferrocarril a vapor. Se trata, pues, de un *salto sobre las etapas de la historia* que, en el orden sociológico, tiene su correspondiente expresión en el “salto social” desde las formas rudimentarias de agrupaciones dispersas hasta la organización colectiva de la democracia moderna, sin pasar por los periodos de la esclavitud y de la servidumbre, que son característicos de otros coloniajes.

En opinión de no pocos daneses, observadores de este singular fenómeno sociológico, el cambio puede ser peligroso. O, por lo menos, abre una grave interrogación acerca de sus resultados.

La mía, prima facie, es optimista. Creo que el groenlandés ha pasado de la libertad primitiva a la libertad civilizada, sin llevar entre una y otra la carga inferiorizante de la sujeción, del sometimiento. Y esta es una ventaja psicológica y social, en mi concepto, de gran estí-

mulo para un pueblo. La libertad primitiva del hombre, enfrentando a la agresión climática —o, como diría Toynbee, al desafío (*challenge*) de su ambiente geográfico—, tiene por límite el rigor de esa hostilidad. Pero cuando la técnica moderna viene en auxilio del hombre para ayudarlo a vencer su geografía, entonces esa técnica, que es la civilización, resulta un necesario instrumento para su mayor libertad. Si puedo explicarme claramente, yo diría que el groenlandés nativo acepta con buena voluntad las nuevas formas de organización de vida y de trabajo que la civilización le ofrece, porque ve que con ellas se emancipa más y más de la única esclavitud que pesaba sobre él: la esclavitud impuesta por el clima inhospitalario, por la tiranía de su *environnement* o contorno geográfico, de la cual se va sintiendo cada vez más liberado.

Así se explica que el groenlandés sea alegre, aparezca siempre sonriente y le agrade conocer, manejar o recibir los beneficios que le ofrece la tecnología de la nueva civilización. Las escuelas, bibliotecas, el cinematógrafo, la música, la radio le atraen tanto como el mayor confort en los hogares: la ropa moderna, la bicicleta, las máquinas que facilitan el trabajo o los transportes motorizados que aprende a manejar bien. He visto, aun en casas modestas, el pequeño jardín de macetas, mantenido cuidadosamente dentro de los hogares. Y en los almacenes he observado que los vecinos adquieren no solamente los alimentos indispensables, sino también artículos que podríamos llamar relativamente “de lujo”: bombones, jugos de fruta, compotas, adornos femeninos, telas vistosas, cajas de cereales para los desayunos infantiles, vinos y quesos o conservas alimenticias; además de utensilios, perfumes y juguetes. Los jóvenes de ambos sexos que trabajan en las fábricas o en los puertos aparecen bien vestidos, y gustan de buenos materiales, cuyos colores combinan con buen gusto en sus indumentarias.

Repito: cuando la esclavitud proviene del clima y no de los hombres, el pueblo que se libera de ella por medio de la vida civilizada se siente instintivamente adherido a esa nueva forma de existen-

cia, aunque le imponga necesarias obligaciones y determinadas disciplinas. Por este mismo razonamiento puede llegarse a la conclusión de que la democracia es realizable en Groenlandia. Las condiciones geoclimáticas establecen, casi automáticamente, una tendencia social hacia la igualdad y la fraternidad entre los hombres. La necesidad de enfrentar y contrarrestar la constante ofensiva de la naturaleza nivela y solidariza el esfuerzo humano en una lucha común. Y deja poco tiempo para lo superfluo y lo efímero que fisonomiza la vida ociosa de las clases privilegiadas.

La empresa civilizadora de Dinamarca en Groenlandia es una admirable aventura y una feliz experiencia. Podría llamarse una “colonización pedagógica”. Y el visitante observador puede descubrir, en las manifestaciones de la nueva vida de Groenlandia, un planeamiento que se desarrolla con cierta precisión y con visible buen éxito. La técnica moderna es el gran instrumento realizador de esta obra, pero también lo es el espíritu. No es solo un proceso mecánico el que mueve esta evolución o, mejor, “revolución” cultural que está transformando el país. Es también una *emoción*, un sentimiento profundamente humano e idealmente creador.

Generalmente, los daneses que viven y trabajan en Groenlandia quieren quedarse ahí. Sienten la atracción del paisaje y la satisfacción de su obra. ¿Sería muy aventurado decir que esta colonización es una obra de arte? Me acuerdo de un término de Burckhardt, en su obra *La cultura del Renacimiento en Italia*: “El Estado, como obra de arte...”, y aplico aquí el concepto y arriesgo la metáfora.

Se me dirá que estoy acercándome a la idea del amor. Pero de nuevo hago una pregunta: ¿No hay amor en una empresa colonizadora en la cual las razas diferentes se enlazan, sin prejuicios raciales, con vínculos familiares, y van creando un nuevo tipo humano que lleva en su sangre la confluencia de dos dispares troncos étnicos y la unión de dos idiosincrasias?

Pienso que la garantía futura de la experiencia danesa en Groenlandia reside en gran parte en esta fusión de sangres que es paralela con el progreso de la experiencia misma. El groenlandés, tanto como he podido ver, se siente verdaderamente *parte* de Dinamarca y de su esfuerzo; unido a ella, cada vez más, por una identificación de vida y de propósitos en la cual no hay limitaciones insalvables de raza, de oportunidades y de estímulos.

Algunos amigos míos daneses, en Copenhague, me han dicho al saber que he regresado de Groenlandia: “¿Y qué tal lo que los americanos están haciendo por allá?”. Yo les he respondido: “Yo no fui a visitar las bases militares americanas en Groenlandia, sino la obra magnífica que ustedes los daneses están cumpliendo allí; obra de la que deben ustedes sentirse orgullosos y que es necesario conocer”.

Se me ha dicho también que el problema en Groenlandia es solo de dinero. Y he respondido que, tal vez, el dinero sea siempre necesario; pero que es un problema principalmente de hombres. Por eso me atrevo a decir que una inversión a largo plazo (*long term investment*), de Dinamarca en Groenlandia, es mandar de visita a más y más jóvenes daneses a su lejana provincia. Así, la nueva generación danesa sentirá un nuevo y generoso patriotismo: el de saberse parte de una nación que ha sido capaz de emprender una obra civilizada, muy difícil, pero que es un ejemplo para el mundo.

No puedo pensar en los funcionarios daneses que he conocido en Groenlandia, desde los altos hasta los modestos —en el gobierno, la administración, la educación, la sanidad, la construcción, la asistencia social y hospitalaria, y la sagaz política que apenas se ve—, sin rendirles un homenaje de cordial admiración. Todos trabajan eficiente y alegremente. La alegría danesa ha sido exportada a Groenlandia, y ha ido a unirse con la alegría nativa, para civilizar sin injusticias ni dolores.

¿Groenlandia es una grave interrogación para Dinamarca, proyectada hacia el futuro? Sí, en cuanto también el porvenir del

mundo es un interrogante para la humanidad. Pero en pocos países de la Tierra el observador objetivo hallará más razones para pensar que, en esta obra de fe, no es una utopía tener mucha fe¹².

Copenhague, septiembre de 1955

33. El sorprendente resurgimiento de Alemania

Cuando hace pocas semanas, en Viena, pregunté a un empleado austriaco de la American Express por las señas de la Cancillería de la embajada alemana, a fin de renovar el visado de mi pasaporte, recibí esta curiosa respuesta: “Como Alemania no es un país libre, no tiene de veras una embajada, sino un mero despacho provisional para el trámite de los rutinarios permisos de entrada de viajeros”.

¹² En 1956, Haya de la Torre recibió una invitación del gobierno de Dinamarca para hacer una segunda visita a Groenlandia:

Ambassade Royale de Danemark
56, Rue Belliard
Bruxelles, le 27 juin 1956

Monsieur le docteur:

J'ai le plaisir de vous faire savoir que le Ministère Royal du Groenland vous invite a faire un voyage au Groenland par le m/s *Disko*. Le départ aura lieu de Copenhague aux environs du 18 août prochain, et le retour probablement vers la fin de september.

Au cours de ce voyage, vous aurez l'occasion de visiter plusieurs villes groenlandaises, entre autres la nouvelle Thule, où une scale de trois jours est prévue.

Je vous serais reconnaissant de bien vouloir vous mettre en rapport avec moi, a votre première convenance, a fin de que je puisse informer les autorités danoises de votre reponse a cette invitation, et le cas échéant, leur donner la date de votre arrivée au Danemark.

Veuillez agréer, monsieur le docteur, l'assurance de ma considération très distinguée.

H.H. Mathiensen
Chargé d'Affaires a. i.

Monsieur le docteur
V. R. Haya de la Torre
Bruxelles

Me percaté enseguida del orgullo nacionalista de mi interlocutor, muy satisfecho por la recientemente conseguida libertad de su país, y con breves palabras intenté demostrarle cómo su aseveración era inexacta. Alemania Occidental tiene establecido un normal y eficiente servicio diplomático y consular en el exterior, a despecho de la ocupación militar soportada por las dos zonas en que aún se halla arbitrariamente dividida.

Refiero el episodio porque él respecta a la situación de anomalía dominante todavía en este gran país. Situación que, en el no del todo esclarecido panorama internacional de posguerra, puede llamarse, genéricamente, en idioma alemán, *das Problem*. Vale decir, el cordial problema de Europa, de cuya solución depende en mucho el futuro de una paz y una democracia estables en el mundo de los grandes Estados.

Los austriacos —y esto explica la arrogante respuesta del empleado aquel— han recobrado su independencia y viven muy contentos de ella. Austria va recobrando su antigua fisonomía de pueblo activo y alegre. Y aunque la hermosa Viena no sea ambientalmente todavía lo que fue, presenta ya mucho de su grácil desenfado y excelente humor que antaño le dieran justa y mundial fama de ciudad de “vino, mujeres y canto”. Testimonios de ello son la esforzada reconstrucción de su célebre teatro de la Ópera, bombardeado durante la última guerra, y el lujo diario de sus noches de representaciones admirables. Como se sabe, dicho teatro es el punto de atracción de todos los habitantes del país, en el cual se dan cita para escuchar la buena música, tan necesaria como el pan.

Alemania contrasta con su hermana de raza y de lengua, por su irresuelta situación política, resultado de la guerra. Todavía millares de soldados extranjeros están presentes en las dos vastas zonas que tajan en Estados diferentes el antiguo Reich. En el lado oriental señorean las tropas soviéticas, y en el occidental, las de varios ejérci-

tos, grandes y pequeños, integrantes de la OTAN. Ello no obstante, y en todo el territorio accesible al viajero que viene por el oeste hasta el filo de la Cortina de Hierro, la Alemania arrasada por la guerra resurge con una pujanza, sin exageraciones, portentosa. Y para comprobarlo no basta solamente hojear las elocuentes estadísticas de su producción y comercio, sino ver sus ciudades y campos, y entrar un poco en contacto con la conciencia de sus gentes.

Vi y viví en la Alemania íntegra de la primera posguerra. No en semanas, ni en meses, sino en años. Ni únicamente desde Berlín, sino a lo largo y a lo ancho del país entero. Asistí, en su periodo más pugnaz y ascendente, al rápido brote del nazismo. Y de esta suerte, y a pesar de todo lo escrito y dicho en contrario, pensé entonces, y sigo pensando ahora, que la verdadera historia de aquella catastrófica transformación política ha sido depurada apenas de una deformante propaganda dirigida desde fuera de la realidad alemana, y, por obvias motivaciones, organizada contra ella. Todo lo cual robustece la reafirmación de un juicio preliminar, en mi opinión indispensable para un sereno conocimiento del capítulo dramático de la historia de Alemania, comprendido entre las dos guerras mundiales: parto, por ello, del principio de que es necesario separar y distinguir para una apreciación certera del fenómeno del nazismo, *al pueblo alemán*, de la dirección política sobre él impuesta, dentro del país, y fuertemente influida allende sus fronteras. Aseveración, esta última, referida a un aspecto intencionalmente marginado por quienes condenan globalmente a Alemania como nación.

Viejo dicho es aquel, tantas veces olvidado: “No hay pueblos malos o buenos, sino gobernantes malos o buenos”. Dictamen que podría superarse al declarar que “todos los pueblos son buenos”, si se ha de ser justo. Y de aquí arranca —para citar un ejemplo atañedero a los latinoamericanos— la no aceptación de otras generalizaciones semejantes, asimismo insostenibles, como aquella que sindicaba orbi-

talmente a Estados Unidos de “pueblo imperialista”. Por cuanto la ignorancia política de las grandes masas, ajenas a las secretas intenciones de sus gobernantes, o dominadas por la propaganda planeada de su prensa, o extrañas a los oscuros propósitos y cálculos de sus oligarquías económicas, no hacen a los pueblos colectivamente responsables; aunque estos sean arrastrados a punibles acciones solidarias con las de aquellos que los mandan mal.

Las dos guerras mundiales han legado al mundo una versión propalada, a modo de artículo de fe, según la cual Alemania es nacionalmente responsable de aquellas sangrientas luchas que conflagraron al mundo. Y por considerarla tal —la historia de las guerras siempre la escriben los victoriosos—, el rigor de los vencedores subyugó a los vencidos bajo condiciones inmisericordes, cuyas obligaciones excedían toda humana capacidad de cumplimiento. Que esto es verdad lo demuestra aquel Tratado de Versalles —una de las más monstruosas injusticias de nuestra época—, cuyos consecuentes dictados económicos llamados “de las reparaciones” son, por sí solos, reveladores de los absurdos extremos a los cuales pueden llegar los odios y las rivalidades nacionalistas.

Alemania fue “arrinconada contra el Muro” en 1919. Y es hoy evidente que tan tremendo error de los aliados triunfantes se debió en gran parte al completo desconocimiento de la idiosincrasia del pueblo derrotado y, por ende, a una imprevisión —fatal para el mundo— con respecto a su potencialidad de reacción. Pues si ha habido y hay naciones débiles que soportan cualquier yugo, o perecen bajo la esclavitud, otras hay enérgicas e irreductibles ante la fuerza bruta, cuyo espíritu autónomico y creador es imposible rendir.

Y la respuesta instintiva de la Alemania acorralada fue la génesis del nazismo. Por eso Hitler, a quien puede asignarse el apodo histórico de gran organizador de la desesperación de un pueblo fuerte y sometido, encendió sus rebeldías, aprovechó y desvió su voluntad de

supervivencia, ofreciéndole demagógicamente, como única salida, los declives odiosos del militarismo y la agresión.

Para los futuros estudiosos de la Historia, cuando ella sea escrita por hombres de una generación exenta de pasionismo y prefijados veredictos, no serán indesdeñables algunas graves interrogaciones, hasta ahora inauditas y consideradas tabú. La primera de las cuales podría sintetizarse así: ¿No fueron los vencedores de 1918 los responsables mayores del surgimiento del nazismo? Y podría agregarse otra: ¿El *aislacionismo* impuesto a Estados Unidos por las administraciones republicanas de 1921 y 1932, y su consiguiente abandono de los asuntos europeos de la Sociedad de las Naciones, no abrieron el paso a las reacciones totalitarias generadoras de la Segunda Guerra? Pienso que una imparcial investigación etiológica de los fenómenos europeos de los últimos treinta años otorgará vigencia a tales planteamientos. Los cuales deben ya ser considerados si se tiene en mientes la nueva realidad de Alemania y Europa en estos años.

Podría repararse, acaso con poca razón, que al final de la Segunda Guerra han aparecido, en el ya más razonable procedimiento de los vencedores, ciertos valederos indicios de enmienda de sus fatales y pasados errores. Y es dable, en alguna manera, reconocerlo así, a la luz de su comportamiento con los pueblos vencidos —Japón, Italia, Austria, por ejemplo— y en ciertos aspectos con la misma Alemania. Ello no obstante, el gran riesgo de la aún indecisa política internacional, tanto de la rusa como de la occidental, en el concreto caso alemán, aparece claro en la posibilidad de reincidencia, bajo otras formas, de equivocaciones políticas de gran bulto, cuyos desastrosos efectos pueden ser imprevisibles.

Importa juzgar siempre a los pueblos a partir de sus virtudes. Y del balance con sus defectos o faltas, obtener los elementos de juicio necesarios para una exacta estimativa de sus valores genuinos. De la observación desapasionada de una Alemania, por segunda vez

vencida, como nunca antes arrasada, partida en dos, y todavía en ambas partes sujeta a la tutela de ocupaciones militares, resalta la admirable realidad de un pueblo para el cual el trabajo es un credo militante, cuyo genio creador se patentiza en hazañosas realizaciones. Estos testimonios paladines de su cabal fortaleza, de su energía indesmayable, lo son también de una afinada conciencia social y de un eminente nivel de cultura. Ellos se armonizan en una disciplina colectiva que viene de muy hondo en la tradición familiar y en las normas de educación alemanas. Mas cabe distinguir la disciplina militar —causa de equívoca fama, y pretexto de sospechas, la cual puede ser un desarraigable artificio— de la disciplina vital, resultante de un ínsito espíritu civilizador, de una lógica sistematizadora y de un coordinado ordenamiento individual y colectivo. Así ha sido doble el resurgimiento alemán. No solamente como expresión material de su genio científico y tecnológico, sino como renacimiento espiritual de su profundo sentido filosófico, expresado plásticamente en una orgánica voluntad de enfrentar la vida —y aquí vale recordar las palabras de Kant—, soñándola como belleza y realizándola como deber.

El más impresionante espectáculo humano de Alemania es el surgimiento de una joven generación, hija de la guerra, mas no heredera de su espíritu. Y el más grande peligro para el futuro alemán y, por ende, para el europeo, radica en que esta juventud, que piensa y siente diferentemente de como pensaron y sintieron sus progenitores, sea de nuevo extraviada hacia los errados caminos causantes de sus desastres. Porque, a despecho de las tendencias menores de tipo nacionalista, rezagos manifiestos, aquí y allá, de pequeños grupos reaccionarios, es evidente la expresión predominante de una nueva conciencia popular y juvenil alemana, predispuesta hacia la paz, a la cooperación y al robustecimiento de una democracia social de tipo europeísta.

Contra esta innovada y saludable tendencia se enfrentan las realidades del llamado “problema” alemán: la división del país en dos

secciones gobernadas por tendencias contrapuestas, y el delicado proyecto de rearmar a la Alemania Occidental a fin de liberarla de la tutela militar de los Ejércitos aliados aún ocupantes de su territorio, son, sin duda, los más importantes. Y en ambos territorios la responsabilidad incumbe a los vencedores del Este y el Oeste más que a los alemanes mismos. Los de este lado proponen *las elecciones libres* en el país entero. Y los del sector controlado por los soviéticos, opuestos a esta medida, insisten en inculpar al gobierno de Bonn —y personalmente al canciller Adenauer— de obstaculizar otros medios de solución.

¿Quiénes están equivocados? Es una cuestión digna de examen, pero profundamente importante. Prima facie, la intransigencia de los rusos en el caso alemán es el punto débil de su política internacional. Ello no obstante, las consecuencias de este *impasse* comportan, ciertamente, no solo una forma de repetición de los grandes yerros políticos que provocaron las reacciones del nacionalismo exacerbado de la primera posguerra, sino un nuevo gran *error psicológico* respecto del pueblo alemán. Error que comparten los vencedores de ambos lados de la Cortina de Hierro, por cuanto, y en esto el ministro del Exterior italiano, Martino, tiene toda razón: “La reunificación de Alemania es un factor esencial para la seguridad y unidad de Europa, pero aquella no puede resolverse sino enmarcada en un definitivo acuerdo sobre el desarme”.

Si se toman las cifras indicativas del progreso alemán, en su acción federal de Occidente, el lector puede tener algunas pruebas concretas del resurgimiento de este país; sus reservas en oro físico y en divisas han aumentado de ciento setenta millones en 1950 a dos mil trescientos millones en 1955, en moneda norteamericana. Su producción de acero excede ya en mucho a la de Gran Bretaña; más de tres millones de casas de habitación han sido construidas desde 1949, y en este renglón la obra reedificadora continúa aceleradamente, así como en la construcción de escuelas, fábricas, teatros y otros

edificios públicos. Los salarios han aumentado en más de un cuarenta por ciento desde 1950, mientras los precios solo han aumentado en un cinco por ciento. Circulan hoy por las calles y caminos de Alemania Occidental más de un millón setecientos treinta mil automóviles y dos millones cuatrocientos veintidós mil motocicletas, en comparación con setecientos doce mil ochocientos sesenta y uno y ochocientos cincuenta y seis mil setecientos once, respectivamente, en 1938. Pero la República Federal confronta aún el deber social del trágico saldo de la guerra: un millón quinientos mil inválidos, un millón doscientos mil huérfanos y un millón de viudas. Los datos británicos que aquí cito añaden estas palabras: “Los daños morales del nazismo, de la derrota y de la ocupación son apenas calculables”¹³.

En estos días, el Bundestag o Cámara baja de Bonn ha discutido en primera lectura el proyecto del gobierno de Adenauer para la formación de un Ejército de quinientos mil hombres sobre la base de una conscripción militar de dieciocho meses. De estas fuerzas se ha calculado que doscientos treinta mil hombres deben ser voluntarios. La oposición socialdemócrata ha objetado el proyecto gubernativo, al proponer una conscripción de solo doce meses, así como una reducción de la cifra máxima de medio millón de hombres. Campean dos argumentos en los adversarios del gobierno: un poderoso Ejército alemán dificultará los planes internacionales de desarme, en tanto que un Ejército más reducido será más efectivo para el resguardo del país y se adaptará mejor a la edad militar de los conscriptos. Pese a

¹³ Entre los daños morales de la ocupación figuran el crecimiento de la prostitución clandestina y el elevado número de hijos abandonados e ilegítimos. En *The Times*, de Londres, del 8 de junio de 1956, aparece esta noticia telegráfica que traduzco: “Bonn, junio 7. El ministro alemán de Justicia, doctor Neumayer, dijo ayer que hasta ahora se conoce que existen sesenta y siete mil setecientos cincuenta y tres hijos ilegítimos, cuyos padres pertenecen a las tropas extranjeras estacionadas aquí. De estos, se cree que treinta y siete mil son hijos de padres norteamericanos; diez mil, de franceses; ocho mil quinientos, de británicos; mil ochocientos, de belgas. Los demás son de holandeses, canadienses, noruegos y rusos”.

la oposición, el gobierno ganó el envío de su proyecto a una nueva comisión para un pronto estudio. Y no es aventurado suponer que será definitivamente aprobado.

Esto significa que al constituirse una Fuerza Armada en la Alemania de Occidente, el país será dueño de sí mismo, se retirarán las tropas extranjeras que hoy la ocupan, y la República Federal, ya plenamente soberana, podrá cooperar autónomicamente con los países aliados en el plan general de desarme e integración europea. Los oponentes temen un resurgimiento del espíritu militarista germano; pero si este riesgo puede salvarse con una organización de tipo democrático, el hecho de que salgan del país las fuerzas de ocupación significará un necesario alivio para el pueblo alemán. La presencia de aquellas, por más prudente y sagaz que pueda ser su comportamiento en las zonas que controlan, es siempre incómoda para una nación que se siente dueña de sus propias capacidades, las cuales están patentizadas en su asombroso esfuerzo de reconstrucción. Si se ausculta la íntima opinión de los alemanes, particularmente de los sectores del país aledaños de los centros de ocupación militar, se verificará el unánime anhelo popular de sentirse solos. Por cuanto, día a día, el temor de una guerra de invasión rusa va desvaneciéndose. Y aunque no se descartara del todo que la guerra pueda sobrevenir, pocos piensan ya en un tipo de lucha de obsoleto estilo. He oído muchas manifestaciones en tal sentido: “Si hay guerra, para fin de todos, será una de carácter nuclear, en la cual los ejércitos de viejo tipo poco o nada podrán. Y todas estas tropas foráneas que nos ocupan para ‘defendernos’ resultarán inocuas. Mejor es que se vayan”.

Cabe preguntarse aquí: ¿no se trata de un nuevo *error psicológico* de los aliados de la OTAN el mantenimiento de tal ocupación? La cohonesta la presencia de los rusos en la Alemania Oriental; pero en ambos lados del país la alerta conciencia germana, tan atenta al curso de los acaecimientos de esta nuestra época de veloces transiciones,

prefiere verse libre y así servir mejor al alto propósito de una Europa democráticamente coordinada, sobre la base de Estados libres¹⁴.

Para esa Europa innovada y unida, la presencia de Alemania es ineludible. Y sean cuales fueren los reparos y temores que esta premisa suscite, resulta innegable. De ella se infiere la importancia de una Alemania cooperante al plan europeo, pero sin resquemores ni resentimientos. Para lo cual es obligante una política sabia y generosa orientada directamente a contrastar con la rígida y hasta ahora imperiosa de los rusos. Acaso sean estas las buenas intenciones —que, según viejo dicho, pavimentan el infierno— de los aliados democráticos. Mas es muy claro que, en su praxis, la dirección internacional de Occidente aparece restringida de grandeza y áptera de imaginación. Intentando conclusiones, podría sugerirse que si los dirigentes del llamado mundo libre reconocen el hecho, tan razonablemente voceado por los rusos, de que una guerra solo sería la suicida de las bombas de hidrógeno, es obvio deducir que la estrategia de las invasiones pierde su significancia. Y si esto es tan real, como ya se acepta, es dable tomar la iniciativa en el planteamiento de una nueva y franca sistemática de relaciones con la Alemania Occidental. Dejarla libre y soberana de su propio destino para unirla sin reservas al

¹⁴ Las estadísticas demuestran que la Alemania Occidental es, después de Estados Unidos, la nación más rica del llamado “mundo libre”. Gran Bretaña queda en tercer lugar. Las reservas de oro de la República Federal Alemana sobrepasan en doscientos treinta y un millones de dólares a las de todas las del área de la libra esterlina. Y Alemania tiene un crédito en la Unión de Pagos europea de seiscientos millones de dólares, mientras que Gran Bretaña tiene una deuda al mismo organismo, de trescientos millones. El decrecimiento de la exportación de automóviles británicos contrasta con la elevación constante del índice de ventas alemán; competencia que abarca muchas otras mercancías cuyos precios son más bajos en Alemania que en Gran Bretaña. Comentando esta situación, declaró el primer ministro Eden: “La pérdida de nuestros mercados de exportación podría hacer dos veces más daño a Gran Bretaña que el bloqueo frustrado de los submarinos alemanes en la guerra”. Por otra parte, Alemania ha reducido drásticamente su cuota de pago anual para el sostenimiento de las fuerzas inglesas —y norteamericanas— que ocupan el suelo alemán, cuya presencia, ya queda dicho, es cada vez más impopular en la República Federal.

frente democrático serían pasos tempestivos que, tal vez, obligarían a los rusos a cambiar sus intransigentes tácticas actuales. Pero hacerlo bien y pronto, antes de que la espontánea y sagaz conciencia del pueblo alemán no se convenza aún más —fenómeno muy perceptible en toda Europa— de que son los rusos quienes hasta hoy mantienen para sí los galardones de la iniciativa.

Fráncfort del Maine, mayo de 1956

34. La catedral de Colonia

Había pasado ya dos veces por Colonia, de ida y de vuelta en mi viaje a Escandinavia; pero en ambas al anochecer y en trámite de reanudar jornadas casi de amanecida. Había, por tanto, mirado solo desde afuera, rondando sus contornos, a la enhiesta imponencia de la catedral; “la madre de las catedrales alemanas”, canta para ella el ditirambo del medievo atribuido a Petrarca, su peregrino de 1333.

Ahora he hecho una parada de tres días y precisamente cercano a ella, en un hotel frontero, para volverla a ver con reposo. No ya, sin embargo, como durante los años de preguerra, en la integridad de su dimensión interna —y de sus insuperadas proporciones: famosísima hazaña de una grandiosa armonía arquitectural—, porque un alto muro, solo visible de puertas adentro, la taja y empareda por mitad. Así, el visitante que antes ingresaba por el pórtico mayor y se sobrecojía deslumbrado ante esa avenida de columnas y vitrales de cuarenta y dos metros de altura, enfilados a lo largo de ciento sesenta y cinco, ya no puede verla con tal mayestática perspectiva. Ahora hay que contemplarla aminorada desde “los brazos de la cruz” que rematan en las portadas laterales. Una de ellas, la de la derecha, es la que por hoy sirve de única entrada. Un viejo ujier catedralicio, ensotanado de púrpura y

cubierto con un gran gorro negro —amén de masa en mano y alcancía dorada al pecho en demanda de óbolo para la reconstrucción—, comenta melancólicamente mis remembranzas de la iglesia de otrora. Como se oye el pertinaz resonar de los golpes de los obreros detrás del muro, le pregunto cuándo volveremos a ver la nave central desde la puerta máxima. El ujier suspira y me responde: “Pasarán cuando menos ocho o diez años, mi señor, pero yo ya no la veré”.

Si se deja a la espalda el elevado y provisional muro que hoy reduce la gran nave, se reconocerá el altar mayor en el centro del coro, consistente de una tabla pulida y enteriza que soportan cuatro pequeñas arquerías esculpidas en mármol con las figuras de apóstoles, santos y profetas. En este altar, según la tradición, se ha celebrado la misa a través de mil cien años y, como no tiene retablo, durante la Edad Media el arzobispo oficiaba mirando a la congregación, lo que constituye un privilegio papal. Hoy, su solo ornamento es la primorosamente trabajada urna de oro que contiene las cenizas de los “hombres sabios”. Desde el trasfondo del ábside, un alto vitral multicolor —son ciento ocho mil pies cuadrados los que adornan todos los ventanales felizmente salvados de la guerra— tamiza la luz y hace resaltante la verticalidad de las columnas perfectas.

Los viejos tesoros de la catedral están ahí: desde la colección lujosa de vasos, relicarios, custodias, pectorales, casullas, mitras y capas cubiertas de pedrería, hasta las otras joyas de escultura y pintura que son orgullo de los hijos de Colonia. *La cabeza del Cristo*, de Geronkreuz, el gigante San Cristóbal, la Madonna de Milán, el *Deombild*, de Stephan Lochner y las tumbas de los Santos —la de San Engebertus, medio yacente y medio sedente porque en vez de dormir el sueño eterno está muy despierto con la cabeza apoyada en la diestra, cuyo brazo acoda en un cojín mientras un angelito le pone o quita el anillo, y la de Santa Irmgard de Colonia, la duquesa de Zytphen, a quien todavía le claman en un letrero fresco y florecido: “*Bitte für uns*”.

Provisionalmente, el órgano ha sido colocado sobre unos pilares de concreto, desde donde cumplen también su bella tarea los famosos cantores niños de la catedral. Y bajo esta postiza plataforma es hoy, como siempre, la principal atracción de los devotos, la “figura de la gracia”, que es una popularísima imagen de la Virgen y el Niño, de dos pies de altura, hecha en madera el siglo XVIII. La imagen está siempre iluminada por velas que incesantemente renuevan los prosternados y numerosísimos adorantes. Una alcancía repleta recibe limosna de continuo, y el manto que paramenta a las imágenes está absolutamente cubierto de joyas: collares, anillos, exvotos, relojes-pulsera y, de todo tamaño, pendientes, anillos nupciales, camafeos, etcétera.

Los colonienses no se olvidan que Victor Hugo ya encomió a la virgencita y muchos están convencidos de que, a no ser por su intercesión —y por la de todos los santos cuya ceniza guarda la Catedral—, de esta no habría quedado piedra sobre piedra después de los bombardeos de los aviones ingleses y norteamericanos que tanto destruyeron.

Ahora bien, cuando se sale de la catedral no es posible dejar de pensar que su resurgimiento es un símbolo de la voluntad de supervivencia material y espiritual del pueblo alemán. Ayer mismo, de vuelta al hotel, vi en el *Times* de Londres la destacada información gráfica de los nuevos colosales astilleros y muelles de atraque del puerto de Hamburgo, que acabo de visitar. El más solemne vocero de la prensa inglesa pone de relieve el esfuerzo cumplido por los alemanes para reconstruir y superar su producción industrial. Alemania está demostrando que hoy, como antes, es una colectividad a la cual el militarismo solo arrastró al sacrificio y a la derrota; pero que ella ha sobrevivido, como la catedral de Colonia, incenscente.

Un amigo mío, gloriosamente inválido de la Primera Guerra, pero antinazi y antimilitarista, con toda la convicción de un alemán culto, me decía apostillando un comentario que le hice sobre el asombroso resucitar de Alemania: “Como yo, con mis piernas rígi-

das, nos levantamos de nuevo ahora más que nunca con el espíritu de Goethe: ya se acabó la Alemania militar que solo nos legó millones de muertos, sangre y desolación. Ahora venimos para ser integrantes de la Europa del sueño goethiano. Y al mismo tiempo que rehacemos astilleros y muelles, que reedificamos nuestras ciudades, que impulsamos nuestras fábricas y echamos barcos mercantes al océano, reconstruimos nuestras catedrales, engrandecemos nuestra cultura y elevamos la conciencia civil de nuestra juventud. *Die Neu deutsche Geist!*”

Hamburgo, enero de 1955

35. Otra vez en la catedral de Colonia

Las sonoras campanas de la catedral de Colonia despiertan muy de mañana, en este soleado domingo de septiembre, a los viajeros dormilones que han pasado la noche al abrigo de los cómodos hoteles fronteros del grandioso monumento. Banderas de las provincias renanas, del Vaticano y de la República Federal de Bonn ondean vistosamente sobre los edificios vecinos del templo. Lucen así su saludo alegre al término de una nueva etapa, cumplida por la paciente restauración de una de las más preciadas joyas europeas del arte gótico; orgullo de cada alemán, católico o no. A través de sus pórticos escoltados por graves sacristanes revestidos de sotanas púrpuras, entran y salen, desde muy temprano, millares de visitantes de toda edad, condición y procedencia. Han llegado atraídos ante la noticia de que la imponente nave central aparece ya en su cabal grandeza. Y prefieren ingresar por la puerta mayor, a fin de deslumbrarse frente a la majestuosa perspectiva; hasta hace poco cortada por un muro provisional que dividía interiormente a la catedral, para su mayor seguridad, y para el mejor trabajo de los artífices de la obra reconstructora.

La catedral de Colonia, malherida por los bombardeos aéreos de la última guerra, ha de proseguir durante algunos años todavía confiada a esas manos admirables de entalladores y alarifes, condignos de aquellas de otras innumerables que levantaron la majestuosa estructura a lo largo de tantos siglos y tantas generaciones. Los trabajos continúan tenaz y minuciosamente, pues en ellos nada se apresura. Y, como en la Edad Media, el tiempo vale menos que el acabado íntegro y precioso.

En el interior de la gran iglesia discurre ahora una verdadera muchedumbre en la cual se confunden fieles y turistas. Bien emplazados carteles de advertencia, con resaltantes caracteres en varios idiomas, previenen a los visitantes cómo deben comportarse en “la casa de Dios”. Es “*verboten*” transitar cerca de los altares durante los servicios, o llevar indumentarias que muestren de la pecadora carne más de aquello que la estricta decencia permite que se enseñe. Prohibido es también —dicen los carteles— hablar en alta voz y pasear del brazo por las naves. Condiciones, todas, espontánea y puntualmente cumplidas por el público; aun cuando puedan aparecer, de pronto, alacres grupos de muchachas escandinavas, quienes solicitan respetuosamente permiso para entrar indumentadas con estrechos pantalones.

Conjuntos de estudiantes, escolares y universitarios, recorren todos los espacios accesibles guiados por expertos profesores, quienes explican. Pero no solo son alemanes los discípulos y juveniles visitantes. Un colegio francés, de Estrasburgo, escucha atento a un docto cicerone que habla sobre el arte gótico con elegante decir. Una escuela de Turín sigue a un fraile italiano de lenguaje experto. Y conjuntos universitarios, británicos, suecos y daneses, oyen a sus propios maestros en sus respectivas lenguas. Mientras un joven sacerdote negro celebra misa en una de las siete capillas que forman el ábside, y es unciosamente seguido por buen número de fieles, una monja bávara —abadesa, según supe después— se separa del

círculo de sus compañeras y viene espontánea y bondadosamente a relatarme cómo han sido restaurados unos gigantescos vitrales ante cuyo esplendor me he detenido.

De su autorizada descripción pasa a una charla gratisima. La monja es doctora en Teología y muy erudita en arte medieval, pero amena y avanzada en el tema político. Le interesa saberse cerca de un ciudadano de “la otra América”; de aquella que, según me expresa, “es la esperanza del mundo”. Y una vez que hemos salido de la Capilla del Sacramento, donde campea la belleza única de aquella maravillosa Madonna de Milán, mi interlocutora prosigue en la didáctica presentación de sus ideas sobre la nueva Europa, y, dentro de ella, sobre la nueva Alemania.

De sus opiniones ágiles y felices, recojo las atinentes al destino alemán. Cuna de cultura, solar de filósofos, de músicos, de poetas, de pintores y de revolucionarios. Alemania —me dice— solo ha fracasado política y militarmente. Federico el Grande y Bismarck, a despecho de su importancia, pertenecen al pasado, asevera. El engrandecimiento prusiano trajo la ruina del verdadero rango histórico alemán, cuya misión es la de unir a Europa en un sentido goethiano. E, improvisamente, arriba a un dictamen interesante: “En Alemania nacieron Lutero y Marx. Ello no obstante, los alemanes no somos ni comunistas ni protestantes, aunque no nos falten muchos de ambos credos. El equilibrio cultural, religioso, filosófico y político germano depara otro camino”.

Después de santiguarse ante el famoso Cristo de la Cruz de Gero, la abadesa busca el amparo de una gigantesca columna boceada para terminar el desarrollo de su teoría: “Alemania es la síntesis de la civilización cristiana europea, y ella terminará por unir los contrarios en una nueva concepción continental para el resguardo de la libertad del hombre. La unión del cristianismo romano y del protestante es un ideal magnífico y hacedero, particularmente ante

el resurgimiento del frente político-religioso de los pueblos arábico-musulmanes. Y la cohesión democrática europea es perentoria ante la alianza euroasiática que comanda Moscú”.

Cuando le pido permiso para escribir sobre sus opiniones, ríe: “Bien, a condición de que no diga usted el nombre de mi orden, ni siquiera describa los colores ni forma de mi hábito”. Quedamos de acuerdo. Y ella me hizo la despedida, frecuente en estos venturosos encuentros eventuales: “Hasta la eternidad, en el día del gran juicio”... Ya en las afueras de la catedral divisé a la monja teóloga y a su grupo que bebían alegremente Coca-Cola en uno de los puestos de la plaza.

La visión asombrosa de la catedral, el recuerdo tenaz de la fina Madonna de Milán, cuya ondulada silueta envidiaría más de una reina de belleza de Miami —perennidad de la grácil elegancia de una portentosa imagen del siglo XII—, y los bien engarzados argumentos de la diserta monja me acompañan todo el día. Pero cuando, ya al atardecer, uno de los viejos y fuertes obreros de la Dombauhütte, que trabajan en la restauración, me concede el honor de estrecharle la mano, siento que he coronado hermosamente mi jornada. Este maestro de obras que cumple sus tareas a órdenes del doctor Wayres, el sobrio arquitecto-jefe de la catedral, sonrío tranquilo al escuchar mis palabras de admirativo elogio. Una cerveza anima nuestra conversación. Y yo le recuerdo que he visto, cerca del círculo polar ártico, trabajar también en la obra reparadora de la gótica catedral noruega de Trondheim a otros hábiles y consagrados especialistas como él, con quienes, asimismo, he conversado. “He oído hablar de ellos —me responde—. Ellos, como nosotros, y como los que antes de nosotros dedicaron sus vidas a esta labor, tenemos como consigna que una obra de siglos es preciso hacerla bien porque ella es para los siglos”.

Le cuento que, ante la catedral de Amberes, empotrado entre sus contrafuertes frontales, la gratitud belga ha erigido un bello conjunto escultórico en homenaje a los anónimos obreros flamencos

que levantaron aquel otro grandioso templo medieval, cuya torre solitaria canta cada noche con las notas de su carillón prodigioso. Y él vuelve a sonreír. “Los más gloriosos monumentos a nuestro esfuerzo son las catedrales mismas —dice lentamente—. En ellas quedan nuestra devoción y nuestro sudor, y ellas son las mejores tumbas de nuestros nombres desconocidos”.

La mano vigorosa del viejo alarife alzó, entonces, su jarro de cerveza. Con ella brindó porque “nunca más guerras diabólicas destruyan a nuestras indefensas catedrales”.

Colonia, septiembre de 1956

36. El rescate artístico de Kassel

Kassel era, antes de la guerra, una ciudad alemana activa, agradable, progresista, poblada por unos doscientos mil habitantes. Sus fábricas de producción pesada, especialmente de locomotoras, la hicieron famosa. Pero, por este caracterismo, Kassel fue, lógicamente, un “objetivo militar” y quedó arrasada por los bombardeos implacables. Hoy, con cincuenta mil habitantes menos, la ciudad es mencionada como “la más destruida de Alemania”. Sobre ella se ensañó la aviación adversaria y, en una sola noche, de las muchas en que fue atacada, perecieron nueve mil de sus habitantes con una crecida proporción de mujeres y niños.

En los diez años de paz, con ocupación, Kassel, como todas las ciudades grandes y pequeñas de este país, cuyo pueblo es, sin duda, el más trabajador de Europa, se ha reconstruido en gran parte. Quedan aún, como en tantas otras urbes alemanas, los enormes vacíos que las bombas dejaron. Pero, en todos los sectores de Kassel, es notable la obra reedificadora. Y hoy se precia de haber rehecho barrios com-

pletos y de tener algunos edificios de gran altura, además de una muy completa y hasta lujosa zona comercial.

En mis repetidos viajes por la Alemania de posguerra no había aún hecho un alto en Kassel. La conocí bien en mis días de estudiante, anteriores al nazismo y al arrasamiento, y tenía para mí un atractivo que vale una confesión: padezco de la admiración por Rembrandt y, desde que vi la por mil títulos famosa colección del Ermitage de Leningrado, busco, siempre que puedo, el incomparable solaz de contemplar los cuadros de aquel portentoso genio neerlandés, impar en la grandeza de sus creaciones. Y Kassel, esta ciudad forjadora de máquinas y víctima de sus hazañas en la tecnología siderúrgica, ostentaba un alto lujo del espíritu: en la Gemaldegalerie de su Hessisches Landesmuseum, guardaba, desde que uno de sus landgraves gobernantes los trajo de Holanda —allá por el siglo XVIII—, un precioso conjunto de diecinueve telas de Rembrandt que han sido siempre lo más bello y atractivo de su no muy numerosa pero selecta colección de grandes ejemplares de los maestros de la edad de oro de la pintura europea.

No llegó a perecer este ingente tesoro artístico por los bombardeos de la aviación de las democracias, porque al comienzo de la guerra fue despojado por el gobierno de Hitler: sesenta y tres de sus mejores lienzos, y entre ellos quince de Rembrandt, fueron regalados a la Galería de Pinturas de Viena y allí quedaron mientras duraron la terrible contienda y la prolongada ocupación militar de Austria por las tropas de los vencedores.

Grande sorpresa fue la mía, en el rico museo vienés, escuchar de uno de los viejos guías una sonriente respuesta cuando le pregunté por la colección de Kassel: “La hemos devuelto a la ciudad que es su dueña —me dijo—, y nuestro director, *herr* Vincez Oberhammer, la ha enviado con un mensaje hermoso dirigido a su colega, el doctor Hans Vogel”.

Y fue el mismo doctor Vogel quien, amablemente, me hizo la historia de la gestión y del rescate de tanta maravilla; sin escatimar

encomio al gobierno y a las autoridades austriacas, pero recalcándome que para Kassel y para Alemania volver a poseer aquel tesoro significa un glorioso acontecimiento nacional.

Así ha sido celebrado por la ciudad mutilada, por sus zonas aledañas y por la república alemana toda. Kassel ha engalanado su galería y ha abierto sus puertas a un público formado por gentes de todas las clases sociales de la ciudad, de los campos de Helsen y, también, de muchos puntos del país occidental. Burgueses y obreros, fuertes campesinos con sus familias enteras, estudiantes de todos los grados y edades, han desfilado y desfilan por las dos plantas del edificio en que se exhiben los cuadros. Y entre los Rubens y los Hals, los Van Dyck y los Cranach —un Durero, un Bassano, dos Tizianos y un Ribera, aparecen también con tantos otros— ocupan sala especial los Rembrandts admirables. El *Autorretrato a los veinte años* y *El sabio Jacob*, que no fueron a Viena; dos autorretratos más, de los mejores; un retrato del padre y tres cabezas de viejos; además del *Señor de la cadena de oro* y las figuras conocidas del poeta Krul, del maestro Cappenol, de Nicolás Bruyningh, de Saskia van Uylenburch y de otra mujer joven. La familia Holzhacke, un paisaje y dos otros buenos retratos de esa escuela completan esta colección de Rembrandt que es de las excelentes que se pueden ver fuera de Rusia y de Holanda.

Un labrador de manos callosas, quien mostraba a sus hijos *Los muchachos cantores*, de Frans Hals, también recuperado con cinco más, del maestro de Harlem, me hizo esta lógica reflexión: “Kassel, aplastada por las bombas, se puede reconstruir; pero estos cuadros, si se pierden, nadie los reemplaza; por eso estamos jubilosos de poderlos ver otra vez”.

Y los inteligentes trabajadores alemanes vuelven refrescados a sus máquinas o a sus surcos después de este paseo del espíritu por entre aquellas obras inmortales. Porque también me lo dijo el aldeano con tranquilo orgullo: “Para nosotros el arte vale tanto como el pan”.

Kassel, junio de 1956

Cuarta parte



37. In memóriam Albert Einstein¹⁵

Estreché por primera vez la mano de Einstein en Berlín, en casa de otro profesor alemán, ya muerto también, cuyas vinculaciones con Indoamérica han sido atestadas en cuatro buenos libros: el economista Alfons Goldschmidt. Y ello aconteció en el duro invierno de 1929. Einstein y Goldschmidt solían visitarse; y era yo, entonces, secretario del Wirtschaft Institut Latein-America, que Goldschmidt fundó, y trabajaba con este en su biblioteca de Grudewald. Eventualmente conversé más de una vez con el justamente llamado “Aristóteles de nuestro tiempo” y le escuché tanto en sus conversaciones con Goldschmidt como en las que de semana en semana sostenía públicamente con Plank en la rotonda de la Academia de Ciencias. Amables torneos verbales que eran presenciados por gran número de gentes interesadas en los problemas de la relatividad y el quanta.

¹⁵ Amenazada la vida de Haya de la Torre durante la prisión que sufrió entre 1932 y 1933 en la Penitenciaría de Lima, se recibió, entre centenares de mensajes, el siguiente:

Excelencia Sánchez Cerro.

Lima.

Dstrucción ilustre persona es detrimento e ignominia para colectividades nacionales y universales: vosotros asumís grave responsabilidad sobre suerte Haya de la Torre.

Profesor Albert Einstein

Oí tocar violín a Einstein en una pública velada de caridad realizada en la sinagoga mayor de la vieja Monbijoustrasse de Berlín en 1930. Y cuando en 1932 —prisionero yo de la dictadura militar de Sánchez Cerro en la Penitenciaría de Lima— corrió por el mundo la noticia de mi inminente fusilamiento, Einstein fue de los primeros en enviar un honroso telegrama, redactado con señera sobriedad admonitiva en reclamo de mi vida. El texto de aquel mensaje —no reproducido aquí por muy obvias razones— es ciertamente una de aquellas grandes e inmerecidas compensaciones que la vida depara, cuya fuerza moral sirve de compañía y estímulo en los silencios adversos.

Una vez —creo que este episodio va incluso en las notas compiladas en mi libro *Ex combatientes y desocupados*— relaté a Einstein una agudeza o “chiste científico” del astrónomo bonaerense Martín Gil, y el sabio rio de buena gana y halló coyuntura para decir cuánto le había llamado la atención la perspicacia y la viveza imaginativa latinoamericana. Martín Gil había dicho que toda la teoría de la relatividad se basa en el principio absoluto de que la luz viaja en el espacio con la más grande de las velocidades conocidas —trescientos mil kilómetros por segundo— y que, en consecuencia, un rayo solar tarda en llegar a la Tierra ocho minutos. “Yo conozco una energía —decía más o menos textualmente Martín Gil— de velocidad mayor que la de la luz y es la del pensamiento. Mientras ella emplea en venir desde el Sol a la Tierra ocho minutos, yo voy con mi pensamiento al Sol y vuelvo en dos segundos”.

Einstein, debo confesarlo, ha sido para mí el hombre más egregio de nuestra época y ningún otro ha concitado tanto mi humilde admiración. Su bondadosa simpatía, sus palabras de aliento son privilegio de mi vida, y, acaso porque su generosidad era amplísima con los jóvenes, un día en casa de Goldschmidt me hizo una amable broma. Súbitamente me dijo:

—Como usted y yo somos coautores de un mismo libro...

Y riendo ante mi estupefacción, me recordó que en 1926 se publicó en homenaje a Romain Rolland el lujoso *Liber amicorum* que prepararon Máximo Gorki y Stefan Zweig, para honrar al autor de *Jean-Christophe* en su aniversario sesenta. Conocida por ellos mi filial devoción hacia Romain Rolland, los compiladores me otorgaron un lugar en aquel volumen honrado por las más ilustres firmas del mundo. Y ahí figuraba, claro está, el tributo de Einstein.

—Sí, mi amigo, en el *Liber amicorum* de nuestro amado Rolland —dijo, muy alegre de verme un tanto confundido.

En 1947 lo visité en Princeton. Había envejecido mucho en dieciséis años, pero la rara luz de sus ojos brillaba siempre igual desde el fondo de su portentosa mente. La misma voz suave y pastosa, paternal, en el diálogo, pero con una novedad. Ahora Einstein hablaba en inglés, no muy claramente —honraba así el idioma de su tierra de asilo—, mas en cuanto comenzaba a tocar temas profundos se deslizaba, casi sin dejarlo sentir, hacia la lengua alemana. Entremezclaba ciertos vocablos germanos con los ingleses —*Zeit, Bewegung, Materie*, etcétera— y luego entraba de lleno en el caudal de su lengua nativa durante largos periodos. Entonces, su pensamiento parecía más denso y luminoso.

En su sencilla casa de Princeton fue para mí un huésped auspicioso. Me invitó a pasear su soleado jardín —comenzaba la primavera— y cuando cerca de la repostería tropezamos con una cesta llena de comestibles recién llegados del almacén, comentó sonriente:

—Son mis provisiones para toda la semana.

De pie, mientras nos fotografiaban, el profesor Einstein me reiteró amables palabras de aliento acerca de mi proposición sobre el espacio-tiempo histórico. Me estimuló a seguir y recalcó el significado subjetivo del espacio-tiempo —no solo como perspectiva en la

historia, según mi interpretación, sino también como conciencia de ella—, y luego me repitió con mucho convencimiento:

—*It sounds so logical that it seems that a whole theorie could be set up.*

Y después, en tono más bajo, me expresó que deseaba que yo tuviese todo el tiempo posible para seguir en estas investigaciones.

Lo más importante de aquella conversación con Einstein fue su claro optimismo respecto de las grandes posibilidades del uso de la energía atómica para fines pacíficos. “Sus posibilidades aparecen imprevisibles”, aseveró. Y cuando yo le expresé que, en mi sentir, con aquel nuevo y prodigioso poder del hombre sobre la naturaleza vendría la revolución que realmente transformaría al mundo, dijo en alemán: “Son nuestras esperanzas y también nuestros deseos”. Entonces, como yo le mostrara una cajita que acababa de recibir de unos redactores de la revista *Time* de Nueva York, conteniendo fragmentos de la tierra radioactiva de Hiroshima, Einstein me aconsejó que pusiese siempre lejos de mí aquel peligroso regalo.

Esta tarde, caminando por la Kungsgatan de Estocolmo con el periodista James Rössel, leímos en las carteleras la noticia de la muerte de Einstein. Gentes de todas las edades se detenían a leer y releer las breves líneas en silencio. “El padre de la física nuclear”, le llaman los grandes diarios. Y en un grupo de muchachos y muchachas que habían desmontado de sus bicicletas y comentaban en voz baja la noticia, oímos a uno de ellos decir a su vecino:

—El más grande sabio del mundo; el descubridor del $E = mc^2$.

Acaso sobre su tumba sea aquella fórmula epocal su más alto y bello epitafio.

Estocolmo, abril de 1955

38. *What is Wrong with the World?*¹⁶ ¿Por qué anda mal el mundo?

¿Cuáles son las causas de los aparentemente insolubles problemas del mundo? El diario promotor de esta encuesta señala como derroteros de ella algunos temas resaltantes: el nivel de vida anormalmente bajo, las diferencias de lenguaje, las discriminaciones raciales, la ambición de poder de los estadistas, la ignorancia y el miedo a causa de la propaganda confusionista, la patriotería fanática, la Guerra Fría ideológica, las barreras contra el libre intercambio de pueblos e ideas y la ineficiencia de las Naciones Unidas.

Imaginando que, con tiempo y entusiasmo para entrar en certámenes como el que el diario inglés promueve, delineáramos una respuesta, nos parece que ella podría expresarse —y esto no es sino un intento de espontánea opinión— en una sustanciada sentencia: la problemática del mundo radica en la frustración del sistema capitalista y en la congelación de la promesa comunista.

Prima facie, este aserto aparece extremadamente simplificado y su laconismo aminora aparentalmente su invulnerabilidad. Creo, ello no obstante, que es una tesis defendible y que acaso pueda resultar incontestable.

El sistema capitalista —a despecho de su hasta hoy insuperado contenido de progreso técnico y de su calidad civilizadora, que jerarquizan su misión histórica de paso superador del feudalismo, al cual suplantó— no ha logrado satisfacer las necesidades económicas elementales de las grandes mayorías de la humanidad. Es evidente que

¹⁶ “El diario *News Chronicle* de Londres ha promovido un concurso entre sus lectores, invitándolos a responder a la pregunta que sirve de título a esta nota. Premia a la mejor respuesta con un viaje alrededor del mundo, en veintiocho días, y ofrece cinco premios menores de cien libras esterlinas a cada uno”.

Con esta nota apareció el presente artículo en *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica de México, número 7, año II, del 15 de marzo de 1955.

solo una minoría de los dos mil cuatrocientos millones de habitantes que pueblan nuestro planeta ha encontrado la plena satisfacción de sus necesidades materiales dentro del sistema capitalista. Y es patente que prevalecen en el mundo de hoy más que la pobreza la miseria, la explotación del hombre por el hombre, la ignorancia y el retraso. En suma, las ominosas desigualdades sociales. A esto, cuya demostración sería obviamente innecesaria, puede añadirse la alegación de no poca monta que le asigna la paternidad del comunismo: hijo legítimo o bastardo, pero negación y continuidad del capitalismo —digámoslo con el idioma dialéctico que Marx le aprendió a Hegel— del cual se desprende y proviene, el comunismo, por el solo hecho de existir ya enfrentando su protesta y su amenaza al régimen capitalista, prueba también la frustración de este¹⁷.

¹⁷ El 25 de junio de 1956, la agencia de noticias norteamericana Associated Press transmitió al mundo el siguiente despacho, que sintetiza un informe de la FAO, el cual confirma mis asertos sobre la predominante crisis mundial de alimentación, vestido y habitación.

Roma, 25 (AP). Los agricultores del mundo están recibiendo menos dinero por sus cosechas, pero son los menos favorecidos, pues todavía tienen que pagar más por los alimentos que no poseen y deben comprar.

En el resumen anual del informe correspondiente a 1956, de la FAO, elevado al Consejo Económico y Social de la ONU, se dice:

Pese a que la producción mundial (alimentos) ha mantenido un ritmo de aumento con la población, tales aumentos no han sido equilibrados. La producción por persona en muchos países menos desarrollados continúa siendo apreciablemente inferior a la de antes de la Segunda Guerra Mundial.

En grandes regiones del mundo la masa de la población continúa mal alimentada, vestida y con malas habitaciones.

Al mismo tiempo se ha acumulado grandes excedentes de algunos productos agrícolas, especialmente en la región del dólar, y se ha registrado una marcada caída en los precios de los productos agrícolas en muchos países.

Los costos del mercado y de distribución siguen constantes, inclusive en algunos países, así que los menores precios no pasan proporcionalmente al consumidor.

El informe dice que la reducción del poder adquisitivo de los agricultores que ha resultado de sus menores ingresos hace surgir “una amenaza a la estabilidad económica en general”.

La FAO, que lucha con el problema de una distribución desigual desde hace diez años, declara que el problema sigue siendo:

Mas, si reparamos en el significado del comunismo como promesa de solución de los problemas socioeconómicos y como anuncio de un sistema que debe remediar todos los males del capitalismo y suprimir sus yerros y deficiencias, nos encontraremos con otra paladina frustración.

Ha transcurrido ya más de la tercera parte de un siglo desde que el comunismo triunfó en Rusia y anunció al mundo la inmediata revolución social, la victoria de su dictadura y el advenimiento de un ordenamiento ecuménico basado en la completa emancipación económica de las clases trabajadoras. Por ende, la liquidación del imperialismo y de la guerra, y la victoria de una sociedad sin explotadores ni explotados.

Empero, en los casi cuarenta años transcurridos desde 1917 la promesa comunista se ha congelado. Rusia es un poderoso Estado-continente que agrupa y centraliza un vasto imperio, del cual no se ha abolido, sino en parte, el capitalismo privado, pero en el que prevalece el gran monopolio capitalista del Estado, la moneda, los salarios diferenciados, los bancos y —bajo el patronazgo estatal— la explotación. El armamentismo y, consecuentemente, la guerra, no han sido abolidos Ni el capitalismo como sistema. Este, en su forma más prepotente, continúa predominando en una gran parte del mundo.

Más todavía, la aparición del nacionalsocialismo fascista demostró que una tercera fuerza insurgía como una amenaza para el capitalismo y para el comunismo. Y, paradójicamente, ambos se unieron frente a este peligro que estuvo a punto de vencerlos si no se juntan. Los regímenes capitalista y comunista unieron, pues, eventualmente, sus banderas, y aunque vencieron al enemigo, la existen-

Elevar los niveles de consumo “al poner los productos agrícolas al alcance de los consumidores de pocos ingresos, por medio de medidas económicas y técnicas”. “Enseriando los procedimientos y otros métodos que aumentan el valor nutritivo del régimen alimenticio”.

cia de este y su transitorio poderío vinieron a demostrar que aquella alternativa presentada por el marxismo como insalvable capitalismo-comunismo no era, así, absoluta. El escenario económico, social y político del mundo permitía, y permite, otras concepciones y otras modalidades de acción. Si el comunismo se basa en la lucha de clases, el nacionalsocialismo invocaba la lucha de raza. Y si el régimen capitalista representa socialmente la predominancia de la clase burguesa, y el régimen comunista la de la clase proletaria industrial, el régimen nacionalsocialista proclamaba la hegemonía de la raza aria.

Vencido el poder nazi-fascista, quedaron frente a frente el capitalismo y el comunismo. Sus escenarios geográficos focales son Rusia y Estados Unidos, y ambos han devenido ingentes potencias militaristas crecientemente armadas con todos los elementos ultramodernos de la destrucción por energía atómica.

Es evidente que ambas filosofías políticas, la del capitalismo y la del comunismo, no tienen nada más que decir en el lenguaje lógico de la doctrina. El sistema capitalista no puede demostrar que conjurará los males económicos del mundo y que salvará a las grandes mayorías de seres humanos que hoy sufren la miseria de su dolorosa condición. Pero el sistema comunista tampoco puede probar que su promesa va a ser cumplida, ya que ni siquiera dentro del área de su propio teatro revolucionario ha podido alcanzar cabal suceso de su experiencia. Y con el pretexto de que el enemigo es todavía muy poderoso —lo cual indicaría que el reto revolucionario ha sido por lo menos prematuro— la Unión Soviética se ha convertido en un poder superarmado y amenazante, tanto o más que las viejas potencias imperialistas.

Y más que ellas. Porque el mundo de hoy confronta una nueva energía cuyo monopolio pertenece a los dos grandes Estados-continentes que se disputan el poderío de la Tierra. Y aquella energía —por propia declaración de ambos adversarios, lo cual importa

mucho demarcar— puede, por su imprevisible valor destructivo, ser el búmeran del suicidio de la humanidad misma y, en particular, de los poderes que pretenden usarla.

Caduca pues en este gran dualismo —comunista-capitalista— la vigencia de las doctrinas; de los idearios, de la lógica de uno y de otro campo solo se esgrimen amenazas de violencia. La razón declina y prepondera la fuerza. Se habla solo de guerra; de guerra “fría” y de guerra “caliente”. Pero en ambas son las malas armas las que se usan o van a usarse. Y el pensamiento ilustre del hombre civilizado desmedra su autoridad en esta contienda que solo es de escueta y despiadada violencia. Paradojalmente —y anotémoslo de nuevo—, la violencia tecnificada y extremada de la incontrastable energía atómica significa solo ruina, destrucción y anulamiento total; es la consecuencia de la guerra total.

Incide aquí una sugerencia: nos sirvió de coyuntura en una conferencia en el paraninfo de la Universidad de Montevideo a mediados del año pasado. Toda la filosofía de Marx —su determinismo histórico, su concepción dialéctica de la lucha de clases, motor de la evolución humana— se basa en un apotegma que el fundador del comunismo expresó brillantemente: “La violencia es la partera de la historia”.

Sin esta premisa el marxismo pierde su *raison d'être*, ya no es marxismo. La lucha de clases es la violencia, la guerra es la violencia. Sin violencia no hay Historia para Marx. Pero este enunciado decimonónico —todo el marxismo es característicamente decimonónico— encara ahora una tremenda verdad de nuestro siglo: la violencia, la guerra de hoy, tiene su expresión máxima en la energía atómica. Y esta ha alcanzado tal poder destructivo que —como bien lo sabemos por autorizadas declaraciones de los propios cabecillas de ambos bandos— será capaz de destruir a la civilización y a la humanidad misma. Aflora pues una interrogante: ¿Puede tener

validez hoy como categoría argumental, como aforismo doctrinario, el que es base y dogma de toda la dialéctica marxista: “La violencia es la partera de la historia”?

Es esta, a mi ver, una de las grandes fundamentaciones científicas en que se apoya la negación filosófica del marxismo —basado en la ciencia del siglo XIX— a partir de los avances del conocimiento humano de nuestro siglo. Ya hemos sostenido que Marx fundamentó toda su filosofía sobre los viejos conceptos kantianos de Espacio, Tiempo, Energía, Gravitación, Movimiento y Materia que solo alcanzó a conocer en su centuria. Engels murió el mismo año del descubrimiento de los rayos X. Todo el fenómeno físico de la radiactividad escapó a su lúcida mente de investigador alerta. Pero el relativismo, los cuantitas, la energía nuclear, lo que hoy llamamos genéricamente la Era Atómica, ha hecho avanzar como un milenio a la ciencia humana. Y todas las filosofías, especialmente la de Marx —que reclamaba ser estrictamente científica—, cuya base era la ciencia del siglo pasado, representada por Newton y Kant, han sido superadas. Así se explica que aquel aforismo convertido en postulado dogmático, punto de apoyo de toda la filosofía de la historia de Marx y de su “socialismo científico”, haya caído abatido por los nuevos e incesantemente progresivos avances científicos y tecnológicos. La violencia ya no es la partera de la historia: es su sepulturera.

¿Explica esta *insalvable* contradicción —y subrayo intencionalmente la palabra *insalvable*— que la promesa comunista se haya congelado? En mi pensar, lo explica en gran parte. Si el comunismo debe campeonar por la causa de la paz, si no quiere guerra, si adopta como símbolo la paloma, está renegando de la violencia como “partera de la historia”. Se torna antihistórico, antirrevolucionario, antimarxista. Pero es que no puede ignorar que la violencia del siglo XX es la violencia atómica, y ella es un arma de guerra; de una guerra que sería la de clases llevada al campo internacional. Consecuente-

mente, el comunismo debe ser pacifista y abogar por la coexistencia. Así reniega de la violencia, está con el ritmo de los tiempos, acepta la verdad de nuestro siglo, pero como promesa social y revolucionaria claudica, se congela.

Hay pues un capitalismo incumplido, frustrado, incapaz ya de dar más como sistema económico, y hay un comunismo congelado cuyos fundamentos filosóficos están en crisis. Hay, asimismo, frente a ambos, una revolución científico-tecnológica surgente cuyos avances prodigiosos han llegado a demostrar que la violencia es el anulamiento y la destrucción de la humanidad, pero que esa misma energía portentosa usada con fines pacíficos puede resolver todos los problemas y alcanzar la satisfacción de todas las necesidades humanas, superando así al capitalismo y al comunismo. Esta tesis por nosotros sostenida desde 1948, tema de varios ensayos y médula argumental de un libro escrito en el asilo, acaba de ser confirmada por un aserto coincidente en las conclusiones de la obra de Toynbee —*A Study of History*— en sus volúmenes terminales, recientemente publicados.

Pero queda algo más por decir: ¿Cómo encarar la realidad de un sistema fallido y de una promesa congelada en un mundo en que los dos mayores imperios enfrentan sus tremendos fracasos y se empeñan en no reconocerlos, desdeñando la razón, para valerse solo de la violencia?

¿Va a permitir la humanidad, *au-dessus de la mêlée*, ser la víctima propiciatoria de esa violencia? ¿Cuál sería el camino de la razón para que ella resurgiera armada de la lógica y señoreara sobre la amenaza de la fuerza?

Dejemos este tema para una próxima presentación de nuestros complementarios puntos de vista.

Ginebra, febrero de 1955

39. Coexistencia, ¿garantía estable?

Nehru ha dicho, y creo haberlo comentado ya, que no esperaba milagros de la Conferencia de Ginebra. Lo cual parece significar que no era dable aguardar de la reunión de los llamados “cuatro grandes” una solución terminal de los graves y complejÍsimos problemas gravitantes sobre el mundo, o, más exactamente, sobre las grandes potencias, cuyos conflictos acarrearán consecuencias mundiales.

El milagro sería no la coexistencia, sino algo más: la organización del convivir internacional dentro de un nuevo plan que excluya la Guerra Fría, y la otra.

Nehru acaba también de declarar, ya en la India, que una derivación lógica de la nueva política rusa ha de ser la disolución del Cominform. Su declaración, muy dicente, no ha sido hasta este momento comentada o desmentida por los rusos¹⁸.

Y no es redundancia recalcar aquí que la aseveración de Nehru comporta singular gravedad. El Cominform fue instaurado a raíz de la impresionante disolución de la III Internacional Comunista, ordenada por Stalin en los años bélicos de su alianza con la potencia capitalista. Y el Cominform quedó como una nueva, aunque agazapada institución mundial de control comunista, no con sede en Moscú, pero, en realidad, dirigida desde allí.

Es bien sabido que los rusos saben tirar por la borda preceptos y ortodoxias cuando ello es necesario para las conveniencias de su país. La alianza con Hitler en agosto de 1939 dejó estupefactos a quienes creían que comunismo y nacionalsocialismo eran inconciliables; pero fue un hecho probatorio del más desaprensivo oportunismo, cuyas múltiples explicaciones no lo exentan de su evidente claudicación. Y la guerra mundial número dos, a la cual Stalin había

¹⁸ La predicción de Nehru se confirmó varios meses después, con el anuncio oficial ruso de la disolución del Cominform.

definido en altisonantes discursos como una “guerra imperialista”, se convirtió para él en una guerra “democrática” cuando Hitler dio el paso suicida de traicionar a sus aliados soviéticos. Rusia contrapaso en pocos días del campo de amiga de los nazis al de aliada de los imperios del capitalismo que, hasta la víspera del epocal 22 de junio de 1941, habían execrado los adeptos de la III Internacional.

Después de la paz, y de la frustración de Potsdam, la nueva política internacional vino a dividir al mundo en los bandos de Oriente y Occidente; triunfó la China comunista sobre la nacionalista y estalló la guerra de Corea. De nuevo el comunismo lanzó sus más furiosos ataques contra los “imperialistas” que fueron sus aliados en la gran guerra, pero, esta vez, la prensa y la oratoria política occidentales retrucaron el mote y acusaron, también, violentamente, de “imperialismo” a Rusia.

En el entretanto apareció la heterodoxia de Tito.

Este personaje fue condenado como un réprobo y, al igual que antes con los adeptos de Trotsky, todo aquel que en las filas del Cominform podía ser sospechoso de *titoísmo* pagó con su libertad o con su vida el imprevisto delito. Ya sabemos que ahora Tito ha recibido, de las más altas autoridades del comunismo ruso, abiertos homenajes de rectificación que lo reivindicán, y que, una vez más la política de Moscú ha dado un golpe de timón, el cual deja muy mal parados a los corifeos que tomaron muy a pecho la consigna condenatoria del firme y socarrón dirigente yugoslavo.

“La política no tiene entrañas” es una maquiavélica frase de Napoleón. Y la política internacional europea lo ha demostrado, por más esfuerzos que se hayan hecho —especialmente por Wilson y por el segundo Roosevelt— para identificarla con una ética basada en los derechos humanos, para alejarla de la guerra y de la barbarie. Rusia, empero, ha ido derechamente a su engrandecimiento imperial de potencia de primer orden y, precaviéndose de una agresión, no se ha olvidado ni de Maquiavelo ni de Napoleón.

Ha surgido, ello no obstante, un hecho portentoso: la aparición de las armas nucleares, cuya presencia marca el principio — solo el principio— de una nueva edad del progreso humano, a la cual, para distinguirla de la del Hierro que ahora termina, se le denomina la Edad Atómica.

Esta, en sus prolegómenos, viene a ser un nuevo y decisivo protagonista de la Historia. Es el resultado de una revolución científica cuyas dimensiones y trascendencia fueron insospechadas para el hombre del siglo XIX, aun para las mentes más avanzadas y geniales.

Porque no son los descubrimientos atómicos, ni como el de la pólvora aplicada en la guerra —uno de los determinadores de la formación de los Estados-naciones que abren la llamada Historia Moderna— ni como el de los gases o los tanques, o el de las llamadas armas secretas, que inquietaron al mundo desde la mitad de la primera contienda mundial. Esta vez, las armas nucleares no son sino la terrorífica y adelantada manifestación de una mundanza universal, cuyos orígenes provienen del total trastrueque de las concepciones cosmogónicas que la nueva física depara a la humanidad. Y con la ciencia así, radicalmente innovada, todos los conocimientos, la vida social, la tecnología y la conducta del hombre deben someterse a las influencias más o menos profundas de tal transformación. Por ende, la filosofía y la política son las primeras receptoras de este impacto.

Poco antes de iniciarse la Conferencia de Ginebra, la voz póstuma de Einstein ha advertido al mundo que la guerra nuclear significará “la muerte universal”.

Los más grandes sabios de nuestro siglo han confirmado la tremenda prevención de Einstein. La guerra atómica —que es la única posible en nuestro tiempo— será la tumba de la civilización y, más que eso todavía, de la raza humana.

La política rusa se justifica así. Y también la política conciliadora de Roosevelt, tan atacada por sus adversarios del Partido Repu-

blicano en Estados Unidos. Roosevelt presintió la perentoriedad de la coexistencia, y fue más lejos. Aspiró a una organización institucional política ecuménica que imposibilitara la guerra y estructura coherentemente a los Estados dentro de su super-Estado supranacional.

La coexistencia no es, pues, sino el primer paso. Si ella ha de ser un mero armisticio de la Guerra Fría, regirá aún el postulado romano del *si vis pacem, para bellum*. Y lo que importa es una garantía estable más allá de la coexistencia.

Bruselas, julio de 1955

40. Nehru, guía del buen camino

La extraordinaria simpatía popular que ha suscitado entre las multitudes europeas, a ambos lados de la Cortina, el reciente viaje de Nehru acredita dos hechos: la evidente influencia universal del ilustre discípulo de Gandhi y el anhelo unánime de los pueblos de Europa y Asia por encontrar un nuevo camino hacia la solución de los sombríos problemas internacionales, que no sea aquel por donde pretendía conducirlos míster Dulles.

Nehru ha patentizado sus relevantes calidades de estadista, de político y de representante de una nueva filosofía ecuménica. Y ha probado, asimismo, sus aptitudes de diplomático sagaz; entendida la diplomacia allende los linderos del subalterno ajetreo al servicio de intereses que no son los de la humanidad, sino de aquellos que agazapan las conveniencias egoístas de una determinada clase.

Y Nehru ha demostrado también que hay, ciertamente, una “tercera posición” (por más que en Indoamérica estos dos vocablos comporten el descrédito de una infatuada demagogia militarista, que sirvió de asidero a un audaz y ya desprestigiado transgresor de

muchos conceptos respetables). Una “tercera posición”, confrontada ahora en el plano superior de las concepciones de gran estilo, la cual, en sencillas y breves palabras, cabe sustanciarlas así: ante la lucha imperial e imperialista de dos sistemas, ambos caducos —el capitalismo por vejez y frustración, y el comunismo por congelación—, aparece la significancia protagónica de una ingente mayoría de pueblos, ajenos a los móviles del conflicto gigante entre Rusia y Estados Unidos, que quieren paz, libertad y justicia, negándose a creer en los señuelos de solución ideal de los problemas sociales que desde Moscú o desde Washington se prometen al mundo.

Nehru es el bizarro y autorizado personero civil de esta “tercera posición”. Disiente del comunismo en su fe inquebrantable en la libertad individual y social, y del capitalismo, en su enteriza convicción de que el sistema de explotación del hombre por el hombre es absurdo e intolerable, además de incompatible con una democracia auténtica. Apercebido de que la revolución —la verdadera revolución de nuestro siglo— es la de la ciencia y la tecnología, cuyos portentos abren en la historia las nuevas avenidas de la llamada Edad Atómica, Nehru sabe bien que en ella no cabe ninguna de las dos recetas decimonónicas deparadas al hombre actual en la tesis capitalista y en la antítesis comunista, por cuanto la guerra ha desembocado en el suicidio y el antagonismo inconciliable entre los dos sistemas militarmente contrapuestos solo es la guerra.

Nehru ha advertido —y sus frescas declaraciones en El Cairo son bien dicientes— que la política conciliadora rusa no es un signo de debilidad. La prensa norteamericana, para paliar el forzoso viraje de la política de Washington desde la impertérrita arrogancia del anticomunismo ultrancista hasta la inconfesada aceptación de la coexistencia, ha propalado la falaz versión de que la astuta diplomacia rusa se debe a quebrantamientos internos. Nehru —y Europa con él— sabe que esto es una falacia encubridora de rectificaciones ineludibles. Por los ca-

minos aguerridos de la violencia, Rusia no tiene otra salida —cierto es— que la del despeñadero de la conflagración. Pero, mucho más convencida que los altaneros e improvisados dirigentes del otro bando de las proyecciones catastróficas de una guerra, ha puesto en marcha un afortunado plan de “ofensiva de paz”, cuyo notorio buen éxito queda demostrado en un general movimiento de simpatía euroasiática.

Nehru ha sido y es un acertado intérprete de aquel sentimiento. Él es hoy el estadista del Viejo Mundo que ve más claro y más lejos. Su gravitante influencia ha pesado mucho en el nuevo proceso de los acontecimientos, que han de tomar una nueva dirección, sean cuales fueren los resultados de la crucial Conferencia de Ginebra, de la cual —dice— “no espera milagros”.

Discretamente, Nehru ha retornado a la India para esperar los primeros frutos de su obra. Ella solo está en los pasos iniciales. Pero sus objetivos son netos y prácticos: aspira a que los pueblos formantes de la inmensa mayoría mundial —y ajenos a la rivalidad entre los dos imperios que hoy se disputan el señorío del planeta— no sean arrastrados a un enfrentamiento inconciliable de odios y violencias cuyo desenlace solo sería la destrucción y la barbarie.

El estadista hindú se ha propuesto conseguir que la voz de aquellos pueblos sea escuchada. Y ha dicho, a propósito de la Conferencia de Estados de Asia y África, que también se debe tomar en cuenta la opinión de la gran comunidad indoamericana, en cuyo nombre solo hablan personeros gubernamentales, muchos de ellos sin independencia de criterio y sin la solvencia moral que deben respaldar a los representantes de regímenes de veras democráticos y libres.

Sir Winston Churchill ha triunfado desde su obligante retiro al convencer a los hombres de Washington a la aceptación de un preliminar encuentro de los llamados “Cuatro grandes”. Pero Churchill termina ahí con tal victoria. Desde otro ángulo del pensamiento político rector, y desde otra dimensión geográfica e histórica, Nehru ha asumido

las ilustres funciones de gestor de una paz verdadera, más allá de los dos campos armados de la peligrosa Guerra Fría. Su postura es la del apóstol y el conductor investido de una eminente potestad: la de su enteriza filosofía de legítimo pacifista y la de su admirable historial biográfico de luchador sufriente por la libertad de la India que él logró imponer.

Y, acaso, el pensamiento de Gandhi, concretado en fórmulas positivas por el discípulo leal, sea lo que la humanidad conturbada está aguardando como mensaje y bandera de una nueva y promisoría convivencia.

Ostende, julio de 1955

41. Y después de Ginebra, ¿qué?

La prensa seria y objetiva, especialmente los hebdomadarios políticos europeos, han desbrozado de las informaciones sobre la Conferencia de Ginebra lo que es episodio, anécdota y comentario frívolo en torno a ella para enfocarla a fondo. Los diarios y revistas norteamericanos de filiación “Republican Party” han dicho en todos los tonos que la conferencia ha sido un triunfo para el presidente de Estados Unidos. La proximidad de su año electoral explica esta propaganda que “en masa y en serie” ha llenado las columnas de los órganos de prensa de mayor circulación de aquel país. Pero la opinión predominante entre los autorizados y serenos observadores europeos es otra.

Aunque los rusos han sido esta vez publicitariamente más discretos, no sabemos de veras cómo su periodismo oficial haya aprovechado del acaecimiento para el consumo político interno.

Mas lo cierto es que deben sentirse muy satisfechos porque su plan de coexistencia —tan resistido inicialmente en Washington— ha logrado sentar sólidas bases, y nadie niega que la sagaz diplomacia

soviética ha logrado, al fin, una victoria para su ofensiva de paz. Por otra parte, nadie discrepa tampoco de una aceptación, más o menos enfáticamente declarada por los comentaristas europeos: si hubo el propósito —y se cree que así fue— de aplicar a los rusos el dictado de “rendición incondicional” como fórmula terminal de la Guerra Fría, el plan falló. Y tal lo advirtió con su socarrona rudeza Kruschev antes de la conferencia, esta fue un trato “de potencia a potencia”, sin que las cortesías y galantes palabras de halago, no escatimadas por los hombres del Kremlin, resten evidencia al hecho.

En una nota editorial del centenario y autorizado periódico semanal londinense *The Observer*, del 31 de julio de 1955, se consigna bien, bajo el epígrafe dicente de “*Changing America*”, que es Estados Unidos y no los rusos quien ha debido cambiar su intransigente línea política anterior, a juicio de los europeos, insostenible. Esta mudanza rectificatoria concierne particularmente a la China roja. Los dirigentes de Washington han admitido que deben tratar con ella. Y así, la diplomacia norteamericana va a enfilarse con la de la Europa occidental, cuya actitud amistosa hacia Pekín señalaba una tajante discrepancia entre las democracias del llamado “mundo libre”.

De regreso de Ginebra, los representantes rusos aseguraron en el Berlín Oriental que no aceptarían la liquidación de la República alemana regida por la dictadura soviética, y que esta y la Alemania Occidental no serían “unificadas mecánicamente” —a tenor de las palabras de Kruschev— porque “el pueblo trabajador de la República Democrática Alemana nunca consentirá en la abrogación de sus conquistas sociales y políticas”. Estas palabras prueban, una vez más, que, como previno Nehru, Ginebra “no ha hecho milagros”. Por más que la valencia de las declaraciones rusas sea siempre relativa; si se tiene en mientes la facilidad con que ellas suelen ser rectificadas. De aquí el moderado optimismo europeo al subrayar que no deben perderse las esperanzas en la reunificación de Alemania, pues los so-

viéticos, como Bulganin lo expresó, han reconocido en Ginebra esta posibilidad; siempre que el Oeste mantenga su manifiesta intención de colaborar en un pacto de seguridad general.

Corolario de Ginebra va a ser la Conferencia de Ministros de Negocios Exteriores en octubre de 1955. De ella han de salir, por cierto, acuerdos realmente decisorios. La unión de las dos Alemanias como resultado de unas elecciones verdaderamente libres, el problema del retiro de tropas rusas de los países llamados satélites y, probablemente, la disolución o subsistencia de la OTAN —causa mayor de todos los recelos de Moscú— serán los temas positivos y esenciales.

A ellos, lateralmente, según se presume, podrá agregarse la cuestión de la propaganda comunista en Occidente, y la de la norteamericana en la zona oriental. Y, acaso, la del retiro de las tropas norteamericanas de Alemania. Lo cual acarrea otra espinosa cuestión argumental: ¿deberá o no Estados Unidos tomar parte directa en el proyectado pacto europeo de seguridad?

La Conferencia de Ginebra ha dejado un ambiente reconfortante. Se ha visto en ella como el comienzo razonable de un reajuste mundial que es la consecuencia de una verdad gravitante y, para la conciencia de Europa, insoslayable: la guerra atómica —que sería la guerra de hoy— comporta el suicidio de la civilización. Ante esta realidad, unánimemente admitida, la única solución creadora es una paz orgánica, a la cual debe llegarse por pasos sucesivos. Así se explica que la idea de una federación europea haya ganado en estos días tantas adhesiones en todos los sectores de opinión. Un rumor insistente, y cada vez más extendido, dice que en Ginebra se habría hablado, y no poco, del rápido desarrollo de la China roja —a la cual, se cree, ve con sorpresa crecer y afirmarse la misma Rusia— y el surgimiento cada vez más poderoso de los movimientos independentistas de los pueblos que se designa como “retrasados”. Sean o no exactos tales decires, lo indubitable es que en Asia avanza rápidamente una nueva conciencia continental. La China y la India aparecen ya

como dos Estados-continentes de primera magnitud, y la reciente conferencia de los pueblos asiáticos y africanos, por más que le haya negado magnitud, principalmente en Norteamérica, ha sido juzgada en su verdadera importancia por los europeos. Por lo menos como el acontecimiento inicial de un proceso nuevo de proyecciones históricas cuyos conductores capaces saben adónde van desde Delhi y Pekín. Una confederación asiática de pueblos, que podría extenderse o no a una euroasiática con Rusia, sería la peligrosa alternativa de un mundo organizado sobre la base de una coherente conjunción de federaciones continentales orientada hacia la instauración de un super-Estado ecuménico. Y este, cuyo embrión ha de ser siempre la aún imperfecta estructura de las Naciones Unidas, resulta la meta única de un mundo sin guerras.

Quedarían en pie, claro está, como gran problemática a encarar, la de los sistemas económicos contrapuestos, cuya rivalidad nos ha colocado al filo de la guerra. Pero tarde o temprano habrá de llegarse al debate crucial de sus dos cuestiones fundamentales: ¿Ha logrado el sistema capitalista resolver los problemas socioeconómicos de dos mil millones y medio de habitantes del planeta? ¿No se ha congelado la promesa comunista que anunció solucionarlos?

Acaso, cuando los dos mayores imperios que hoy se disputan el supremo poder reconozcan esta doble frustración, la humanidad se abrirá paso hacia la estable y justa paz que es anhelo y debe ser su meta.

Copenhague, julio de 1955

42. Una “guerra industrial” y el enfrentamiento de dos filosofías

Quizá si la más escueta y realista descripción de la crisis internacional que conturba las relaciones de los dos bloques imperiales del Este y el Oeste ha sido dada por la revista *Newsweek*, en su edición del 6 de

febrero: “*The clash of giants resounds around the world. Moscow has declared industrial war*”. “El choque de los gigantes repercute en todo el mundo”. Moscú ha declarado la guerra industrial. Y más adelante, al referirse a la “ofensiva económica en masa” lanzada por la Unión Soviética, “para destruir el sistema capitalista”, recalca la interrogante que en grandes caracteres aparece en la carátula de la revista como una impresionante admonición: “¿Puede Rusia ganar?”.

Al fin, aparece planteada la problemática de la crisis internacional en términos exactos. Hasta ahora el lenguaje diplomático, la sinuosa retórica política, escondía una formulación precisa. A lo largo de varios años ya —los que han corrido desde que la rivalidad entre los dos más poderosos aliados de la guerra contra la tiranía nazi se definiera como un antagonismo implacable—, el lenguaje de los líderes y la literatura periodística que es su eco habían denominado cautelosamente a esta ciclópea contraposición de imperios “la lucha entre la democracia y el comunismo” o “el enfrentamiento del mundo libre contra el mundo esclavo”. Y como, filológicamente, *eslavo* viene de *esclavo* —según ya lo explicó Voltaire—, la fijación terminológica de los rivales de la Guerra Fría se tuvo como invariable; a pesar de su conflicto con la más profunda lógica de los acaecimientos.

Pero hoy sabemos ya, por el autorizado designio de uno de los grandes bandos de esta contienda orbital de imparangonable ingeniería, que lo que precisamente la mueve es una guerra económica, una pugna industrial —o comercial— de gran formato. Por cuanto no es posible seguir calificando como “mundo libre” o “democrático” a este nuestro, también apellidado de Occidente, en el cual las democracias auténticas van resultando en minoría dentro de una amalgama de aliados —o de cómplices— del anticomunismo; si se recuerda que en ella se suman ya, entre otras, las dictaduras totalitarias de Franco y Salazar, los turbios despotismos de Arabia y Egipto, y los rúgulos militaristas latinoamericanos.

Mejor, mucho mejor, es presentar el dramático cuadro de la Guerra Fría en su neta característica económica: como una competencia formidable de dos ultrapoderosos focos de producción industrial en porfiada disputa por el predominio del mundo, y especialmente dirigida hacia la penetración de aquellas extensas y populosas zonas llamadas de influencia, donde el retraso sociopolítico depara más ancho campo de conquista fácil al régimen de explotación del hombre por el hombre.

Ubicada la Guerra Fría en tal justa perspectiva, cabe disentir, ya en esta parte de la descripción, que la prensa norteamericana le asigna —y vuelvo a citar el revelador artículo de *Newsweek*— como una ofensiva en masa, cuyo “objetivo es la destrucción del capitalismo, superando la producción de la base de este, o sea de Estados Unidos, y por la captura de sus mercados y de sus amigos potenciales en los países infradesarrollados”.

Importa distinguir para discrepar: la tipología de la ofensiva económica rusa presenta, ciertamente, aquellas modalidades. Pero sus métodos, su comportamiento, la estrategia y táctica de su “ofensiva” no son esencialmente anticapitalistas.

Ellas van enfrentadas, sí, contra el capitalismo, cuya base es Estados Unidos. Mas la verdadera índole de su organizado ataque proviene de un sistema capitalista industrial de nueva fisonomía: el capitalismo de Estado, el gigantesco *trust* o monopolio de un imperio erigido como único señorío patronal centralizado de la producción.

Este aserto no resiste un análisis elemental de las condiciones objetivas de la economía rusa contemporánea. La llamamos “comunista”, pero no lo es. Claro está que si por convencionalismo terminológico se accede a tal designación, no hay más que darle el pase semántico temporal. Mas, si hurgamos en la mas recóndita clave de los hechos mismos, no será insólito hallar una respuesta más clara: Rusia ha visto alejarse la posibilidad de realización de una sociedad

comunista ecuménica, y ha logrado instaurar un innovado capitalismo estatal, con todos sus mecanismos institucionales básicos, pero aboliendo la llamada —y obsoleta— “libertad de empresa” y la existencia, con muchos de los métodos, del capitalismo privado. Ello no obstante, el sistema como tal, con su estructura medular de trabajo asalariado, propiedad, aunque restringida, técnica bancaria y financiera, moneda, ahorro, comercio y diferenciaciones socioeconómicas, está allí.

Además, aparece ahora, para confirmación de quien lo dude, otro aspecto inobjetable del sistema: el de su expansión. El de la exportación necesaria de las mercaderías acumuladas por su creciente superproducción industrial, las cuales requieren mercados allende las fronteras de la Unión Soviética. Para lograrlos hay que conquistarlos. Para abastecerlos, hay que establecer regímenes operantes de comercio internacional. Y para que ellos sean remunerativos, deberán sujetarse a las normas capitalistas establecidas en las relaciones de intercambio.

Empero, no es solamente en esa fase de oferta y demanda internacional que Rusia está obligada a establecer y desarrollar una vigorosa y orgánica metodología de especulación. Su política económica expansiva queda, así, condicionada por otras exigencias de inescapables procedimientos inherentes del capitalismo, cuando este llega a sus estadios culminantes de desarrollo, y aquí emerge otra comprobación: *Imperialismo: última etapa del capitalismo industrial*.

Hobson definió al imperialismo económico —que no político— como el periodo en que los capitales deben ser exportados. Lenin respondió a Hobson con una fórmula que es axioma comunista: el imperialismo es la última o superior etapa del capitalismo; su rebasamiento, su modo de invadir y de afincarse en las zonas “de influencia”, donde los métodos de producción son retrasados o precapitalistas.

Y de tal suerte comienza en las comarcas del mundo no industrializadas “su primera etapa” de economía industrial; sujeta a las

peculiaridades ínsitas de los países que, generalmente, solo producen materias primas o medio elaboradas, y deben adquirir, comercialmente, los productos industriales que las naciones de avanzados industrialismos les venden.

¿Ha llegado ya la superindustrializada Unión Soviética a esta etapa que Lenin definió como “la última o superior del capitalismo”?

La respuesta es, por evidencia, afirmativa. Rusia ha logrado velozmente el nivel de desenvolvimiento industrialista que le impone expandirse; no solamente en las restringidas dimensiones de un intercambio comercial incipiente, sino, también, en los anchos caminos de la exportación de capitales, de la asistencia económica a los países de producción retardada dentro de sus órbitas de acceso. Con Siria, con Checoslovaquia, con Egipto, con la India, con Afganistán, Ceilán e Indonesia, sus ofertas o contratos han excedido los de un mero comercio de reducida escala. No se trata únicamente sobre el intercambio de materias primas, por un lado, y de maquinarias o implementos mecanizados, por el otro: Rusia ofrece y hace empréstitos, financia nuevas industrias, acrece su despliegue económico al igual que los Estados capitalistas del lado occidental de la Cortina de Hierro, y por la misma sistemática de lo que Lenin llamó imperialismo.

Simultáneamente, amplía y fortalece su irradiación política. E imparte sus ofertas de ayuda y cambio hacia otros continentes necesitados de capitales y de industrialización. Por ejemplo, hacia Indoamérica. Se citan tempestivamente las palabras expresivas del hábil líder soviético Anastasio Mikoyán a los agentes de negocios rusos, entrenados en el comercio exterior: “La economía determina la política: vosotros debéis ser capitalistas soviéticos”.

En la época en que los dirigentes comunistas rusos creyeron y anunciaron que la “revolución mundial” se hallaba próxima, sus palabras de orden, su tenaz instigación política se dirigió tercamente hacia los grandes países industriales, y ese plan correspondía a una

ajustada línea doctrinaria marxista cuyos enunciados son conocidos: la verdadera revolución comunista solo puede ser conducida y realizada por los proletariados de los países que, económicamente, se hallan a la cabeza del progreso industrial. Debe ser un movimiento clasista, cumplido por las organizadas vanguardias productoras de más elevada conciencia de clase. Y esta solo existe ahí donde el desarrollo económico ha culminado por obra de la economía capitalista, la cual determina la existencia de una consciente voluntad obrera en el sentido de transformar el ordenamiento social establecido por la burguesía. La ortodoxia de Marx definió, además, nítidamente, lo que es un proletario industrial —el protagonista histórico de la revolución anticapitalista— y se cuidó bien de no confundirlo con otros tipos de trabajadores incapaces de conducir y gobernar un movimiento de clase. Para los de categoría inferior, inventó la teoría marxista el universalizado vocablo de *lumpemproletariado*.

La política soviética, que a lo largo de treinta y nueve años trastrocó radicalmente sus normas de acción, ha adoptado en nuestra época una orientación completamente nueva. Su más intensa y extensa campaña de propaganda se ha enderezado, precisamente, hacia las anchas regiones indesarrolladas, cuyas masas laboristas no están conformadas por proletariados industriales dotados de una definida y superada conciencia de clase. De manera que hoy la incitación revolucionaria rusa de mayor importancia —y la de mejor éxito— es la insurreccional en los pueblos coloniales de más retardada economía, donde el comunismo proletario no puede implantarse.

Este hecho singular viene en ayuda de la demostración de la naturaleza no comunista de la política expansiva rusa. Y más en favor de la tesis de su carácter imperial. Porque incitar a los pueblos coloniales contra su metrópoli ha sido una política ya empleada en la rivalidad de imperios europeos: Francia ayudó la revolución colonial norteamericana contra Inglaterra y esta cooperó con armas, hom-

bres y dinero a la independencia indoamericana contra España. El frívolo káiser alemán Guillermo II se declaró partidario de los bóers en la guerra de Transvaal; y otros ejemplos, anteriores y posteriores a los citados, son probanza de la instigación de los levantamientos coloniales, como consabido recurso de las rivalidades del imperialismo, político y económico.

Los inteligentes políticos rusos —que han aprendido muy bien a Marx— saben, mejor que nadie, adónde van. Y porque lo saben, no se equivocan al calcular la lejanía, tal vez inalcanzable, de aquella sociedad comunista que la teoría del marxismo prefijó hace más de un siglo. Apercebidos de ello, buscan otro camino. Y entran por el viejo y seguro de las fiestas imperiales, en el cual van verificando nuevas experiencias y aprovechan las enseñanzas patentes de nuestra cambiante realidad histórica. Entre otras, que la guerra nuclear imposibilita la violencia como recurso de lucha por el poder. Y que si el comunismo marxista a ultranza es utópico, el capitalismo, como sistema general rígido, inmutable, va, incontrastablemente, por el declive de su caducidad.

Una política antirrusa inspirada en el miedo y en la alarma, o en el belicismo, ora desafiante, ora agazapado, solo conduce a mantener indefinidamente al mundo “al borde de la guerra”. Y estas son —a tenor literal— las indiscretas palabras que en fatal desliz periodístico se le escaparon a míster Dulles, a quien —se ha dicho de paso y con sólita frase popular en nuestra América— “el puesto le viene grande”... Pero, retomando una reiteración, resulta mejor plantear el gigantesco conflicto en su cabal magnitud de enfrentamiento de dos filosofías político-económicas, y, partiendo de esta premisa, orientarse por el sentido común.

Como este es el que inspira a la avezada opinión europea, no es difícil descubrir en ella un aumentante escepticismo, una corrosiva incredulidad en la capacidad y el acierto de la dirección política

internacional. Y algo peor: los gérmenes de una melancólica desesperanza que, a las veces, estalla confusionante y violenta. Estado mental y emocional cuyos síntomas de agitación tienen su ejemplo en la impaciencia de los nerviosos franceses frente a su problema interno, y especialmente norafricano, y del que el imprescindible fenómeno *poujadista* no es sino una deformada reacción de aquella pérdida de fe en todo lo que proclamaron los directores democráticos de la última guerra para encender el entusiasmo de los pueblos contra la agresión nazi. También las rebeliones argelina y marroquí —arrostradas con tantos yerros y traspiés por el mismo chauvinismo fanático francés que, antagonizándolo, ayudó no poco al surgimiento odioso de Hitler— son proyecciones y consecuencias de las promesas incumplidas. O sea, de la frustración de aquella filosofía basada en los derechos del hombre —y de los pueblos oprimidos— enhestada como ideal promisorio de la victoria de las cuatro libertades.

“¿Qué defendemos?, ¿adónde se nos lleva?” pregunta la opinión mayoritaria que en Europa es democrática, cada vez más tendiente hacia la izquierda y, por tanto, pacifista. Y resaltan las disidencias de la línea política de Washington, no solo en el caso palmario de la China, sino también respecto de Rusia, con la cual los europeos, a despecho de la desconfianza que necesariamente suscita todo vecino inmediato y poderoso, quieren paz.

Pero afloran otras discrepancias recelosas: la política hoy predominante en Norteamérica es desfavorable a todos los que en jerga peyorativa y segregacionista se designa allí como “radicales”, y a todo lo que, simplistamente, se envuelve en el término derogatorio de socialismo. Y si se exceptúa al gobierno conservador inglés —que es de un conservatismo cada vez más prudente y día a día más combatido— todos los regímenes importantes de Europa tienen algo de “radical” y mucho de “socialismo”. Lo cual explica que, sabiéndolo los rusos, sean tan tenaces en su desconcertante diplomacia de paz.

Porque los europeos comienzan a pensar muy seriamente que puede ser sincera —puesto que la guerra nuclear va cerrando el paso a la guerra misma— y porque quieren paz. Ocioso es anotar que el efecto favorable de la política pacifista rusa al otro lado del Viejo Mundo, particularmente en Asia y África, es evidente.

Asoma ya en el pensamiento independiente y realista europeo una vigorosa tendencia que podría llamarse “el retorno a la lógica”. O, con otras palabras, hacia una solución inteligente del gran problema de la rivalidad de dos filosofías y de dos sistemas económicos, ninguno de los cuales podría triunfar sin una guerra. Pero como esta no es alternativa salvadora, sino suicida, solo queda el camino racional de una elevada política de rectificaciones recíprocas. Y sobre tal base, una íntegra reorganización internacional.

Pasos en tal sentido, en parte ya iniciados, son los del movimiento organizativo de la federación europea que, improvisadamente, ha tornado remozada pujanza, especialmente en Alemania y Francia, y que constituye un hecho a las claras estimulante. Consecuencia de esta política, y a la vez su sustento originario, es la orientación económica de pueblos y gobiernos hacia una democracia social, cada vez más avanzada y, por lo tanto, cada vez más distanciada del sistema capitalista de inflexible tipo norteamericano. Vale decir, de progresivas restricciones a la llamada “libertad de empresa”, a fin de garantizar las otras libertades consustanciales de una genuina justicia democrática.

Si la Europa occidental lograra constituir la unidad económico-política hacia la que hoy tiende, por un imperativo cada vez más paladino de supervivencia, su intervención conjunta podría ser decisiva para exigir las rectificaciones salvadoras que las más grandes potencias estarán obligadas a aceptar como medio ineludible de solución de la aguda crisis presente. Y no es utópico prever que la Europa oriental hallaría menos difícil sumarse a aquella proyectada unidad, dado que ella no conllevaría las intransigencias doctrinarias

que esconden otras hostilidades. Y si Rusia quiere y garantiza la paz que promete —y que puede ser su exclusivo camino—, será Estados Unidos el llamado a responder abandonando su política actual. ¿Confían para ello los europeos democráticos y pacifistas en un cambio de partido en el gobierno norteamericano, a fin de que el mundo se enrumbe hacia una positiva reorganización?

Pienso que sí. El europeo avizor sabe que el camino de Roosevelt quedó truncado. Y cree que volver sobre él, y adelantarle, significaría ganar mucho tiempo perdido en el indispensable quehacer histórico de ganar la verdadera paz que las democracias comenzaron a perder cuando ganaron la guerra.

París, febrero de 1956

43. *Monsieur Spaak, portavoz del common sense*

El ministro de Negocios Extranjeros belga, *monsieur* Spaak, ha librado recientemente en el Senado de Bruselas una victoriosa batalla argumental al defender la abstención de su país cuando se votó el ingreso de la España de Franco en la Organización de las Naciones Unidas. Y lo que *monsieur* Spaak ha defendido en su enérgica y clara réplica parlamentaria no ha sido otra cosa que lo que en inglés se denomina *common sense*. O, en términos coloquiales de cualesquier lenguas indoeuropeas, “lógica”. De la que —a tenor del *Diccionario Académico de Madrid*— “dícese comúnmente de toda consecuencia natural y legítima; del suceso cuyos antecedentes justifican lo sucedido, etcétera”. Que es el *common sense*, o “lógica”, lo que está sufriendo aguda crisis en la política internacional dirigida desde Washington a partir de 1953.

El ministro Spaak ha expuesto razones incontrovertibles, basadas en aquel mal parado sentido común, cuya decadencia es, a no

dudarlo, la verdadera causa del creciente pesimismo popular europeo respecto de la sinceridad y acierto de una política lealmente democrática en las relaciones entre el Este y el Oeste. Y de las declaraciones del estadista belga importa entresacar literalmente algunas que son sólidas premisas de una ilación de silogismos concretos y diáfanos.

Dijo *monsieur* Spaak: “Si los reglamentos de la ONU hubiesen sido aplicados, España no habría sido admitida con esa mayoría. Si Hitler se presentara hoy en la ONU, ¿me reprocharíais no votar por él? La Alemania y la Italia, por las que yo he votado en la ONU, son aquellas que han repudiado al nazismo y al fascismo”. Y, en su respaldo, el ministro ha citado los textos de las resoluciones adoptadas el 9 de febrero de 1946 por la Asamblea de las Naciones Unidas, según las cuales se condenaba al gobierno de Franco “instaurado por las potencias del Eje”, a causa de “su asociación” con ellas. Y, entonces, Bélgica votó contra la España totalitaria en unión de otros cuarenta y cinco Estados.

“Yo llamo vuestra atención —ha dicho admonitivamente *monsieur* Spaak— sobre el peligro real que entraña el haber permitido que la Carta de las Naciones Unidas sea violada: las Naciones Unidas han sido fundadas para defender una cierta concepción del derecho y de la paz. Y es deplorable admitir que en el seno de ellas a países que por su comportamiento ostensible no están dispuestos a aplicar aquellos principios”.

El ministro Spaak ha reiterado que durante la guerra de 1940 a 1945 el régimen de Franco estuvo indubitablemente al lado de Hitler y Mussolini, y que es por esta razón, y solo por ella, que el gobierno de Bélgica no ha podido aprobar la admisión en la ONU de una España que “permanece exactamente la misma España de 1940”, sin haber jamás lamentado ni repudiado “su forma de participación en la guerra de 1940”.

Cuando en el curso del debate un senador de la oposición interrumpió al ministro para decirle: “Usted olvida las cartas de Sta-

lin a Hitler”, la respuesta precisa e inmediata de *monsieur* Spaak ha retrucado esclarecedoramente: “¿Quién osa comparar a España con Rusia? Si esta cometió errores, ellos han sido enmendados sobre los campos de batalla. Rusia ha contribuido a nuestra liberación. Y si conservamos algún sentimiento de dignidad, debemos abstenernos de semejantes comparaciones... La Unión Soviética ha sido admitida en las Naciones Unidas porque sus soldados han muerto por nuestra causa común. ¿Dónde y cuándo la España de 1955 se ha rectificado de su política de 1940? Hoy no existe en el mundo entero sino un gobierno que ha sido francamente favorable a la Alemania de Hitler: ¿iréis vosotros a apoyar la entrada de España en la OTAN si ella la pide? [...]. Para que la defensa de Occidente sea eficaz, no es suficiente sumar solo fuerzas; es, antes bien, necesario reunir un cierto número de principios comunes”.

Monsieur Spaak ha hablado así, directamente, a su país. Ello no obstante, sus palabras han alcanzado singular resonancia en la acústica política europea. Acaso por primera vez, desde tan alta tribuna de un Estado de veras democrático, el pensar y el sentir de la opinión pública continental predominante han sido trasuntados fiel y netamente. Pensar y sentir que, percibidos desde el ángulo de recepción de la circumscripita superficie publicitaria, pudiéramos subestimar al considerarlos como apenas subyacentes. Pero auscultados a fondo, o relacionados con el escéptico descontento de las masas, que a las veces aflora manifiesto en la confusa desviación de los electores impacientes —caso revelador del *poujadismo* en Francia, por ejemplo—, evidencia un peligroso síntoma de desorientación negativa, o de cínica desconfianza hacia aquellos necesarios “principios comunes” que, con harta razón, el ministro belga considera apostados.

No es difícil escuchar en Europa, de labios del dirigente político, del hombre de negocios o del intelectual alerta —quienes hablan cuando quieren hablar si se saben exentos del riesgo de ser mal inter-

pretados—, o del más espontáneo trabajador manual, viejo y joven, que saben lo que dicen, la misma observación: todos entendemos qué quieren los rusos, pero nadie comprende adónde va la política del llamado “mundo libre”. ¿Hacia la voceada paz, fomentando el armamentismo y las alianzas militares, por un lado, para que los rusos se coaliguen, sin demora, con los del otro? ¿Hacia la democracia, de brazo con Franco, Chiang Kai-shek, o con los déspotas árabes, o con los usurpadores castrenses latinoamericanos? ¿Hacia la justicia económica, cuando se pretende imponer a ultranza los moldes obsoletos del sistema capitalista más reaccionario, so capa del *free enterprise*?

Los rusos —aseveran con notable unanimidad esos opinantes— tienen *su* credo, *su* lógica, *su* paladino procedimiento. Trabajan y avanzan con *su* propio y prefijado derrotero. Si dentro de él zigzaguean, lo cierto es que no cejan. Pero, por el otro lado, las contradicciones claudicantes, el subalterno oportunismo inconfesable de la dirección internacional de las democracias, solo produce desilusiones y recelos.

Además, la hábil diplomacia rusa está dirigida hacia la captación de la simpatía de las grandes muchedumbres, cuya creciente influencia es decisiva. Y aunque se discutan y censuren las innovadas y crudas formas alusivas de la retórica soviética, su terminología sin ambages, provocativa y confinante en no pocos casos con el de-nuesto, es innegable su eficacia sobre la imaginación y el favor de las multitudes. Y tal vez sea esto lo que más importe en el conturbado mundo de hoy; porque de aquellas proviene el elector que vota y el soldado que pelea. O el desesperado a quien se niega arbitrariamente el derecho a las vías legales, cuyo único recurso es la aventura insurreccional para lograr la prometida y negada libertad.

Los dirigentes civiles de la guerra mundial contra el nazismo comprendieron bien que no es posible conducir y ganar una ingente lucha de pueblos contra la tiranía, sin una positiva promesa de liberación inequívocamente programada. Y nadie ha olvidado con

cuánta tenacidad y con qué sobresaliente eficiencia de propaganda los portavoces de las democracias en lucha aseguraron a todos los oprimidos de la Tierra que si prestaban su esfuerzo y daban su sangre para abolir el totalitarismo, ellos serían redimidos: “Esta guerra no tiene por único fin la derrota de los despotismos de Alemania, Italia y el Japón, sino, también, la de todos los del mundo”, declaró intempestivamente con tales o semejantes palabras el presidente de Estados Unidos, míster Roosevelt. Y la ONU se estableció —como lo ha recordado el ministro Spaak— con el inminente designio de cumplir aquellos generosos propósitos.

Se ha culpado exclusivamente a Rusia de haber impedido que estos se alcanzaran. Pero Rusia no se comprometió jamás a la abolición de su sistema político, y sus ofertas de cooperación fueron, por tanto, siempre restringidas. Por su lado, las democracias, y especialmente Estados Unidos, sí garantizaron el seguro advenimiento de un verdadero “mundo libre”. Y su responsabilidad histórica les imponía instaurarlo: por lo menos, dentro de la vasta zona de su influencia, aquende la llamada Cortina de Hierro.

Empero, no ha sido así. De muchos de los pecados de tiranía de los cuales se acusa a Rusia, se puede responsabilizar también a no pocos Estados que forman la amalgama democrática. En ella se confunden pueblos auténticamente libres con otros brutalmente subyugados. Y cuando se mencionan las persecuciones políticas, los campos de concentración o los genocidios comunistas, no se recuerda que de todo ello también tenemos, y no poco, a este lado del lindero entre el Oriente y el Occidente. Las dictaduras militares, como las de Indoamérica o la de España, apenas difieren con métodos terroristas contra sus opositores de las eslavas o asiáticas. Y aunque cuantitativamente desemejen las cifras de las víctimas, existe una relación proporcional cuando se las compara al total de las poblaciones. Si España o cada uno de los Estados americanos sometidos a las ti-

ranías militares tuviesen el mismo número de habitantes que Rusia o que China, también tendríamos que contar por millones a los que hoy son decenas o centenas de miles de sacrificados por la ferocidad reaccionaria de los autócratas improvisadamente afiliados al “anticomunismo”. Y este sirve de buen pretexto para declarar “comunista” a todo liberal o demócrata —hombre o partido— que defienda aquella violada Carta Universal aprobada por la Asamblea General de la ONU del 10 de diciembre de 1948.

Fundamentalmente, la Guerra Fría tiene por objetivo atraer y captar la adhesión de los pueblos hacia uno de los grandes bandos enfrentados en una inconciliable disputa de filosofías políticas, las cuales comportan antagónicos sistemas económicos. Y en esta lucha hacen mucha falta idearios claros y comportamientos afirmativos consecuentes con ellos. No es posible, por tanto, ganar esta disputa universal solo enarbolando negaciones. El “anticomunismo”, sin una respuesta positiva a su reto ideológico —y haciendo de él un arma de dos filos contra la misma esencia de la democracia—, resulta inocuo. O, más que esto, va en directo beneficio de aquello que niega. De esto resulta así una creciente desorientación y un contagioso pesimismo popular, que, en todo caso, forma buen caldo de cultivo para la expansión comunista. Si las democracias pretenden ganar la Guerra Fría, deben demostrar al mundo que la justicia económica puede lograrse sin inmolar la libertad política; que las dictaduras clasistas, oligárquicas o militaristas son, más que innecesarias, abominables. Y que un ordenamiento social equilibrado y humanitario será posible más allá de un sistema capitalista intransigente, extremo, o de una fórmula marxista, rígida y violenta.

Y el ensayo de esta solución “lógica” o de sentido común es el que se va cumpliendo en la Europa escandinava o en la del Benelux. Lo cual explica la actitud beligerante, pero sincera, del ministro Spaak.

Bruselas, 15 de marzo de 1956

44. ¿Está triunfando la diplomacia rusa?

No suelo hacer reportajes, en el sentido que este vocablo tiene en el léxico periodístico, cuando la buena ventura me pone frente a un descollante personaje europeo. Los diálogos estilo catecismo no son mi género. El estadista, el político, y aun el hombre de ciencia en todas las latitudes, temen, y no poco, al interrogatorio concreto destinado a la publicidad. Usualmente se inhiben. Y reparando, sin duda, en la proyección interpretativa con que sus manifestaciones pueden resonar, tamizan sus palabras, miden y calculan lo que dicen.

Porque lo sé bien, prefiero el coloquio sin registro, a título de plática amistosa, sobre generalidades —y eventualmente sobre particularidades—, sin dejar de advertir siempre a mi interlocutor que no ando a caza de revelaciones ni rastreo informes autorizados para beneficio de mi personal criterio acerca de problemas importantes.

Con esta práctica me va bien y creo haber aprendido mucho. Porque en las charlas que de comienzo intrascendentes derivan sin escollos a temáticas concretas, y desembocan a las veces en las más profundas discusiones, voy allegando pareceres y conceptos esclarecedores. Con tales ingredientes formo mi acervo para un libro sobre la Europa de hoy; pero, asimismo, puedo transmitir al lector de estas notas algunas frescas ideas de primera mano, atinentes a la compleja situación del mundo actual.

Una de las conclusiones para mí más relevantes de esta exploración en el pensamiento europeo responsable, tanto popular como dirigente, es el consenso admirativo hacia la capacidad política rusa en el manejo de los asuntos mundiales. Esta aseveración debe ser discriminada para desconsuelo de los comunistas. No se admira a la diplomacia soviética en el plano ideológico. Precisamente es unánime un criterio contrario al predominante a este respecto. Rusia ha llevado a sus extremos aquello que alguien dijo certeramente de Lenin —acaso Bernard Shaw— hace muchos años, cuando fue califica-

do como el *genio del oportunismo*. El europeo de Occidente no puede olvidar que, en el orden interno, desde aquel celeberrimo paso atrás de la Nueva Política Económica (NEP), hasta la insólita disolución de la Tercera Internacional y el avenimiento estaliniano con la Iglesia católica ortodoxa, los directores rusos saben echar por la borda, cuando les es preciso, conceptos y doctrinas. Y en el orden externo, el pacto nazi-soviético de agosto de 1939 y el consiguiente reparto de Polonia entre Rusia y Alemania resultan precedentes aleccionadores. A los cuales, importa recordarlo, se agrega la formidable voltereta de la alianza de Moscú con las potencias capitalistas para defenderse conjuntamente de Hitler, y el inopinado cambio de *palabras de orden* que, al contrapasarse, vocearon los comunistas respecto de la guerra. La cual fue execrada por Stalin como “imperialista”, mientras los nazis eran sus aliados y, después de la traición de estos, fue encomiada por el mismo dictador como “democrática”.

Lo que el europeo admira en Rusia es, justamente, su política de designio *imperial*. Y hay que elucidar este término: los sóviets han proseguido en aquella inveterada línea directriz de los zares, quienes se asignaban el dictado, sin duda previsor, de juntadores de pueblos. El Imperio de los Romanov no solamente permanece con sus mismas fronteras anteriores a 1914, o a 1905 —exceptuada la hasta hoy inconquistable Finlandia—, sino que ha sido grandemente incrementado. Además, su *zona de influencia*, el perímetro que la prensa norteamericana denomina su “señoría satelitista”, abarca una ingente porción del mundo euroasiático, cuyas poblaciones suman más de ochocientos millones de habitantes.

Desde que fue invadida, Rusia demostró en la guerra un tremendo e impertérrito poderío nacional. Las banderas comunistas de 1917 quedaron como meras enseñas. Pero el profundo impulso defensivo popular —que repitió agigantada la reacción unánime frente a la expugnación napoleónica— y el admirablemente certero cálculo rector

en la utilización de la victoria, después, hicieron del país de los sóviets el verdadero triunfador de la titánica contienda. Lo que ha quedado de ella, en un mundo desconcertado, confuso, fue la presencia imperial de Rusia, como potencia humana, política y bélica de primer rango.

El europeo occidental, aunque lo disimule, no escatima su encomio a la destreza conductora de los rusos, a despecho de los temores que tal admiración comporte. Sabe bien que las pautas de la pura filosofía marxista han sido abandonadas en gran parte. Presiente que la filosofía misma ha perdido muchos de sus asideros esenciales en un mundo en el cual la ciencia atómica depara un dispositivo imprevisto, y por Marx insospechado, en el subsuelo del pensamiento contemporáneo y en el surgimiento incesante de una portentosa tecnología. No duda que la guerra nuclear avanza caudalosamente en sus descubrimientos destructivos y que ellos acarrearán la aniquilación suicida de todo lo que el hombre civilizado ha podido crear en seis mil años de plurales procesos históricos. Pues, y ya lo he anotado alguna vez, aparece evidente que aquel apotegma marxista, solera de todo su esquema dialéctico, “la violencia es la partera de la Historia”, confronta hoy su negación incontrastable en un hecho patente: la violencia —vale decir, la guerra, “madre de todas las cosas”, según Heráclito— ha perdido todo poder creador por el superexceso indetenible de sus crecientes potencias de exterminio.

Todo ello abona la objetividad del europeo occidental, quien cree adivinar que los marxistas rusos son los primeros en percatarse de tan paladinas evidencias. Pues nadie como ellos percibe mejor la mudanza universal de concepciones, normas y preceptivas filosóficas que sobreviene con la revolución científica, cuyas consecuencias confrontan. Y nadie, tanto como los marxistas rusos, pueden dudar menos de la crisis terminal del marxismo.

Esto no obstante, su propia dialéctica les ayuda. Aunque no se atreven aún a confesarlo con palabras, lo van declarando con sus he-

chos: el marxismo se basa en la premisa de que todo debe pasar y caducar para ser negado y superado. Y a la filosofía que esgrime sin ambages esta escueta verdad le ha llegado también su hora fatal de negación y caducidad para ser suplantada por algo nuevo que habrá de superarla. En el oscuro horizonte que precede a las auroras solo se avizora el albor de aquella época que revolucionará a la humanidad, si desencadenada en fuego exterminador antes no la conflagra y destruye. Sin metáfora, aquel trastornador alumbramiento tiene ya un nombre no popularizado y en principio asequible: se llama la Era Atómica.

Frente a lo que la prensa del llamado mundo libre indica como “la amenaza rusa”, aparece lo que con diversas denominaciones, a más de la dicha, se designa también como “el Occidente”, “las democracias” o, con el apelativo soviético, “el mundo capitalista”. La dirección de él, por la ley gravitacional del poderío, corresponde a Estados Unidos. También, como el bloque soviético, una entidad de tipo continental con destinos de imperio.

El europeo del oeste se sabe aliado y atenido a este mentor poderoso, cuya ayuda fue decisiva para salvar al mundo de la brutalidad amenazante del nacionalsocialismo hitleriano. No olvida lo que le debe, aunque sepa lo que el hombre, la inteligencia y la orgánica disciplina eficiente de Europa puso al servicio de su liberación. Empero, y gratitudes y simpatías aparte, el europeo no olvida tampoco que la causa era común y el interés defensivo unánime. Mas lo que ahora le interesa es saber si el compañero de la guerra conoce el manejo del complicado comando de una acertada y constructiva política de paz. Y aquí —esta es la verdad— el europeo, por más que a las veces no lo declare, desconfía y duda.

Los rusos saben que un tránsito ecuménico, más veloz que todas las adelantadas doctrinas de hace un siglo, las va dejando atrás. Con ellas —también parecen entenderlo— quedan a la zaga concepciones, rápidamente envejecidas, sistemas cuyas normas, en los

últimos treinta años, han devenido obsoletos. Pero los rusos están convencidos de que la inminencia de un trastrueque es total, mundialista, y que de él no se libran ni ellos ni sus adversarios. Y esto explica su ductilidad, su mañosa transigencia. Y, a su vez, la secreta admiración del europeo occidental, quien, a pesar de ser protagonista del juego, no ha perdido su capacidad de estimativa y distingue entre los dos capitanes de equipo, al experto habilidoso y al equivocado falluto y advenedizo.

¿Lamenta el europeo esta comprobación, no obstante su reconocimiento de quién lleva el derrotero acertado en el peligroso lance?

Sí lo lamenta. Pero, adiestrado por mil años de peripecias históricas, no tiene el miedo infantil de aquellos que jamás sufrieron en su propio suelo las cruentas lecciones de las guerras, de las invasiones, de las contingencias terribles de prolongadas luchas. Y ve más lejos.

Ello explica por qué —sin dejar de aceptar lo que estiman aceptable en el campo de la economía, han transformado en prodigiosa reconstrucción los dólares del dadivoso aliado— no lo sigan en sus yerros políticos. Y esto nos da la clave del reconocimiento de la China roja; de la subsistente legalidad de los partidos comunistas; de su tendencia hacia una progresiva coexistencia con Rusia; y aun de que, en casos aislados y audaces —como Suecia y Finlandia—, se mantengan ajenas a la OTAN.

Pero hay algo más. El sistema socialdemocrático; el intervencionismo del Estado; la política de controles de cambio; el rechazo sin temores a lo que los norteamericanos llaman *freedom of enterprise*, vienen a probar que los pueblos europeos no creen en la supervivencia del sistema capitalista, tal como en Estados Unidos se proclama, particularmente por el Partido Republicano. Y cuando la prensa del otro lado del Atlántico vocifera su desprecio a lo que peyorativamente apodan “socialismo” —así entre comillas—, los europeos sonrían y comentan ante quien quiera oírlos: “Buenos amigos los norteamericanos, pero sin experiencia para la dirección de los asuntos mundiales”.

¿Qué nos dice el europeo responsable de la campaña odiosa contra la obra de Roosevelt, desencadenada en la prensa republicana estadounidense?

—Si se equivocó y los rusos fueron más hábiles que él, el error no fue solo suyo: lo sabemos. Pero Roosevelt ha sido el único estadista con atisbos geniales que ha dado su país en nuestra época. Fue un precursor de la coexistencia hacia la cual van acercándose cada vez más rápidamente los actuales dirigentes, aunque no quieran confesarlo. Si Roosevelt hubiera vivido la Guerra Fría, uno de los más recientes inventos norteamericanos, no nos habría hecho perder tanto tiempo, cuando vamos a terminar por donde debimos empezar. La política del “miedo a Rusia” no ha tenido resultados en Europa, ni en Asia. Los norteamericanos dirigentes nunca han podido vislumbrar que Rusia tiene también sus propios miedos.

Y el consenso general, dondequiera, reconoce que la diplomacia rusa está triunfando. Por más experta y maleable, por más sinuosa y “europea”. Pero, también, porque del otro lado los fracasos en la conducción de una política huérfana de genial orientación han facilitado el camino a una diplomacia de gran estilo, típicamente imperial, de los hombres del Kremlin.

Y el hombre de Europa occidental lo deplora, pero, filosóficamente, confía en el destino. Y trabaja, y sonríe.

Ostende, julio de 1955

45. Los cambios de la política rusa y las reacciones de la opinión pública

Es ya tópico, en los comentarios informales sobre la situación europea, que cada semana se debe esperar una nueva y sorprendente noticia rusa sobre sus cambios políticos. La sucesión de estas novedades

tienen seguro lugar en las primeras páginas de los diarios, y es casi ininterrumpida. Y la ya célebre locuacidad de Nikita Krushev no resulta tan gárrula como algunos frívolos glosadores periodísticos lo han creído. Ahora se pesan y miden sus palabras; por cuanto detrás de ellas aparece un claro y firme dispositivo estratégico, cuya táctica consiste en tomar ventaja del a veces desconcertado silencio de sus opositores, y ganar así la impresión favorable de las extensas masas del mundo.

Europa, que sigue atentamente los movimientos de la diplomacia soviética, y tiene como suprema y unánime preocupación la de la paz, no se ha repuesto todavía de los profundos efectos producidos en la conciencia de sus pueblos, por el anuncio ruso de la reducción de su Ejército: sesenta y cinco divisiones van a ser desbandadas —las cuales suman un millón doscientos mil hombres—, treinta mil soldados van a ser retirados del suelo de la Alemania Oriental, tres divisiones aéreas serán disueltas, y trescientos setenta y cinco barcos de guerra van a ser desmantelados. Este programa, que ha de cumplirse en un año con un cuantioso corte en los presupuestos militares y en los de gastos futuros para armamentos —y recojo aquí las palabras del autorizado corresponsal de la agencia Reuters en Moscú—, ha producido general satisfacción solventada por el convencimiento de que el peligro inmediato de la guerra, tan voceada por cierta prensa del “mundo libre”, va alejándose, por lo menos, en cuanto a Rusia concierne.

Los más escépticos ante este paso de Rusia —y el escepticismo proviene principalmente del otro lado del Atlántico— advierten que tan espectaculares medidas, aparentemente dirigidas hacia una política positiva de desarme, pueden explicarse como una consecuencia de la profunda revolución que se está operando en la ciencia y tecnología bélicas. O, en otras palabras, que los ingentes ejércitos preatómicos han perdido eficacia ante los avances tecnológicos de la guerra nuclear, y que las inmensas masas de soldados, en tal innovado tipo de lucha, ya no tendrán función realmente efectiva que cumplir.

Al mismo tiempo, los mismos argumentadores explican las drásticas reducciones militares anunciadas por los sóviets, con importantes razones económicas: Rusia necesita intensificar cada vez más su producción —la cual aspira a equiparar con la de Estados Unidos para 1960— y carece de contingentes obreros jóvenes bastantes, debido a la mortandad de la guerra y a la baja de sus índices de natalidad, también como consecuencia de aquella. Por lo tanto, un millón doscientos mil hombres licenciados de sus Fuerzas Armadas van a convertirse en obreros fabriles, mineros y agrícolas; y, en vez de solo consumir, van, ahora, a producir.

En sus comentarios sobre la reducción de efectivos militares rusos, Krushev no oculta que aquellas dos motivaciones han sido tenidas en cuenta. El secretario general del Partido Comunista ruso ha repetido muchas veces —y particularmente desde su visita a Inglaterra— que la guerra futura ya no será de invasiones, batallas campales o de trincheras, planes de movimientos de estilo napoleónico; y ni aun a la manera de la última guerra mundial. Todo eso —ha dicho con reiteración y énfasis— pertenece al pasado. La guerra nuclear muy poco tendrá que ver con la tipología del llamado “arte militar” de otros tiempos. Consecuentemente, la subsistencia de enormes y costosos ejércitos preatómicos resulta un anacronismo ante los adelantos de la nueva ciencia y técnica de la agresión y defensa.

También ha declarado el líder ruso que su país necesita de más y más trabajadores para las industrias y la agricultura. Por cuanto —y lo ha puntualizado francamente— el poderío de un pueblo no radica tanto en sus armas como en su economía. Y Rusia avanza velozmente hacia el objetivo de alcanzar la primera posición entre las potencias económicas del mundo. El logro de tal supremacía —ha aseverado también Krushev— no se posibilita con parásitos sino con productores.

Cuando recientemente en Moscú los inquietos periodistas franceses han preguntado a Krushev si el comenzado desbande de

las Fuerzas Armadas rusas puede llegar progresivamente a comprender sus reservas de energía nuclear, la respuesta ha sido neta: “También, si llegamos a convenir con nuestros oponentes en un desarme universal, para el que nos hallamos listos. Esto depende de ellos; nosotros seguiremos en nuestra ofensiva de paz, pues estamos seguros de las imprevisibles consecuencias catastróficas de una guerra cuyas armas ya no serán rifles ni ametralladoras, sino vertiginosas bombas aéreas de hidrógeno”.

Como el efecto de las medidas rusas ha sido profundo en la opinión pública europea, cuyo mayor anhelo —importa repetirlo— es la paz, los portavoces de los gobiernos democráticos han respondido reflexivamente: Gran Bretaña ha recordado que Rusia tiene aún en pie doscientas treinta y siete divisiones y que la OTAN solo cuenta con cien. Pero, al mismo tiempo —y para satisfacer a los contribuyentes ingleses y a la prensa liberal y laborista, quienes exigen una política más eficiente ante la ganosa que Rusia desarrolla—, los británicos han anunciado que ellos también harán una nueva reducción de sus efectivos militares en setenta mil hombres.

En Alemania la reacción oficialista se ha sumado en sus declaraciones a las que abundan en toda la prensa de los países de la Europa occidental: es imperativo un cambio radical en la política de la OTAN, pues de poco sirve tener un plan de acción militar si este no está respaldado por una coherente dirección de las relaciones internacionales. El canciller Adenauer ha dicho que los rusos han modificado sus planes de guerra caliente, posponiéndola, para dar paso a otra ofensiva de infiltración. Consecuentemente, la OTAN debe ajustarse a esta nueva fisonomía de la política mundial. Más lejos que las cautas observaciones del canciller socialcristiano han sido las censuras abiertas e insistentes de la oposición socialdemócrata alemana, a cuya línea de batalla política contra la dirección norteamericana de las relaciones entre el Este y el Oeste se han unido, sin reservas, algunos miembros del propio gabinete de Adenauer.

Cabe aquí añadir que las generalizadas críticas contra la ineficacia de la dirección del llamado “mundo libre” han arreciado a raíz de los nuevos movimientos de la política rusa. Y aun en los sectores de la opinión más conservadora, y, por ende, más desconfiados de la sinceridad de las promesas de Moscú, es unánime el reclamo de una innovación en la conducta de los gestores de la contraofensiva democrática ante la móvil y elástica diplomacia soviética.

La desunión del mundo occidental aparece como una finalidad concreta en los planes rusos. La “infiltración” a que se refiere el canciller Adenauer es comprobable. Un movimiento de oculta o manifiesta admiración hacia los alardes de audacia de las posturas políticas que protagoniza y vocea Kruschev es el primer efecto de aquella infiltración. Y, por lo menos, comienza a reconocerse como un hecho inobjetable que la iniciativa ha sido ya ganada al vacilante comando de las democracias.

En medio de esta desazón, casi confinante con el pesimismo, ha surgido una voz de Estados Unidos, cuyas concretas opiniones, de ser oídas, comportarían pasos relativamente seguros hacia el esperado cambio de la política occidental.

Míster John McCloy—quien fue alto comisario de Estados Unidos en Alemania— acaba de revelar sus puntos de vista en el prólogo de un libro del que es autor el doctor Roberts, director del Instituto Ruso de la Universidad de Columbia. Las opiniones de míster McCloy tienen especial significancia, no solamente por su autoridad y experiencia, sino porque un rumor muy insistente lo señala como posible sucesor de míster Dulles en la Secretaría de Estado de Washington.

En su prólogo, McCloy considera que Estados Unidos puede ayudar al movimiento de la unificación de Europa si modifica los conceptos políticos y estratégicos de la OTAN. Pues asevera que esos conceptos resultan ya ineficaces y, lo más todavía, en 1960, año en que la Unión Soviética podrá rivalizar con el poder atómico de la

OTAN en Europa. “El problema —dice— es el de hallar una estrategia capaz de desalentar a los rusos y de crear una vigorosa defensa como para impedir todo ataque soviético en Europa, a la vez que afirmar una solidaridad amistosa con todos los demás miembros de la OTAN”. McCloy sostiene que Europa debe contar, sea por la ayuda norteamericana, sea por sus propios recursos tecnológicos, con sus completas industrias de armas nucleares, a fin de poder defenderse por ella misma de cualquier agresión rusa de tal tipo.

Sostiene, además, McCloy que es necesario que Estados Unidos mantenga crecientes relaciones con la Alemania Oriental y con los países satélites de la Unión Soviética. Y demuestra la necesidad de una mayor relación entre los alemanes del Este y el Oeste, cuyo intercambio debe ser, a su juicio, estimulado.

Va más lejos McCloy en su planteamiento: dice que si los sóviets aceptan la reunificación alemana, la OTAN deberá garantizar a Rusia que ella no sería atacada por sus vecinos unidos. Y, con notable realismo, recalca que una de las causas de la actual oposición rusa a la unificación de Alemania proviene del temor de que esta pretenda rescatar sus territorios hoy en poder de Polonia y Checoslovaquia. De manera que McCloy sugiere que la OTAN debe exigir a la Alemania reunida el abandono de todo reclamo territorial, como garantía para Rusia.

El prologuista McCloy preconiza una acción más efectiva de ayuda norteamericana a los países que no están comprometidos con Moscú y, en general, sus puntos de vista tienden a demostrar que la formación de un frente defensivo debe estar basado en una política activa de interrelación, no solo con el mundo democrático, sino también con el que queda detrás de la Cortina de Hierro.

Lo novedoso en las iniciativas de McCloy es lo que podría llamarse su aportación imaginativa. Por primera vez se descubre entre los estadistas norteamericanos un intento político con imaginación de gran estilo. Los rusos han descubierto que la causa de la cohesión

européa, a partir del término de la guerra, ha sido el temor. Y es evidente que la política occidental ha hecho uso excesivo de esta arma psicológica de gran efecto durante la primera década que subsiguio a la contienda. En buena cuenta, la política exterior estalinista se basó en infundir miedo al mundo occidental. Y los resultados de tal estrategia fueron la inmediata solidaridad de los países europeos temerosos de una invasión y el surgimiento de la OTAN. Pero como el anhelo de paz y seguridad es unánime entre los pueblos de la Europa comprometida en ese pacto, los dirigentes antiestalinistas de Moscú resolvieron destruir su nexo psicológico y desbaratar aquella forzada solidaridad. De aquí que ahora las críticas contra la política exterior de Stalin, surgidas en el propio seno de su partido, sean, en cuanto respecta a la política exterior, las que en ruda forma calificó Kruschev como desastrosa: Stalin antagonizó al mundo democrático y contribuyó a que se uniera.

El cambio de la política de Moscú ha logrado, a no dudarlo, su propósito. Ha relajado los vínculos de los países unidos dentro de la OTAN. Más aún, le ha arrebatado sus objetivos. Y el problema de la OTAN es hoy el de recapturar o rehacer aquellos nexos psicológicos perdidos. Pues si Rusia aleja de Europa los peligros de una guerra —su hábil juego actual— los pueblos europeos consideran que debe intentarse otro género de relaciones internacionales entre el Este y el Oeste.

Resulta así que la llamada Guerra Fría es una guerra fundamentalmente psicológica. Y los movimientos diplomáticos de Moscú no tienen otra meta que reconquistar la confianza de los pueblos, garantizándoles sinceridad en sus llamamientos de paz. No es exagerado reconocer, a despecho de los recelos aún subsistentes que aquellos puedan inspirar, el buen éxito de la estrategia soviética con el logro de su premeditado plan de dividir para reinar.

Mas he aquí una gran cuestión: ¿ha agotado Rusia el contenido de su caja de sorpresas?

La acelerada presentación de fórmulas y planteamientos in-sólitos permite suponer que esta no se detendrá de súbito en espera de las respuestas de las hasta hoy hesitantes democracias rivales. Todo parece indicar que el dispositivo prefijado por Moscú tiene, como condición para cumplirse, ganar, por velocidad, el desconcierto de Occidente. Pues si sus promesas quedaran agotadas en el punto adonde han llegado, la batalla psicológica solo sería victoriosa a medias. Además, los Estados democráticos tendrían tiempo y razones para desacreditarlas. Pero si Rusia no está encubriendo un secreto y protervo plan de intempestivas agresiones de tipo bélico, si no se propone conflagrar al mundo con una guerra traidora, su estrategia de paz irá necesariamente más lejos. Y hay que esperar de ella nuevas proposiciones, de audacia insospechada y hasta ahora inauditas. Pues no es aventurado presumir que, apreciados los buenos efectos de su primera ofensiva, se disponga a superarla con disparos más concretos, a fin de triunfar, definitivamente, sobre la fe de los pueblos, a la cual se propone atraer y captar.

Los más optimistas —que no son pocos— confían en la posibilidad de una inesperada propuesta rusa para la solución del problema alemán. Y se piensa que si las garantías que mister McCloy propone —vale decir, que Alemania no reclame sus territorios ahora en poder de Polonia y Checoslovaquia, y asegure que una vez reunida no será hostil a su vecino soviético— resultan viables, Moscú tomará la iniciativa para reconquistar la simpatía del pueblo alemán. Pese a las vacilaciones de Francia —la cual preferiría tratar conjuntamente la reunión de Europa, la de Alemania y el desarme—, es evidente que Rusia tiene ya puestos los ojos en el “caso germano”: el único frente al que aparece hasta hoy retrechera e intransigente, habida cuenta de que los estadistas soviéticos no ignoran las repercusiones de un golpe maestro dirigido a otorgar a los alemanes del Este y el Oeste el derecho de reunirse en una autonómica nación soberana, han comenzado

por retirar treinta mil soldados de sus tropas de ocupación y por devolverles decenas de miles de prisioneros. Las cerradas fronteras que dividen al país son cada día menos herméticas. Y, acaso, todo esto no sean sino fintas de pruebas para un paso terminal y sorprendente.

Dos personajes políticos cuentan hoy con la confianza de Rusia en el Viejo Mundo: Nehru y Tito. Ambos pueden tener una misión relevante de intermediarios entre el Este y el Oeste. Nehru ha ofrecido sus buenos oficios en el conflicto que plantea a Europa, y especialmente a Francia, la insurrección creciente de los pueblos árabes. Y Tito, por su filiación comunista, y por sus relaciones cada vez más estrechas con Moscú, es señalado por el rumor público como un político deseoso de intervenir a favor de la coexistencia y de la paz.

Todo hace suponer que Rusia buscaría en esta etapa nuevos caminos de aproximación hacia Estados Unidos, pero se teme que, en ciertos sectores gubernamentales norteamericanos, ni Nehru ni Tito gocen de especiales simpatías. Los observadores y comentaristas europeos asignan, ello no obstante, extraordinaria importancia al viaje de Tito a Moscú y reconocen que el prestigio de Nehru es cada vez más alto en la opinión mundial. Asimismo, se piensa que, en las circunstancias presentes, aquellos dos personajes serían los únicos capaces de cumplir una elevada y eficiente misión de avenencia, que permita encontrar fórmulas de solución al problema mayor de las relaciones internacionales de nuestra época.

Problema en torno al cual giran, por lo demás, otras circunstancias y razones: así, la proximidad de las elecciones presidenciales en Estados Unidos puede determinar un compás de espera en los planes rusos. Pero si la ofensiva diplomática de Moscú ha de proseguirse, no sería absurdo imaginar que las figuras de Nehru y Tito adquieran extraordinaria prestancia como posibles protagonistas de conciliación.

Baden-Baden, junio de 1956

46. El cambio en la conciencia de los hombres

Me propongo insistir en esta nota sobre un tema, ya desde varios ángulos comentado en mis someras glosas periodísticas de los trascendentes acaecimientos que hoy apasionan a los observadores de la política mundial. En ella, es obvio reiterarlo, lo relevante y más extensamente discutido es el viraje doctrinario ruso y, consecuentemente, la innovada proyección de su ofensiva diplomática hacia los países occidentales.

Las reacciones han sido y son diversas y, en mucho, contradictorias. En Estados Unidos, donde las vísperas electorales obligan al partido gobernante que persigue la reelección a presentar los eventos nacionales e internacionales de más bulto a la luz artificial de la propaganda, los insólitos e impresionantes cambios de la política soviética han merecido una versión oficial apresurada y efímera. Míster Dulles, cuya ligereza para interpretar lo que en Rusia acontece le ha costado tantas críticas de sus conciudadanos demócratas, no vaciló en adjudicar a los trastrueques de la doctrina y praxis soviéticas motivaciones de difícil justificación. Dijo el secretario de Estado —y pocos creyeron en ello— que los dirigentes de Moscú han optado por nuevos caminos como resultado del poderío solidario del llamado “mundo libre”. Cautos y realistas, los portavoces europeos adoptaron otra postura, y fueron más discretos en sus expresiones que sus aliados del otro lado del Atlántico. Pues, sobrecargados de experiencia y agudamente alertas en todo lo atañadero a su destino, los pueblos de este sufrido sector del Viejo Mundo recibieron con alivio aquellos inesperados y promisorios mensajes de paz procedentes del otro lado de la Cortina de Hierro. Con alivio y con simpatía; no es exagerado decirlo. Y al revés de la organizada incredulidad norteamericana —terca en el empeño de desacreditar la sinceridad de las ofertas rusas—, en Europa, cuando menos, se las ha tomado muy en serio. Actitud que emerge desde lo hondo del sentido co-

mún de las masas populares, las cuales, instintivamente presienten, o intuitivamente adivinan, causas más hondas en lo fundamental y rápida transformación de doctrinas y comportamiento producidos en el comando comunista.

He subrayado, asimismo, la más penetrante y valedera interpretación de Nehru con respecto a la nueva estrategia política de los sóviets. Para el ilustre gobernante hindú —tal vez el único filósofo de los estadistas de nuestra época— aquella se debe a causas más esenciales que las asignadas intencionalmente por quienes la subestiman. Y Nehru ha dicho, con palabras sencillas, a toda mente inteligible, que es la incontrastable realidad de la bomba de hidrógeno lo que está cambiando la conciencia de los hombres.

En otras palabras —y reitero aquí un punto de vista que responde a un ya anteriormente defendido argumento—, el primer ministro de la India cree que el advenimiento de la Edad Atómica es el punto de partida de una nueva concepción del mundo. No solamente en su órbita científica, sino también en los planes de la filosofía y de la política. Y de ello se infiere que, entre las últimas, aparece comprendida la doctrina de Marx —ciencia, filosofía y política—, cuyas bases mismas se hallan hoy en revisión, al igual que todas las normas del pensamiento, fundadas en relaciones propincuas o lejanas con las leyes físicas del universo, revolucionadas por los hazañosos descubrimientos de nuestro siglo.

Empero, este avanzado enfoque interpretativo de lo que está ocurriendo en Rusia se ha perdido entre el ruidoso sensacionalismo publicitario de lo superficial. La negación de Stalin, las revelaciones de su sangriento autoritarismo, la apostasía de sus antiguos discípulos y colaboradores, han ofrecido más fáciles caminos a la prensa explotadora de todo lo anecdótico y escandaloso.

Y en este plano de puerilidad ha sido posible torcer las deducciones o arrastrarlas por los declives de la desconfianza, con olvido lamentable de lo que Nehru ha dicho.

Ello no obstante, es evidente que la nueva política rusa obedece a un cambio en la conciencia de los hombres. Y que este arranca de hechos incontrastables, como el científicamente verificado de que la guerra del futuro solo sería una de tipo nuclear, la cual acarrearía el suicidio universal. Y si los rusos están convencidos de ello, no es arbitrario inferir que su actual comportamiento se debe a causas que no son solo propaganda, ni astutas estratagemas para entrapar al adversario.

La opinión pública europea, en un movimiento bastante rápido de reflexión colectiva, apoya su esperanza en la intención sincera de los rusos, sobre ciertos hechos evidentes. Vale señalar el más notorio, cuya fuerza argumental es innegable: nadie duda ya de que una tercera guerra mundial solo sería una lucha gigante de carácter nuclear. Y en esta premisa toma asidero un concepto popular rápidamente extendido: el de la guerra de invasión de antiguo tipo, temida como una amenaza de los rusos, ya no significa peligro. Por consiguiente, si la organización de las fuerzas noratlánticas —la llamada OTAN— surgió como reacción ante aquel riesgo, hoy obsoleto, todo aquel aparato militar, costosamente soportado, ha perdido importancia. Por eso aparece innecesaria la presencia de divisiones extranjeras en Alemania; y por eso Francia ha retirado muchas de sus tropas de las zonas alemanas para trasladarlas a África. Por eso, también, el Parlamento de Islandia exige el desalojo de las tropas norteamericanas en su isla. Resultado de esta realidad ha sido el del propósito de los poderes de la OTAN de confrontarla en su reunión de estos días. Y de renovar los objetivos de aquella alianza, habida cuenta del caso urgente de liberar a la república federal de Bonn de la carga —y de la molestia— de mantenerla ocupada por divisiones de Ejércitos extranjeros, cuya presencia resulta inútil. Que, además, para un pueblo seguro de su pleno resurgimiento, es en cierto modo irritante.

Los europeos que aún temen una tercera guerra, saben, pues, que ella no será semejante a las dos precedentes. De lo cual resulta

que los ejércitos preatómicos serían en una lucha nuclear ineficaces. Entonces, se preguntan, ¿para qué sostenerlos? Mas es resaltante otra consideración: como esa guerra nuclear supone la destrucción total, los europeos también piensan que el peligro de una conflagración va distanciándose más y más, a medida que las arenas nucleares aumentan en su terrible poderío exterminador. Y aquí la razón de una creciente confianza en la sinceridad de las ofertas rusas. Porque ellas son motivadas para una tremenda realidad, porque a causa de esta es imperativo organizar el mundo sobre nuevas bases, y porque para lograrlo es necesario rectificar y hacer concesiones en ambos bandos. Y esto incumbe en mucho a Estados Unidos.

Todo lo cual otorga amplia razón a Nehru cuando descubre, en el acelerado tránsito de la política mundial, un cambio radical e inevitable en la conciencia de los hombres.

Baden-Baden, mayo de 1956

47. La historia como fácil y elegante relato

Cuando se otorgó el Premio Nobel de Literatura a *sir* Winston Churchill, no faltaron expresiones de descontento en la opinión autorizada europea. Literariamente, el estadista y *amateur* pintor británico es discutido. Y, por sobre estas diferencias de criterios —*de gustibus non est disputandum*, reza el consabido dictamen latino—, no faltaron salvedades coincidentes en una concesión bastante generalizada: Churchill, como escritor, acusa dos características, que son sus cualidades, en la extraordinaria capacidad para el relato, y en el conocimiento y audaz empleo de vocablos ingleses obsoletos o simplemente poco conocidos. Que, como maestro de semántica, ágil y hasta lujoso distribuidor de palabras precisas, es indisputable su destreza y en muchos casos su elegancia.

Claro está que lo asombroso, en Churchill, es su vitalidad íntegra y caudalosa. Y de ella, su fortaleza y juventud mental: demostrativas de lo muy relativo de la edad cronológica y de cuán aventurado es atribuir vejez a ciertos hombres, quienes siguen siendo jóvenes a los ochenta. Habida cuenta de otros —¡y tantos!— veinteañeros y ya ancianos absolutos de cuerpo y pensamiento. O de este solo, lo cual es el más claro signo de total senectud.

A propósito de la genial aptitud de Churchill para relatar, y de su apasionado placer por las narraciones dramáticas, no puedo olvidar un episodio de algo ocurrido cuando yo era estudiante de Oxford: el majestuoso *Times* de Londres publicó, en ediciones sucesivas, capítulos del libro, a la sazón por aparecer en dos gruesos volúmenes, titulado *The World Crisis*, o sea, los recuerdos churchillianos de la Primera Guerra Mundial. Y, en uno de aquellos capítulos, el estadista inglés, al llegar al día del armisticio, remataba con una descripción patética de los momentos de espera de la noticia de suspensión del fuego —cuya fecha y hora Churchill conocía, como ministro de Gobierno de Lloyd George— y de sus impresionantes efectos sobre el público londinense.

Hago estos recuerdos sin tener a la mano el diario de 1917. Pero es lo cierto que Churchill refería cómo él, desde su gabinete, y mirando la plaza de Trafalgar, aguardó la llegada de la hora acordada para el término de las hostilidades en los campos de guerra: once en punto de la mañana y decía que, al fin, la sonora campana del Big Ben de la torre del Parlamento dejó oír, después del conocido preámbulo de sus dieciséis notas de carillón, las once campanadas que, aquel día, marcaron el epílogo de uno de los grandes y trágicos capítulos de la historia de nuestro siglo.

Agregaba el entonces m^{ister} Churchill que, oídas las once campanadas, y lanzada al público la noticia, aquella plaza, apenas

transitada por razón de la guerra, se llenó de una muchedumbre alborozada, e iniciase así el gran júbilo popular del cual participó el mundo entero.

Y aquí aconteció lo inesperado: el *Times* publica indeficientemente su famosa sección de cartas de los lectores, en la cual, quienquiera, escribe libremente sus críticas, reparos o iniciativas. Y a los dos días de haber aparecido el relato de Churchill, algún tranquilo caballero de Londres envió al gran diario una breve y desconcertante epístola, cuyo texto decía más o menos lo que subsigue: “El señor Churchill describe dramáticamente el día y la hora del armisticio en Londres. Y asevera que a las once de la mañana resonaron las campanas del Big Ben. ‘*It did not*’. No fue así. El Big Ben no funcionaba a causa del obligatorio oscurecimiento de Londres durante la guerra y por terror a las incursiones de los zepelines. El mecanismo eléctrico del reloj de la torre del Parlamento comenzó a dar las horas días después del 11 de noviembre de 1918”. Aducía algún testimonio que lo autorizaba a garantizar su rectificación y, sin más, firmaba.

Sonrió, o rio Inglaterra, unánime; Churchill no contestó si quiera; pero nadie contradijo al flemático caballero inglés, defensor celoso de la verdad, pues todos sabían que no se había equivocado.

En su última obra, *A History of the English-Speaking Peoples*, el genio de Churchill como narrador aparece pleno de fuerza, brillo y libertad. Los investigadores, acuciosos o prolijos, descubrirán, sin duda, inexactitudes, lapsus, vacíos o, netamente, yerros. Pero la historia, como fácil y elegante relato, resulta en este libro una verdadera creación moderna y asequible, vigorosa de color y no exenta de humorismo. Churchill no es un filósofo de la historia, ni un hermenauta. Es un cronista a larga distancia que, sin preocuparse por la profunda etiología de los hechos, simplemente los refiere desde su perspectiva de político y de artista. Pinta la historia cual un país, y extrae de ella reflexiones y comentarios que son como las sombras

y luces de su cuadro. Y, cuanto a los hombres, hace, de sus figuras y caracteres, estilizaciones que, a las veces, aparecen, como en ciertas telas del Renacimiento, los personajes bíblicos o mitológicos indumentados anacrónicamente con vestiduras coevas de la época en que el pintor vivió.

Guillermo el Conquistador, planeando la invasión de Inglaterra como un *business enterprise* es, de cierto, una atrevida pero admirable invención de Churchill. Y gala de su estilo y de su humor son aquellas palabras epilogales sobre la muerte de Ricardo Corazón de León: “Y murió en el cuadragésimo segundo año de su vida, el 6 de abril de 1199, merecedor, por el consenso de todos los hombres, de sentarse con el rey Arturo, con Rolando y con otros héroes del romance marcial, en torno de alguna Eterna Mesa Redonda, que, nosotros confiamos, el Creador del Universo, en su comprensión, no habrá olvidado disponer”.

O al comparar con ese legendario Ricardo, a su hijo Juan, el de la Carta Magna, llamado también Sin Tierra: “Ricardo había encarnado las virtudes que los hombres admiran en el león, pero no hay animal en la naturaleza que combine las contradictorias cualidades de Juan...”. O, cuando elogia y desbórdanse los superlativos laudatorios, entonces Churchill salta sin timideces hacia las más encumbradas tribunas de la grandilocuencia: “Ahí aparece ahora, sobre la desoladora escena, un Ángel de Liberación: el más noble patriota de Francia; la más espléndida entre sus héroes; la más amada entre sus santos; la más inspiradora de todas sus memorias: la virgen campesina, la siempre luminosa, siempre gloriosa, Juana de Arco”.

Curioso es descubrir la disidencia churchilliana de Shakespeare en sus cuadros dramáticos de la historia inglesa medieval. En las llamadas obras históricas del teatro shakespereano —*El rey Juan*, las dos partes de *Enrique V* y de *Ricardo II* y en el *Ricardo III*, pónganse como ejemplos— el artista también deformó los cánones históri-

cos, pero los sublimó con la tremenda fuerza epopéyica y el brillo, color o sombras de su gigante poder creador. Churchill pinta de su lado propios y grandiosos cuadros, pero se aleja de las versiones de Shakespeare. Así, en la referencia de los crímenes de *Ricardo III*, se atiende a Tomás Moro, y descolora no poco la sangrienta figura del tarado usurpador. “¡Traición!”, sería el grito de este, en Bosworth, y no: “¡Mi reino por un caballo!”, tal en el teatro de Shakespeare, cual en los más conocidos textos escolares. Tampoco aparece en el cuadro churchilliano el implacable duelo terminal entre Ricardo y el triunfante conde de Richmond.

Cabe pensar, si no ha sido con mucho desgano y por desasirse de la troquelada versión teatral de su estupendo coterráneo, que Churchill ha dejado de citar aquella otra terrible exclamación del futuro Enrique VII, anunciadora de su espectacular victoria, mientras Ricardo —ya caída la corona— agoniza convulsivamente a su pies: “*The day is ours, the bloody dog is dead!*”.

Acaso porque la historia, para Churchill, más que drama, es pintura.

Hannover, mayo de 1956

48. Problemas inquietantes

El autorizado *Times*, de Londres, publicó, en su edición del 11 de mayo, una versión muy destacada de algunos conceptos emitidos por el secretario de Estado, míster Dulles, en la última reunión de la OTAN en París. Dijo el político norteamericano que las “zonas de influencia” del mundo actual se dividen demográficamente así: unos seiscientos millones de habitantes integran el llamado “mundo libre”, unos ochocientos millones pueblan la órbita enseñoreada por

los rusos, y unos mil doscientos millones son íncolas de una región intermedia y, digamos, sin dueño. Pero, añadía el diario londinense, que míster Dulles puntualizó el riesgo de que estos mil doscientos millones pudiesen caer bajo la acción de la captante propaganda comunista.

Añadía el *Times* que, en África, es perceptible la penetración irradiada desde Moscú. Citó las palabras de Kruschev, en su comentadísimo discurso ante el vigésimo congreso del Partido Comunista ruso, y de él recalcó aquellas palabras del dirigente soviético, quien desembozadamente afirmó que es misión del comunismo trabajar porque “los últimos vestigios del sistema colonialista sean eliminados en el mundo”.

Más todavía, la información aquí comentada hacía hincapié en el hecho de que la Unión de Estudiantes de Praga ha resuelto investigar los problemas del colonialismo por medio de un seminario especial, y que la Academia de Ciencias de Moscú ha ampliado su cátedra, creando varias destinadas al estudio de lenguas africanas. Que el Instituto Ruso para el estudio del imperialismo contemporáneo está publicando una serie de libros y folletos sobre asuntos coloniales, y, entre ellos, un estudio titulado *Los pueblos de África*, el cual, de 1954 a la fecha, lleva ya varias ediciones.

Todos estos datos inciden en uno de los temas que más preocupan a Europa: el de la comprobación de un creciente movimiento en el mundo colonial hacia su independencia. La agitación indetenible entre los pueblos árabes, cuyo centro neurálgico es Argel, y las corrientes insurreccionales en Asia y África han adquirido proporciones de gravedad tal que obligan a los gobiernos y partidos europeos a considerar la rebeldía anticolonialista como el más peligroso foco de violencia de nuestros días.

Italia democrática acaba de conjurar un grave riesgo con sabia previsión y ha constituido en Somalia un Estado autonómico.

Inglaterra ha abierto el camino hacia la transformación en un dominio federativo a sus colonias antillanas. Francia ha enmendado, tardíamente, sus tremendos errores en Marruecos, pero confronta en la Revolución argelina la más grave situación de su historia después de la última guerra. En el fondo de Asia, en los bordes de Oceanía y en el corazón de África —para no destacar lo que por sí solo es amenazante en el Cercano Oriente— los síntomas de un profundo y contagioso impulso revolucionario son evidentes. Y en Alemania, cuyo imperio colonial fue disuelto al fin de la Primera Guerra Mundial, muchos comentaristas celebran verse libres de aquellas amenazas, pero, con más independencia y autoridad, observan y advierten cómo esta aguda y conflictiva crisis del colonialismo significa uno de los asideros de la propaganda rusa y una nueva forma de su creciente influencia.

Cabe repetir, aquí, lo que es sabido: Europa imperial asentó su poder desde los descubrimientos y conquistas culminantes en los siglos XVI y XVII, en sus señoríos coloniales. Estos le dieron recursos y la hicieron fuerte y hegemónica. De suerte que el continente, escenario de la civilización cristiana occidental, no pudo vivir sin colonias. España las perdió y pasó a ser un Estado de segundo orden que vivió agitado su rápida decadencia, recordando y lamentando su extinto poderío. Portugal, todavía metrópoli de disminuidas colonias, se acogió a la tutela de su poderoso aliado británico, pero ella misma quedó en las filas de los vergonzantes protectorados. Holanda, que se ha desligado de Indonesia, está remozando en Indoamérica —pero vive atenta a los peligros, todavía inminentes— en lo que aún le queda, en el hemisferio opuesto. La situación de Inglaterra es muy inquietante en todas sus colonias, pues aun en las Guayanas debió confrontar brotes de agitación, en fecha no lejana. Francia es hoy la más seriamente comprometida; y en cuanto a lo que a España le queda de Marruecos, es la zona francesa de este nuevo reino indiviso la centrípeta de la rápida evolución marroquí.

Acontece que, en la opinión pública norteamericana —por tradición de antigua colonia cuya supremacía arranca de su revolución independentista—, existe una marcada simpatía hacia la liberación de los pueblos coloniales. La teoría de “la propia determinación” fue enhestada como bandera de promesas desde la Primera Guerra Mundial por el presidente Wilson. Durante la segunda, Roosevelt amplió este programa, y lo incorporó a sus lemas de las cuatro libertades, que ofrecían a todos los hombres la seguridad de sus derechos políticos, religiosos y económicos, entre los cuales iba implícito el de poder escoger, sin temor, su forma de vida y de gobierno dentro del ordenamiento democrático más auténtico. Además, Roosevelt, en su diseño normativo de las Naciones Unidas, y estas después en sus bases programáticas, reconocieron la necesidad de la independencia de los pueblos sujetos a dominios extraños.

De suerte que la crisis del colonialismo y los movimientos populares para liquidarlo tienen un amparo de licitud que hace muy difícil execrarlos. En este hecho toma coyuntura la política rusa y en él radica el serio conflicto doctrinario que conturba a las grandes potencias integrantes de las Naciones Unidas. La falta de decisión para arrostrarlo, de parte de los Estados democráticos mayores, y la franca postura rusa de instigación contrastan paladinamente. Mas, debido al complejo juego de intereses de los países reacios a perder sus dominios, la situación general aparece cada vez más confusa, y Rusia, hábilmente, saca de ella todo el provecho posible.

De aquí el temor expresado por míster Dulles acerca del destino de los mil doscientos millones de hombres, casi todos pertenecientes a pueblos coloniales, en riesgo de caer bajo la influencia soviética. La insurrección anticolonialista, cada vez más extendida, es el signo de estos tiempos tormentosos. Porque no solo ella abarca a inmensas masas que aspiran a su independencia política; sino que

esas masas son pobres, retrasadas en su vida económica; distantes de los beneficios del régimen capitalista que es el de las naciones que las sujetan.

Y, así, la honda agitación que mueve a aquellos pueblos conjunciona varias instigaciones convergentes: el racialismo o nacionalismo; en muchos casos la mística, como en el del islam. Pero también la pobreza, cuando no el hambre. Y por ello el intento de ampliar el radio de acción de la OTAN o de hacer más profusa y extensa la ayuda económica a los países de producción incipiente. Empero, a despecho de la gravedad del problema y de que él reclama soluciones perentorias, la última reunión de la OTAN ha sido una de las más eficaces de su breve e indecisa historia.

Fráncfort del Maine, junio de 1956

49. La Italia democrática y próspera¹⁹

El reencuentro con la Italia superviviente del fascismo y de la guerra es, para quien la conoció en otros días, una experiencia impresionante. El viajero no puede menos que asombrarse e inclinarse a pensar que aquel universalizado epíteto de “la Roma eterna” puede extenderse, sin hipérbole, al país entero: Holanda y Alemania asombran por su resurrección, después de la prueba mortal que pareció reducirlos a la impotencia por muchos decenios. Admira también la reconstrucción de los puertos noruegos arrasados, cuyos diligentes habitantes han dado las espaldas a la memoria de sus sufrimientos

¹⁹ Creemos interesante incluir esta breve crónica sobre la Italia actual porque en ella se hacen referencias comparativas con los países nórdicos, así como por el augurio de la contribución del pueblo italiano a la formación de una Europa unida y democrática, que Haya de la Torre considera decisiva para el mundo actual.

y trabajan esperanzados y sonrientes, ganosos de su futuro. Así, tan estimulante, es la recuperación de Finlandia. Y no menos, o más que el resurgimiento de sus hermanas escandinavas, es el de Dinamarca. Pero como se piensa siempre en la menor fortaleza de los meridionales, y se nos dice de España cuán duro y largo es su desmedro, y de Grecia aún los esfuerzos hasta hoy realizados no han logrado todavía curarla de sus heridas y de su melancolía, la sorpresa de Italia depara un contraste de vitalidad y confianza, cuyo comentario no puede escatimar encomios.

En los pueblos nórdicos abatidos por la guerra y la ocupación, casi se espera hallarlos exentos de amarguras, tranquilos, sin resentimientos ni enconos. Se asignan estos rasgos de serenidad y bonhomía a las idiosincrasias de los contornos geográficos fríos, educadores de razas impertérritas en la respuesta victoriosa a todas las adversidades. Pero, en los más nerviosos e imaginativos incómodos del mediodía, es casi un precepto de psicología social que sean inconformes, o anárquicos, envidiosos o arrogantes, y siempre tornadizos y pesimistas. Todo ello en cualquier situación, particularmente en las desfavorables.

En la Italia del fascismo, la incitante demagogia regimentada contagió a las masas, y de ellas más a las juventudes, de una agresiva vanidad nacionalista, una adusta intolerancia y de un postizo militarismo, cuyo era el “*hipo del impero*”. Y nadie que haya observado la realidad italiana en los arios mussolinianos —y notoriamente en los primeros— podrá olvidar escenas ominosas de inverecundia o de crueldad, como expresiones prepotentes de una juventud alardosa, profesante del sarcasmo, pero que había perdido la sonrisa.

Y esta es la primera y unánime recuperación de la Italia de hoy: la mejor conquista de su libertad. A lo largo del país de prodigiosos paisajes, en las grandes y pequeñas ciudades, en las aldeas y campos, el italiano sonríe. Y en todas partes trabaja, con esa ma-

ravillosa asiduidad de su raza creadora, que nunca desdeña la coyuntura de expresar su admiración por lo que le place, su simpatía por lo que le parece bello. La memoria de una anécdota de la vida de Garibaldi que leí de niño me ha asaltado frecuentemente al observar esta rara aptitud del pueblo italiano, única de él por su entusiasmo estético: avanzaba en horas difíciles el ilustre luchador al mando de numerosas tropas. Y al filo de la amanecida, rompió el silencio de la campaña el canto de un ruiseñor. Garibaldi frenó su caballo y detuvo la urgente marcha de sus soldados, para escuchar.

Mil casos de experiencia personal se podrían citar aquí para demostrar que no es intempestivo, como paradigma de generalización, el recuerdo del episodio garibaldino. Cabe, sí, aseverar que por aquella irresistible predisposición admirativa de la naturaleza y del arte, el italiano de hoy se siente libre de acrimonias, aunque discuta y se apasione, proteste o se irrite. La referencia de estas observaciones atañe a características relevantes e indeficientes, que hacen del pueblo de la Italia de hoy uno esperanzado y, en mucho, seguro de su porvenir.

El testimonio del hazañoso esfuerzo de los italianos de posguerra es paladino. Sus ciudades, sus caminos, sus grandiosos trabajos de reconstrucción, son dicientes. La Italia democrática es ahora limpia y activa, laboriosa y ordenada. Además, hospitalaria, cual pocos países de la Tierra. Y de su poderío productivo hablan en su lenguaje escueto y revelador las estadísticas, pero enseña tanto como ellas la visión atenta de quien hace paso a paso la grata andadura a lo largo del país.

Impresión de pueblo bien nutrido, saludable, vital, da el italiano dondequiera, de norte a sur de la península. Y lo que es más, de bien indumentado. Pues el pie descalzo de los niños se ve menos y la corbata dominguera, preferida gala popular, se ve más. Al entrar a las aldeas halaga ver en las familias, siempre numerosas, el gusto

femenino por los colores brillantes y sus combinaciones gráciles, aun en los trajes de trabajo. Que ellas, como es bien sabido, comparten en todo con el hombre de alacre decisión de los más rudos empeños del cotidiano quehacer.

Anima este resurgimiento de la Italia de hoy la gloriosa fuerza de su viviente tradición civilizadora. Y este aserto no intenta la proposición de una grave tesis: solo propone sugerir que hay una omnipresencia actual de su pasado en la vida italiana. Un dinámico enlace de la portentosa creación de sus genios de ayer con el ímpetu contemporáneo de su inteligencia y voluntad colectivas, afanosas de continuar en este siglo aquella ingente contribución de cultura que es honra y orgullo de los pretéritos. Tanto como se puede saber, las nuevas orientaciones metodológicas de su extensa obra educativa están despertando en las alertas generaciones jóvenes italianas aquel espíritu fecundo de continuidad y superación.

De él necesita una Europa libre e integrada. Y si su democracia triunfante ha de comportar un nuevo Renacimiento, Italia, sin duda, contribuirá una vez más a su alborada.

Venecia, mayo de 1956

